

CROSS BOOKS

BASADA EN HECHOS REALES

Índice

DANI
LOLA
ISA
IGNACIO
CLARA
VÍCTOR
DANI
JIMENA
ELLIOT
CARBAJAL
DANI
VÍCTOR
MIRIAM
DANI
VÍCTOR
DANI
JULIA
VÍCTOR
DANI
VÍCTOR
DANI
MARIVÍ
VÍCTOR
DANI
JIMENA
VÍCTOR
DANI
VÍCTOR
DANI
VÍCTOR
DANI
LOLA
VÍCTOR
DANI
VÍCTOR

Sinopsis

A partir de un suceso que vivió junto a su pareja, Javier Ruescas teje una historia adictiva que da voz a todos los implicados. Lo que pasó es más que el reflejo de la sensación de impotencia, rabia e indefensión ante una agresión que tuvo consecuencias inesperadas. Es también un grito que clama justicia y, ante todo, una historia de amor y de superación.

LO QUE PASÓ

JAVIER RUESCAS





A Andrés, porque ser valiente es lo más difícil del mundo y él se atrevió.

A quienes luchan para que lo que pasó deje de pasar.

In the name of those who came before me,
I pledge to be brave, to be true to myself,
and to fight like hell for equality.[1]

Centro de visitas del
Monumento Nacional Stonewall

DANI

¿Qué acaba de pasar?

¿Qué acaba de pasarte?

A ti, que creíste que nunca te sucedería algo así.

¿O más bien al contrario? Que sabías que, tarde o temprano, te llegaría el día. Que te lo estabas buscando. Que te lo advirtieron y tú decidiste ignorar las señales. Que era cuestión de tiempo, nada más.

Que te lo merecías.

Que te lo mereces.

Por haberte indignado. Por haber respondido cuando tocaba callar.

Con la de casos que hay… Lo mismo no es que no te pudiera suceder a ti, sino que no era el momento, sin más. Hasta ahora.

Pero es imposible.

Como en esa pesadilla universal en la que abres los ojos y de pronto te descubres desnudo en mitad de un salón lleno de gente vestida con sus mejores galas. La misma sensación irreal de que eso no debería estar pasando. No así. No a ti. No esta noche.

Solo que sí.

Y por eso, cuando pasa, no te esperas reaccionar de la única manera que habías sido incapaz de imaginar. Te quedas paralizado. ¿Te has rendido? ¿Es eso? Sería completamente lícito. Pero ¿es eso de verdad? ¿Dónde ha quedado la rabia que sentías hacía solo unos minutos, cuando ha empezado todo, cuando han llegado las primeras burlas, el «bombón», el «maricón»?

Lo intentas, pero tu cerebro no logra asumir lo que acaba de pasar. Como un vinilo rayado que salta cada pocos segundos en plena canción.

¿Qué es que han ganado ellos? Porque siempre ha habido un ellos. Un ellos y un vosotros. Tampoco hace falta que sigas fingiendo que no. Ya está, ya fue. Aunque te resistas a aceptarlo, parece que ha

llegado el momento de asumirlo.

O, al menos, un tú. Eso sí, ¿no? Un tú que se niega a formar parte de ese nosotros. Que ha preferido ignorar el plural todo este tiempo. Porque tú no eres como los demás, ¿eh? Tú no eres un número, un dorsal, un arquetipo. Tú eres tú y tus circunstancias. ¿A cuento de qué siempre tienen que tratar de encasillar y generalizar y pretender que te sientas cómodo con ello? Ja. Eso es para los demás, pero no para ti. Lo tuyo te ha costado alejarte del rebaño, que no te reconozcan. Que no te marquen. A ti que te dejen en paz. Pero mira tú por dónde, al final te ha tocado.

¿Ha sido tu ropa lo que te ha delatado? ¿Tus ademanes? ¿Tu mirada? Imposible. Te has esforzado siempre para que eso no te defina. Para que desaparezcan esas señales. Y aun así…

¿Qué has hecho? Otro salto en el vinilo y vuelve la música.

Te quema la mejilla.

Te quema como te quemó la cabeza del mechero que tus compañeros te pusieron en el hombro cuando tenías trece años y que te dejó una carita sonriente grabada en la piel.

No, espera, te quema distinto. La mejilla te arde. Pero también te arde el músculo que hay debajo, y el hueso, y hasta el alma, joder. Te arde tanto que ahora comprendes que es justo eso lo que te impide reaccionar. No entiendes esa llamarada que devora tus pensamientos y tus emociones y tus ganas de gritar y también de quedarte callado. Lo devora todo y te convierte en nada. Por no ser, no eres ni tiempo. Tú, que creías haber olvidado esa sensación de miedo, de no encajar, de pedir perdón; ahí está de nuevo, tan cálido como los rescoldos después de un incendio sin extinguir. Es un fuego que se aviva con cada bocanada de aire que tomas y que se extiende desde tu cara hasta la última terminación nerviosa de tu cuerpo.

No estás paralizado: estás en tensión. Sientes que si alguien te toca, saldría despedido por un latigazo de energía, que se chamuscaría en un parpadeo; que si alguien te mirara directamente a los ojos, podrías fundirle las pupilas y el cerebro; que eres una bomba nuclear a punto de estallar y arrasar con todo y convertir en Godzilla a un pobre lagarto que no tiene culpa de nada.

Por eso te pilla tan desprevenido la lágrima.

Como si no fuera con ella la cosa, se escurre desde el rabillo del ojo hasta los labios. Pasa por la piel magullada sin importarle una mierda lo que acaba de suceder ni que seas una supernova a punto de acabar con el planeta entero. Se desliza en silencio y hasta tiene la osadía de colarse en la comisura de tu labio. Y lo hace de tal modo que no puedes ni ofenderte. Pero ¿de qué va?

Y a pesar de lo diminuta que es, tiene un poder estimulante sobre ti que no te esperas y que te devuelve al presente. Al ahora. Al dolor físico y a la vergüenza. Que reactiva los dígitos en los relojes de los móviles, porque dime tú quién sigue leyendo agujas. Te devuelve a la calle Clavel con Gran Vía. A la madrugada del sábado. A las fiestas del Orgullo. Te devuelve a los gritos a tu alrededor. A las sirenas en la distancia. A las luces de los escaparates, de los semáforos, de las farolas y de los móviles que entran y salen de los bolsillos. Te devuelve al calor insufrible del julio madrileño y a la pesadez de la madrugada. También a sus ojos, que te miran preocupado.

—¿Estás bien?

Son las primeras palabras que reconoces, y mira que hay muchas a tu alrededor. Palabras de desconocidos, de amigos, susurradas, gritadas, en tono de advertencia, de angustia, de pena, de sorpresa, de morbo. Pero solo escuchas las suyas. O al menos solo eres capaz de centrarte en ellas.

—Dani, que si estás bien.

Respondes que sí. Pero no estás seguro de si lo has hecho con tu voz o con un gesto. Sí, espera, has asentido. Porque tu boca no se ha abierto. Ahora notas los labios apretados. ¿Cómo ha podido escurrirse la lágrima entre ellos?

—¿Qué hacemos?

Te lo está preguntando a ti. Algo vas a tener que responder. Pero ¿qué? ¿Qué se hace en estos casos? ¿Llorar? ¿Huir? Pues mira, resulta tan primario, tan animal, que de primeras parece la opción más lógica. La más apetecible. Llorar y punto. Te duele la mejilla, por lo tanto, es lo que toca. Llorar. Porque siempre has tenido la suerte de que, tras las lágrimas, ha llegado el abrazo, la caricia, el ya está y el todo irá

bien… Pero de nuevo se impone la realidad y un bocinazo te recuerda que ya no estás en Ávila y que tu madre ahora mismo debe de estar dormida y arropada con una manta porque ella desde que la conoces ha sido muy friolera y le importa poco que sea verano porque siempre tiene frío y que no va a poder venir a consolarte. Que te las tienes que apañar solo. Y así, tan rápido como ha surgido, esa opción deja de tener sentido.

¿Qué vas a hacer, Dani?

¿Merece la pena hacer algo?

Tus ojos enfocan en la distancia, más allá de la marabunta de gente que se agolpa a tu alrededor, y te cruzas con la mirada de uno de ellos. No ha sido él, pero te da lo mismo, sientes algo más primario que la tristeza o la vergüenza, más incluso que el ansia de venganza: sientes miedo. Y entonces tragas saliva y con ella te tragas la lágrima que había tenido la osadía de escurrirse por tu mejilla. Te mira desafiante. O lo mismo preocupado. Pero no por ti, sino por él. Con lo que acaba de suceder, tiene poco sentido lo que tu instinto te dice: que teme lo que hagas a continuación.

Por eso está preocupado.

No por ti ni por tu mejilla, sino por él. Por su integridad. También en esa mirada hay una pulsión primitiva. Te mira desafiante, sí, pero como un animal poderoso que se sabe, de pronto, en desventaja ante su contrincante.

Acércate, si te atreves. Da el paso, valiente.

No utiliza palabras, basta su mirada, pero entiendes el mensaje porque no es la primera vez que lo recibes.

Así que, una vez más: ¿qué vas a hacer, Dani?

Apartas la mirada del tipo y te centras en los ojos que tienes delante. Los de Víctor. Que te miran con dolor, rabia e impotencia. Con amor.

Entonces lo decides. No. Esto no ha sido culpa tuya. Tú no te mereces lo que acaba de pasar.

Y aunque la adrenalina te hace sentir valiente, sabes que vas a dejar de tener el control sobre todo cuando dices:

ISA

—Quiero denunciar.

Lo has conocido esta misma noche, durante la cena, pero tienes que contener el impulso de abrazarlo. Se llama Dani y te recuerda a tu hermano, lo cual te hace sentir aún más vulnerable.

Y tú que pensabas quedarte en casa hoy, ¿eh?

Pero Carlos te convenció. Al final siempre te convence. Que te sentaría bien, te dijo. Que después de dos semanas sin querer ver a nadie, aquella cena en el Orgullo te animaría. Iba a ser algo pequeñito, distendido, te prometió. Y una parte de ti quiso creerlo. Pero ya conoces a Carlos: de lo que dice, el doble. No la mitad, el doble. Si te promete que vais a ser tres o cuatro, espérate una decena. Si te dice que va a tardar cosa de media hora, hazte a la idea de que la hora y cuarto no te la quita nadie, y si te asegura que estarás en casa para medianoche, amiga, lo sabes bien: no piensa dejarte marchar hasta que enciendan las luces y cierren el garito, ya de madrugada.

Parece como si tratara de contenerse siempre para no asustar a nadie o para que la sorpresa, buena o mala, eso ya depende de cada uno, sea aún más gorda. Y le da igual que todos sus amigos lo tengáis calado: él insiste. Y vosotros seguís cayendo.

Ojalá por una noche, por esta noche, no hubiera sido así, ¿eh? Ojalá. Pero las cosas son como son y ya no hay marcha atrás. Y menos después de las palabras que acaba de pronunciar el chico.

—¿Estás seguro?

Es su novio quien le pregunta eso. ¿Álvaro? ¿Víctor? Eres lo peor para los nombres y siempre que alguien se presenta sucede tan deprisa que no retienes ni uno, y luego a ver cómo lo preguntas sin quedar como una maleducada.

Tú te acercas, pero no dices nada. Solo lo conoces desde hace unas pocas horas. ¿Qué le importará lo que tengas que opinar? Además,

estás cansada y los tacones te están reventando los pies, y ahora el vestido te parece demasiado ajustado, demasiado corto. ¿Qué esperabas? ¿Ligar? ¿Por eso te has maquillado como una puerta? Como si no hubieras sabido de antemano que la mayoría de los invitados iban a ser gais…

¿O lo has hecho por si acaso te cruzabas con él, de casualidad, en mitad de la puta capital del país? Claro que sí, bonita. Porque eso es lo que suele suceder fuera de una serie de Netflix. Que tu ex aparece al doblar una esquina y se da de bruces contigo y de pronto ve lo guapísima que vas y entiende lo que se está perdiendo y te pide perdón por haberte puesto los cuernos con su compañera de la resi en el hospital y regresa contigo a casa para que volváis a intentarlo. Eso es. Y tú vas y le dices que sí, ¿no?

—No.

Uy. Se te ha escapado: lo has dicho en voz alta y los dos chicos se han vuelto hacia ti.

—Digo que no… puedes callarte —improvisas, y resulta hasta convincente—. Vamos, que sí, que haces muy bien en denunciar.

Ellos asienten y tú te sujetas el brazo, por vergüenza y por alivio más que por frío, que de hecho no sientes porque debe de hacer como treinta grados.

Carlos regresa con el grupo en ese momento.

—Se lo han llevado. Lo han metido en un coche y se lo han llevado. ¿Qué hacemos?

—Quiere denunciar —responde el novio de Dani. Víctor. Definitivamente es Víctor.

—Tendrás que pedirles su número de placa —comentas.

—No se lo van a dar —replica Carlos—. ¿Tú has visto cómo lo han sacado de aquí?

—Quiero denunciar —responde Dani, y sus ojos esta vez se clavan en la distancia.

Cuando sigues la mirada te cruzas con la de uno de los agentes y sientes un escalofrío.

—Vale, pues voy a preguntarles —contesta Víctor—. Tú quédate aquí.

Se lo ordena, pero también se lo ruega. Tiene miedo de que la situación pueda empeorar. ¿Más? Sí, más, porque con estas cosas nunca se sabe. Ya has visto lo rápido que se ha complicado todo en cuestión de un minuto.

—Voy contigo —dices, y Víctor te lo agradece con los ojos. Está asustado, como es lógico. Y tú también, no te hagas la valiente.

—Yo me quedo con Dani —dice Carlos.

Recortáis juntos los tres metros que os separan del control policial situado a la entrada de la calle Clavel. Contienes el impulso de darle la mano para no parecer aún más vulnerables. Tenéis que parecer duros, seguros, confiados. ¿Qué imagen estaréis proyectando ante los agentes? Sobre todo ante el que no os quita los ojos de encima. ¿Ha levantado una ceja? Sí, así es. Con chulería se incorpora sobre la valla amarilla tras la que hace guardia y espera a que habléis vosotros. A que hable Víctor, más bien. Porque tú estás de apoyo moral, claro.

—Q-queremos el número de placa de... su compañero.

—¿De qué compañero?

—Del que se ha marchado.

—Se han marchado varios, vas a tener que especificar.

—El alto y moreno, con el pelo rapado por los lados —añades, y el agente se vuelve hacia ti para observarte con displicencia.

Podrías haber dicho: «El que le ha cruzado la cara a nuestro amigo», pero no te has atrevido.

Te hace sentir como una alumna que ha interrumpido a un compañero en clase. Te hace sentir chiquitita; como para no: el tamaño de sus brazos es dos veces el de tu cabeza.

—Alto, moreno... No me suena. ¿Tenéis alguna foto?

Os miráis. Os está vacilando. Sabe perfectamente de quién habláis. Pero os sonríe con calma. Con una calma que te enerva porque sabes que es fingida. Como la de un maestro ajedrecista que se divierte enfrentándose a un novato. Y lo peor es que no podéis hacer nada. No tenéis ninguna foto. ¿Por qué? ¿Nadie ha hecho ninguna? ¿En serio? Todo el día con el móvil en la mano y cuando más se necesita, ¿nadie lo tiene fuera?

—Pues... queremos su número —improvisa Víctor de pronto.

—¿El mío?

—Sí, el suyo. ¿Cuál es?

—¿Y por qué quieres mi número de placa? ¿He hecho yo algo?

—No, pero…

—Entonces ¿por qué me estáis pidiendo mi número de placa? Repito.

Esta vez te mira a ti para que contestes, pero tu mente se queda en blanco, como cuando te pones nerviosa en mitad de un examen y se te mezcla el temario y eres incapaz de recordar qué tienes que poner. La misma sensación de impotencia. Y eso que hace años desde la última vez que te examinaste.

—Lo mejor que podéis hacer es marcharos a dormir la mona, que se os ve bastante perjudicados…

¿Perjudicados? Eso te indigna. ¡Solo habéis bebido un par de copas! Nadie está borracho.

—N-no, queremos…

De pronto se acerca otro compañero, con el pelo canoso, más bajito y con más experiencia. Tiene menos paciencia que el grandote y se le nota en el tono de voz.

—Ya os ha dicho que no toquéis más los cojones. ¿Queréis insistir con lo del número de placa? Pues a ver si nosotros vamos a insistir con todo lo que ha hecho vuestro amiguito hace un momento.

Os miráis, pero esta vez no hay ni un ápice de amedrentamiento en vuestros ojos.

—¡Nuestro amigo no ha hecho nada! —respondes.

—Te agradecería que a mí no me levantaras la voz.

¿Ves como todo puede complicarse? Y no en cuestión de un minuto, sino de décimas de segundo. Así que repites el comentario, esta vez modulando la voz.

—Si una agresión verbal a la policía te parece poco… —te responde él con la misma pasividad. Ojalá hubiera mostrado la misma su compañero unos minutos antes, ¿eh?—. Le pueden caer varios meses de cárcel.

—¿Perdón?

Víctor se mantiene con los labios apretados. ¿Y si tiene razón? ¿Y

si por querer solventarlo metéis a Dani en un lío más gordo? Será mejor que os alejéis.

Sí, es lo más sensato, y se lo haces saber a Víctor con un disimulado pisotón.

El chico te vuelve a mirar y asiente. Tú respiras, aliviada. Quieres volver a casa. Desmaquillarte. Quitarte este vestido que ahora te parece ridículo. Dormir y olvidar los últimos minutos. La última noche. Las últimas dos semanas.

Ojalá Nando no te hubiera dejado.

—Isa, vamos.

Te alejas del control policial y vuelves junto a los demás. Ya no hay gente a vuestro alrededor. Solo quedáis vosotros. ¿Por qué no te marchas tú también? Lo podrías haber hecho con cualquier excusa. Nadie te habría dicho nada... Nadie salvo tú, probablemente, al despertar.

—Que no nos lo dan —informa Víctor—. Que podemos empeorarlo si insistimos.

Todos miráis a Dani, algunos con lástima, otros con vergüenza. Tú sabes cómo lo miras y te mata reconocerlo: con ansia de que lo deje estar, de que se rinda, de que os anime a marcharos a casa. Que ya es tarde. Que en el fondo no ha sido para tanto. Pero sabes que sí lo ha sido, igual que también sabes lo que va a decir incluso antes de que abra la boca.

CARLOS

—Pues me voy a comisaría.

Menudo desastre de noche. Tú, que pretendías que fuera el colofón perfecto a las fiestas de Chueca, con amigos de distintos grupos, un reservado en el restaurante de un conocido, unas copas para rematar el día…, y ya ves en lo que ha quedado.

En parte es tu culpa. Nadie lo dice, pero lo piensas. Y con razón. Llevas tres días sin pasar por el piso. Tres días durmiendo en casas ajenas, utilizando duchas que no sabes cómo funcionan, robándole café a chicos a los que has conocido de rebote horas antes, despidiéndote al amanecer en idiomas que no son el tuyo.

¿Tanto te costaba quedarte en casa una sola noche sin hacer nada, tirado en la cama, viendo alguna película, pidiendo una pizza? No. No podías. Tenías que salir y quemar el teléfono hasta que hubiera suficientes amigos como para que la conversación no decayera ni un instante; para no tener que escuchar uno solo de esos putos pensamientos que te desangran como sanguijuelas en cuanto te envuelve el silencio. Y todo para esto, ya ves. Menudo embolado te habrías ahorrado, chico. El embolado y esta sensación de haber cometido un delito, aunque no tengas claro cuál.

—Espera un segundo…

Es Víctor, el novio de Dani, quien le pide que no se marche aún. ¿Lo hace para evitar que la cosa vaya a más o porque realmente tiene un nuevo plan? Por un momento, no sabes qué opción te da menos vértigo. El chico se vuelve hacia ti.

—¿Podéis preguntarles dónde debemos denunciar? Si vuelvo a ir yo, igual se lía más.

—¡Yo ya sé dónde denunciar! —responde Dani.

Víctor te mira, suplicante.

—Esperad aquí. —Lo dices con resignación.

No lo peleas. Es tu papel, al fin y al cabo. Estás haciendo lo que todos esperan de ti. Muy bien, Carlos. Saben que eres un cachondo, que haces reír a todo el mundo, pero que tampoco te faltan agallas cuando toca reivindicar y ponerse serios. Por eso te acercas al primer policía, el de los brazos como patas de elefante, y le preguntas dónde podéis denunciar lo que ha ocurrido.

—¿Y qué ha ocurrido? —te responde él.

A su lado, el otro, el canoso, contiene una risita que te hace apretar los dientes. En cualquier otra circunstancia, a cualquier otro, le habrías respondido que si le pasaba algo, gilipollas, pero no a él. No a ellos. Son la policía, joder. Ni siquiera eres capaz de asimilar cómo se están comportando.

No entienden que es tarde. Que todos queréis iros a casa. ¿Por qué no ponen de su parte?

Nunca habías tenido problemas con la justicia. Y mira que ha habido oportunidades... Pero jamás ha llegado la sangre al río. Al fin y al cabo, su trabajo es proteger, cuidar que todo salga bien.

Hasta hoy.

—Lo del... golpe. Queremos denunciarlo.

«Lo del golpe.» En cuanto dices las palabras te arrepientes. Suena a algo anecdótico. Como si fuera una tontería o te lo estuvieras inventando sobre la marcha.

El policía asiente, al fin, y hasta frunce el ceño, como si le preocupara de verdad cómo te sientes, cómo te están haciendo sentir. Como si por fin cayera en el asunto al que te refieres.

—Queréis denunciarlo..., ya veo —dice, rebajando el tono de improviso—. Pero imagino que lo contaréis todo, ¿no?

Te sonrojas. ¿Por qué te sonrojas?

—Pues... claro.

—Muy bien. En ese caso, lo que debéis hacer, ¿vale?, es esperar a las nueve de la mañana del lunes y dirigiros al ayuntamiento, ahí abajo, frente a la Cibeles. Ahí podéis interponer la denuncia, si lo creéis necesario...

—Vale —dices, pero hay una parte de su frase que no te encaja—. ¿A las nueve?

—Sí, de la mañana. El lunes. Es que ahora ya están cerrados, claro.

—Ya, pero...

Te cuesta ordenar los pensamientos. No esperabas algo así. ¿Hasta dentro de dos días, a las nueve de la mañana, no podéis hacer nada? ¡Pero si son las tres de la madrugada del sábado! ¿La gente no denuncia por la noche nunca? Es la primera vez que te ves en esta tesitura. Has leído tuits al respecto, pero lo has olvidado todo.

Desconfías a pesar de la inesperada amabilidad del agente.

—Es que nosotros queremos ir ahora mismo —aclaras, y tu tono sumiso te lacera—. Alguna comisaría habrá abierta que...

—A ver, chaval, mira que estáis pesaditos, coño. —El canoso golpetea con las manos la valla que os separa. Él no tiene ganas de jugar a ser simpático—. A las nueve, en Cibeles. Nosotros somos la Policía Municipal. O interpones ahí la denuncia o no os vale ni un carajo. ¿Qué no entiendes? No, ¿qué-no-entiendes?

Separa cada palabra con un silencio amenazante, pero tú te la juegas una última vez:

—Entonces..., no nos dais vuestros números de placa ni podemos denunciar hasta las nueve del lunes.

—Y dale con los números de placa... —masculla el canoso—. ¡Largaos ya, joder, que aquí estamos trabajando! ¡Al final os llevamos a todos al calabozo!

Adviertes cómo otros compañeros de la patrulla han vuelto sus cabezas hacia vosotros. Sabes que han estado escuchando la conversación todo ese rato, pero hasta ese momento no han dado muestras de querer intervenir. Lo mismo les preocupa que los relacionen con el incidente, pero más aún que a ese compañero también se le suelte la mano...

Te alejas de allí, pero no te diriges al grupo que rodea a Dani, sino que te quedas a unos pasos de los policías, mirándolos. ¿Y si sacas el móvil? Podrías fingir que tienes que mandar un mensaje, o incluso que estás llamando a alguien, y hacerles una foto sin que lo adviertan. Igual puedes hacer como que le sacas una foto a la calle, pero en realidad se la tomas a ellos. ¿Serviría de algo? ¿Te meterías en un lío? Igual sí. ¿Cómo funciona eso de la Ley Mordaza de la que se habla por

todo internet? ¿Es ilegal tomar fotos a un policía? Crees que sí. Te suena. No estás seguro.

¿Te vas a arriesgar?

Igual es mejor quedarse con detalles para la denuncia. Eso. Detalles de cómo va vestido o de cómo de alto es. Aunque, ¿servirá de algo? El que ha agredido a Dani ni siquiera está ya por ahí. ¿Recuerdas algún detalle claro? ¿Y Dani o Víctor o alguien? ¿Tiene alguna utilidad la foto de sus compañeros? ¿Merece la pena el riesgo de acabar en el calabozo por grabar un vídeo, ahora que están tan tranquilos haciendo su trabajo?

Joder, y encima no te quita el ojo de encima. ¿Qué mira tanto? ¡¿Qué miras tanto?!, te apetece preguntarle, pero no te atreves. Son la policía. Debe de ser todo un malentendido. No sabes cuál, pero tiene que existir una justificación. Aunque las represalias, después de lo que acababa de suceder, te asustan. A ti, que no has dejado en tu vida que nadie te mire con el morro torcido. A ti, que desde la adolescencia aprendiste a no bajar la guardia y a enfrentarte a quien hiciera falta para que les quedara claro que sí, que podías ser todo lo maricón que ellos dijeran, pero que no eras de esos que dejaba las risas sin callar de un guantazo. A ti, que ves cómo en el gimnasio te miran con deseo o celos porque esos bíceps y esas piernas y esos pectorales lo tuyo te han costado, pero ha merecido la pena. A ti se te quitan las ganas de hacer ninguna foto porque ellos no son unos cualesquiera, son agentes, e igual tienen razón en que no se puede denunciar, ¿no? Así que regresas junto al grupo para contarles lo que te han dicho.

—¡Eso es mentira! —exclama Dani—. ¿Cómo que hasta las nueve no podemos…? ¡Y una mierda!

No espera más, se da media vuelta y se dirige al paso de peatones que cruza la Gran Vía y comienza a subirla hacia la calle Montera.

—Vosotros marchaos si queréis, pero yo voy a denunciar ahora mismo.

Os miráis. Tú, Víctor, Isa y Orli. Os miráis y asentís. Al menos tres de vosotros, porque Orli suspira y dice:

ORLI

—Yo os acompaño, pero no puedo declarar…

¡Lo que te ha costado hablar, y cuando por fin lo haces, es para decepcionar al grupo entero!

—Tranquilo, no hace falta —dice Víctor, con una sonrisa apaciguadora—. Ya somos testigos Isa, Carlos y yo.

—Y el propio Dani —añade Carlos.

—¿A Dani se lo considera testigo? —pregunta Isa—. No, ¿no? Él es la víctima o el denunciante o como se llame…

—Bueno, da igual: no hace falta que testifiques tú, Orli.

Nadie hace más preguntas y seguís a Dani, que ya está cruzando el paso de cebra, ahora que se ha puesto el semáforo en verde. De soslayo, vuelves la mirada hacia el control policial y compruebas que los agentes ya ni os miran. Deben de pensar que habéis decidido marcharos a casa, acabar la noche, olvidar lo que ha sucedido.

Ojalá pudieras declarar. Contar cómo has visto al tipo enorme, de casi dos metros de altura, con la mano más grande que una sartén, ir detrás de Dani cuando ya se estaba alejando del control, propinarle un bofetón y girarle la cara. Ojalá, pero no puedes. Porque no tienes papeles, amigo, y a ver si vas a acabar tú más empapelado que el agente cuando te busquen en el registro y, oh, sorpresa, no aparezcas. Y si la cosa solo te afectara a ti…, pero como te cacen, detrás irán tus padres y tu hermano. No, no, no. Ya está. Los acompañas, te despides en la puerta y mañana que te cuenten cómo ha ido el asunto.

Pero ¿y si tú sabes algo que los demás no? ¿Y si algún detalle que tú pudieras ofrecer sirviera para que detuvieran o castigaran de verdad al policía o, sencillamente, lo pudieran identificar?

—Botas altas —mascullas, e Isa, a tu lado, se vuelve hacia ti.

—¿Qué has dicho?

—Que llevaba botas altas. El que le ha pegado. Lo sé porque estaba

mirando al suelo cuando ha empezado todo y he pensado que debía de estar de mala leche por el calor. Yo que sé, por si ayuda —añades.

—Claro que ayuda —te dice ella mientras enfiláis la calle Montera por el lado opuesto al del McDonald's—. ¿Te acuerdas de algo más?

—Que era moreno y altísimo, y que no llevaba gorra.

—Vale, de eso yo también me acuerdo. Y el pelo como que lo llevaba recortado por los lados, ¿no?

—Como todo el mundo —bromeas, y ella también ríe la gracia.

Te cae bien Isa. La has conocido esa noche, pero habéis conectado desde el principio. Carlos os ha sentado juntos durante la cena en el tailandés y no habéis parado de charlar. Además, le ha encantado la anécdota de que tu nombre sea Orlimar porque tus padres se llaman Orlando y María y quisieron que tuvieras un poco de cada uno. A veces te avergüenza esa historia, pero esta noche te ha encantado poder contarla con todo lujo de detalles. Hay algo en su voz dulce y en esos ojos azules que te hacen sentir en paz.

—Oye, ¿por qué no puedes...?

Sabes lo que te está preguntando. Ha bajado el tono de voz y te mira con cierta vergüenza. Sabe que no debería estar haciendo esa pregunta, pero la curiosidad que ha mostrado durante la cena vuelve a surgir de nuevo, incontrolable.

—Da igual, perdona, no debería preguntarte eso... —se apresura a añadir—. Tendrás tus motivos y...

—No tengo papeles.

¡Orlimar! ¿Qué te ha dicho tu madre un millón de veces? ¿Cómo se te ocurre contarle algo así a una chica a la que acabas de conocer? Te estás volviendo muy confiado, y tu padre os lo ha repetido a tu hermano y a ti un millón de veces: basta con bajar la guardia un segundo para arruinar las vidas de toda la familia para siempre. ¿Eso es lo que quieres?

No, claro que no es lo que quieres, pero Isa te da confianza, ¿verdad? Sabes que no dirá nada. ¿A quién se lo va a decir? Además, si todo sale bien, en breve se solucionará este embrollo y acabará de una vez el maldito trámite de papeles que os tiene a todos con la soga al cuello. Joder, que no estáis haciendo nada malo: solo queréis vivir

en un país donde la pobreza o la posibilidad de que estalle una crisis humanitaria o una puta guerra no esté a la vuelta de la esquina cada semana, cada mañana, a cada minuto. Donde tu hermano de seis años no tenga que pasar hambre o miedo, donde tu madre y tu padre puedan trabajar y donde tú puedas reunirte un sábado por la noche a cenar con amigos y salir a tomar algo y subir a Instagram las fotos a la mañana siguiente y celebrar que te gustan los chicos tanto como las chicas en una fiesta que en tu país sigue siendo motivo de burlas y palizas.

—Pues ojalá los consigas pronto —dice Isa, y te sonríe otra vez.

¿Sería muy raro que le pidieras su número ahora? Igual, sí. Sobre todo porque ya habéis llegado a la comisaría de la calle Montera y no vas a quedarte esperando a que salgan. De hecho, deberías alejarte unos pasos y esperar. Sí, será lo mejor. El policía de la entrada se ha fijado en ti. ¿O es paranoia tuya? Es paranoia. Ahora mira hacia el otro lado de la acera. Respira, Orli, que no llevas un cartel de neón en la frente que describe tu situación. Por eso te obligas a respirar y a mantener el gesto tranquilo, aunque la mera presencia de la comisaría te arrastre a recuerdos lejanos y oscuros con tu tío esposado y las porras cayendo sobre su nuca allí, en tu país.

Basta.

Te detienes e Isa te mira sin decir nada. Se acerca a los demás y oyes cómo Dani le explica a la agente que está en la puerta, de brazos cruzados, lo que ha ocurrido.

—Quiero denunciar a un compañero suyo por una agresión.

Ella mira al otro agente que está en la puerta y de nuevo a Dani.

—¿Un compañero?

—Sí. Un policía municipal. Quiero denunciarlo.

—Aquí no puedes denunciar —dice, y entonces te preguntas lo mismo que los demás: si acaso el agente del control, el que os ha advertido de que hasta las nueve de la mañana del lunes no podíais hacer nada, estaba en lo cierto. Pero entonces la mujer añade—: Tendrás que ir a la comisaría de Leganitos. Me encantaría ayudarte, pero es algo que debes hacer en la Policía Nacional, y nosotros somos municipales. ¿Sabes ir? Te puedo indicar cómo, si no.

Te sorprende tanta amabilidad por parte de ella después de la noche que lleváis, y eso te molesta. ¿Acaso no debería ser lo habitual? Lo es, te dice una parte de ti, la que quiere confiar en el sistema, la que está segura de que en tu país de origen habría sido mucho peor todo aquel altercado, la que te recuerda que por muy mal que parezcan ir las cosas, podría ser peor de haber sucedido al otro lado del océano. Así que te repites lo que llevas pensando toda la noche: que simplemente habéis tenido mala pata y habéis ido a dar con un puñado de manzanas podridas que no representan nada ni a nadie. En el fondo no estás seguro de si te estás autoconvenciendo o si de verdad lo piensas, pero es lo que necesitas creer y con eso te basta.

Tus amigos le agradecen la ayuda a la agente de policía y te unes a ellos para tomar juntos la calle del Carmen en dirección a Callao y, de ahí, a Leganitos. Es un paseo largo y después sabes que tendrás que caminar más hasta casa porque vais en la dirección opuesta, pero te deja de importar en cuanto Isa se coloca a tu lado.

—Oye, ¿le puedo pedir a Carlos que me pase tu móvil?

Wow. Ha sido ella quien lo ha preguntado. De pronto, notas cómo te sonrojas. Sé ingenioso, di algo ocurrente.

—Me lo puedes pedir a mí.

Bien, buena respuesta. Pero ¡sonríe, tío, que va a pensar que lo dices de mala leche! Eso es, mucho mejor.

Mientras se lo dictas y ella lo apunta, llegáis a la comisaría. Hay cola, como si estuvieran esperando en las taquillas de un cine, solo que ahí la gente llora y se abraza y mira con impaciencia en lugar de reírse y señalar carteles de películas.

—Debería marcharme ya... —comentas, al cabo de un rato de estar en la cola. Los demás se vuelven hacia ti y uno a uno te van abrazando. Cuando te separas de Dani, tratas de infundirle ánimos con una sonrisa—. Mucha suerte.

—Gracias —contesta él. Y entonces un policía sale de la comisaría y, desde la puerta, pregunta:

MANUEL

—¿El siguiente?

Menuda nochecita llevas. Aunque, ¿cuándo recuerdas un turno de noche en el que no acabaras molido y con la imperiosa necesidad de meterte en la cama para no salir en dos días? Y aun así, oye, ahí sigues, al pie del cañón. Como para no, con lo que te costó conseguir la plaza, no fastidies.

Hace casi un año ya de ello, pero la ilusión no se disipa, ¿eh? Al contrario. Cada día (o noche), más y mejor. Notas que estás contribuyendo a un cambio. Puede que nimio, vale. Pero un cambio. Y eso te motiva lo más grande. Para eso te metiste a policía nacional. Para eso te preparaste durante un año las pruebas físicas, el examen de ortografía, el temario..., para eso entrenabas desde antes de que saliera el sol y estudiabas hasta bien entrada la madrugada. Para eso dejaste de quedar con amigos muchos sábados, tuviste que declinar planazos de fin de semana y dejar de ver a tu novia salvo algunas noches contadas. Ella lo entendió. Todos lo entendieron.

Tus padres, con quien aún vivías por entonces para no tener que estar pendiente también de un trabajo y poder centrarte solo en las oposiciones, tus colegas, que te animaban mandándote memes por WhastApp o te obligaban a desconectar cuando sabían que ya no podías más. Sabes que has tenido mucha suerte, que no todo el mundo se lo saca en las mismas condiciones. Que hay compañeros tuyos, como Rosa, que tenía que trabajar en el Zara al tiempo que se empollaba los temas y que entrenaba a horas intempestivas por su cuenta, sin más ayuda que la de su hermano, entrenador personal, cuando le hacía algún hueco. Eso sí que habría sido duro. Por eso no puedes quejarte. Tampoco te sale. Estás contento y aún no ha habido una noche tan mala como para hacer que te replantees esa elección. Tienes veinticinco años y estás trabajando donde siempre has soñado,

¿cuántos pueden decir lo mismo?

—Nosotros —responde un chico delgado, rubio, de melenita larga, que aguarda en la puerta.

Miras detrás de él y ves que señala a un grupo de cuatro amigos. Parecen de tu edad o un par de años menos.

—¿Venís... todos juntos?

—Sí, a denunciar —responde uno de los del grupo, moreno, con barba y algo más grande.

—¿Quién ha sufrido la agresión? —preguntas.

—Yo —dice el rubio barbilampiño.

Lleva el pelo revuelto de manera casual, pantalones cortos vaqueros y camisa con estampado de flores. Las mangas se las ha recogido con dos vueltas y deja a la vista unos brazos fibrosos y con tatuajes. Inconscientemente lo analizas y tratas de averiguar qué le ha pasado. Tiene los ojos hinchados y la cara pecosa enrojecida. Lo notas alterado por cómo se sujeta las manos y por cómo le tiemblan los labios.

—Vale, pues hagamos una cosa —dices, al fijarte en que el moreno de barba recortada tiene una mano sobre la espalda del rubio en actitud protectora. Enseguida percibes que son pareja o muy buenos amigos, y que es mejor que no se separen—. Entráis vosotros dos y el resto esperáis aquí un momento, ¿vale? El sitio es reducido y no vamos a caber todos. Ahora os toman los datos y ya os avisaremos otro día para completar la denuncia.

Los chicos se miran entre sí y aceptan la propuesta. Se despiden de los dos que se quedan.

—Seguidme, por favor —les pides, y regresas al interior del edificio.

A ellos les indicas dónde deben dejar sus pertenencias antes de cruzar el detector de metales y cuál es tu mesa. Sientes cierto orgullo al acompañarlos. Ellos probablemente no lo sepan, pero antes esa comisaría daba asco por las condiciones tan lamentables en las que teníais que trabajar. El edificio era tan viejo y estaba tan descuidado que las paredes estaban descascarilladas y la luz parecía sacada de una película de terror de los años ochenta. Alguno de los fluorescentes

incluso titilaba de vez en cuando. Pero ya no: después de la remodelación parece otra.

No tienes un despacho, evidentemente. Y dudas que algún día lo llegues a tener, con la cantidad de agentes que trabajáis allí y lo escasos que son los espacios privados, pero quizá, si promocionas y asciendes, un día lo logres. En alguna ocasión has tenido oportunidad de gestionar algún asunto desde uno de los cuartos de arriba y la verdad es que la sensación de que fuera tuyo te ha gustado, y mucho.

Por el momento, trabajas abajo, sin una mesa ni un ordenador definidos, pero te apañas, como todos. Qué remedio.

Acompañas a los chicos hasta una de las seis mesas colocadas en hilera, una junto a la otra, y separadas por biombos semitransparentes de plástico a través de los cuales se oye absolutamente todo. Mientras unos denuncian robos, otros denuncian agresiones o cosas peores, y es difícil concentrarte en lo que dice quien tienes delante porque el resto de las historias tratan de robar tu atención constantemente. Mientras se activa la pantalla del ordenador, ellos toman asiento frente a ti, al otro lado, en dos sillas.

—Vale, antes de nada: ¿cómo os llamáis?

—Yo soy Víctor y él es Dani —responde el moreno.

—Perfecto —dices, y miras a Dani porque quieres que sea él quien explique lo que ha pasado—. Contadme.

Lo preguntas con voz seria, preocupada, porque entiendes que si están allí a las tres de la madrugada en lugar de en una fiesta o en sus camas es porque algo grave les ha ocurrido. Y sus miradas…, sus miradas son como una pantalla de cine para ti, donde se reproduce una escena oscura y cargada de incomprensión. Se los ve desesperados. Sea lo que sea lo que los haya traído allí, lo último que podrían soportar es un comentario jocoso que le reste importancia a lo que han vivido.

El moreno, que te suena de algo, aunque ahora no caes de qué puede ser, está mucho más tranquilo que el rubio, pero es este quien habla. Tú, mientras tanto, comienzas a teclear en la ficha. Te cuenta, con la respiración entrecortada, que, después de salir a cenar y de fiesta con unos amigos, se disponían a marcharse a casa cuando, al

abandonar el barrio de Chueca por uno de los controles policiales que gestionaban la entrada y salida de personas, un policía municipal lo ha agredido tras llamarlo maricón.

—Un momento, un momento… —lo interrumpes, tratando de comprender todo lo que te está contando—. ¿Al salir, un policía municipal te ha llamado maricón y te ha pegado un bofetón? Así, ¿sin más?

El rubio asiente, pero el moreno, a su lado, le pone una mano en las rodillas para que le deje aclarar el asunto.

—Nosotros nos estábamos despidiendo de algunos amigos unos pasos por detrás de Dani, ¿vale?, y cuando él ha querido volver con nosotros, ya había cruzado el control policial y no le han dejado. Dani le ha insistido en que solo iba a despedirse, uno de ellos le ha dicho que por ahí no podía pasar y lo ha llamado bombón.

—¿No has dicho «maricón»?

—No. ¡Eso ha sido el otro! —exclama Dani—. Este me ha dicho «bombón», y cuando yo le he preguntado que a quién llamaba «bombón», el otro, el que me ha pegado, me ha dicho: «A ti, maricón».

Dejas de teclear. Te parece inconcebible lo que estás escuchando. Tienes algún compañero que a veces se pasa de listo y otros que son bastante brutos, pero agredir verbalmente a un ciudadano, sin venir a cuento, en plenas fiestas del Orgullo y en Chueca es algo que jamás habrías esperado.

Ingenuo.

—Y entonces te ha pegado.

—No. Entonces nos hemos alejado de allí y nos hemos llevado a Dani porque estábamos viendo que la cosa se podía complicar más, y cuando estábamos a varios metros de distancia, el policía se ha puesto a gritar «¡¿Qué le estás llamando a la Policía?!», ha salido del control como un toro y le ha arreado una hostia con la mano abierta que casi lo tira al suelo. Eso es lo que ha pasado.

Sigues sintiéndote extraño cada vez que debes tomar declaración a alguien. Mientras transcribes las palabras de la pareja, vuelve a surgirte ese pensamiento. Más surrealista es cuando te encuentras en frente de alguien de la edad de tus padres o incluso de tus abuelos,

¿verdad? Cuando ves cómo te imploran con la mirada que les resuelvas el problema que sea, por arte de magia, lo más deprisa posible. Ojalá estuviera en tus manos. Ojalá. Pero por el momento lo único que puedes hacer es redactar y preguntar más sobre los detalles que te suscitan dudas.

A continuación, le pides a Víctor que salga a recopilar los datos personales de sus amigos para incluirlos en la denuncia. Mientras el chico sale, tu superiora pasa por detrás de ti, comprobando que todo va bien, como suele hacer cada noche, y entonces sientes cómo se reclina sobre tu silla y lee con atención lo que has redactado. Temes que te señale alguna falta ortográfica, pero, en lugar de eso, dice:

CAROLINA

—¿Te importa venir un segundo?

Son las tres y media de la madrugada y la comisaría está a rebosar. Lleváis una semanita que no te la crees. Te notas cansada, te duele la espalda y encima te ha venido la regla esta misma tarde. No, no está siendo un turno sencillo, pero estás contenta con el equipo de agentes que se están encargando de los casos que os llegan.

Aún recuerdas los nervios de las primeras veces. La primera vez que tuviste que tomar declaración, la primera vez que saliste a patrullar, tu primera persecución, tu primera detención..., pero también la primera vez que un ciudadano, una mujer peruana con dos hijos pequeños, te dio las gracias; la primera vez que sentiste que tu trabajo servía para algo, que podías marcar la diferencia.

Siendo mujer, no te ha sido fácil mantenerte, y mucho menos ascender. Pero aquí estás: de inspectora jefe. Tratando de inculcar a esos chicos y chicas a los que ya les sacas quince años los valores que te han llevado hasta ahí. Aunque, vaya con esos valores, ¿eh? En menudos embolados te han metido más de una vez. Ya te lo decía tu padre: esa rectitud es tan necesaria en la vida como peligrosa en algunas circunstancias. Y ojalá no fuera así, pero por mucho que tú estés dispuesta a que el mundo cambie, al mundo le cuesta mucho hacerlo. Y a algunas personas, más. De hecho, hay gente que se enroca en una actitud reprochable si descubre cerca a alguien que con su mera presencia parece juzgarlo. ¡Cuántos compañeros han terminado haciéndote la cruz en los últimos años! ¡Cuántos jefes te han visto con una actitud soberbia cuando lo único que querías era hacer bien tu trabajo! ¡Cuántas mentiras han tratado de hacerte firmar solo para escurrir el bulto!

Muchas. Pero por suerte también has sabido rodearte de quienes no tienen esa actitud, de quienes piensan como tú y luchan por

alcanzar un futuro más justo. Tu olfato no solo sirve para resolver crímenes, como debe de pensar alguno por ahí. También te ha valido siempre para saber a quién querías a tu lado y a quién no.

Por eso, cuando te has reclinado sobre la pantalla de ese ordenador para comprobar que todo estuviera en orden, no te imaginabas encontrarte con algo así. Nadie lo sabe, pero te ¿divierte? ¿Entretiene? ¿Simplemente te ayuda a estar alerta y soportar las noches más duras? Jugar a adivinar por las caras de quienes denuncian lo que les ha podido pasar antes de leer el informe. No sueles fallar. Hay patrones de conducta que se repiten, y con los años los puedes identificar a distancia. No es cuestión de si hay algún tipo de herida o lesión a la vista, que eso puede dar muchas pistas y restar parte de la emoción al (¿macabro?) entretenimiento.

Tiene que ver más con los ojos, con lo que cuentan con las manos, con su posición al otro lado de la mesa: si están hechos unos ovillos, si se reclinan casi sobre el teclado del agente encargado, si hablan con la cabeza gacha o si están solos. Por eso, cuando has visto a esos dos jóvenes lo primero que has pensado es que les habían robado el móvil o la cartera o ambas cosas, o como mucho que habían tenido alguna trifulca con otros tíos. Un clásico. En plenas fiestas del Orgullo y con el poco control policial que se ha desplegado este año, es lo que más os estáis encontrando. Pero lo que no te imaginabas leer bajo ningún concepto era algo sobre una agresión policial.

—Esto es un tema serio —le adviertes al agente. Manuel. Manu, como le gusta que lo llamen—. Voy a encargarme personalmente de ello y se lo voy a comunicar. ¿Les has tomado declaración a ambos?

—No, solo al que presuntamente ha recibido el bofetón…

—Malditos municipales, siempre liándola —mascullas para ti, sin poder contenerte—. Vale, al otro tómale los datos y ya lo llamaremos a declarar cuando toque. Aunque con la pila de trabajo acumulada, a ver cómo hacemos para no retrasarlo demasiado… Voy a presentarme, de todos modos.

Le haces una señal y volvéis a la mesa.

—Hola, buenas noches, soy la inspectora Carolina Suárez. Ya me ha contado el agente lo que ha ocurrido, y antes de nada quiero

pediros disculpas en nombre de las Fuerzas del Estado. Situaciones como esta… no deberían tener cabida y manchan el nombre de todos.

—Gracias —responde el moreno, aunque tú no le quitas los ojos de encima al rubio. Parece roto.

—He leído que solo ha sido un bofetón, ¿es así?

De repente, su cara se transforma; la del rubio. Y pasa de un estado semicatatónico a una furia mal contenida.

—¡¿Solo?! ¿Le parece poco?

Has elegido fatal las palabras, te das cuenta al instante.

—Perdón, no he querido insinuar eso. Quería decir que si te ha hecho algo más, si tienes alguna herida, interna o externa, no sé, algo en lo que igual no has caído… Lo siento.

—No… —responde, algo más tranquilo—. El bofetón. Me molesta un poco, pero eso es todo.

—De acuerdo. Pues el agente terminará de tomaros los datos y en cuanto esté interpuesta la denuncia nosotros os avisaremos. Estad pendientes del teléfono las próximas semanas. Igual nos retrasamos un poco por la pila de trabajo que tenemos, espero que lo entendáis. Pero en cuanto se pueda, nos pondremos con el caso.

—Muchas gracias —dice el moreno.

—Sí, gracias —añade el rubio, con un esbozo de sonrisa en los labios.

—Y, de nuevo, disculpad las palabras que he utilizado antes.

—Nada… Yo siento haber saltado así —responde él, y a ti se te parte el corazón un poco más.

Te despides y le haces una seña a Manuel para que se encargue de pillar hasta el último detalle de la declaración. Sin embargo, antes de marcharte, escuchas al moreno preguntar a Manu:

VÍCTOR

—¿En serio va a llevar semanas?

—Con suerte —te dice el policía—. A veces puede alargarse meses. Tenemos tanto trabajo, que... Pero crucemos los dedos para que sea ágil.

No te queda más remedio que confiar. Le agarras la mano a Dani, tratas de infundirle ánimos con una sonrisa y termináis de rellenar la denuncia.

Para cuando salís de la comisaría son pasadas las cuatro de la mañana. ¿Cómo es posible, si hace nada eran las dos y media y os estabais planteando dónde coger el taxi para iros a casa?

—Estoy muy orgulloso de lo que has hecho —le dices mientras bajáis la calle en dirección a la plaza de España—. Gracias por haber denunciado en lugar de habernos ido a casa.

—¿Crees que servirá de algo? —te pregunta con un hilo de voz.

—Solo haberlo hecho ya supone un cambio. El resto no está en tus manos.

Dani asiente y tú le pasas el brazo sobre los hombros para atraerlo hacia ti. Ha sido él quien ha recibido el bofetón, pero a ti te ha dolido tanto o más. ¿Cómo puede alguien pegar a una persona como él, tan comprometido con mil causas, tan sensible, tan bueno? ¿Cómo puede alguien agredir a nadie de esta manera, joder? ¡Y menos un policía! Por mucho que haya...

A esas horas apenas circulan coches, así que tardáis solo unos minutos en encontrar un taxi. Podríais volver a casa caminando, pero una parte de ti necesita dejar esa noche atrás cuanto antes y no quieres retrasar más el momento de caer en la cama y desconectar.

Una vez en marcha, sacas el móvil y descubres que Carlos ha creado un grupo de WhastApp con la gente con la que habéis pasado la noche hoy: Orli, Isa, Carlos, tú y él. Presidiarias. Así lo ha llamado.

Por el momento solo tiene su mensaje de bienvenida. Te cae bien. Te lo presentó Dani porque lo conoce de la universidad y, aunque no suelen quedar mucho, cuando los acompañas siempre suele haber risas aseguradas. Salvo esta noche.

Tú mandas un corazón y los informas de que ya habéis salido de la comisaría y guardas el teléfono para mirar a Dani.

A veces, y esta es una de esas ocasiones, te cuesta creer la suerte que tuviste de dar con él aquel primer día, hace un año y medio, buscando piso. Tú, recién aterrizado de Mallorca, y él, de Ávila. Ambos coincidisteis en la puerta de aquel apartamento en el barrio de Moncloa, nerviosos y algo asustados. No debería haber sucedido, pero tú te adelantaste a tu hora y la chica de la inmobiliaria que lo enseñaba iba con retraso y él era el siguiente. Al cabo de unos minutos de silencio incómodo, te saludó. Se presentó, te contó que tenía veintidós años (¡como tú!), que era de fuera (¡igual!) y que acababa de encontrar curro en una agencia de publicidad (en una serie, en tu caso).

Al principio lo sentiste como una amenaza, un contrincante: él podía quitarte tu habitación si a la chica le parecía mejor opción que tú. Pero al momento te olvidaste de todo aquello y os pusisteis a hablar como si fuerais dos viejos amigos que se hubieran reencontrado. Para cuando llegó su turno, te propuso verlo juntos, ¿te acuerdas? Y qué sencillo fue descartarlo con un par de miradas mal disimuladas. Ni era como en las fotos ni costaba lo que pedían. Así que salisteis de allí sin tener dónde vivir, pero con un nuevo compañero de viaje.

Y desde entonces...

Mirasteis otros pisos, esta vez juntos, en *pack*. Pisos compartidos enormes, cuartuchos que debían de incumplir la mitad de las normas de salubridad, sótanos húmedos, buhardillas achicharrantes, compañeros casi adolescentes..., hasta que por fin disteis con el indicado. Un tercero, en Argüelles, de cerca de setenta metros, con cuatro habitaciones y dos compañeras majísimas, Jimena y Lola, cuatro años mayores que vosotros. Os entendisteis al momento. Sin agentes inmobiliarios ni caseros de por medio. Era el piso de la abuela

de Jimena y ahora que sus antiguos inquilinos habían dejado un par de habitaciones libres necesitaban llenarlas cuanto antes. Y vosotros les caísteis en gracia. Os vieron cara de buenos, de no armar muchos follones y de pagar a tiempo. Les asegurasteis que erais de los que recogíais todo lo que manchabais y que preferíais las fiestas en casas de otros. También preguntaron si erais novios; no por nada, añadieron, simplemente por saberlo desde el principio. Que si estabais fingiendo ser solo amigos, no hacía falta. Dani y tú os mirasteis un segundo y os echasteis a reír… ¿Novios? No, amigos. Pero qué poco tardaría en cambiar eso, ¿eh?

Bastaron un par de semanas de convivencia, de salidas de fiesta por la gran ciudad, de grupos de amigos comunes, madrugones juntos para ir al curro o al gimnasio, de lecturas de separatas y ensayos ridículos y llenos de risas, noches de pizza y maratones de series para que llegara el primer beso. Y, tras él, todos los demás.

Sientes que es tu alma gemela. Esta sí, la de verdad, la que siempre has buscado en quienes no debías; que la casualidad quiso que te estuviera esperando en tu llegada a Madrid, que os fuerais a vivir juntos desde ese instante y que encajarais como dos piezas de puzle. Tú eres mucho más romántico que él; él es mucho más organizado que tú. Su anterior pareja le hizo trizas el corazón y tardó en confiar en ti en ese sentido, pero al final lo hizo.

Lo que Dani tiene de reservado, tú lo complementas con tu habitual espontaneidad. Estás redescubriéndote a su lado, y te encanta. Así fue como imaginaste siempre venirte a vivir a la capital y, por fin, entre las grabaciones, los *castings*, los ahorros y algún que otro empujón espontáneo de tus padres, te da incluso para vuestros caprichos.

—Eh, ¿cómo vas? —le preguntas.

Dani, que tenía la mirada perdida en la ventanilla del coche, se vuelve hacia ti y hace un mohín.

No está bien, lo sabes. Él carece de ese don que tanto te echa en cara a veces: el de poner una expresión y sentir lo opuesto. «Ya salió el actor.»

Lo conoces bien, pero por el momento, aunque te consuma la

impotencia, no puedes hacer nada, salvo estar a su lado.

Ya en casa, te desvistes, coges los bóxers con los que sueles dormir en verano y te cuelas en su habitación. Él ya está en la cama y te hace un hueco para que te metas. Lo abrazas por la espalda y le das varios besos en los hombros.

—Siento todo lo que ha pasado —le susurras al oído—. Pero, aunque suene a disco rayado: no te imaginas lo orgulloso que estoy de ti. Gracias a personas como tú puede que algún día veamos un cambio real… y se haga justicia.

Dani suspira y se vuelve hacia ti. Os quedáis los dos mirándoos, su aliento a menta de la pasta de dientes te golpea en la nariz cuando confiesa:

—Pues yo no creo que sirva para nada. Van a archivar toda esta historia sin darle una segunda mirada y punto…

—Va, Dani. ¡Mira lo que ha dicho la inspectora! Se lo van a tomar en serio.

—Eso se lo dirán a todos para que no demos más el coñazo y nos vayamos a casa.

—No —respondes molesto—. De algo servirá. Aunque solo sea para que le den un toque a ese animal.

—Ojalá tuviese tu confianza —responde, con mirada triste, antes de volver a girarse y dar por concluida la conversación.

Es tarde. Tú también te deberías obligar a dormir, pero no puedes. Sus últimas palabras flotan a la deriva en tu mente y sientes cómo se está encendiendo algo en tu pecho. En esto te niegas a que Dani lleve razón. Sus actos deben tener consecuencias. Contáis con testigos y con la verdad de vuestra parte.

Os tienen que creer.

No puede ser tan difícil dar con la persona que ha agredido a Dani. ¿Cómo no se os ocurrió hacer ninguna foto o vídeo? ¡Algo para identificarlos! Aunque, siendo una patrulla asignada a un punto concreto de la ciudad, sabiendo la hora, ¿no deberían dar con ellos? ¡Eso es lo que suele suceder en las películas y series que tanto os gustan, joder!

De pronto, adviertes la respiración profunda de Dani. Como

siempre, se ha quedado frito mucho antes que tú. A ver cómo consigues conciliar el sueño con la cabeza yéndote a dos mil por hora. Te incorporas y te quedas mirando las rendijas de luz que se cuelan por la ventana. ¿Y si ocurre como él dice? ¿Y si todo se queda en un puñado de buenas palabras e intenciones y ya está? Total, ¿por qué van a ensuciar el nombre de la Policía solo porque un par de niñatos aseguren que un agente los ha agredido? Qué pruebas reales tenéis, ¿eh? Exacto: ninguna. Vuestra palabra y punto.

Vaya, que ni siquiera le ha dejado una marca en la mejilla lo suficientemente roja como para que alguien lo advirtiera. Solo un bofetón. Las palabras de la inspectora vuelven a tu memoria y te enfurece descubrirte pensando, durante una milésima de segundo, que ojalá le hubiera hecho algo más. Algo pequeñito, pero que demostrara de manera clara que decíais la verdad.

De haberte pasado a ti...

De haberte pasado a ti, ¿qué? ¿Habrías fingido mejor? ¿Habrías exagerado de manera convincente hasta que... qué? ¿Hasta que os hubieran hecho más caso? ¿Hasta hacer llorar al policía? ¿Te crees que esto es una broma? ¿Una función? ¿Una secuencia que tiene que salir de una porque se va la luz?

Enseguida te avergüenzas de haber tenido semejante pensamiento intrusivo y te obligas a respirar y a no darle más vueltas. Claro que no es una broma. Claro que no es un juego ni la prueba para un puto *casting*.

Es culpa de los nervios. Respiras y te calmas.

Semanas. Esto va a ser cosa de semanas, como poco, os ha dicho el policía. Y todo ese tiempo, por supuesto, sin saber si realmente servirá de algo lo que habéis hecho. No es justo, no. Y aunque tiendes a ser mucho más positivo que Dani, cuanto más piensas en ello, más claro tienes quién de los dos está equivocado.

Y no es él.

Te levantas de la cama y regresas a tu cuarto tras comprobar que no lo has despertado. Una vez allí, solo, te sientas frente al escritorio, enciendes el ordenador sin saber muy bien qué pretendes o por qué lo haces y, cuando se activa el procesador de texto, comienzas a escribir.

Tratas de ser ordenado con las ideas, pero terminas vomitando a través de las palabras, a través de las teclas, todo lo que os ha sucedido esa noche y cómo te sientes. La impotencia que os abriga, la inseguridad, el miedo a que no haya servido de nada. Describes la noche entera con todo lujo de detalles: las calles en las que ha pasado todo, las horas a las que ha ocurrido, cómo ha sucedido, quiénes han sido los causantes, lo que os ha dicho la Policía Nacional, igual que lo que os ha dicho la Municipal, las dificultades que habéis encontrado para denunciar…

Te desahogas para no estallar.

Para releerlo y confirmar que ha sucedido de verdad.

Lo has hecho desde pequeño: primero en diarios, más tarde en archivos de Word que escondías en una carpeta con contraseña. Escritor o actor. Esas han sido siempre tus dos profesiones soñadas. Al fin te decantaste por la segunda, porque en el fondo sabías que para la primera no tenías suficiente talento o suficiente paciencia o suficiente coraje. Porque si ya te parece complicado darle voz y presencia a las palabras de otros, como para defender las propias. Nada, quita, quita…, mejor para ti.

Por eso lo haces: para desahogarte. No hay más razón. Al menos mientras tecleas y relees y corriges para que se entienda mejor, y cambias una palabra por otra. ¿Ves? Eso se le da mejor a Dani, que para eso estudió Comunicación. Pero eres tú quien necesita soltar lastre y, de algún modo, las palabras sobre la pantalla en blanco, cada golpe en el teclado, te están liberando.

Cuando terminas, lo lees, lo relees y lo vuelves a leer por tercera vez. Y de pronto no te vale solo con haberte desahogado. De pronto sientes la urgencia de que lo sepa todo el mundo. El Víctor actor que eres aparta de un empujón al Víctor escritor que en el fondo te gustaría haber sido y toma las riendas.

Te mueve el enfado, lo reconoces, la ira y la incertidumbre de que, si no haces algo tú, nadie lo hará. Y esa misma urgencia es la que te hace abrir Twitter, Instagram, TikTok, todas las redes sociales, incluso las que no tocas desde hace siglos. En ellas acumulas varios miles de seguidores, en alguna incluso cifras de cinco dígitos que luego no se

corresponden ni con los *likes* ni con los comentarios que recibes en tus vídeos y fotos, pero que te recuerdan que vas por buen camino, que pronto llegará tu momento. Tu momento de verdad.

Vas variando el formato según las características de cada plataforma para compartir vuestra historia por toda la red. Lo haces copiando y pegando el texto, haciendo captura de pantalla, recortándolo en varias imágenes para que quepa todo…

Cuando terminas, está empezando a amanecer. Estás agotado, pero sientes una paz extraña en el pecho que parecía haberte abandonado hasta este momento. Como cuando terminas una prueba y sabes que la has clavado, que el «Ya te llamaremos» es sincero. Que te van a llamar.

Apagas todos los aparatos sin la más mínima esperanza de que lo que has hecho tenga ningún efecto real salvo dejarte dormir, ahora sí, hasta que tu cuerpo lo demande.

Entonces te metes en la cama.

No eres consciente de cuándo te vence el sueño, igual que tampoco entiendes cómo puede ser que, de pronto, al abrir los ojos y mirar el reloj de la mesilla, los dígitos marquen las tres de la tarde, pero es así. Y lo curioso es que, por ti, seguirías durmiendo un buen rato más. Sin embargo, los golpes en la puerta de tu cuarto se repiten y adviertes que ha sido eso lo que te ha desvelado.

Estás a punto de pedir que te dejen tranquilo un rato más cuando escuchas la voz de Lola desde el pasillo:

LOLA

—¡Víctor! ¿Puedo pasar? Mira, voy a entrar.

No esperas a que te responda. La preocupación te puede y abres la puerta. Ignoras el calor y el olor a cerrado que te golpea en la cara y te sientas al borde de su cama.

—Acabo de leer lo que publicaste anoche —le dices, mientras él se incorpora y bosteza.

—¿Ehm…? —masculla adormilado.

—El *post*. Lo del policía. ¿Estáis bien? No he querido molestar a Dani.

—Pero a mí sí… —dice con una media sonrisa. Ya está despierto.

Sí, a él sí porque desde el primer día habéis conectado de una manera distinta y siempre te has llevado mejor con él. Además, has quedado con Jimena en que ella será quien hable con el otro.

—No me vaciles. ¿Cómo estás? ¿Qué pasó?

—Nada. Eso. Lo que has leído —responde, apartando la mirada. Lo cual te hace comprender que «nada» no ha sido—. Pero fuimos a la Policía, denunciamos y ya está.

Tú lo miras con los ojos bien abiertos al comprender que el chico no entiende lo que está sucediendo.

—Eh… Víctor… «Y ya está», no. —Intentas escoger bien las palabras para protegerlo; para no agobiarlo—. Tu *post* está por todas partes. Creo que lleva como cien retuits y casi ochocientos *likes*.

Antes de que hayas terminado la frase, Víctor se ha incorporado, ha cogido su móvil, lo ha encendido y se ha metido en la aplicación de la red social.

—No te creo… —musita—. Joder… Pero ¿quién lo ha compartido? ¿Y toda esta gente?

—Pues peña que lo lee y flipa. Pareces nuevo. Y más con lo que describes. Espero que a ese cabrón se le caiga el pelo y que, como

mínimo, lo echen de la Policía.

Pero Víctor no te escucha. Sus dedos se mueven por la pantalla a la velocidad que sus ojos leen. Un tuit, otro, un retuit, otro más; un retuit con comentario. Tú ya has leído muchos antes de entrar a hablar con él y sientes la imperiosa necesidad de protegerlo. ¿De qué? No estás segura, pero te está poniendo nerviosa cómo le está cambiando el gesto. Así que, en un acto reflejo, alargas la mano y le quitas el teléfono.

—¡Eh!

—Para.

—¡Si todo lo que ponen es bueno! —responde, en un estado de euforia que no sabes si te tranquiliza o te inquieta más—. Dicen que de puta madre por haber denunciado y están de nuestra parte. No esperaba algo así cuando...

Tú enarcas la ceja al escuchar eso y Víctor se interrumpe porque sabe lo que le vas a decir.

—Claro que lo esperabas. Al menos un poco, no me jodas. Eres famoso.

—No soy famoso.

—Sales en la tele: para mí, eres famoso.

—¡De secundario en una diaria!

—Alguien la verá, que por eso sigue en antena.

—Ya ves tú... Pero..., no sé..., no esperaba esto.

Le devuelves el teléfono y suspiras.

—Mira, solo te saco unos años y ya eres un hombre adulto en edad de empezar a pensar en abrirte un plan de pensiones, pero ya sabes que para mí eres como un hermano pequeño y me apetece hablarte como una vieja que no se acuesta sin su chupito de pacharán y que ha vivido mucho más que tú, así que me dejas y punto: ten cuidado. A la gente le encanta alistarse como guerrera en batallas ajenas, más si son de alguien a quien admiran, sin pensar en las consecuencias.

—Pero ¿tú has leído lo que ponen? Que nos apoyan, joder.

—Que sí. Ahora. Ahora os apoyan. Si de algo me ha servido estudiar Historia, y te aseguro que no ha sido mucho, es que los flujos de reacción con estos temas son siempre iguales: primero, una oleada

de apoyo, de fanatismo radical, de necesidad de demostrar ante otros que les parece una injusticia lo que ha sucedido, de miedo a que si no lo hacen, alguien los juzgará a ellos por falta de empatía... Y después, la reacción opuesta.

—Los *haters* —comenta.

—*Haters*, ofendiditos... A ver, que os habéis encarado a la Policía.

—¡Eh, que yo solo he contado lo que ha sucedido y punto!

—Tú me entiendes. Habéis señalado a unos culpables. Pero esos culpables, o presuntos culpables, tienen tantos detractores como admiradores. Y más en los tiempos que corren. Sí, no me mires así: meterse con la Policía tiene consecuencias de ambos tipos. Por el momento la cosa no se ha viralizado tanto como para que llegue a oídos de esa otra parte. Pero si va a más, llegará. Y a lo que voy es que no deberías escuchar ni a unos ni a otros. Has hecho bien en contar lo que os ha pasado. Ahora, cierra las redes sociales, olvídate del tema. No te enzarces en peleas con gente que no conoces. Piensa antes de responder si de verdad te merece la pena o te va a consumir energía que podrías aprovechar para otras cosas.

Sabes que le va a ser difícil hacer lo que le recomiendas. Su ego gana casi todas las batallas. Pero al menos te quedas tranquila después de haberle soltado todo ese discurso. No eres su madre ni su tutora legal. Él ya es mayorcito y tendrá que cargar con las consecuencias de sus decisiones.

—¿Crees que me puedo meter en un lío? Por haber escrito eso, digo.

—Se lo he pasado a Gabriel hace un rato y me ha dicho que no.

Él sí que estaba indignado. Gabri. Les tiene un cariño enorme a ambos, a Dani y a Víctor, y cuando se ha enterado de lo que les ha pasado por poco no se planta en la comisaría municipal para buscar al agresor y liarse a tortazos con él. Por eso lo quieres y lo has elegido como el hombre de tu vida.

—Me ha dicho que vosotros habéis narrado lo que os ha pasado sin faltar a nadie, pero que el cauce real, el que importa, es el de la denuncia. Os va a tocar esperar sí o sí, pero, llegado el momento, si necesitáis ayuda, podéis contar con él. Siempre conoce a alguien.

—Dale las gracias.

—Claro.

En ese momento, la puerta se abre y por ella aparecen Dani y Jimena. Ella, en cuanto os ve ahí, de charla, suspira como hace siempre, pone los ojos en blanco y dice:

JIMENA

—La que has liado, pollito...

Cuando, hace un momento, has entrado en la habitación de Dani, te lo has encontrado despierto y con el móvil en la mano. Ha bastado con que se volviera hacia ti para que te quedara claro que estaba al tanto de todo. Pero no por ello ha sido más fácil. Así que, como eres más de gestos que de palabras, te has acercado, le has dado un abrazo y ahí os habéis quedado un buen rato mientras escuchabais a través de la pared la conversación entre Lola y Víctor.

—Pero ¿qué has hecho? —pregunta Dani antes de acercarse a su novio y hacerse hueco en la cama, a su lado.

—No tengo ni idea —responde él.

—Armarla. Como toca —dices, y también te sientas a los pies del colchón—. Ya hemos oído los consejos de aquí la Abuela Sauce y tiene razón en todo.

Víctor asiente y se vuelve hacia Dani.

—¿Te parece mal?

—No. Me ha... sorprendido.

—No te he etiquetado para que no te molestasen a ti y...

—Tranqui. Lo he retuiteado y compartido en mis redes, dejando claro que soy yo. Simplemente no lo esperaba. Pero estamos juntos en esto. ¿Seguro que no te apetece meterte a periodista? Tienes madera.

—Casi que no —responde Víctor, y se dan un beso en los labios que te hace sonreír—. ¿Te duele?

—Me molesta, sí —comenta, acariciándose la mejilla—. Pero no tengo nada.

—Es impensable que a día de hoy sigan ocurriendo estas cosas —dices—. A Sara la pararon ayer unos policías un par de horas antes de lo que os pasó a vosotros y tuvo que pedirle a una de sus compañeras de piso que le llevaran al control el contrato de alquiler del piso para

demostrar que vivía en Chueca. Pero lo peor no fue eso, sino las formas: le cortaron el paso con un golpe en el pecho cuando fue a entrar, no me jodas, como si fueran unos puñeteros gorilas de discoteca.

—Pobre... —comenta Lola.

Tú asientes porque solo de contarlo te ha vuelto a subir la bilirrubina como anoche. Ojalá hubieras estado ahí para gritarle al policía y dejarle claro que a tu novia no la trataba nadie así y animarla a denunciar si la cosa iba a más. Pero Sara no es así. Por muy alta y ancha que parezca, en el fondo es una osita de peluche y prefiere mantener las formas y evitar el conflicto, aunque el mundo entero pierda los papeles. Tú no. Igual que no te gusta hablar y prefieres dar un abrazo porque sientes que siempre fallas con las palabras, pero nunca con los gestos, también prefieres encararte cuando la ocasión lo merece y pedir explicaciones más tarde.

—Lo único que debéis recordar es que sois más que todo esto que os ha pasado —dice Lola, y tú asientes. Admiras profundamente su capacidad de escoger siempre las mejores palabras—. No dejéis que os defina ni permitáis que otros os definan con ello. Es algo que os ha pasado, por desgracia, pero sois mucho más, ¿vale?

—¿A qué viene esto? —pregunta Víctor confuso.

A vuestra edad, la diferencia de años resulta anecdótica. No como en la adolescencia, cuando los cambios resultan abismales. Pero es cierto que ellos dos siguen, aun con todo, pareciendo un par de polluelos recién salidos del cascarón y tratando, después de un año en la capital, de domar a la fiera que puede resultar a veces Madrid y lo que traen consigo sus calles.

—Viene a lo que pueda pasar —dices tú—. Y a lo que ha pasado ya. Me preocupan más las secuelas que deje en vosotros toda esta historia que el moretón que le pueda salir a Dani.

Este baja la mirada. Está alicaído. Desde que has abierto la puerta de su habitación para hablar con él parece otro. Es como si estuviera, pero sin estar. Acurrucado sobre Víctor, con la cabeza gacha, escucha la conversación en silencio.

—Lo mismo queréis estar solos un rato —sugieres—. Lola, ¿nos

vamos al salón?

Tu compañera los mira un segundo más antes de asentir y seguirte. Cuando cerráis la puerta, os miráis de manera significativa y os dirigís al sofá. Enciendes el televisor y pones lo primero que pillas.

—Menuda mierda —comenta Lola.

—Si yo hubiera estado allí… —mascullas.

—Pues mejor que no, porque el lío habría sido de órdago. —Te lo dice de broma, pero en el fondo ambas sabéis que es verdad—. Con esa gente es mejor no alimentar el fuego.

—Ya, tía, pero…

En ese momento se abre la puerta de la habitación y salen los dos chicos.

Os volvéis para mirarlos.

—¿Vemos una peli los cuatro? —propone Dani—. Me apetece despejarme, pero fuera hace un calor…

—Por supuesto que sí. ¿Pelis antes de comer? Planazo. Y luego pedimos unas pizzas —contesta Lola, haciéndoles hueco en el enorme sillón con *chaise longue* donde cabéis todos.

Os prohibís mirar el móvil, sobre todo ellos dos…, pero, a punto de acabar la película, ves con el rabillo del ojo cómo Víctor se distrae y saca su teléfono. Quieres decirle algo, pero no lo haces. Por el contrario, te levantas y vas al baño. Cuando regresas, te encuentras con tus tres compañeros mirando sus móviles con las caras desencajadas.

—Pero vamos a ver, ¿en qué habíamos quedado? ¿Pasa algo?

—Esto —responde Lola, y te enseña la pantalla del teléfono.

Su dedo señala un número en ella.

—¡¿En dos horas?! No te creo…

—Pues créetelo: más de diez mil *likes* en Instagram y ochocientos comentarios.

Tú coges tu propio móvil y entras en el resto de las redes. En todas, la cosa se ha disparado. Mil doscientos *likes*…, ochocientos retuits…, noventa respuestas por Facebook, donde también está rulando.

—Chicos… —mascullas, sin saber en realidad cómo seguir la frase

—. Igual es mejor si no leéis todo lo que…

Pero Víctor levanta entonces la mirada y dice:

—Me ha escrito un periodista. Quiere que le dé mi teléfono para llamarnos.

—¿De qué medio?

—*ADiario*.

—Esto es muy *heavy*.

—Tenéis que hablar —dices, sin reconocerte en esa vehemencia—. Tenéis que contar lo que os ha ocurrido. Para la gente que no se mete en internet. Para que vean lo que está pasando.

—Jime, tía, relaja un poco…

—No, no, no, no. Nada de relajarnos. Al contrario. Esto tiene que llegar a más gente.

—Solo si ellos quieren.

—Claro, evidentemente. Pero… queréis, ¿no?

Víctor mira a Dani con duda. No sabe si quiere. Sin embargo, el rubio alza la mirada, confiado, y dice:

—Sí, queremos.

Y tú sientes una mezcla de alivio y una congoja extraña que se anida en tu pecho, pero que prefieres ignorar.

—A ver —comenta Lola entonces—. Dejadnos leer qué os ha puesto el periodista ese…

JOSE

> Hola, Víctor, me llamo Jose Ortega, de ADiario. Lamento profundamente lo que ha pasado con la Policía. Me gustaría poder hablar contigo y tener más información que la que habéis proporcionado en los tuits. ¿Os importa darme un teléfono para que os llame y me cuentes lo que vivisteis? Gracias y fuerza.

Te has pensado mucho cómo redactar el mensaje. No quieres parecer un carroñero, pero el tiempo apremia. Sabes que estas historias tienen fecha de caducidad, que si no las pillas pronto, dejan de tener interés o puede robártela otro medio. Es algo demasiado fácil y demasiado jugoso. Unas víctimas, un opresor con poder, una ambientación ideal en pleno barrio de Chueca y, además, durante las fiestas del Orgullo. Joder, si es que es un texto que te puedes sacar por la gorra en un trayecto de metro. Pero mejor si cuentas con declaraciones de los chicos. Que sí, que ya han explicado todo en sus *posts* de internet, pero seguro que hay detalles que se han dejado en el tintero, por voluntad o por los nervios, y tú puedes sacarlos a la luz.

Y no tienes ni que esperar a mañana: puedes publicarlo esta misma tarde en la versión *online*.

Lo cual no quiere decir que seas un buitre. Que el tema, por encima de todo, te importa, te afecta. No directamente, pero casi. Tienes muchísimos amigos del colectivo que siempre te están insistiendo en que escribas artículos, reportajes, entrevistas sobre estos temas. Que no seas como los demás y trates de ignorarlos o hacer como que son anecdóticos y poco relevantes. Que para algo te hiciste periodista, ¿no? Ese comentario es el que más te pica, porque tienen razón: te hiciste periodista para denunciar las injusticias, descubrir la Verdad con mayúscula, defenderla y combatir a quienes tratan de esconderla o maquillarla. Y mira que eso era lo que más criticabas de algunos de tus profesores de la universidad, de los que, a jornada parcial, tenían mano en informativos y diarios y programas de radio,

pero que nunca alzaban la voz con los asuntos que de verdad importaban.

Será que con los años te has acabado rindiendo. Los años… A veces suenas a viejo revenido y solo tienes treinta y tres. Pero es verdad que empezaste joven, eso no te lo quita nadie. A los veinte ya estabas haciendo las prácticas en Onda Cero, y antes habías tenido oportunidad de trabajar en emisoras locales. Te creías indomable. Pensabas que en cuestión de cinco años estarías de colaborador en alguno de los programas más escuchados o, ¿por qué no?, con tu propia columna o sección en algún periódico importante. Pero no ha sido el caso… Las crisis, los contratos precarios, los gerifaltes que llevan años en puestos de poder y que no dejan que entre sangre fresca…

Porque por falta de talento no es. Eso lo tienes clarísimo. Tú vales mucho. ¡Pero si todos los reportajes que has sacado adelante han tenido un montón de *clicks*! Vale que la mayoría fue durante tu etapa en la sección del corazón en un periódico *online*, pero es que a ti jamás se te han caído los anillos a la hora de trabajar. Nunca. ¿Que tienes que escribir sobre fútbol? Pues escribes sobre fútbol. ¿Que te piden que entrevistes a la ganadora del último *reality* de moda? Pues ahí que vas con tu grabadora y tu libretita. ¿Que al día siguiente te enteras de un escándalo de política? Pues bien que propones el artículo… Otra cosa es si te lo cogen, el espacio que te dejan o si, en lugar de acabar en la sección impresa, terminas en la web. Que, a ver, es lo mismo… y no lo es. Tu madre no quiere estar imprimiendo tus textos, que siempre salen mal y parecen trabajos de colegio. A ella lo que le hace ilusión es ir al quiosco, pedir el periódico o la revista y enseñarle al quiosquero y a todas sus amigas tu nombre, ahí, bien claro, antes de recortar tu artículo y guardarlo junto a los demás en el archivador que compró para ello y que tiene en la estantería del salón.

Por eso, el asunto este del actor gay y su novio puede servirte de trampolín a algo más. Que no, que no es solo por eso, te repites. Pero, oye, si además de ayudarlos como altavoz tú sacas algo, pues mejor que mejor. ¿A quién le haría daño algo así? Además, no vas a faltarles al respeto en ningún momento. De hecho, ni siquiera te vas a molestar

en preguntar a la Policía su versión. ¿Para qué? Las historias que venden son las de las víctimas.

Al menos al principio.

Porque tienes claro, viendo cómo se está viralizando el asunto, que esto va a traer cola y que aún quedarán muchos capítulos que cubrir. Pero el importante es este: el primero. Antes de que la opinión pública se canse del tema, de que les parezca algo viejo, de que les aburra. Luego ya encontrarás la manera de avivarlo y de que tu jefe te permita escribir otras cosas sobre el tema. Que si la violencia policial, las pruebas psicotécnicas que deben pasar los agentes y la presión a la que se los somete, el peligro de las denuncias falsas, la precariedad laboral dentro de las fuerzas de seguridad del Estado, el aumento de las agresiones homófobas en el país… Todos esos son temas que se te han ocurrido y que has apuntado en tu libreta en ¿cuánto tiempo? ¿Veinte minutos? ¿Treinta? Desde que has escrito al chico. Solo para demostrarte a ti mismo que si esto sale bien, tienes carrete para largo.

El chico que lo ha escrito, Víctor Valdés, no es muy conocido, pero hay sustancia suficiente para empezar. Has hecho una búsqueda rápida antes de escribir a su pareja. Lleva un año y poco en la tele. Lo cogieron de secundario sin tramas en *La Olvidada*, una serie de las que ve tu madre. Un *remake* de una telenovela turca sobre infidelidades, familias disfuncionales, amores imposibles y huérfanas que descubren sus orígenes multimillonarios. No es tu rollo, pero sabes que hay bastante gente que se engancha a ellas y que a muchos de sus actores les sirve de trampolín para proyectos más suculentos.

El novio es desconocido. Dani, se llama. Ha sido fácil encontrarlo. En LinkedIn pone que trabaja en marketing. Irrelevante. También ha compartido la publicación. Podrías haberle escrito a él. De hecho, sería más fácil que te leyera, porque tendrá menos notificaciones, pero has optado por hablar con Víctor porque ha sido él quien ha posteado la historia y porque, siendo actor, te da que estará más dispuesto a salir en un medio.

Has puesto el caramelito. A ver si ahora lo coge.

—Va a ser solo una llamada, venga… —mascullas para ti, como siempre que te pones nervioso.

A tu lado, *Boris*, el gato que adoptaste hace cinco años y que se pasa las horas viéndote teclear desde su cojín, alza la cabeza y te mira.

—Es que me necesitan. Ellos no lo saben, *Boris*, pero me necesitan. ¡Tienen que dejarme hacer mi trabajo!

El gato vuelve a bajar la cabeza y cierra los ojos. Le da igual lo que le cuentes, como temes que les pase a muchos de los que antes te seguían y te comentaban con fervor. Quizá por eso ahora odies tanto las redes. Porque ya no reconoces tu espacio en ellas. Sí, te excusas diciendo que es porque le han robado su hueco al periodismo de verdad, el que se hace en una redacción, el que tiene sus riesgos si te equivocas, el que da en el clavo.

Ahora todo vale y no importa lo que se diga mientras que se haga viral.

Y tú nunca te has hecho viral. Ninguna de tus historias ha trascendido más allá de unos pocos lectores u oyentes aburridos, y seguro que ninguno de ellos es capaz de recordar el nombre de quien lo escribió: tu nombre.

Pero con esta historia... la cosa puede ser distinta. Mejor si te alías con los chavales y los llevas de la mano. Ser su altavoz hasta convertirte en el tuyo propio. ¡Es que si lo haces bien, lo mismo te dan hasta una columna de opinión para aportar tu visión siempre que suceda algo relevante!

Además, ¡esta historia es tuya! La has encontrado tú. Da igual que haya sido cuando ya llevaba más de cinco mil retuits y otros cientos de comentarios; estás seguro de que nadie la ha entendido a tu manera, ni siquiera los chavales en cuestión.

—¡Por eso me tenéis que contestar, coño!

Esta vez has alzado la voz más de la cuenta, y *Boris*, indignado, se estira y se baja de un salto de la mesa en dirección a la cocina. Te das cuenta de que lo mismo no tiene pienso porque en todo el día no le has rellenado el comedero, y te vas a levantar justo cuando oyes un ding y en la pantalla aparece la respuesta del chico. Víctor.

¡Sí, quiere hablar contigo!

—¡VAMOOOS! —exclamas, y hasta alzas los puños al cielo.

Te ha dejado su móvil para que lo llames.

Pegas un salto de alegría porque sabes que va a salir bien y, con manos temblorosas, marcas el número que te ha indicado y esperas hasta que descuelga.

DANI

—¿Hola? —saluda Víctor, sin apartar los ojos de tu mirada.

—¿Víctor? Buenas, soy Jose Ortega, de *ADiario*. ¿Te pillo bien?

La voz del periodista a través del manos libres te tensa. Sientes la boca seca. Como si alguien te estuviera acariciando la nuez, amenazando con golpeártela en cuanto te descuides.

—Sí, sí. Dime.

—Muchas gracias por atenderme. Oye, antes de nada quería decirte que siento muchísimo lo que habéis sufrido tu chico y tú. Menudos cabrones…

—Ya… Gracias —responde Víctor.

Entre vosotros, Jimena y Lola asienten, como infundiéndole fuerzas.

Por un instante, sientes que sobras, que igual no deberías escuchar esa conversación. Les has dicho que tú no querías hablar con nadie del tema. Que lo hiciera él. «Encárgate tú, que se te da mejor», le habías dicho. Él es actor. Está acostumbrado. Es quien publicó todo en internet, con quien quieren hablar, quien mejor hila la historia.

No es una percepción tuya: es así. Es una de las cualidades que te enamoraron de él. Te gusta cómo modula la voz y cómo hace las paradas en los momentos oportunos para construir el ambiente y que vaya escalando la emoción. Da igual la anécdota que esté contando, Víctor roba la atención de quien tenga a su alrededor y no lo deja marchar hasta que ha concluido. De ahí que odie tanto que lo interrumpan. De ahí que su gesto se vuelva más y más iracundo con cada pregunta del periodista: en los minutos que llevan charlando, la historia ha dejado de ser de Víctor. Ahora es del otro. Está tratando de pastorearlo y eso no le gusta.

—Pero entonces ¿tu chico…, Dani…, le insultó o algo?

—No. O sea, se quejó cuando lo llamó maricón, pero…

—Vale, entonces sí que le dijo algo que hizo que el otro saltara.

—¡El tío saltó porque le dio la gana, y encima fue cuando ya estábamos a unos metros del control policial para...!

—Sí, esa parte ya me la has contado. Pero solo para estar seguro de que lo he entendido: él se encara...

—¡Dani no se encaró a nadie! Solo les pidió pasar de vuelta para despedirse de nuestros amigos. ¡Lo acababan de ver salir!

—Y no le dejaron pasar.

—No. No le dejaron pasar. Y lo llamaron bombón y maricón.

—Y él los increpó...

—Él se cabreó, como es lógico. ¿Tú no lo habrías hecho o qué?

El tono de Víctor es cada vez más cortante. Más impaciente. Lo conoces: es el que usa cuando se enfada y se le agota la paciencia. Entre tanto, tú escuchas la conversación como si no fuera contigo la cosa, como si no estuvieran hablando de ti.

—Víctor, yo no soy el enemigo —replica el periodista. La amabilidad del principio ha dado paso a un tono condescendiente que te molesta, aunque sigues sin decir nada—. Estoy haciendo estas preguntas para contar vuestra historia de la mejor manera posible.

—Eso ya lo he hecho yo y creo que no se me ha dado tan mal... —le replica Víctor orgulloso. Lola le golpea en la rodilla y le hace un gesto para que rebaje el tono. Él respira y añade—: Mira, perdona, estoy un poco cansado de todo esto y...

—Lo imagino. ¿Seguimos?

—Sí.

Y siguen. Y tú mientras te mantienes al margen. Para el periodista, solo existes en ese relato. Probablemente para él tengas la dimensión de un personaje, no de una persona real. No lo confesará, pero es así, por cómo habla de ti. Apenas eres la excusa para que su jefe le compre el artículo. Víctor es la única prueba viviente de que todo eso ha pasado de verdad. Al fin y al cabo, es quien lo está contando. Sabes cómo funcionan los medios. Y hay una parte de ti que se relaja con ese pensamiento. Pero hay otra que se siente abandonada. Traicionada, incluso. En su crónica serás unidimensional. Es lo que has querido, ¿no? «Habla tú», has dicho. Y Víctor lo está haciendo. Y muy bien,

además. Para cuando el periodista da por concluida la entrevista, no queda duda de que vosotros sois las víctimas.

—Una cosa más: ¿se ha puesto en contacto con vosotros alguna asociación LGTB?

—Mmm, no. ¿Por?

—Por hablar con ellos también.

—¿Para qué?

—Pues para tener más contexto, Víctor. Para el artículo.

—Pero ¿esto no era sobre nosotros y ya?

—A ver, sí, lo es, pero… tú eres actor, así que entiendes que las historias tienen más de un matiz.

—¿Y qué más matices quieres? Te lo acabo de contar todo.

—Que sí, que ya lo sé, pero entiende que quiero conocer… otras versiones.

—Vas a hablar con la Policía. ¿En serio?

—Víctor, calma: esta historia es vuestra.

—No me jodas…

—No te jodo, no. Al revés: quiero ser lo más justo posible. Sigue siendo vuestra historia y está claro quién sufrió la agresión, ¿vale? Pero igual la Policía tiene algo que decir… ¡y no tiene por qué ser malo ni ir en vuestra contra!

Víctor suelta una carcajada seca y con ella revive el miedo de la noche del bofetón, oculto en algún rincón de tu pecho que no logras identificar. Él ve tu cara cansada y para. No lo has hecho a posta, pero te ha sido imposible esconderlo. Con la mirada tratas de hacerle comprender que no tiene que ver con él, que lo ha hecho lo mejor posible, pero estás cansado.

—Haz lo que tengas que hacer —concluye Víctor, hablando al teléfono, pero sin apartar sus ojos de los tuyos.

—Gracias. Espero que sigáis bien y ya te avisaré cuando se cuelgue, pero será esta tarde, probablemente.

—¿Tan pronto?

—La gente necesita conocerlo cuanto antes. Ya verás lo bien que va.

Víctor te mira para ver cómo reaccionas, pero tú no mueves un

músculo. Hoy mismo. Te cuesta procesar la información mientras el periodista añade:

—Dale las gracias a Dani y mucho ánimo a los dos.

Cuando cuelga, los cuatro os quedáis en silencio hasta que preguntas:

—Hemos hecho bien, ¿no?

—¿Respondiendo a la entrevista? Sí. ¿Por?

—No, por nada.

Por nada, no. Y lo sabes. Pero tampoco tienes fuerzas para enfrentarte a ello.

Justo en ese momento tu móvil comienza a vibrar. En la siguiente fracción de segundo te planteas que alguien haya descubierto tu teléfono y que vaya a recriminarte todo: la denuncia, haber respondido a la entrevista, airearlo en el *post* de Víctor. Pero no.

—Mi hermana —dices, y respiras—. Ahora vuelvo.

—Yo también debería llamar a mis padres —oyes decir a Víctor cuando te levantas y te diriges a tu habitación para tener algo de intimidad.

Cierras la puerta.

—Hola, Miri, ¿qué tal?

MIRIAM

—No, qué tal yo no. ¿Qué tal tú?

Mira que te has prometido no alterarte. Que lo que menos necesita ahora Dani es que lo pongan aún más nervioso. Pues nada. Ha sido escuchar su voz y que tu tono se dispare varias octavas. Es tu hermano pequeño, ¿qué esperas que pase?

Respiras mientras él responde.

—A ver, estoy bien.

—¿Te duele? El bofetón. ¿Has ido al médico o...?

—¡Qué va! Me molesta un poco la mejilla, pero ya está.

—Qué animales. ¿Y la denuncia?

—Puesta. Tenemos varios testigos y eso.

—¿Y pruebas?

—Miriam, para.

—¿Qué? ¿Qué quieres que pare? ¿No me puedo preocupar? Que sepas que estoy llamando yo para que no lo tenga que hacer mamá. Les he dicho que no te molestaran. Que luego les contaba.

Y menuda había sido esa conversación.

Tu madre lo había leído bien temprano. Como siempre madruga más que nadie...

Tu padre no sabía nada, porque para qué preocuparlo.

¿Y tú qué sabías? Has llamado, les has preguntado si se habían enterado y entre el «Sí» de tu madre y el «¿Enterarme de qué?» de tu padre ha saltado la tercera guerra mundial. Que si ya no me cuentas nada. Que si a ver si no voy a poder estar al tanto de lo que le pasa a mi hijo. Que si cómo va a hacer la Policía una cosa así.

Y tú pidiendo calma a tus padres, que de normal parecen maestros zen, pero con esto...

Tienes que reírte porque precisamente eso es lo único que no tienes desde hace meses: calma. Entre el embarazo y la obra, milagros,

a Lourdes. Pero al final has conseguido que amainaran las aguas y te escucharan. No lo sabías con certeza, pero les has dicho que Dani estaba bien. Con el *shock* del momento, pero ya está. Que te había escrito para que no os agobiarais. Ja. Todo mentira, pero a tus treinta años has aprendido a manejar a tus padres para que no se presenten en Madrid y monten un piquete en plena Gran Vía por su hijo. Después les has asegurado que cuando hablaras con él más rato les contarías.

—¿Y no se te ocurre decirme nada? —le recriminas, ahora que por fin lo tienes al teléfono—. Que si no te llamo yo...

—Te iba a llamar, Miri, joder. ¡Me acabo de despertar!

—Pues Víctor anda que no ha madrugado...

—Víctor no ha dormido —responde seco. Y su tono te hace sentir culpable.

Tus dedos se enredan en los flecos de la manta del sofá.

Vuelves a respirar conscientemente, como has visto en mil vídeos de relajación de TikTok. Cierras los ojos para recordarte que si estás enfadada es porque te preocupa.

—No estáis solos, ¿no?

—Estamos con Lola y Jime.

—Vale.

Te caen bien sus compañeras de piso. De lo poco que las conoces, sabes que son responsables y que cuidan de Dani y Víctor como lo harías tú. No, mejor, porque tienen más paciencia, aceptas, aunque te pique un poco.

No sabes muy bien qué más preguntar. Está bien. No le duele mucho. Han denunciado. Ahora supones que solo queda esperar.

—¿Qué tal la casa? ¿Y la tripa? —te pregunta él. Y en el fondo agradeces el cambio de tema. Sobre todo porque necesitas desahogarte con alguien.

—Ahí vamos. Poco a poco. La tripa hinchándose, pero aún es pronto. Yo es que soy muy así, pero mis amigas hasta el tercer mes no dicen ni mu.

—Ya. Bueno, pero irá bien.

—Mejor que la casa fijo: la constructora se está retrasando y nos

estamos peleando para que no nos suban los precios. Un coñazo... Y como Miguel está hasta arriba de curro y yo teletrabajo, pues la que pringa y hace todas las llamadas soy yo, entre arcada y arcada, también te digo.

—¡Ay, Miri! —se queja—. Os va a quedar genial.

—Claro que quedará bien. Pero ¡porque me habré deslomado! ¡Que me falta ponerme yo a levantar tabiques!

—Tú relaja, que lo importante es el bebé.

—Ya, ya, pero mira, ayer me llaman los del sofá: que van a retrasarse al menos otro mes más. ¡Que ya van tres! Y ¿tú crees que me van a hacer algún descuento por ello? No, señor. Y ahora resulta que el de la cocina tomó mal las medidas y tienen que rehacer una parte de los muebles.

—Y ¿por qué no cambiáis de constructora?

—En mitad de la obra, sí, hombre.

No entiendes que no lo entienda: tu casa tiene que ser perfecta. Como las de tus amigas. No: mejor. Quieres que sea ese lugar que todo el mundo quiera visitar. Tu refugio. Para ti y tu bebé y tu marido. Y con tanto cambio no lo va a ser. Va a ser una mierda. Una mierda que la gente va a comentar con sonrisas envenenadas y codazos cuando salgan por la puerta. Y estás harta. Harta y cansada.

—Si te sirve de algo, creo que va a quedar perfecta. Lo importante es que Miguel y tú seáis felices en ella.

—Ya, pues si no soluciono estas cosas, ya te digo que yo no voy a dormir tranquila.

Después de decir eso, ambos os quedáis en silencio. Sientes el pulso acelerado. Te das cuenta de que has olvidado por qué lo habías llamado. No era para hablar de la casa. Era para hablar del bofetón. Del bofetón de un policía a tu hermano pequeño. Pero, como lleva sucediendo desde hace casi un año, en cuanto tus pensamientos cogen la autopista de la reforma, ya no hay manera de sacarte de ese tema. Y eso te cabrea aún más.

—En fin, voy a seguir trabajando —dices, y de pronto te enciendes de nuevo—. Porque aquí una, además de asegurarse de gestar un bebé y de que tiran las paredes correctas, tiene que seguir traduciendo

como una loca si quiere pagarlo.

—¿Algo entretenido?

—Una serie de libros infantiles que, con suerte, revientan a vender y me hacen rica.

Los dos os reís. Él, por animarte. Tú, por lo ridículo del asunto. Nadie se hace rica traduciendo libros.

—Descansa, ¿vale? Y si hay alguna novedad, intenta contármela antes de que me entere por internet.

—Vaaale. Te quiero, Miri. Gracias por llamar.

—Y yo a ti, enano. Un abrazo a Víctor y a las chicas.

Cuando cuelgas, suspiras. Has ejercido de hermana mayor como se espera de ti. Ahora te toca ejercer de hija y volver a llamar a tus padres, confirmarles que Dani está tranquilo. Que sus amigos y Víctor están pendientes de él. Que no ha sido tan grave.

Tan grave.

Te arrepientes al momento de haber tenido ese pensamiento. ¿Cómo que no ha sido tan grave? Un policía ha atacado a tu hermano pequeño. Al mismo que cada mes se guarda parte de su mísero sueldo para pasar un fin de semana con sus padres. Al mismo que todos los días sin excepción llama a su abuela para preguntarle qué tal está. Al mismo que asumió su homosexualidad de adolescente y tuvo las santas narices de plantarse delante de la familia y decirlo en voz alta sin que le temblara la voz y sin pedir permiso. A ese chico que se desvive por ayudar y por cumplir las normas desde que nació le han cruzado la cara. Y no hace falta que nadie te dé los detalles para leer entre líneas y saber que ha sido por ser gay.

Inconscientemente, te acaricias la tripa. ¿A qué mundo vas a traer a esta criatura?

—¡Me cago en la leche! —gruñes para ti.

Y después rompes a llorar. De cansancio. De estrés. De ansiedad. Por culpa de las hormonas. Por todo. La reforma es de las cosas más insoportables que has vivido, y más estando embarazada y con Miguel trabajando de sol a sol y preparando las oposiciones en sus ratos libres. Hace lo que puede, pero eres tú la que no puedes más. ¿Cómo habéis tenido tan mal *timing* para todo? Pues porque fue una sorpresa.

De nuevo, suspiras. Tomas aire y te concentras. Irá bien. Todo irá bien. Todo… No funciona. No sirve de nada este ejercicio. Igual ni lo estás haciendo correctamente. Deberías comprobarlo. Tienes que confirmarlo.

Allí mismo, en el sofá, abres la aplicación para buscar a tu *tiktoker* de confianza, pero antes de llegar a su perfil te salta un vídeo que capta al instante tu atención. En el rótulo de la introducción, con letras grandes y coloridas, están escritos dos nombres que conoces muy bien: el de tu hermano y el de su novio.

MARTA

—Hola, mis pitufinis favoritos. Hoy… quiero hacer un vídeo especial. Después de haberme enterado de la agresión que sufrieron Dani y Víctor en Madrid por parte de la Policía durante el Orgullo en Chueca…

Estás indignada. Casi sientes un dolor físico en el pecho que te impide respirar. Para dos días que decides desconectar de las redes y descansar un poco, ¡mira lo que pasa! Tienes que pronunciarte al respecto ya de ya.

Tus setecientos cincuenta mil seguidores te lo exigen.

Bueno, igual no todos, pero ya has recibido más de cien mensajes privados y un par de menciones que te preguntan por el asunto con el enlace al *post* del actor donde se narra todo lo que les ocurrió anoche.

Lo has leído entero, varias veces, de hecho, y tienes que obligarte a destensar la mandíbula y a relajarte del enfado que sientes. Te suele pasar con todas las injusticias. Desde niña te afectan más de lo normal. Tus padres siempre te lo decían: que no le dieras tanta importancia a todo, sobre todo si no tenía que ver contigo. Pero te resultaba inevitable.

Eres así. ¿Cómo vas a cambiar quién eres?

Lo que sí aprendiste fue a fingir. Eso se te daba bien. No tenían que darte la murga si no te lo notaban. Así fue como empezaste a desahogarte con el móvil. Escribías parrafadas sobre temas que no querías que nadie escuchara para evitar que te juzgaran. Te liberabas de aquel peso a través de esos textos y al menos lograbas contener esa intranquilidad que te embargaba durante varias horas. Con el tiempo pensaste que quizá no fueras la única que sufría de la misma manera y, por compartir tu voz con el mundo, te abriste el *blog*. Claro que por entonces poco podías imaginar de lo que vendría en los años futuros.

Aquel espacio, ese rincón que sentías tan tuyo en la inmensidad de

la red, se convirtió en el hogar de miles y miles de lectores que comentaban todo lo que escribías, te daban su opinión y se sentían comprendidos. Mejor aún, te hacían sentirte a ti comprendida. Lo que no habías encontrado ni en tu familia ni en tu círculo de amigos te lo ofrecían a espuertas todos aquellos desconocidos, y te hacían sentir bien.

Por eso, el *blog* no tardó en quedársete pequeño. ¡Con la de posibilidades que ofrecía internet! Así aceptaste, después de tanto tiempo renegando de ellas, abrirte perfiles en las principales redes sociales, en YouTube, en Twitch, en TikTok. Tus reflexiones escritas en el móvil pasaron a ser sencillos guiones en los que te apuntabas las ideas principales para después grabarte hablando sobre ellas. Aunque, para ser absolutamente sincera, el proceso fue algo más complejo, y recuerdas la primera vez que te grabaste como uno de los momentos más significativos de tu vida. Esto no se lo has dicho nadie, claro, porque te tomarían por loca, pero es así. Hasta ese momento, siempre te habías escondido detrás del avatar que dibujaste tú y de tus palabras.

Por eso, presentarte al mundo con tu foto y, más tarde, con tu vídeo, lo cambió todo.

Con el tiempo has advertido que muchos de los agobios, como los llamabas entonces, que te generaban cualquier malestar a tu alrededor tenían un nombre concreto: ataques de pánico, y el estado en el que te sumían, ansiedad. Pero claro, ¿qué iban a saber tus padres o nadie del pueblo donde te criaste? En Villanueva de la Sierra ya había un loco, el loco del pueblo, casi como si la localidad siguiera anclada a la Edad Media; como para haberles dicho nada de ir a terapia o de visitar a un psicólogo.

A Dios gracias que ahora tenías internet.

¿Y lo bien que te habría venido entonces? ¿Y la de conflictos internos que te habrías ahorrado solo con haber sabido que lo que te pasaba era natural, que tenía un nombre y que, con esfuerzo y el acompañamiento correcto, podía solucionarse?

Te gusta decir que las redes, el *blog* y los canales han sido tu terapia, y que todos tus seguidores han sido tus terapeutas, sin ellos

saberlo. Siempre les has agradecido que te siguieran y que estuvieran ahí, pero dudas de que alguno comprenda la magnitud de su labor inconsciente.

Ahora te ríes, porque sabes que no es así. Que ellos no te han ayudado de ninguna manera. Que tú necesitabas desahogarte y lo hiciste de este modo, y que, de hecho, a la larga, el asunto de poner siempre buena cara para la cámara te ha pasado una factura más grande. Y que —va, sé sincera— en el fondo lo que has hecho ha sido ahogar tus verdaderos problemas en un mar de *likes* y *followers* y aplausos y comentarios con los que hacerte una coraza para seguir, como hacías de pequeña, escondiéndote sin dejar que nadie sepa realmente quién eres, ni siquiera tú misma. ¿O no?

Pero te has prometido que eso va a cambiar.

Que vas a escuchar a Mari Ángeles, tu psicóloga, y que vas a enfocarte en todas esas batallas que tratas de ignorar. Quizá por eso la noticia de los chicos estos y la agresión de la Policía te ha afectado más de lo que cabía imaginar. Tu pulsión interna te lleva a querer encender la *webcam* y empezar a retransmitir en directo sobre el tema, o a grabar un vídeo y subirlo a las redes. Una parte de ti lo necesita casi como un adicto ansía su dosis diaria. Sientes que si no lo haces vas a traicionar a tus seguidores, ¡a ti misma! Pero, por encima de todo, sientes que un día te puede pasar a ti. Y ese miedo es el que te lleva a prometer que vas a escuchar a Mari Ángeles y que vas a cambiar, que no volcarás en internet todo lo que se te pase por la cabeza, sino que lo analizarás, como ella misma te ha enseñado, y lo digerirás con tus amigos y con ella.

Pero hoy no.

Hoy tenías que hacerlo. Tenías que hablar y contar lo que te ha provocado esta noticia.

Hay, por encima de todo, un sentimiento de admiración absoluto hacia estos chicos, que se han atrevido no solo a denunciar algo así, sino a mostrarse públicamente como quienes realmente son.

Y entonces has tenido la idea.

¿Y si…? ¿Y si te atrevieras tú a hacer lo mismo?

Mostrar al mundo quién eres realmente. A tus cientos de miles de

seguidores. ¿Y si lo hicieras movida por la noticia de Dani y Víctor? ¿Qué pasaría?

Ha sido un impulso. Pero a ti te ha removido como un sunami.

Una de esas decisiones repentinas que Mari Ángeles siempre te advierte que no debes dejar que te arrastren. Pero... ¡no! Para ti ha sido más que eso. Ha sido la revelación de lo que necesitas. De lo que siempre has necesitado. De que, de este modo, empezarías a ser más sincera contigo misma y con el mundo que te rodea. Estos chicos podrían haberse callado, haberlo dejado estar, haber sufrido en silencio la agresión. Pero no; al contrario. Lo han denunciado, a pesar de las consecuencias que pueda tener...

Las consecuencias...

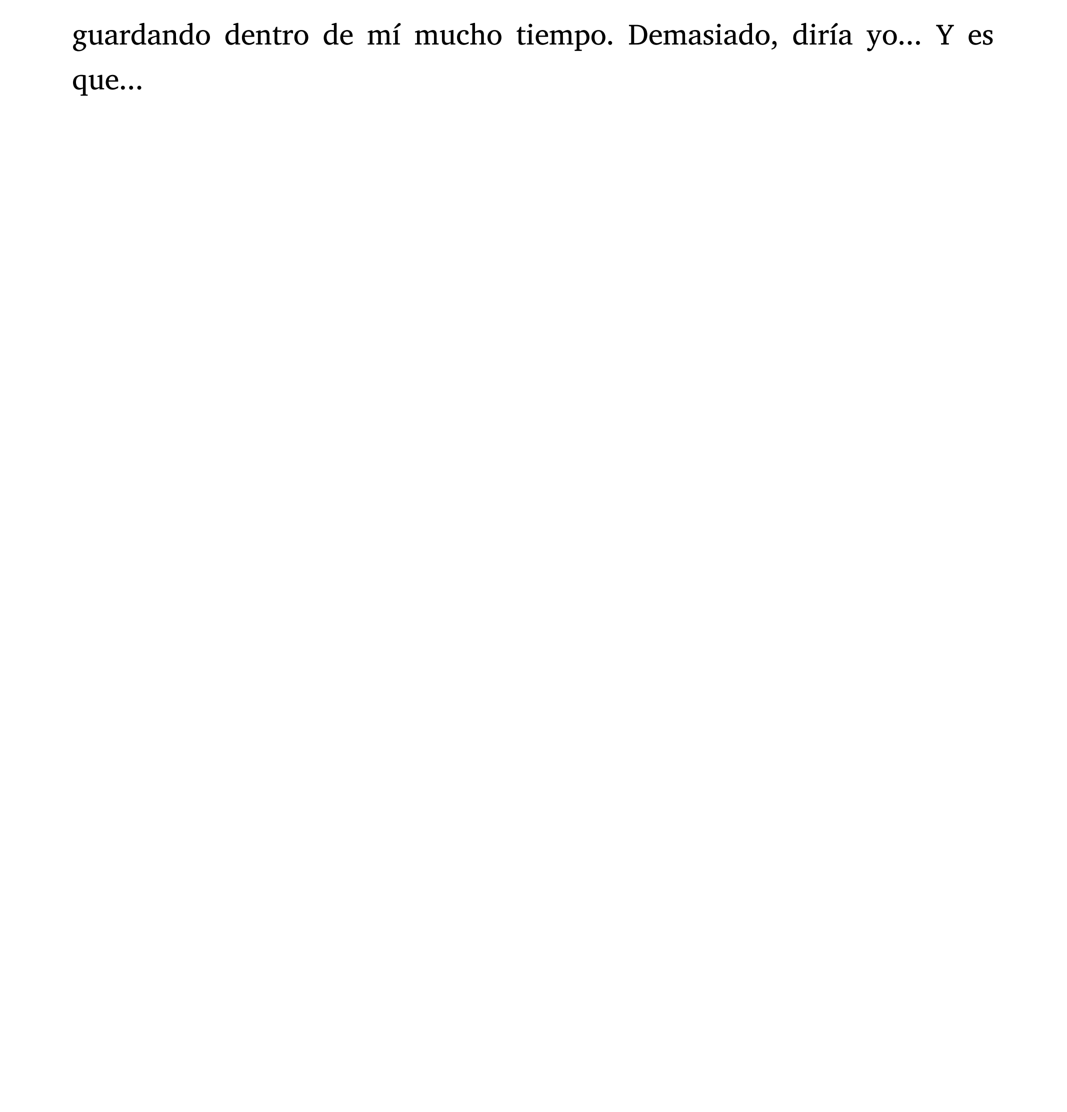
Tu realidad es muy distinta a la suya, pero ¿acaso ellos no han dado la cara por gente... como tú? Porque ya era hora de dejar de fingir ser quien no eres, de ocultar una parte de ti misma que solo de vez en cuando te atreves a mirar y a aceptar. Así supiste que había llegado el momento. Y no has necesitado que Mari Ángeles te lo dijera: querías hacerlo. Por ti, por esos chicos y por quienes aún están en el proceso de reconocerse. ¿Cuántos de tus seguidores encontrarán en el mensaje que les dejes las herramientas para quererse más y mejor a ellos mismos? Ya está bien de hablar de los demás por no querer hablar de ti misma, Marta. ¿No era para cosas así para las que debería servir la supuesta influencia que tienes sobre otros?

—Sí... —dices, en voz alta en mitad de tu apartamento de treinta metros cuadrados a las afueras de Barcelona, achicharrada de calor y con el móvil temblando en las manos, sin atreverte a mirarlo desde que has subido el vídeo—. Sí.

Ha sido cosa de un santiamén. El trípode, la cámara, el *setting* de siempre..., las lucecitas de la pared, los cojines ordenados en el sofá, tu maquillaje y el peinado, y entonces, sí. Entonces a grabar y a editar y a subirlo.

Ahora, treinta minutos más tarde, con el móvil encendido, sigues escuchándote mientras te miras a los ojos y compruebas cómo han reaccionado tus seguidores al decir:

—... he querido aprovechar para contaros algo que llevo



guardando dentro de mí mucho tiempo. Demasiado, diría yo… Y es que…

IGNACIO

—... soy bisexual.

—¡Aaanda, a pastar! —exclamas a la pantalla del ordenador.

No te molestas ni en continuar con el vídeo. Le pones un pulgar hacia abajo, escribes:

TÚ NO ERES BISEXUAL!!!! ERES UNA VICIOSAAAAA!! KE ES DISTINTO!!

Y cierras con orgullo la pestaña. Que le den, claro que sí. Odias a esa peña que tiene que estar todo el día contando lo que hace o deja de hacer en la cama. ¡A quién le importa! ¿Acaso vas diciendo por ahí tú a quién te tiras? Pues no. Bueno, que tampoco tendrías mucho que..., pero ¡eso es otro tema y no tiene nada que ver! ¿Por qué le ha dado ahora a tooodo el mundo por tener que airear que si son gays, que si lesbianas, que si trans, que si no binarios? Pero ¡¿qué leches es eso de no binarios?! Ya estás de mala uva. Y mira que te habías prometido estar de tranquis, echarte unas partidas *online* y verte alguna serie luego.

Pues no, ya te han tenido que calentar la cabeza. Siempre que te pones a chafardear por internet te acaba pasando lo mismo. De un *trending topic* pinchas en algún *post*, de ese vas a otro, que suele tener un *link*, lo abres y... ¡pum! Para cuando te quieres dar cuenta estás enterrado en una madriguera de conejo a la cual no sabes ni cómo has llegado y de la que solo puedes salir cerrando la ventana del navegador. ¿Es o no es?

Pues te ha vuelto a suceder. Te ha salido entre las tendencias Marta Pitufi y por curiosidad te has metido a ver de qué iba ese tema que no estaba en tu radar y te has encontrado con ese truño de vídeo y con sus cientos de miles de fans felicitándola por su valentía. Y así estás ahora, que se te ha calentado la lengua, o más bien los dedos, y necesitas que todo el mundo vea lo ridícula que es esta tipa. Que tú no

tienes sus *followers*, no. Pero los tres mil doscientos seis que te siguen son la leche de fieles, y eso es lo que te gusta. No necesitas millones, sino una comunidad sólida, que te escuche y que te apoye en todo. Ya irá creciendo. Sabes que es cuestión de tiempo. Y además, sin buscarlo. Te leen y les mola lo que pones. Si tus padres se enteraran (o si les interesara lo más mínimo), fliparían con cómo su hijo de diecisiete años arenga a las masas cuando la causa lo merece.

Así que te pones con lo primero. No sabes quiénes son esos Dani y Víctor a los que menciona la chica en su vídeo, pero cuando revisas las tendencias extendidas, los descubres en el último puesto y vuelves a quedarte ojiplático. Vaya con la Pitufina esa..., piensas. Menciona a esos dos, sean quienes sean, en un vídeo y ya están entre los temas más comentados del día. Si es que les dan pan a los que no tienen dientes, como suele decir tu padre. Si a ti te dieran ese poder, encumbrarías a gente que de verdad lo merece y no a un par de payasos que a saber qué chorrada les habrá pasado con la Policía.

Al momento descubres el artículo al que hace referencia. Es el que comparte todo el mundo. Lo lees en diagonal. El tío que lo ha escrito lo cuenta con todo lujo de detalles, pero a ti te la sudan los datos porque la mitad será mentira y la otra mitad la habrá puesto para adornar, junto con las declaraciones de las supuestas víctimas. Aun así, resoplas según vas bajando.

O sea que el problema, según ellos, es que la Policía llama maricón a un tío (¡que encima es maricón, así que no es mentira!) y luego se supone que le pega un tortazo. ¿Y? Es decir, si hubiera pasado, ¿qué? ¿Cómo sabe nadie si el tío no le hizo algo antes? ¡Joder, si en sus últimas fotos no se le ve ni media marca en el pómulo! Es que, claro, qué fácil es ponerse del lado del pobre indefenso, pero tú ya has visto infinitas veces cómo se tergiversa la información para que parezca lo que no es. ¡Lo fácil es coger y decir: venga, sí, el chico estaba tan tranquilo y el poli fue y, sin motivo, como es marica, le arreó un guarrazo! Pero ¿qué sentido tiene? Es que la gente, por el morbo y las ganas de engancharse a cualquier historia, se cree lo que haga falta.

Pero tú no. Tú tienes ya mucho callo y no te la cuelan tan fácilmente. De todo lo que lees en internet, lo primero que haces es

dudar. Es una de las normas principales. Tu padre te lo ha dicho mil veces y tiene razón. Solo hay de unos pocos periódicos, o más bien unos pocos periodistas, de los que te puedes fiar. Y desde luego, ese tal Jose Ortega no es uno de ellos. Mucho menos la mierda de panfleto propagandístico que es *ADiario*.

No tienes nada contra los gais y tal, mientras sean como todo el mundo, normales, y no anden intentando adoctrinar a nadie, pero los mentirosos sedientos de fama... ¡Uf! Esos te ponen de los nervios. Y claramente esta pareja es de los últimos. Uno de ellos es actor, es que no jodas...

¿A ver esa denuncia? ¿Dónde está? Quieres leer una copia. ¡Pero si hasta la Policía ha dicho en el artículo que no está aún informada del suceso! Es que lo ves como si hubieras estado allí: los tíos, borrachos, se enfrentaron a la Policía, que solo estaba haciendo su trabajo, y cuando les pidieron que se alejaran, ellos decidieron ponerse farrucos, lo cual llevó al agente a separarlos, y fin. No hay más. Por eso, con las mismas y el pedo encima, se fueron a su casa y desde allí, aún calentitos por lo que acababa de pasar, optaron por escribir toda esa sarta de falacias para joderle la vida al pobre hombre que a las tres de la mañana aún estaba trabajando en lugar de estar con su mujer y sus hijos en casa.

Ni fueron a poner la denuncia ni nada de nada, y el tontaco del periodista este y la tipeja de YouTube, sin nada mejor que hacer, van y los encumbran para que sigan extendiendo su veneno, aunque saben la verdad.

Pues lo llevan claro si piensan que te vas a quedar callado. Ni de palo. Así que, a partir de ese momento, comienzas a llenar las redes de mensajes donde explicas lo que de verdad ha pasado. Porque, llegados a este punto, no te cabe la menor duda de que tu versión de los hechos es la cierta. O, al menos, más que la suya. Eso por descontado. Te esfuerzas en hacerlo sin poner faltas de ortografía e incluso le metes algún punto y coma porque sabes que en mensajes importantes hay que usarlos más que los puntos o las comas normales.

Qué a gusto te vas sintiendo según vas publicando.

Y más cuando encuentras a otras personas que comparten tu

opinión, responden con memes graciosos o le dan al me gusta a lo que tú piensas.

Solo te sentirías mejor si alguno de ellos —la gorda esa o uno de los dos gais— te respondieran. Pero claro, para eso tienes que escribirles directamente y mencionarlos. Así que procedes a ello: encuentras sus perfiles enseguida y alucinas con que su *post* original, donde narran todo de primera mano, ya lleve miles de *likes*.

Flipas.

Y eso te enfurece aún más.

—¡Que es mentira! —exclamas. Y esta vez, le pegas un puñetazo a la mesa.

—¿Nacho? —la voz de tu madre te llega desde el piso de abajo.

—¡Sí! —respondes, lacónico, sin apartar los ojos del ordenador.

Tienes ganas de bajar a darte un chapuzón en la piscina antes de cenar, pero antes necesitas rematar este tema. Así que, para calentar bien a esta gente, dejas un último mensaje. Para ello, te olvidas de las normas que te habías impuesto hasta el momento y cargas directamente contra ellos y quienes los creen a base de insultos. Porque no es normal que suelten algo así solo para ganar seguidores y atención y que la gente les siga el juego. Mira, no. Que se enteren de que hay personas a las que aún no han lavado el cerebro y que los tenéis bien calados. Te masajeas el cuello y pones:

VÍCTOR

> Sois un par de mentirosaaas gays de mieeerda y todo el mundo sabe ke os lo estáis inventando. + tortazos tendrían que haberos dado, xDDDD! PAYASAAAS RIDÍCULAS y kienes los creéis sois iguales! Lo hacéis x la fama y os hemos pillaooo! No teneis ni pruebas de lo k decís!! @Danisoy10 @VictorValdesOfi FALSAS!
>
> @BitFree17

Desde que se publicó el artículo de *ADiario*, ayer por la tarde, has intentado no entrar al trapo con ningún comentario, y mira que te lo han puesto difícil.

Al principio te veías en la obligación de responder a todos. Era lo mínimo que podías hacer. Saltabas de una red social a otra. Gracias. Muchas gracias. Te lo agradecemos. Gracias por tu mensaje. Gracias de corazón. Jo, gracias, en serio.

Te ilusionaba ver a gente conocida afectada por lo sucedido. Amigos, familiares, fans, compañeros de profesión. No has parado de recibir whatsapps y privados de todos los que tienen tu contacto directo. Pero, ¿por qué negarlo?, más ilusión te ha hecho ver mensajes de apoyo de gente famosa a la que no conocías personalmente. Ese actor al que admiras, esa directora de *casting* a la que seguías desde hacía meses y que no te había hecho ni caso, la *influencer* de los maquillajes que tanto le gusta a Jimena, el escritor aquel al que le iban a hacer una película...

Uno a uno, has ido respondiendo, hasta que has visto que era imposible cumplir con tu deseo. Después te has limitado a dar al corazón de cada uno de los comentarios. En eso sí que has hecho todo lo posible por no dejarte ni uno solo. Más mensajes de ánimo. Más ganas de rebelión. Más leña al fuego. Más ACAB, que has descubierto que se trata del acrónimo de *All Cops Are Bad* ('todos los policías son malos'), y ya no estás muy seguro de querer compartirlo porque al menos en la comisaría fueron majos con vosotros.

Más deseos de justicia.

Has tratado de calmar los ánimos cuando se han producido peleas entre varios desconocidos. Que si no todos los polis son iguales, que si a ver si tenemos un poco de respeto por la profesión, que si el respeto lo tendré cuando dejen de comportarse como animales... Tú te has explicado. Has aclarado que también ha habido policías que os han echado una mano, pero ha dado igual. La pelea ha seguido y, al final, como con lo demás, has tenido que dejarlo estar.

No habéis salido de casa hasta ahora porque ya sentías que se te caía la casa encima. E incluso de camino a la terraza has mantenido los ojos clavados en la pantalla del móvil. *Scroll*, *scroll*, *scroll*... Cada vez más mensajes. Cada vez más *likes*.

Cada vez más seguidores.

Intentas que no se te note, pero eso te ilusiona. La repercusión no se ha quedado en un mero mensaje. Ha calado. Has calado. Una parte de ti está preocupada de que sea por las razones incorrectas, pero oye, tú no le has puesto una pistola en la cabeza a nadie para que te siga. Algo habrán visto en tu perfil para animarse a querer saber más de ti. Igual incluso te han visto en la serie. Lo del bofetón es circunstancial. Aun así, se lo comentas a Dani como si fuera una sorpresa, algo inesperado. Mira, veinte seguidores más. Joé, antes de la siesta éramos treinta menos. ¿Hola? Estoy flipando. En una noche he subido trescientos.

Y así van ya dos mil personas que se suman a las veintitrés mil que ya tenías. Veinticinco mil seguidores o fans o como los quieras llamar. Gente, a fin de cuentas, a la que le interesa lo que tienes que ofrecer. Ahora no puedes parar. No hace falta que subas nada del bofetón. Quizá una foto vuestra. Un instante en casa. Algo que les recuerde a todos que la vida sigue. Que vuestra vida sigue y que eso no os va a definir. Que tienes mucho más que ofrecer.

—¿Has visto ese comentario?

Dani te devuelve al presente. A la terraza donde estáis tomando algo. Hace calor, pero se está mejor que en el piso. Sobre todo porque mañana, lunes, ya volvéis al trabajo: tú, al rodaje; él, a la oficina.

—Sí. Un gilipollas.

No hace falta que te indique a cuál se refiere porque también ha llamado tu atención. El de BitFree17. Un puto niñato que no tiene más pito que tocar que venir a decir tonterías.

Dani tampoco se ha separado del móvil en todo el fin de semana.

El grupo de Presidiarias ha echado humo día y noche. A lo largo del finde se ha ido animando y ahora se ha convertido en un buen lugar donde desahogaros, contar las novedades sin necesidad de dar explicaciones y desconectar con memes y *stickers* graciosos. De hecho, has notado que lo que peor lleva Dani es cuando se habla del tema: alguien que cuelga una noticia que ha surgido a raíz del *post* o del artículo, algún mensaje en concreto que os enerva por ser de un *hater* o que os emociona por ser de alguien famoso que se hace eco del asunto, etcétera.

Aun así, Dani no puede contenerse, igual que tú, y se pasa los ratos muertos leyendo comentarios y buscando información sobre agresiones policiales.

La diferencia está en que Dani no responde nada públicamente. A lo sumo le da *like* a algunos mensajes. Principalmente, a los de vuestra gente, o, como mucho, a los de alguien que se ha currado un texto más o menos elaborado.

—No le des más vueltas —le dices, o más bien le pides.

—Es que no sé por qué tiene que decir eso. ¿Qué pruebas hay que enseñar? ¿La denuncia? Si el tonto del periodista no ha sabido a quién preguntar y la Policía le ha mentido, ¿qué culpa tenemos nosotros? ¡La denuncia existe!

—Ya lo sé, Dani, tío.

—Igual así le callábamos la boca. A él y a todos los que le han dado me gusta a su mensaje.

También hay respuestas. De otros gilipollas. Las has visto antes, pero prefieres no mencionarlo.

—No vamos a enseñarles nada. No tenemos que demostrar nada. ¿Vale?

Dani aprieta los labios y calla. Él suele ser el más calmado de los dos, pero desde el viernes algo en su mirada ha cambiado. Y es totalmente comprensible después de…

—Oye, ¿y si vamos al cine? —propones, porque no quieres pensar más en el tema.

Dani bufa con desgana.

—Si quieres ir tú... Yo en cuanto nos acabemos esto me voy a casa.

—Pues voy contigo —respondes a la defensiva.

—No hace falta. Si te apetece ir al cine...

—Me apetece hacer algo juntos para no pensar más en eso.

—En el cine voy a seguir pensando en eso, pero con diez euros menos en la tarjeta.

—Tampoco te pongas así.

—¿Así cómo, Víctor? Solo te he dicho que no quiero...

—Que sí. Que ya. Que vale. Era una idea. Nada más. Nos vamos a casa y punto.

Te arrepientes de haberlo sugerido siquiera. Lleva del fin de semana entero así. Saltando por tonterías. O por cosas que a ti te parecen tonterías, pero a Dani no. O igual es al revés y te cuesta reconocerlo. El resultado es el mismo. Ni un beso de más. Ni una caricia inesperada. Ni un instante para vosotros. Porque ahora parece que ya no estáis solos en ningún momento. Sois tú, Dani y el bofetón y el ruido y la gente y los comentarios y ahora este gilipollas que qué cojones tiene que opinar de nada.

Como Dani no parece tener ganas de hablar más, coges de nuevo el móvil y entras en el mensaje. ¿Quién se cree este niñato? @BitFree17. Vaya una mierda de nombre, piensas. Por supuesto, con un balón de fútbol de imagen de perfil.

En realidad te tiemblan los dedos por no contestarle. Finges que no te ha importado para no alterar más a Dani, pero estás deseando decirle que no tiene ni idea de lo que habla y que más le vendría cerrarse la cuenta. Alzas la mirada y miras a tu novio. Triste, apagado, distinto..., y la pena se transforma en rabia. Es cuestión de un instante. No necesitas más de unos segundos para teclear un mensaje rápido. Una explicación. Una advertencia.

@BitFree17 ¿De qué vas? No tenemos que darte explicaciones de nada. Hemos denunciado y ya veremos qué pasa. No hables de lo que no sabes, a ver si vas a salir trasquilado.

Y le das a enviar. Los ojos de Dani se vuelven hacia ti al instante.

Le ha saltado la notificación: ha visto tu respuesta.

—Pero ¿no habíamos quedado en que no había que dar explicaciones? ¿Para qué le respondes?

—Para que se calle.

—No se va a callar. Me habías dicho que...

—Ya sé lo que te he dicho, pero... ¿no es lo que querías? Todo te parece mal, macho. ¿Lo borro? Lo borro.

—No, ya no. Va a ser peor.

Os quedáis en silencio.

Scroll.

Scroll.

Scroll.

Hay mensajes nuevos que lees pero no registras. Como si lo único que quisieras es que pasara el tiempo más deprisa. Siempre te han gustado los domingos, hasta hoy. De pronto te descubres deseando que sea lunes. Volver al trabajo. Meterte en el papel de Leonardo Rubio. Así al menos durante ese rato no tienes que lidiar con esta mierda.

—Y no me parece todo mal —añade de pronto Dani—. ¿Por qué dices eso?

—Porque lo parece. Si te digo de desconectar, porque te digo de desconectar. Si respondo a este gilipollas, porque entro al trapo. Si...

—Perdón, ¿vale? Ya está. Lo último que quiero es discutir contigo. ¿Nos vamos?

Respiras hondo para calmarte. Debe de ser el calor. Aun a pesar de la hora que es, hace un bochorno del infierno.

—Sí, yo pago.

No esperas ni a que el camarero salga con la cuenta. Te levantas y entras en el bar. Pero en el momento de pagar con el móvil te entra una llamada de un número desconocido. Dudas un instante, pero al final cuelgas.

—Disculpa —le dices al camarero, y terminas la operación.

El teléfono vuelve a vibrarte en la mano mientras te entrega el recibo. Otra vez el mismo número desconocido. Por lo que sea, su insistencia te genera curiosidad, aunque sabes que probablemente se trate de algún teleoperador.

—¿Diga?

—Eh... ¿Víctor?

—Sí, soy yo.

—¡Hola, Víctor! Soy Alicia. Mira, me ha pasado tu teléfono Gonzalo, de producción de *La Olvidada*.

Te suena el nombre, pero no le pones ni cara a ese tal Gonzalo. Aun así, te intriga demasiado esa llamada como para cortar. ¿Será para un *casting* de una nueva serie? ¿Por qué no llaman a tu repre?

—¡Ah, vale! Sí, dime —contestas.

—Nada, verás, es que trabajo para el programa ¡Quién nos ha visto! ¿Sabes cuál te digo?

—Sí, el de después de comer, ¿no? El de Bruno Baroja.

—¡Ese mismo! Pues es que Bruno me ha pedido que contacte contigo porque querríamos que vinieras al programa a contar lo que os ha pasado con el policía. ¿Te va bien pasarte este martes? No llevará mucho tiempo...

Es demasiada información para asimilar. Sobre todo porque dista mucho de lo que esperabas que te dijera.

—¿Queréis entrevistarme?

—Sí. Que nos hablaras de todo el incidente, de cómo lo lleváis, de la repercusión que está teniendo. He leído el artículo de *ADiario* y, buf, lo he pasado mal. Creemos que es importante que más gente lo conozca, ¿sabes?

Tú asientes antes de responder que sí con la voz.

—¿Me lo puedo pensar?

—¡Por supuesto! Pero vamos un poco pillados de tiempo. Ya sabes cómo funciona la tele y las escaleras y tal.

—Ya, ya... ¿Te puedo decir algo mañana?

—Venga, vale. Pero ¡no te olvides!, ¿eh? —Alicia se ríe para suavizar la advertencia velada y os despedís.

Cuando sales, Dani te mira con gesto preocupado al ver tu

expresión.

—¿Con quién hablabas?

—Quieren entrevistarme en *¡Quién nos ha visto!* Por lo del bofetón.

—Ni de coña —salta él al segundo—. ¿Bruno Baroja? Es que ni de coña.

—Ya sé que el tío es bastante gilipollas, pero...

—Pero ¿qué? Sabes tan bien como yo que eso no va a ser una entrevista: va a ser una carnicería. Fijo que traen también a un policía, a un abogado y hasta a una monja si hace falta para debatir sobre si hemos hecho bien o mal en denunciar, si hemos contado la verdad, si...

—¡Ya lo sé!

—Pues ¿entonces?

No respondes. Lo miras y luego apartas los ojos para no tener que decir lo que piensas.

—Quieres hacerla —adivina—. ¿En serio?

—Puede ayudar al caso.

—¿Al caso o a ti?

Te duele el comentario, pero lo dejas pasar.

—¿Quieres ir tú?

Por un instante ves el miedo en sus pupilas.

—No, no quiero que vayamos ninguno.

Te acercas y le acaricias el brazo. Sabes que su enfado proviene del miedo. Lo conoces.

—Mira, si no quieres, le digo ya que no. De verdad, no hay problema. Pero vamos a pensarlo. Estos temas no suelen salir en televisión. Ya sea porque es verano y no tienen nada mejor de lo que hablar, ya sea porque de verdad les preocupa, tendríamos que aprovechar la oportunidad. No a todo el mundo le dan voz...

Dani desvía la mirada y suspira.

—Si lo hacemos..., si lo haces, habla al menos con Emi antes. Escríbele y cuéntale todo para que te eche un cable o algo, no sé, lo típico que hace una representante.

—Vale —respondes, esperanzado, y le das un beso—. Me parece bien.

—Pero ahora no.

—No, no. Me espero a mañana. Y si seguimos pensando igual, te aviso… ¿Vale?

Dani, por respuesta, asiente.

EMILIA

—¿Has visto el *email* de Víctor?

Ignoras la pregunta que te hace Teresa desde su mesa en la entrada de la oficina y enciendes tu cigarrillo electrónico. Claro que lo has visto. Llevas todo el fin de semana siguiendo el asunto del bofetón y hoy es lo primero que miras cuando llegas a la agencia. Anoche te quedaste dormida leyendo en el móvil la discusión entre Víctor y el tal BitFree17. Como una adolescente. A tus cincuenta y un años.

Tendrías que haberle llamado, pero entre unas cosas y otras, chica, no te ha dado tiempo, y ahora de golpe te encuentras con ese correo en la bandeja de entrada.

—¿Han dicho algo los mexicanos? —preguntas tú.

—Nada aún. Lo mismo en un rato.

—Lo mismo en un rato… —mascullas impaciente, y das una calada que inunda tu espacio de vapor durante unos segundos.

Lo que echas de menos un cigarro de verdad… Y más en semanas como la que empieza. Pero se lo prometiste a tus hijas y al médico y a tu exmarido, y no te queda otra que cumplir tu palabra. Con un susto como el que tuviste es suficiente para una vida entera. Has leído que los *vapes* pueden ser igual de dañinos, pero al menos con el pitorro, como te encanta llamarlo, te dejan un poco en paz.

Desde la mesa de la entrada, Teresa se asoma e insiste en el tema.

—Sus números se han disparado…, eso nos va a venir bien.

—Ya sabes lo que opino de los números y de las tonterías esas. Las redes no crean carreras, y esta entrevista puede ser problemática.

—Ya, pero…

—Pan para hoy, hambre para mañana.

—A ver, Emi, ya lo sé, pero…

—Que no. Ni pero, ni pera. Luego pasa lo que pasa: se les hincha el ego y a mí me ponen la cabeza como un bombo. Que por qué no los

cogen más. Que por qué no los invitan a *premières*. Pero ¿tú para qué quieres ir a ninguna *première*, alma de cántaro, si ni los fotógrafos escriben bien tu nombre? Una carrera se construye a base de estudio, de trabajo, de *castings* y de paciencia. Lo que sube muy rápido, baja aún más deprisa. Y si no vas a hablar de tu último papel, mejor quédate en casa.

—Vaaale...

—No me des la razón como a las tontas.

—¡Que no, Emi, mujer!

—Más te vale. Llevo muchos años en esto. Muchos, muchos, y lo he visto así de veces. —Muestras puñados con los dedos. Después le das una calada al cigarrillo y te sabe aún más falso que antes—. Esos números, esa ansia de entrevistarlo ahora sin ton ni son, no son más que una cortina de humo. Sale muy barato dar a seguir o dejar un corazoncito. A estos les resuelves el programa del día y después, si te he visto, no me acuerdo. Ponte tú luego a pagar una entrada de cine, ¡o de teatro! Claro. ¡O prepárate un buen papel, uno de esos con los que te llueven premios, de los que te tienes que currar durante meses... Prepáratelo cuando por la décima parte de ese esfuerzo llegan miles de desconocidos a decirte lo increíble que eres. ¡Por cuatro fotos enseñando tetas, paquetes y culos! ¡O una historia entretenida!

Teresa asiente, aunque también notas que está un poco asustada por cómo te has puesto. Pero qué va a saber la pobre, si tiene ¿cuántos? ¿Veintisiete, veintiocho años? Para ella, por la edad, estas cosas lo son todo. Pero luego eres tú quien tiene que pegarse con los productores y las directoras de *casting* para que se decidan a apostar por tus niños. Que sí, que la pregunta la hacen, pero ellos también saben lo inútiles que resultan los numeritos y los corazoncitos. No hablemos de cuando la subida de seguidores la motiva una polémica, como en el caso de Víctor. Donde Teresa ve una oportunidad única, tú ves una bomba llena de mierda que puede estallar en cualquier momento si no se maneja con cuidado.

Aun así, sabes que tienes que llamarlo. Te da pereza. Te agobia, incluso. Y no tiene que ver ni con los números ni con el revuelo en las redes. Víctor no es un actor complicado. Al contrario: es diligente, se

presenta a los *castings* que le conseguís Teresa o tú y siempre está dispuesto a gastarse el dinero que tenga en algún curso que lo prepare o lo dé a conocer. No te presiona para que le saques más cosas ni te llama llorando cuando no lo logra. Los tienes peores, mucho peores. Y además, como está en la diaria, aunque sea con un personaje episódico con posibilidades de quedarse todas las temporadas que dure la serie, poco a poco va granjeándose un nombre.

Por eso lo del bofetón te viene fatal... ¡y lo de la entrevista en televisión, peor!

—Es que me cago en... —mascullas entre dientes.

Te pones las gafas de cerca y buscas su número entre los contactos de tu móvil.

Anda que no podrían haberse ido a casa, piensas cuando suena el primer tono.

Pero no, tuvieron que quedarse. Y denunciar.

Segundo tono.

¡Y no contentos con eso, hacerlo público! ¡Él, concretamente! ¿No había sido el novio el que había recibido el ataque?

Tercer tono.

¿De verdad había sido para tanto? ¿Como para clavarse una diana en el pecho y gritar a los cuatro vientos que era mariquita cuando en la industria eso nunca es...?

—¡Emi, hola!

—*¡Amore!* —Das otra calada.

—Me pillas entrando en el plató.

—Así me gusta. ¿Cómo estás? Todo bien, ¿no? Menudo *show* te has marcado tú solo, ¡y sin guion!

Al otro lado de la línea, Víctor ríe, pero lo hace con la garganta seca. ¿Has sido demasiado directa?

—Cari, es una broma. ¿Qué tal estás tú? ¿Y tu chico?

Mientras te cuenta cómo han pasado el fin de semana, tú revisas algunos papeles que tienes sobre la mesa y te apuntas en un pósit que debes firmarlos. Entre tanto, asientes, aunque no te vea, e intercalas ajás y hummms hasta que el silencio se alarga.

—Cómo está el mundo... —concluyes.

—Ya... —añade él—. ¿Has visto lo que os he mandado de la entrevista? Está guay, ¿no?

Chasqueas la lengua. Otra calada. Te toca.

—*Amore*, no lo veo.

—¿Por?

—Es un tema delicado. Entiendo que escribieses todo eso, pero salir en televisión por el asunto... Hay que tener cuidado.

—¿Con qué?

—Con todo, cari, que la gente está fatal.

—Por ahora nos han apoyado bastante. Me han empezado a seguir muchas personas que...

—Sí, sí, ya lo he visto —lo cortas—. Pero igual más de uno anda pendiente por el morbo.

—Eso sí.

—Y ya sabes cómo es la tele, ¡y ese programa! Bruno es un liante. Te lo digo por experiencia. Anda que no me he corrido juergas con él y su mujer. Pero en plató, uf...

—Creo que debo hacerla. Para que la gente se entere de lo que ha pasado. No todo el mundo está en internet.

—Por suerte... —mascullas para ti—. De verdad, Víctor, no es buen momento para entrevistas. Si al menos fuerais a hablar de tu personaje en *La Olvidada*, pero...

—Igual podrías intentarlo, ¿no? Llamarlo y que también saque el tema...

Tú pones los ojos en blanco. Porque tampoco te has corrido tantas juergas con él, y a su mujer no la soportas. Además, ¿por qué va a querer hablar de una telenovela cuando la audiencia busca el morbo del bofetón?

Suspiras. Está claro que no vas a convencer a tu representado. ¿Quiere hacer la entrevista? ¡Que la haga! No hay mejor manera de aprender una lección que sufriendo las consecuencias de una mala decisión.

—Yo lo digo por ti, *amore* —comentas, ya sin mucha energía—. Cuando el agua está muy revuelta es muy fácil ahogarse.

—En serio, Emi. Yo estoy bien. No me agobio ni nada de eso. Los

periodistas están siendo muy majos y...

—Me refiero a que no destruyas tu carrera, cari. Ya sabes que a la gente le suelen cansar rápido los mártires.

—¿Mártires?

Das otra calada.

—Mira, *amore*, lo que habéis hecho es muy necesario. ¡Mucho! Denunciar y tal. Pero tampoco hagas una bola enorme de todo esto porque no todo el mundo es tan comprensivo como nosotros y tú no puedes olvidar que trabajas para mucha gente muy distinta, ¿vale? No sé si me entiendes.

Su silencio te confirma que no.

—Vuestra lucha está más que justificada. Pero al final tú tienes una cara pública.

—Ya, por eso me han hecho caso. Si no...

—Si no, todo habría seguido los pasos judiciales igual, ¿o crees que si no hubieras publicado todo eso la justicia no habría actuado?

—No lo sé. Igual no tan deprisa...

—Víctor, por Dios, confía un poco más en el sistema. Al final, lo que pase no lo van a decidir los que ahora te siguen ni el periodista de turno que necesita cubrir un hueco. ¿Me entiendes?

—Que no haga tanto ruido, ¿no?

—Tampoco creo que os beneficie. ¡A la gente le da todo igual! Quieren entretenimiento. Al coste que sea. Cuando sea. Donde sea. Pero mejor si es gratis. Y quienes no saben entretener, tienen que ingeniárselas para montar circos. Pero ¿tú? Tú, *amore*, no. Por eso estás donde estás. Por eso te metí en la agencia. Por eso eres uno de mis niños y por eso vas a tener un carrerón. De ahí que me muestre... reticente a que vayas al programa. Todo esto..., no me malinterpretes, pero puede perjudicarte la carrera.

Silencio al otro lado de la línea.

—Tengo que hacerlo —dice él, dolido, al cabo de unos segundos.

Menos mal que es una llamada y no te ha visto poner los ojos en blanco.

—Tú mismo. Ya te he dado mi opinión. Al final es tu vida y tu carrera.

El silencio que ahora se produce es distinto. Te gusta. Te da poder. Llevar la carrera de algunos de tus niños no dista mucho de cómo lidiaste con tus dos hijas hasta que acabaron la universidad.

—Lo tengo en cuenta —dice—. Ya verás como va bien.

—Eso espero —respondes, aunque lo que en realidad quieres decir es: más te vale, porque no quiero que te jodas la carrera y, por ende, manches mi nombre.

—Tengo que entrar ya a maquillaje. Gracias por preocuparte, Emi. Hablamos.

Cuelgas y te llevas el cigarrillo electrónico a los labios.

—Putos críos y putas redes sociales —te quejas, al tiempo que comienzas a firmar todos los documentos atrasados.

VÍCTOR

En los camerinos de los estudios donde grabáis la serie te esperan Selene y Ángela con sus maletines de maquillaje abiertos frente al espejo.

—¡Buenos días! —saludas—. ¿Soy el primero en llegar?

—No. Los demás están ya arriba. Ven, vamos a ponerte aún más guapo.

Tú sonríes. Da gusto encontrarse con gente maja a horas tan tempranas. Has dormido poco y mal, como Dani. El coche de producción te ha venido a buscar a las siete porque el piso está a una distancia considerable de donde grabas. En el trayecto, mientras Madrid despertaba, te has entretenido viendo las fotos y vídeos de conocidos y desconocidos. Lo que te gustaría estar ahora en esa playa... Las ganas que tienes de ver esa película... ¿Por qué no te han invitado a ti a ese evento? Deberíais adoptar un gato. ¿Los músculos de ese tío son reales? Igual deberías subir alguna foto de las que te hizo Dani en la playa, enseñando un poco más de carne... ¿Emi te mataría?

También has comprobado que los números han seguido subiendo. Y no eres el único que se ha fijado. Ayer por la noche lo mencionó Rober, en el grupo de WhatsApp de la serie. No te gustó cómo lo puso ni los emojis que utilizó para convertir la situación en una broma, pero tampoco se puede esperar mucho más de él. Dos de cada tres frases suyas son para poner a parir a alguien o a algo. Da igual que haya empalmado rodajes desde que era un crío: es de esos que se sienten amenazados por todo y por todos. Y ha debido de considerar que con el revuelo del *post* tú puedes llegar a ser peligroso para su carrera.

A una parte de ti le divierte esa idea.

Quien sí se preocupó de verdad fue Mairena, la *script* de la serie.

En privado te estuvo preguntando y con ella sí pudiste desahogarte con tranquilidad. Un rodaje es como una familia disfuncional en la que el amor, el odio y la indiferencia toman distintas formas.

Tú eres nuevo en esto, pero por lo que dicen todos, *La Olvidada* no ha sido un mal lugar para empezar. La gente en general es simpática, todo el mundo sabe lo que tiene que hacer, suele haber pocos cambios o imprevistos, los actores venís con el papel aprendido… Eso mantiene el ambiente relajado. Pero como en cualquier familia, las noticias vuelan. De los actores a maquillaje. De maquillaje a los eléctricos. De los eléctricos a los de sonido. De los de sonido a los cámaras. De los cámaras al director de foto. Del director de foto al director. Del director a los productores… Y para cuando quieres darte cuenta, las novedades más jugosas se filtran a la prensa y entonces se arma el quilombo real.

Pero no es tu caso. A fin de cuentas, la historia la has hecho pública tú. Si cotillean es porque quieren. Podrían hablar contigo directamente, como lo hizo Mairena, que te preguntó por Dani aunque no lo conociera y te deseó que todo saliera bien. Pero está claro que como ella hay pocas personas en esta industria, y lo has asumido pronto. Siempre has querido mantener separado ese mundo del otro. De ahí que, a pesar de que lleves tres temporadas trabajando allí, no los hayas presentado.

—Ya casi estamos… —te dice Ángela.

No han tardado mucho en prepararte. Al ser una serie ambientada en la actualidad, la caracterización es menos compleja. Te gustaría que fuera de época. Siempre te ves más guapo con chalecos y camisas y boinas y trajes con corbata. Por desgracia para ti, tu personaje, Leonardo Rubio, suele vestir con vaqueros y camisetas estampadas que jamás llevarías en la vida real.

Leonardo es uno de los amigos del hijo de la familia. En *La Olvidada* hay muchos secundarios como tú, sin apenas frases, de relleno. Es una historia muy coral, aunque los protagonistas sean Clara, la joven que descubre su origen multimillonario al comienzo de la serie, y Román, el ambicioso empresario que quiere hacerse con todo el poder. No le falta de nada: relaciones tóxicas, clichés a

mansalva, *cliffhangers* que dejan a los espectadores ansiosos y, sobre todo, muchas escenas románticas y seudoeróticas que insinúan más de lo que muestran. Tú de esas no tienes ni una. Te limitas a pasearte en escena con otros dos chicos cuya misión suele ser acompañar en sus líos a Álex, el hijo mayor de la familia rica, interpretado por Rober.

Una de las chicas de producción, Gema, se asoma a la puerta y te sonríe en el reflejo del espejo.

—¿Cómo vamos?

—Ya está —anuncia Selene, dándole los últimos retoques al tupé que caracteriza a tu personaje.

—Gracias, como siempre —dices, y sigues a Gema al set de la discoteca en el que habéis grabado los últimos días y donde transcurren la mayoría de tus escenas.

Allí ya está Martín, el director, con Rober, Manu y Hugo, los otros amigos del grupo en la ficción. Mairena, desde los monitores, te saluda con una sonrisa. Cuando los chicos te ven llegar, se hace un silencio extraño al que no das demasiada importancia porque el director enseguida te da los buenos días y comienza a explicarte lo que tienes que hacer.

—Entonces, cuando Rober lance la copa contra la pared, vosotros os acercáis. Tú, Víctor, tratas de calmarlo, y él se revuelve y te empuja. Luego dices el texto.

Asientes. Ver cómo cobra vida un guion siempre te ha parecido fascinante. Enumeras las acciones: Rober se enfada, lanza la copa, intentas contener su rabia y él te empuja para que te alejes. Texto.

—Lo quiero a la primera —añade el director—, ¿vale? Que no tenemos ni tiempo ni copas y no quiero andar limpiando cada vez.

Todos asentís. El director se coloca en su lugar.

—¡Sonido graba!

—¡Cámara graba!

Tú te concentras. Aparece la claqueta. Choca...

—¡Acción!

Rober se vuelve, sujeta la copa con rabia, mira más allá de cámara y la lanza contra la pared que hay tras la barra. El cristal falso salta por doquier mientras los chicos y tú os acercáis a él para contener su

enfado. Sin embargo, como está indicado, tú eres quien más se pega a él. Lo sujetas de los hombros y él se revuelve con saña. No hay nada que te prevenga para lo que sucede a continuación. Rober, en lugar de apartarte, como le ha pedido Martín, extiende la mano y te golpea en la mejilla.

Tu reacción no se hace esperar. En un acto impulsivo, le sujetas la muñeca y se la aprietas hasta que el chico, más enclenque que tú, se dobla ante ti.

—¡CORTEN! ¡¿Qué hacéis?!

Los gritos del director te hacen volver en ti y lo sueltas. Das un paso atrás, como si no reconocieras a quien acaba de hacer eso, y miras a tu alrededor. La gente os mira sin creerse lo que acaba de suceder.

—¿De qué vas? —te pregunta Rober, aún en el suelo.

Sabes que está actuando. Que podría levantarse ya. Que tampoco ha sido para tanto. Pero sigue ahí para dar más pena, y lo está consiguiendo.

—¿Estamos idiotas o qué? ¿Tú para qué le das un bofetón? ¿Y tú? ¿A qué viene esa llave? ¿Te crees que estamos en una peli de kung-fu o qué?

—P-perdón... —balbuceas.

—Es que me he dejado llevar por el personaje —se justifica Rober, masajeándose la muñeca.

—Pues que no vuelva a pasar. Si no sabes controlar a tu personaje, pido que en el próximo episodio se estampe con el coche y a tomar por culo. ¿Te queda claro?

Él asiente y te mira.

En ese rato ya ha venido un equipo de limpieza a recoger los trozos de la copa que hay desperdigados por todas partes.

—Lo he visto —te susurra Mairena al oído, que se ha acercado como el resto para ver qué ocurría—. Te lo dije.

Eso te tranquiliza. No estás loco. Rober lo ha hecho a posta. Para provocarte. Y tú, como un bobo, has caído en la trampa. Mairena te lo dijo ayer mientras hablabais, es verdad: no se anda con tonterías. Si ha llegado a donde ha llegado es a base de tretas como esa. Su fama lo

precede y ahora tiene el ojo puesto en ti. Debes ser más listo y tener más cuidado.

—¿Estamos listos? —pregunta Martín de mal humor—. Pues vamos.

—¡Sonido graba!

Rober se acerca un paso a ti, fingiendo que está estirando en el sitio.

—¡Cámara graba!

—Ya tienes un tortazo real del que hablar en tus redes.

Te vuelves hacia él, pálido, bloqueado, pero el grito de Martín te devuelve al presente.

—¡Acción!

Y no te queda más remedio que ignorarlo, hacer de tripas corazón y dejar que tu personaje, Leonardo Rubio, tome el control.

Al terminar la jornada, unas cuantas horas más tarde, Mairena se acerca a ti y te ofrece una botellita de agua mineral. No habéis comentado nada en la comida porque durante ese rato también has preferido fingir que estaba todo bien.

—Deberías hablar con Martín de lo que ha ocurrido —te dice, alejándoos del resto de los actores, que se despiden en la distancia.

—Paso.

—El micro estaba abierto. He oído lo que te ha dicho después del bofetón. El tío va a saco.

—Y es uno de los protagonistas. Lleva en la industria mil años. Yo soy nuevo.

—¡Llevas casi dos años aquí!

—Paso, Mai. Gracias, pero no voy a hacer nada.

—Vale, pero si cambias de opinión, sabes que estoy aquí.

La abrazas y después te diriges a los camerinos y te despides de ella en la puerta.

A la misma velocidad que el espíritu de Leonardo Rubio te abandona, regresa el cabreo. Contienes las ganas de romper algo o de salir a buscar a Rober y amenazarlo, a ver si se atreve a repetir lo que te ha dicho antes. Pero sabes que eso arruinaría tu carrera. Solo con imaginar la llamada de Emi te convences de que lo mejor es dejarlo

estar. No quieres que te califiquen de difícil, violento o agresivo en tu primer trabajo serio.

Nadie volvería a llamarte.

Necesitas ser más relevante, más conocido, para que eso juegue a tu favor. Quizá por eso los dedos no te tiemblan cuando escribes a la productora de *¡Quién nos ha visto!* para decirle que sí, que quieres aparecer en el programa.

Ya en el coche de regreso a casa, abres Instagram y lees por encima algunos de los mensajes que te han dejado tus nuevos seguidores hasta que descubres uno de una chica desconocida que te deja sin aliento.

LINA

No conoces a los chicos en persona, pero la historia te la sabes ya de memoria. Te has leído todo el hilo y has seguido las discusiones de unos y de otros en las distintas redes.

Tu primer impulso es querer contestar a los trols, pero a lo largo de la noche aquello se ha convertido en una batalla campal. ¿Por qué la gente tiene tantas ganas de jarana? ¿Qué ganan cuestionándolo todo? Te apetece decirles cuatro cosas bien dichas. Que mejor les vendría cerrarse las cuentas para siempre y dejar de tocar las narices al resto del mundo, por ejemplo. Pero no lo haces porque ya te ha pasado más de una vez que te has metido en una de estas peleas de internet y has salido trasquilada. Mejor se lo dejas al chico, al actor, a Víctor, que parece tener más ánimo para intentar convencerlos o asustarlos o a saber qué, aunque ha quedado patente que sus esfuerzos son inútiles.

Porque esa es la verdad sobre las redes sociales: nadie entra para aprender o para descubrir que, quizá, están equivocados, ni siquiera para aceptar que puede haber varios puntos de vista en algunos temas que pueden complementarse. No, la gente viene a corroborar lo que ya piensa, por surrealista que sea; a desahogarse, a liberar los demonios que les provoca el día a día.

No pierdes más tiempo. Denuncias algunos mensajes que, según tu criterio, incumplen las normas de la red social para ver si de ese modo les dan un toque o, directamente, les cierran las cuentas. No tienes mucha fe en que pase nada, pero en fin...

Después coges el móvil. En la carpeta de imágenes encuentras lo que buscas. Vuelves a alzar la mirada y observas la pantalla con las declaraciones de la historia. Te reafirmas al releer las palabras de Víctor Valdés: lo que dice es verdad. Pero una verdad tan verdadera como que tú tienes pruebas que lo demuestran. Bueno, más o menos.

Tendrían que confirmártelo los chicos, pero...

Son ellos, no?

Mandas el mensaje y adjuntas el *link* con el texto de denuncia de los chicos. Después, esperas impaciente a que Sonia te conteste. Tus uñas, decoradas con colores pastel, piedrecitas brillantes y arcoíris, tamborilean sobre la carcasa hasta que aparece el mensaje de «Escribiendo...» en la parte superior de la pantalla.

Tiene pinta, sí...
Joder, que casualidad...

¿Casualidad? No.
Esos tíos se comportaron como animales
toda la noche.
Algo así iba a tener que acabar pasando.

Ya, tía, y qué hacemos?

Quiero escribirles.

A quien? Al actor y a su novio? Para??
Bufff, no te metas... Igual no son los mismos.

Eeeh... la calle coincide. El día y la hora también.
Me parecería más casualidad que no fueran a que sí.

Pero y si lo usan y luego te hacen declarar o yo que sé?
O a mí! Yo no kiero líos, tía, que ya conoces a mis padres cómo se ponen con estas cosas...

No voy a hablarles de ti. Las fotos son mías y punto, va?

Aissssss, xq tendré que tener una mejor amiga que tooodos los días tiene q hacerse la heroínaa??? >_<!!

Porque me dibujaron así y te encanta.
Además, la gente está diciendo que no es verdad.
Yo si fuera ellos agradecería un poco de ayuda.
Y más después de lo que nos dijeron esos brutos... No te parece?

Que sí, que vaaale, que me has convencido.
Cuando tienes razón tienes razón.
Además, que se jodan x haber ido de listos.
Al final tienes que reconocer que tuve razón en lo de sacarlas! JA!

Está claro quién es aquí la Batman y quien la Robin de la vida.

Friki!!!

¡Yo también TK! Hablamos.

Me cuentas!!!! Besos!

Todavía dudas unos minutos si hacerlo o no. Lo mismo Sonia tiene razón y te metes en un lío. ¿Y si te llaman a declarar? En eso no habías pensado hasta que ella lo ha mencionado. ¿Y si no deberías haberles sacado fotos? ¿Y si de alguna forma todo se vuelve en tu contra?, o, ¿quién sabe?, ¿y si al final esos energúmenos resulta que tienen razón y los chicos están mintiendo?

—No.

Escuchártelo en voz alta te devuelve la cordura. No están mintiendo y no te va a pasar nada por ayudarles. Además, probablemente tampoco sirva de nada lo que vas a hacer: ellos seguramente ya tengan identificados a los policías. Que no lo mencionen en el *post* no significa que no lo hayan hecho ya.

Pero por si acaso...

Dejas de darle vueltas a todo y escribes un mensaje al chico, a Víctor. Le pides que por favor te responda, que quieres hablar con él en privado porque tienes algo que comentarle con respecto a la

agresión. Si fueras tú, habrías tirado el móvil al retrete después de semejante avalancha de notificaciones que ha debido de recibir, pero igual él no.

Igual él te lee y te contesta.

Ojalá lo haga, piensas. Porque quieres ayudarle. Porque así también os ayudáis a ti y a Sonia. Por lo que os pasó a vosotras con esos policías la misma noche, en la misma calle y casi a la misma hora. A cada segundo que pasa, más convencida te sientes de estar haciendo lo correcto.

Y entonces, sucede: aunque es tarde, Víctor lee tu mensaje, te agrega y te saluda. Ignoras el último impulso de dejarlo estar y le respondes.

GABRIEL

—¿Qué ha dicho? —pregunta Jimena desde la cocina, y tú suspiras, cansado.

—Aún nada —responde Víctor, con los ojos clavados en el teléfono.

Ni siquiera se ha quitado la mochila que traía del rodaje. Son las nueve de la noche y Dani también ha salido de su cuarto, donde se había encerrado después de prepararse un sándwich y saludarte.

Habíais hecho unas pizzas en el horno que ya han perdido el brillo y el calor. Tendríais que recalentarlas, aunque en el fondo se te ha quitado el apetito.

En cuanto Víctor ha entrado por la puerta, ha sido como si se levantara un torbellino.

Que miraseis. Que muy fuerte. Que durante el rodaje le había escrito una chica que decía que tenía algo de los policías.

—Le he pedido que me explique a qué se refiere.

—Probablemente sea otra fan que quiere llamar tu atención —comentas, y le das un trago a la cerveza—. En serio, dejad el móvil y desconectad del tema. Ya habéis hecho lo que teníais que hacer.

Lola se vuelve hacia ti con gesto indignado.

—Sí, lo han hecho, pero igual eso no tiene ninguna consecuencia, o lo mismo la tiene dentro de dos años...

—Tampoco exageres... —respondes.

Adoras su actitud reivindicativa, pero también conoces su tendencia a sacar todo de quicio. Con lo tranquilos que estabais hasta hacía diez minutos los dos solos...

—No exagero, Gabri. La Policía se lo dejó claro: estos temas o se archivan o se traspapelan con el tiempo.

—A ver, no nos dijeron eso exactamente —apunta Dani.

—Pero se sobreentiende.

—¡Ha escrito! ¡Ha escrito! —anuncia Víctor, de pronto.

—Léelo en voz alta —le pide Lola.

—«Hola, Víctor» —comienza—. «No me imagino cómo os sentiréis después de lo que vivisteis, pero quería escribirte porque creo que tengo unas fotos que podrían seros de ayuda en vuestra denuncia…»

—*What?!* —exclama Jimena, que llega de la cocina y salta por encima del sofá para sentarse junto a él.

—«El viernes, una amiga y yo pasamos por la misma calle que vosotros para salir de Chueca y el grupo de policías que estaba allí también nos hizo varios comentarios fuera de tono cuando cruzamos. Uno de ellos, en concreto, empezó a silbarnos y a reírse con otro compañero. Fue unas horas antes que lo que habéis contado vosotros, pero estoy segura de que eran los mismos. Cuando mi amiga se volvió para preguntarles que de qué se reían, el más alto de todos, uno moreno, se le encaró y le advirtió que siguiera circulando…»

—Vaya piezas —mascullas, notando cómo esa paz que intentas aparentar se esfuma, igual que cuando Lola te contó por primera vez lo que les había sucedido a los chicos—. ¿En manos de quién estamos?

—Sigo… —dice Víctor—. «Nos alejamos unos metros y yo me quedé con ganas de denunciarlos. Quería pedirles el número de placa y tal. Pero no nos atrevimos. Pensamos que nos podíamos meter en un lío y eso… Al final, nos convencimos de que era mejor pasar e irnos a casa. Pero antes de marcharnos, se nos ocurrió hacerles unas fotos. Si te soy sincera, no tengo claro para qué. ¿Igual por si nos los cruzamos en el futuro? No sé. La realidad es que, una vez pasado el momento, aunque llegamos a casa con bastante mal cuerpo, no teníamos el ánimo de llevarlo más allá, además de que no habríamos sabido ni por dónde empezar o si nos creerían, porque teníamos cero pruebas. Perdón, que me estoy enrollando un montonazo solo para decirte eso: que tengo unas fotos y que te las envío a continuación. Haz lo que creas oportuno con ellas si ves que coinciden con los que os agredieron a vosotros y mucha suerte. Solo una cosa, por favor: no nos mencionéis si al final las utilizáis en la denuncia. Aunque equivocada, tomamos una decisión ese día y preferimos olvidarlo. Un beso y ánimo.» Fin.

Víctor alza la cabeza y nos mira a todos.

—Y aquí están... las fotos —comenta, después de que el móvil avise de nuevos mensajes. Su cara se transforma al hacer *zoom*—. Son ellos.

Dani le quita el teléfono de las manos y repite el gesto. Su rostro inesperadamente pálido confirma que también él los ha reconocido.

—Este fue el que me habló primero...

—Y ese del fondo, borroso, creo que es el del bofetón, ¿no? El alto —dice Víctor—. ¿Qué hacemos?

Te lo pregunta a ti, que para eso te acabas de graduar en Derecho, ¿no? A toda velocidad, tu cabeza comienza a enumerar las posibles repercusiones de estas fotos, cómo se han obtenido, quiénes aparecen en ellas, para qué fines se utilizarían...

—Lo primero, pedirle a la chica que no le mande estas fotos a nadie más y que bajo ningún concepto las suba a las redes sociales. Le das las gracias y le dices que, a partir de ahora, si durante el caso ves necesario utilizarlas, las adjuntarás a la declaración e intentarás mantenerlas al margen de todo.

Mientras hablas, Víctor teclea a toda velocidad mientras asiente.

—¿Algo más?

Tú niegas y él le da a «enviar».

—Es probable que para cuando os llamen a declarar ya tengan identificados a los agentes, pero, por si acaso, enseñadles las fotos.

—¿No se meterán en algún lío? —pregunta Lola.

—No hay razón. No se han publicado en ningún lado ni lo van a hacer. Están tomadas en la calle, han reconocido a los agresores y son pruebas que les ayudarán a confirmar todo. Podéis volver a cosa hecha a la misma comisaría o esperar a que os llamen. De una manera u otra, llevadlas.

—Y ¿habéis hecho algo en la Policía Municipal?

—Ehm..., no —responde Dani—. O sea, no sé si habrán contactado con ellos, pero nuestra denuncia fue en la Nacional.

—Claro. A ver, como ahora mismo todo está en manos de la Nacional, «oficialmente» —y dibujas las comillas en el aire con los dedos— los municipales, los de Madrid, no saben nada.

—Ya, claro... —comenta con ironía Jimena.

—Así que lo que podéis hacer es obligarlos a que se enteren. Que no puedan ignorarlo.

—¿Y eso cómo se hace? —te pregunta Dani.

En tu móvil, entras en la web de la Policía e investigas unos segundos para confirmar que estás en lo cierto. No recuerdas en donde leíste sobre esto, si te lo contó un amigo o si fue un profesor quien lo comentó en alguna clase de pasada, pero la información se te quedó grabada porque quizá en algún momento te podría ser útil. Y ya ves...

—Mira, sí —dices—. Entra en la web de Madrid y desde ahí al apartado Atención Ciudadana... Ese, sí —añades, mientras Dani va haciendo lo que le dices en su teléfono—. Vale, ahí... Pincha aquí, eso, en «Quejas sobre actuación policial».

—No sabía ni que esto existiera —dice Lola.

—Escribid un *email* explicando todo lo que pasó el viernes y enviadlo a esta dirección que aparece aquí.

—¿Otra vez? —se queja Dani—. Si ya lo hemos contado todo y nos van a llamar a testificar, se supone...

—Ya, pero cuando lo hagáis, su Departamento de Asuntos Internos, el de los municipales, tendrá que ponerse las pilas para investigar porque oficialmente —esta vez no dibujas las comillas en el aire— ya sabrán algo.

Lola se tira de pronto sobre ti y te da un beso en los labios. Te desconcentra durante un segundo porque sus labios tienen algo que...

—Si es que es imposible no quererlo. —Y te da un segundo beso—. ¿Os ha quedado claro lo que os ha explicado mi novio, el abogado? ¿Sí? Pues venga, a currar.

—Y, Dani —añades—, envíalo tú, que para eso eres la víctima.

—Muchas gracias —dice Víctor, levantándose—. Vamos a mi ordenador.

—Si queréis, traédmelo para que le eche un vistazo antes.

Te vuelven a dar las gracias y desaparecen dentro de la habitación.

Los últimos días has estado tan pendiente como Lola del asunto, pero no has podido pasarte hasta hoy, después del trabajo.

—Yo también me marcho a mi habitación —dice Jimena, robando

un par de porciones de la pizza fría—. ¡Buenas noches, *babies*!

Cuando os quedáis solos, Lola se acurruca junto a ti y te da un beso.

—Gracias —dice.

—Me gustaría ser más positivo, pero no creo que...

—Ay, no. No lo digas.

Lola se separa un poco y te pone el dedo en los labios para que te calles. Odia cuando te pones en «modo realista».

—Lo siento, pero es que estas cosas no suelen llegar a nada.

—De algo servirán. ¿Sabes cómo no llegan a nada? Si no denuncian.

—Lol, conmigo no te enfades, que yo estoy de su lado al cien por cien. Y de verdad que admiro muchísimo que hayan denunciado y tal. Pero...

—Chis, chis... —Vuelve a ponerte el dedo en los labios—. Ya habrá tiempo para los «peros». Di algo positivo o te echo del sofá.

—Tendré que ponerme creativo —bromeas, y ella te empuja para tirarte al suelo. Cuando logras recuperar la estabilidad, añades—: Lo de que se haya viralizado es algo bueno. ¿Te vale?

—Flojo, pero sí. Te lo puedes currar más.

—A ver, que sí, que lo del periodista y lo del lío en las redes puede beneficiarlos.

—Es todo lo que voy a sacar de ti, ¿no?

Te encoges de hombros y le das un nuevo beso que propicia un segundo y un tercero. Para cuando queréis daros cuenta, lleváis un rato aprovechando todo el tiempo que el asunto del bofetón os ha robado. Ojalá pudieseis escaparos y desconectar de trabajos y movidas y estar vosotros solos veinticuatro horas seguidas.

Un rato después, los chicos salen con el portátil en las manos y os encuentran viendo una serie, acurrucados.

—Creo que ya está —dice Dani—. ¿Nos lo revisas?

Tú te incorporas y coges el ordenador para colocártelo sobre las rodillas. Mientras lees, vas corrigiendo algunos detalles que pueden ser malinterpretados y en el momento en el que consideras que está impoluto le das a enviar.

—Y con esto y un bizcocho, uno que se marcha a casa —dices.

—¿Yaaa? —se queja Lola, pero no pelea demasiado porque sabe el día que has tenido.

Te despides de todos y, cuando estás saliendo por el portal del edificio, te suena el móvil. Mientras lo sacas del bolsillo piensas que será Lola, que se te ha olvidado algo arriba, pero no.

—¿Edu? —saludas, entre ilusionado y sorprendido, al descolgar.

—¡Hola, querido, cuánto tiempo!

—Un montón, joé… —dices.

Y te sientes culpable porque te habría gustado mantener más el contacto después de lo buenos amigos que fuisteis. Es curioso, ¿no? Que al oír su voz te dé la sensación de que aún vais a clase juntos en la universidad.

—Dime, ¿pasa algo?

—¿Aparte de querer saber de ti? —bromea—. Igual sí. ¿Tienes un momento? Estoy preparando mi intervención de mañana en la Asamblea y necesito que me ayudes con algo…

EDUARDO

Revisas tus papeles una y otra vez desde tu sitio. Por suerte, no eres de los que les sudan las manos o lo traban los nervios. Te gusta hablar en público. Sabes hacer las pausas oportunas, énfasis en los momentos importantes y modular la voz para que tu discurso llegue de manera clara y concisa. Sobre todo concisa. Porque sabes que luego compartirán *clips* en las redes de lo que digas y tienen que ser mensajes contundentes, abreviados y directos. Si te vas por las ramas, como algunos de tus compañeros del partido, es más difícil editar y que se viralicen y se entiendan.

En cualquier caso, eso son cosas de las que no tienes que preocuparte en este momento. Ahora tienes que estar focalizado en tu intervención. En cómo vas a realizar la pregunta durante la sesión plenaria. Te han dejado a ti porque, además, es un tema que te afecta directamente. Desde niño has sufrido las burlas por ser gay, y ahora, al fin, tienes la oportunidad de intentar cambiar las cosas desde dentro del sistema. O al menos intentarlo, ¿no? Por eso te hiciste político. Desde el primer año de carrera, cuando conociste a Gabri, te fuiste metiendo en todos los grupos estudiantiles que estuvieran luchando por causas que a ti te parecían justas. No tardaste en conocer a alguien que te presentó a otro alguien que pertenecía a las juventudes del partido que más se alineaba con tus creencias y del que ahora, años después, eres un eslabón fundamental. Tarde o temprano darás el salto a la política nacional, pero por ahora te emociona estar aquí, en la Asamblea de Madrid, luchando por los derechos de tu comunidad.

—Pasamos a la siguiente pregunta —dice en ese momento la presidenta de la Asamblea—, también dirigida a la consejera de Familia, Juventud y Política Social. Tiene la palabra el señor Ferrer.

Cuando oyes tu apellido, te levantas y saludas.

—Muchas gracias, señora presidenta. —Miras entonces a la

consejera y dices con voz clara—: ¿Van ustedes a cumplir o van a recortar la ley LGTBI en la Comunidad de Madrid?

Con ello dicho, callas y te sientas… por el momento. Es parte del protocolo.

—Gracias, señoría —dice la presidenta—. Señora consejera, por favor…

Cuando ella responda, tendrás la oportunidad de volver a hablar. Para eso tienes listos los papeles delante. Los mismos que garabateaste por la noche mientras hablabas con Gabriel. Ya es casualidad que uno de tus amigos de la uni esté relacionado con Dani, el chico de la agresión policial. Quedasteis en agendar un día para unas cervezas. Te habrías quedado horas hablando con él, como en los años de carrera, pero el tiempo apremiaba, aunque no faltaran las ganas. Días atrás, mientras preparabas tu intervención, no imaginabas que tendrías que sumar un nombre nuevo a la lista que ya habías creado. Ojalá no hubiera sido necesario, pero…

La mujer se acerca a su micrófono y dice:

—Verá, señoría, como ya he señalado, las leyes se están cumpliendo, y desde mi partido vamos a insistir en que siga siendo así.

La bancada de su partido aplaude la respuesta de la mujer, pero lo anterior solo ha sido la punta de lanza para poner de manifiesto lo que lleva ocurriendo varios años, y ahora toca tu auténtica intervención. La que te has estado preparando los últimos días, leyéndosela y releyéndosela a tu novio hasta aprendértela casi de memoria. El tiempo que tienes es limitado, así que no puedes enredarte ni perder el hilo. De ahí los papeles. Lo has escrito con preocupación, pero también con rabia y con ganas de que sirva de algo, aunque sea solo para poner de manifiesto los fantasmas que muchos quieren ignorar y que definen ese miedo que, algunas noches, te mantiene en vela hasta altas horas de la madrugada.

—Muchas gracias, señora consejera. Señoría, por favor, adelante.

—Gracias, señora presidenta —dices; tomas aire y das inicio a tu intervención—. Mire, hace justo un año, el 2 de julio, la presidenta de su partido calificó las más de trescientas agresiones que todos los años

se producen por LGTBIfobia en la Comunidad de Madrid como «casos puntuales». Y yo les voy a leer algunos de esos casos puntuales que han ocurrido aquí, en la Comunidad de Madrid. Casos puntuales como el de Javi, el pasado 27 de junio, a quien, estando con unos amigos, se le acercó un grupo de hombres que le preguntaron quién se la metía a quién para después comenzar a golpearle hasta propinarle una patada que lo tiró al suelo. O como el de Abril, un chico al que escupieron e intentaron asfixiar. Cuando preguntó por qué lo hacían, uno de sus agresores dijo que por maricón. O casos puntuales como el de una chica menor de edad en Alcorcón que en mayo fue agredida después de que la insultaran por ser lesbiana. O la agresión puntual de Dani, que ocurrió la noche del 3 de julio, en plena celebración del Orgullo, cuando unos agentes de la Policía Municipal le llamaron bombón y maricón, y después uno le propinó una bofetada sin ningún tipo de motivo. Todavía estamos esperando a que el alcalde abra un expediente a ese individuo, que, impunemente, aún forma parte de las fuerzas que tienen que velar por nuestra seguridad. También está la agresión puntual a Axel en marzo, que iba viajando en el metro cuando un chico se levantó, le llamó maricón e hijo de puta y le pegó un puñetazo que le dejó el ojo sangrando. O la sucedida a una chica trans cuyo agresor empezó a manosear sus pechos y, cuando huyó, él la persiguió, la cogió del pelo, la golpeó en la cabeza, la agredió con un objeto punzante y le dijo: «Os vamos a matar; estáis muertas».

Tomas aire, no solo para que cale el mensaje en quienes te oyen y en quienes te oirán en el futuro, sino también porque enumerar historias así, reales, no te deja indiferente. Te tiemblan levemente las manos que sujetan el papel, pero no dejas que esos nervios se contagien a la voz cuando sigues:

—Señora consejera, todo esto ha sucedido en Madrid. La realidad es que lo que ustedes llaman «casos puntuales» son delitos de odio y se han incrementado en un 41 % en los últimos años. Solo alguien que no lo vive, alguien al que no le importa, puede frivolizar y tacharlos de «casos puntuales». El incremento de las agresiones se debe al incremento de quienes las alientan. Los matones están envalentonados precisamente por discursos que oímos todos los días en una cámara,

en una institución como esta: señalando a las personas LGTBI, criminalizándolas como enfermas e incluso diciendo que nuestras familias son antinaturales. Claro que importa lo que te dicen mientras te matan. Claro que importa. Los agresores no necesitan saber con quiénes nos acostamos porque a las personas LGTBI nos persiguen por lo que somos, porque les molesta nuestra existencia. Lo que nosotros les estamos preguntando es qué van a hacer para que en Madrid no haya ningún caso parecido más, porque es por lo que deberíamos trabajar todos, pero ustedes han escogido el camino opuesto. Ustedes han decidido remar en dirección a hundir la ley que nos protege, a destruirla. Y lo que nos preguntamos es qué van a recortar. A qué parte de la ley que nos protege y que fue un consenso en la legislatura de 2016 le van a meter un tijeretazo. Los madrileños merecen saber por qué la presidenta de su comunidad quiere recortar el instrumento jurídico que obtuvimos para proteger a las personas LGTBI. Eso es lo que queremos que responda, gracias.

Esta vez los aplausos vienen de tu grupo parlamentario y de vuestros aliados. Los agradeces, pero te saben a poco, porque en el fondo te frustra y te lacera tener que estar hablando de esto en el año que es, después de lo mucho que otros antes que tú han peleado para alcanzar la seguridad y los derechos que ahora podéis disfrutar tú, tu pareja y tantos otros.

De nuevo, la presidenta de la asamblea da paso a la consejera, pero su respuesta es tan tibia como cabe esperar. La escuchas mirándola a los ojos. Odias a esos políticos que están de más, que ya se creen que han hecho suficiente, que con aparecer por allí les sobra, que el sueldo lo ganan igual prestando atención o charlando con los compañeros.

Aún crees que pueden pasar cosas, que puede haber cambios.

Que el diálogo sirve. Por eso la miras y la escuchas, como te gusta que hagan cuando intervienes tú. Por eso no la ignoras, aunque todo lo que oyes sean frases manidas que tratan de dejarte en evidencia, como si las pruebas que te respaldan las hubieras inventado tú. La oyes insistir en que sí, que para ellos son casos puntuales porque la Comunidad de Madrid es mucho más que esas personas que sufren LGTBIfobia, pero también agradeces extrañamente que haga hincapié

en que no por eso les importan menos ni van a dejar de trabajar para que no existan más en el futuro. Sabes lo que está haciendo: jugar a dos bandas. Le preocupan estos casos, pero no los diferencia de otras agresiones. La etiqueta por la que os pegan u os matan os la habéis inventado. En el fondo la violencia es violencia, y punto. Los insultos que acompañan a las patadas, según ella, dan igual. Son anecdóticos y no la cristalización patente del origen de su ira.

Así que, aunque agradeces que al menos insista en los avances que ha habido en el pasado, te sabe a poco porque te vienen a la cabeza todas las veces que, desde hace unos años, sientes que ya no se avanza tan deprisa y se están dando demasiados pasos hacia atrás. Tampoco olvidas los pactos que han hecho con quienes más alientan en sus discursos a los agresores. De ahí que, cuando acaba su respuesta aclarando que las personas LGTBI son igual de importantes para ellos que para vosotros, no te queda más remedio que contener una amarga risotada. Más aún cuando se refiere a vosotros como «personas con LGTBI». Bueno, no, ahí no te ríes, ahí saltas y le aclaras su error. Pero ella no muestra interés en entenderlo y, tras apuntar algunos éxitos de su partido, baja el micrófono porque se le ha acabado el tiempo.

Cuando un rato más tarde salís de la cámara te duele la cabeza. Siempre te ocurre lo mismo. Te sientes contento con tu intervención, pero llevas un pesar anclado en el estómago que no se te quita y que te hace cuestionarte si todo lo que haces sirve de algo. La respuesta la encuentras al encender tu móvil y encontrarte con un audio de Gabriel en el que te agradece que hayas mencionado el caso de Dani entre todos los demás. Lo ha visto *online*, en directo. Entonces te respondes que quizá sí. Que tal vez sirva de algo, a fin de cuentas. Lo mismo que alguien te recuerde y cuente tu historia impide que desaparezcas en el olvido y que tu dolor no importe.

La jaqueca no se te pasa cuando sonríes y guardas el móvil, pero al menos recuerdas una vez más por qué haces esto y por qué no vas a dejar de hacerlo.

DANI

Esta noche has vuelto a tener pesadillas. O más bien un sucedáneo de ellas. Porque para que haya pesadillas tienes que dormir. Y tú has estado muy lejos de quedarte dormido.

De costado. Boca arriba. Boca abajo. Al otro lado.

Por suerte, Víctor ha caído KO, sin inmutarse por tus vueltas en el colchón. Hasta que al final no has aguantado más y has decidido irte al salón. Allí te ha encontrado unas horas más tarde, cuando se ha despertado para ir a trabajar.

—¿No has dormido? —te ha preguntado.

—Algo —ha sido tu respuesta, por no preocuparlo de más. Que cada santo aguante su vela.

—El coche viene a por mí en diez minutos, ¿quieres que te prepare un café?

Le has agradecido el gesto, pero le has dicho que no hacía falta. Además, era temprano. Las seis de la mañana. Desde que trabaja en la serie no le importa madrugar. Lo notas feliz. Sabes que es feliz.

—Pasa un buen día —te ha dicho antes de darte un beso que te ha sabido a dentífrico—. Te quiero, ¿vale?

Tú lo miras extrañado ante el arrebato. No por sus palabras, sino por cómo te mira.

—Vale..., eh..., yo a ti también —dices, y en tu tono va implícita la pregunta de a qué viene eso.

—Es que no quiero que lo olvides. Que todo lo que hago, lo hago por ti.

—Ya lo sé.

Él parece que va a añadir algo más, pero entonces se inclina para besarte de nuevo y se marcha.

No estás seguro ni de si has llegado a responderle al beso o te has quedado quieto. Supones que sí, pero desde hace unos días no das

nada por seguro. Los minutos se mezclan en tu cabeza como en un reloj estropeado. Dos adelante, uno atrás. Uno adelante. Otro adelante. Uno atrás. Te avergüenza reconocerlo. Por eso no se lo has dicho a nadie. Joder, que solo fue un bofetón, ya está bien. La vida sigue. ¡Ni que se hubiera muerto alguien! ¿Cómo es posible que te cueste hasta ordenar los acontecimientos de las últimas horas? ¿Cuándo va a dejar de sorprenderte lo deprisa o lo despacio que pasa una hora? Ya has hecho todo lo que podías hacer. Pasa página. Borrón y cuenta nueva. Cualquier frase hecha te sirve en este momento.

Pero cuando miras la pantalla del móvil y compruebas que ya son casi las diez de la mañana te vuelves a hacer la misma pregunta: ¿cómo ha podido pasar tan rápido el tiempo? ¿Llevas cuatro horas tumbado en el sofá? ¿Te has llegado a quedar dormido? Algo, supones. Aunque no te sientes más descansado que antes. Te incorporas y te masajeas el cuello.

El silencio de la casa, que tanto has disfrutado en otras ocasiones, ahora te agobia. Te resulta claustrofóbico. Te supera. Te obliga a enfrentarte a tus pensamientos y a esos monstruos que solo toman forma cuando no hay ruido. Sin darte cuenta, deslizas la mano de la nuca a la mejilla, donde recibiste el bofetón. Aún lo notas. Es un dolor fantasma que no adviertes si no le prestas atención, pero que lleva ahí desde que ocurrió todo. Nunca te llegó a salir marca, pero tú lo sientes como si fuera incandescente en el reflejo del televisor apagado.

La puerta del cuarto de Jimena se abre en ese momento y te vuelves para desearle los buenos días.

—¿Qué tal has dormido?

—Mejor, mejor…

Cada vez te cuesta menos mentir.

—Pues muy bien. De todos modos, píllate un bote de melatonina, te va a ayudar a descansar. ¿Café?

—Sí, porfa.

Desayunáis sin hablar mucho. Víctor y Lola son los que más energía tienen por las mañanas, pero vosotros sois de los que agradecéis el silencio hasta que la cafeína os hace efecto.

—¿Trabajas hoy?

—A las dos —dices.

—¿Quieres que te acerque? Voy a casa de Sara...

—¿Sí? Pues me vendría de lujo. Gracias.

Te pasas el resto de la mañana en el cuarto. Te mandan el vídeo de la Asamblea de Madrid donde el político joven, Eduardo Ferrer, menciona tu caso. Te sientes disociado al oír su intervención, y aunque una parte de ti agradece el gesto, y más siendo amigo de Gabriel, la otra simplemente prefiere ignorarlo por puro agotamiento.

Y aún tienes que ir a la oficina. ¿Ganas? Las justas. Pero te irá bien salir de casa y estar entretenido. Aparte de que no estás en posición de elegir.

En su momento te pareció un milagro que te saliera ese trabajo. Marketink no es la empresa soñada, pero al menos curras de lo tuyo, pagan decentemente y es currículum. Como cualquier agencia de comunicación, es habitual que hagas más horas de las estipuladas o que tu horario cambie cada semana según los proyectos que haya que sacar adelante, pero te gusta y te da la oportunidad de hacer cosas nuevas constantemente. Tu jefe es amable y sabe escuchar. Le gusta innovar y no le da miedo probar cosas nuevas según las cuentas que lleguen.

—¡Estoy lista! —exclama Jimena un rato después.

¿Ya es la una y media? Te preguntas cuando sales de la habitación con la mochila al hombro.

—¿Has comido?

—Un sándwich —mientes. Se te ha olvidado por completo comer. Ups. Tampoco es que tengas hambre, y siempre puedes pillarte una barrita energética o una bolsa de algo en la máquina expendedora de la recepción—. Cuando quieras.

Jimena te mira con sospecha, pero no dice nada. Le preocupa presionarte más de la cuenta. Lo que fuera a decirte, se lo guarda, coge las llaves del coche y bajáis al garaje del edificio.

El tráfico a esa hora es manejable y cruzáis Madrid a tiempo. Le agradeces de nuevo el gesto y le pides que salude a Sara de tu parte.

—¿Seguro que estás bien? —insiste antes de que puedas cerrar la puerta.

—Que sí. En serio.

—Sé que no es mi movida, pero un poco sí..., y creo que te vendría bien buscar ayuda.

Tú la miras con el ceño fruncido.

—¿De qué tipo?

—Terapia, Dani. Porque igual está siendo mucho.

—No sé...

—Piénsalo. No hay que decidirlo ya.

—Va.

—Y si necesitas lo que sea, me llamas y te vengo a buscar.

—Hay metro, Jime.

—Me llamas.

Tú asientes. No vas a convencerla. Tampoco vas a llamarla si pasa algo. Más tranquila, ella te lanza un beso a través de la ventanilla y arranca.

Marketink se encuentra en el octavo piso de un edificio acristalado que en ese momento refleja la luz del sol como un inmenso espejo negro. La primera vez que entraste te abrumó lo real que era todo. Tu única experiencia laboral se había limitado a gestionar los anuncios de un periódico local de Ávila. Esto era distinto. Era primera división: Madrid. Y ese edificio inmenso y señorial cuya entrada estaba limitada a quienes teníais una tarjeta de acceso iba en serio, con una recepción de techos altos y secretarios sonrientes que te daban los buenos días y te deseaban feliz fin de semana cada vez que pasabas por delante de ellos.

La agencia ocupaba todo el octavo piso. Desde que salías del ascensor ya te encontrabas carteles con las campañas que estuvieran llevándose a cabo en ese momento y que cambiaban cada mes. Una vez cruzabas la puerta acristalada, te topabas con la vitrina con los premios y galardones que habían recibido desde su inauguración. Era una empresa joven, pero con un prestigio que ya les gustaría a muchas de las más veteranas. Por eso te hizo tanta ilusión que les encajara tu currículum. No sabes qué fue lo que dijiste en aquella entrevista por videollamada con el jefe cuando pasaste el primer corte de recursos humanos, pero lo convenciste y ahora puedes decir con orgullo que

eres el empleado más joven.

De camino a tu mesa, saludas a los pocos compañeros que hay en la oficina. Al ser verano, la gente ya se ha empezado a ir de vacaciones y los que quedáis os repartís los horarios: unos por las mañanas, otros por las tardes. Cada semana cambia, también según las necesidades de los clientes y de las campañas. Pero la cosa estará calmada hasta septiembre, y ese ambiente relajado se nota en toda la oficina. Tal vez por eso tardas en advertir que pasa algo y que los cuchicheos que provienen de una de las islas de escritorios junto a la ventana tienen que ver contigo.

¿O no?

Es una paranoia tuya, aunque jurarías que has escuchado tu nombre. Eso se había quedado atrás. Lo de pensar que todos van contra ti. Eso es cosa de la época del colegio, Dani. De cuando eras niño. De cuando tenías miedo de que descubrieran un secreto que ni tú sabías que guardabas.

Vuelves a concentrarte.

Tienes la bandeja de entrada del correo llena. Da igual que cada jornada trates de vaciarla y dejar todo resuelto, los *emails* se multiplican de un día para otro con asuntos llenos de exclamaciones y advertencias de urgencia máxima. Los lunes son el peor día, porque se acumulan todos los del fin de semana. ¿La gente no sabe lo que significa descansar? En esta industria no, desde luego.

Te lo tomas como un reto. Un juego: ver si logras hacerlo todo antes de la hora de marcharte. También sabes que lo que no hagas, se sumará a lo de mañana. Hay días que lo llevas mejor y otros peor, pero hoy te va a venir bien tener toda tu atención puesta en las peticiones de...

Esta vez no lo has imaginado. Han dicho tu nombre. Ha sido como un latigazo que te ha chasqueado en el cuello, a la altura de la nuca. La piel se te ha erizado como cuando intuías que se venía una patada o un insulto.

Y te están mirando.

De hecho, acaban de bajar la mirada según tú la has alzado. Son dos chicas y un chico. Todos en la treintena. Guapos como los

influencers con los que soléis trabajar. Los reconoces de distintas reuniones, pero no habéis hablado mucho. Sabes que se encargan del departamento digital y que suelen hacer mucho ruido cuando comen en la oficina.

De pronto, una de ellas se levanta y se acerca a ti. Lo hace con decisión, como si fuera lo más habitual. Como si todos los días, al verte, quisiera saber qué tal te ha ido y si te apetece tomar algo después. Solo que nunca habéis hablado, por muy sincera que parezca su sonrisa. Te fijas en la bandera de España que lleva en la muñeca.

—Eres Dani, ¿no? —te pregunta cuando llega a tu escritorio.

—Sí, hola.

—Soy Candela. Cande. Te voy a hacer una pregunta, ¿vale? Tú eres el de… el del bofetón, ¿no? El del policía y tal.

Lo saben. ¿Cómo no lo van a saber? Todo el mundo lo sabe. Todo. El. Mundo. ¿Acaso habías pensado que la viralidad no iba a traspasar las paredes de la oficina? ¿Eh? ¿Que ahí dentro nadie se iba a enterar? Hay que ser imbécil, Dani. Va, contesta.

—S-sí, soy yo…

—Un poco fuerte, ¿no?

—Pues sí…, pero fuimos a denunciar en cuanto pasó y…

—No. Lo que me parece un poco fuerte es cómo estáis poniendo a la Policía.

Su respuesta te deja sin palabras. La glotis se te cierra de manera inesperada.

—Mi padre es comisario —añade—. No aquí, en Sevilla. Y dudo mucho que las cosas pasaran como decís. ¿Tú sabes lo jodido que es ser policía?

—Nosotros solo…

—No, perdona, déjame acabar —te corta—. ¿Tú lo sabes? Porque yo sí. Y ¿sabes a la de gentuza que tienen que aguantar y el peligro que corren?

—Si yo eso no lo dudo, pero…

—Claro que lo dudas. Cómo no lo vas a dudar cuando poco más y ponéis que os dieron una paliza sin motivo. A saber lo que hiciste para llevarte ese bofetón…, si es que hubo bofetón, claro.

Su risa de gorrino te tensa la mandíbula. De improviso aparece allí el otro compañero que estaba con ella y le coloca una mano sobre el hombro para calmarla, aunque su sonrisa te resulta incluso más sádica que la de ella.

—Cande, vamos, que se nos acumula el trabajo.

Pero ella no aparta su mirada de ti.

—Debería daros vergüenza —dice—. A ti y a tu novio. Solo espero que os caiga un puro por contar todas esas mentiras. A ver qué burradas suelta ahora...

Con las mismas, se da la vuelta y se marcha. Durante un segundo te parece advertir una mirada de disculpa en los ojos de su amigo, pero no tienes tiempo de analizarlo porque él también se gira y regresa a su sitio.

Estás temblando cuando vuelves a poner las manos sobre el teclado.

No tendríais que haber publicado nada. ¿En qué estabas pensando? No, en serio: en qué.

Víctor debería haberlo dejado estar. Con la denuncia era suficiente. ¿Para qué todo lo demás?

Ahora sí que bajas la cabeza y sus risitas te duelen como aquellas que resonaban en los pasillos y en el patio del instituto. En parte porque ya las habías olvidado. Es como si el bofetón hubiera abierto la puerta a un pasado que creías enterrado para siempre.

Aprietas el puño hasta que las uñas se te clavan en la piel.

«A ver qué burradas suelta ahora.»

¿«Ahora»? ¿Cómo que «ahora»?

Entras en el buscador siguiendo un presentimiento que se instala en tu garganta. Lo primero que haces es comprobar si en el hilo de Víctor ha habido alguna novedad. Nada. La conversación, aunque sigue candente, está menos activa. Entonces pruebas a buscar el nombre de Víctor con su apellido, Valdés..., y lo encuentras.

Ni siquiera te extraña.

Te duele, sí. Te enfada. Pero no te extraña.

Finges normalidad. Con las mismas, te levantas y te diriges al baño. Lo único que te delata es la mirada, que se mantiene clavada en

el enlace que aparece en la pantalla, hipnotizado. Pero aguantas. No haces nada hasta estar solo, encerrado en un cubículo. Entonces sí: te sientas sobre la taza del váter y clicas en él…

ALICIA

No te creías capaz de lograrlo, pero ahí tienes a todos los invitados en la mesa, microfonados, maquillados y hablando amistosamente, listos para entrar en directo. Veremos cuánto dura esa amabilidad. Tremendo trabajo has hecho. Ya puedes darte una buena palmada en la espalda.

Como ayudante de producción, tu labor ya ha terminado. Para el programa de hoy, claro. Aún te queda cuadrar un par de recogidas para el de mañana. Pero te puedes permitir veinte minutos de descanso. De triunfo. El tema te interesa. Quieres ver cómo se desarrolla todo. No sueles bajar a plató: prefieres aprovechar y adelantar trabajo en la oficina mientras miras de reojo el programa en alguna de las pantallas de la redacción. Salvo hoy.

Tus compañeros te saludan. Respondes a sus preguntas amables. Todo bien. Sí, por aquí un ratito. A ver qué tal. ¡Mucha mierda! Te colocas en un rincón donde no molestas. Sabes lo difícil que es coordinar un programa en directo. La de cosas que pueden salir mal son infinitas. La concentración es lo único que evita que eso pase. Hay que estar al quite, como dice Bruno. Siempre pendiente de tu trabajo, pero también del de los demás, por si hay que reaccionar deprisa. Para ti es un poco como conducir: vas pendiente de tu coche, pero también de los que tienes delante o detrás, de los que se incorporan de pronto... Pues así.

—¡Prevenidos! —grita una voz entre las cámaras—. Volvemos de publicidad en diez, nueve...

Mientras sigue la cuenta atrás, tú miras la mesa e hinchas el pecho, orgullosa. Pensabas que no lo conseguirías. Has reunido a la delegada de la asociación LGTBIpol, a un representante del Ayuntamiento, a Xirtilum, une *influencer* especializade en contenido LGTBI y a Víctor Valdés. Por los pelos, pero ahí está. Recién llegado del rodaje de la

serie. Le debes una a Gonzalo por haberte dado su teléfono. Habías perdido toda esperanza de que te fuera a decir que sí. No habría sido igual la mesa sin él. Lo sabes.

Bruno quería un programa con motivo del Orgullo. Los guionistas y la redacción le propusieron varias ideas, pero faltaba el gancho. Hasta que apareció la noticia de la agresión. Ahí lo tenían. Justo lo que necesitaban. ¡Con el *pack* completo! Morbo, concienciación, una cara conocida, una historia viral, abuso de poder... No sabías lo que había terminado de convencer a Víctor para que te confirmara, pero bienvenido fuera.

Bruno mira a cámara y saluda de vuelta a los telespectadores con gesto serio. Tú te descubres mordisqueando el bolígrafo que siempre llevas encima, tensa. Conoces la fama del presentador. Has vivido la fama de Bruno en tus carnes. Lo has visto gritar, amenazar, despedir incluso. Es autoritario, vehemente, suele salirse del guion por donde nadie espera..., y uno tiene que estar preparado si eso pasa. Si no, que no trabaje ahí. A fin de cuentas, es su programa, y las audiencias demuestran día tras día que sabe lo que hace. Por algo es líder en su franja.

Eso no quita que temas lo que pueda ocurrir con este asunto. Pero sus palabras te dejan a cuadros... para bien.

—Antes de continuar, voy a aclarar que desde este programa condenamos todo tipo de violencia contra el colectivo LGTBIQ+ —dice—. Y que si abrimos este debate en estos días tan señalados no es por aprovechar la semana del Orgullo, sino para reivindicar un caso que, en nuestra opinión, merecería muchos más titulares. Y para quien aún banalice la situación tan grave que estamos viviendo en nuestro país, quiero que preste atención al siguiente vídeo...

A su señal, entra la pieza que tus compañeros han preparado arriba. Acompañadas de una voz en *off*, las imágenes de distintas gráficas presentan las estadísticas tan nefastas que giran en torno a este tema: el crecimiento de los delitos de odio, las agresiones homófobas más habituales, los lugares donde suelen producirse, el porcentaje tan alto de denuncias interpuestas, con Madrid, Barcelona o Valencia a la cabeza... Ya no muerdes el bolígrafo, pero contienes la

respiración. Detrás de esas cifras y números, de esos colores, hay gente. Hay amigos. Hay familiares. Hay personas que han recibido palizas reales, que han quedado traumatizadas o que incluso han perdido la vida un día cualquiera, solo por pasear por la calle equivocada, o ir a la discoteca equivocada o cruzarse con la persona equivocada en el momento equivocado.

—Hoy tenemos con nosotros a Clara Hazaña, representante de la asociación LGTBIpol de la Policía Nacional...

—Buenas tardes —saluda ella.

A continuación presenta a Juan Antonio López, el delegado político del Ayuntamiento, que asiente con una sonrisa fría; a Víctor y a Xirtilum, quien comenta que prefiere que le llamen Xirti. Tú has aclarado en todos los guiones que le creadore de contenido es una persona no binaria y que responde a los pronombres neutros. En la mesa también está la compañera y tertuliana Tina Ferraz.

—«Anoche sufrimos una agresión por parte de la Policía Municipal de Madrid.» —lee Bruno, masticando cada palabra antes de volverse hacia Víctor—. Esto lo escribiste tú, Víctor.

No es una pregunta. Calla y espera a que el actor hable. Tú aprietas la mandíbula. Hay dos opciones: que sea el típico que sin un guion no sabe cómo enfrentarse a las cámaras o...

—Sí. Esa noche no dormí nada y me levanté para contar lo que nos había pasado en Chueca. No esperaba que lo fuera a leer tanta gente.

—¿Qué pasó exactamente?

Bruno le deja hablar y el chico lo hace. Y con una cadencia perfecta. Te bastan un par de minutos para reconocer que es un animal televisivo. Va a dar juego. No se va a callar y va a mantener a la audiencia pegada. Además, es guapo.

—En resumen, necesitaba desahogarme —concluye. Y aunque sonríe, no lo hace como un héroe, sino como la víctima que es y por la que lo has traído.

—Desahogarte, pero también denunciar la actuación policial, ¿no?

—Sí. También. Y, si me lo permites, Bruno, te puedo decir que a raíz del *post* recibimos muchos mensajes de otras personas que sufrieron algo similar esa noche.

—¿Ya empezamos a descalificar sin pruebas?

—Un momento, Juan Antonio. Explícate, Víctor.

Tú no puedes contener la sonrisa más tiempo. Va a salir bien. Lo sabes.

—Pues eso —dice el actor—. Que después de que se viralizara el mensaje, nos llegaron mensajes privados de otras personas que habían tenido problemas con los policías de ese y otros controles de la plaza de Pedro Zerolo.

—Xirti, tú trabajas a diario en las redes lanzando mensajes de ánimo a la comunidad. Según tú, ¿sigue siendo necesario el activismo?

—Totalmente —dice le *influencer*, antes de profundizar en el tema —. Da la sensación de que los derechos del colectivo han dejado de interesar como moneda de cambio para según qué partidos. Ahora ya no mola estar de nuestro lado, ¡cuando antes era algo incuestionable! Igual que ocurrió con el feminismo. La crispación hace creer que estos derechos son solo para algunes.

—Y no es así —apunta el presentador.

—No. Son de todes y nos hacen mejores como sociedad. Son derechos que nos protegen. No son premios ni compensaciones, y ahora muches los utilizan como elemento divisorio, cuando deberíamos estar más unides que nunca.

—Tú misme has sufrido agresiones a lo largo de tu vida —continúa Bruno, y otra vez el corazón te da un pequeño saltito en el pecho: se ha acordado—. ¿De la Policía también?

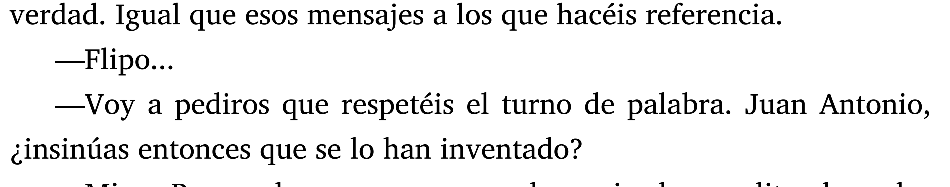
—No. Yo no. Pero sí que tengo amigas drags a las que, como apuntaba Víctor, durante estas fiestas del Orgullo hubo policías que les bloquearon el paso cuando se dirigían a los locales donde tenían que trabajar si no les bailaban antes.

—¡Lo que hay que oír! —estalla a la par el político—. Una vez más: ¿y las pruebas?

—Las pruebas son todos los mensajes que comparten con nosotres —replica le creadore de contenido.

—¿Tan raro resulta de creer? —interviene Víctor—. Porque a mí, después de lo que vivimos, no. ¿O lo mío también es mentira?

—No te puedo decir que sea mentira. Pero tampoco que sea



verdad. Igual que esos mensajes a los que hacéis referencia.

—Flipo…

—Voy a pediros que respetéis el turno de palabra. Juan Antonio, ¿insinúas entonces que se lo han inventado?

—Mira, Bruno, lo que no se puede es ir desacreditando a las fuerzas del Estado con tanta frivolidad. ¿Ha ocurrido eso? Pues que lo denuncien.

—¡Eso hemos hecho! —exclama el actor.

—Lo demás es solo para llamar la atención.

—Si no hubiera llamado la atención, como dices, ahora no estaríamos aquí.

—Eso no lo hace más real.

—Pero los datos que hemos mostrado en el vídeo, sí —comenta Bruno, con una tranquilidad impropia en él: sin un chascarrillo hiriente ni un corte que deje sin argumentos a la persona—. Están sacados del Portal Estadístico de Criminalidad del Ministerio del Interior.

—Sí, ¿y?

—¿No es posible, según tú, que este repunte de agresiones LGTBIfóbicas también se den entre la Policía?

—No deberían.

—Pero puede pasar.

—Pero no deberían —insiste el otro, ensanchando la sonrisa.

Bruno se mide con el político y al final opta por dejarlo estar. Al menos por el momento. Entonces se vuelve hacia la representante de la asociación de policías.

—Clara, buenas tardes. ¿Qué puedes contarnos tú sobre todo esto?

—Yo no puedo más que estar de acuerdo con Xirti: los casos de agresiones han aumentado, se han radicalizado los grupos violentos, estamos viendo una pérdida sistemática de derechos y, sin duda, la gente siente que dispone de mayor impunidad para llevar a cabo estos ataques.

—Pero —interviene Bruno—, aunque pasa esto, no existen tantas denuncias. ¿Por qué?

—Por miedo.

—¿A la Policía?

—Sí. A la represión, a la doble victimización, a que reciban un mal trato en comisaría, a que les resten importancia o incluso a que se burlen de ellos. Sí.

—¿Y lo dices abiertamente?

—Es que es la única manera de hablar de esto, Bruno. Yo estoy aquí como miembro de la Asociación LGTBIpol, pero también como agente y como ciudadana. Y esto pasa. Precisamente por eso se creó la asociación, para evitar que se produzcan estos casos y para denunciarlos de manera más contundente cuando suceden.

—¿Y eso cómo es? —pregunta Bruno—. ¿Cómo se castiga a ese compañero que ha agredido al novio de Víctor?

—Pues se le llamaría la atención, tendría que declarar y, de demostrarse que es cierto, recibiría un castigo. Pero yo no tengo más información que ese tuit.

—¿Cómo que solo tiene el tuit? —salta Víctor—. Nosotros pusimos la denuncia.

—No digo que no: solo que yo no la he visto.

—Pero entonces, un momento —interrumpe Bruno otra vez—, ¿qué pasa si el agente dice que es mentira y que él no lo ha hecho?

—Hay que conocer las dos partes.

—Ya, pero ¿cómo demostramos que lo ha hecho mal si no hay un vídeo? ¿Es la palabra del agente contra la del novio de Víctor?

Tú sigues el debate con los ojos como platos. Sin poder creerte que Bruno esté posicionándose de una manera tan clara en el relato.

—Porque existe la presunción de veracidad, ¿no? —interviene Tina Ferraz—. Por ella, la palabra de la Policía prevalece sobre la del ciudadano.

—No es tan fácil —insiste la agente, sin perder la calma—. Habría que conocer el caso, y yo no me veo capacitada para dar una sentencia aquí y ahora. Si ese policía actuó como dices y los compañeros lo vieron, la denuncia activará nuestro régimen disciplinario, y os aseguro que es bastante contundente.

—¿Los mismos compañeros que se lo llevaron y que no nos quisieron dar sus números de placa? —pregunta Víctor con ironía—.

Genial. Me quedo más tranquilo.

La mujer aprieta los labios, pero no en un gesto de rabia, más bien de impotencia. Como de no poder ser de más ayuda, aun queriendo. Te da tanta rabia como a Víctor, pero también entiendes la posición de la mujer y el propio funcionamiento del sistema.

—¿Y a nivel interno? ¿Se investiga? —pregunta Tina.

—Por supuesto, al menos dentro de la Policía Nacional: se averigua quién es el funcionario en cuestión y se le toma declaración de lo sucedido. Ahora, en la Local, no lo sé...

—¿No lo sabe? —preguntan al unísono Víctor y Bruno.

—No. Somos dos organismos distintos. Supongo que sí, pero...

—Disculpadme, ¿puedo intervenir? —dice Juan Antonio con una sonrisa amable—. Yo es que... os oigo hablar y me da la sensación de que estamos en pleno franquismo. No: sí, sí. De verdad. Es como si no quisierais ver todo lo que hemos mejorado en ¡quince años!

—Pero ¿quién está hablando de hace quince años? —dice Víctor—. ¡Estamos hablando de que estamos peor que hace cuatro o tres!

—Por favor, no exageremos.

—No exageramos. Esto es un problema real —y apoya el dedo sobre la mesa—, y la gente tiene que saberlo. Nos puede pasar a cualquiera en cualquier momento.

—¿Ves? A cualquiera. Tú lo has dicho. Igual ni siquiera tiene que ver con un ataque homófobo, sino con algún disturbio callejero.

—¡¿Perdón?! A mi novio le llamaron bombón y maricón. Eso no se lo habrían dicho a un hombre cishetero que estuviera dentro de los cánones de masculinidad que se esperan.

—¿Eso qué significa? —bromea el hombre—. ¿Que supieron que era gay con verlo y decidieron ir a por él?

—Lo presupusieron, sí: no sé qué fue lo que vieron en él. ¿Su corte de pelo? ¿La ropa que llevaba? ¿Los pantalones demasiado cortos? ¿La camiseta demasiado ajustada? ¿Más pluma de la permitida? Y por eso lo pararon así, en lugar de dirigirse a él con respeto.

No ha levantado la voz, pero estás segura de que su cabreo ha traspasado las pantallas de todos los televisores que os hayan sintonizado.

—Esa es tu opinión. No podemos saberlo…

La crispación de Víctor es palpable, pero acaba por rendirse. No te extraña. Entonces toma el relevo Xirti:

—¡Los números no mienten, Juan Antonio! Lo que ha vivido el novio de Víctor es el pan nuestro de cada día. Y si no se llega a un consenso desde las instituciones y se deja de poner el foco en criminalizar al colectivo, va a ir a peor. Si no lo ve, es que está ciego.

—Mira, chico, aquí el único ciego eres tú. ¡Qué manera de faltar!

Sueltas un grito ahogado.

—Juan Antonio —interviene Bruno—, Xirti ha pedido que nos dirijamos a elle con pronombres neutros y te agradecería que lo respetaras.

Sonrojado, el político frunce los labios antes de soltar:

—Yo respeto todo, pero lo siento mucho: no creo en esas cosas.

—No tienes que creer. Esto no es magia —le advierte el presentador.

—Mira, Bruno, me vas a disculpar, pero si él es…

—¡Que no es él! ¡Que es elle! ¿Qué es lo que no entiendes?

—¡Nada, claramente no entiendo nada, porque me parece absurdo! ¡Esto es lo que realmente nos separa como sociedad! ¡Estas tonterías!

—Fuera ahora mismo de mi programa. Ya.

—¿Perdón?

—Compañeros, indicadle dónde está la salida. No lo quiero aquí más.

—¿En serio?

Juan Antonio mira a su alrededor, buscando apoyos que no encuentra. En este punto del programa ya te da igual que se arme lío. De hecho, hasta quieres que pase. Más movida, más visitas luego en la web, más audiencia, más posibilidades de tener curro otro año, que la cosa está muy mal. Y ver un poco de justicia en televisión también da gustito.

—Que te marches, por favor. En este programa se admiten todas las opiniones, pero no las faltas de respeto. ¡Fuera!

Ahí lo tienes: el Bruno Baroja que todos esperan.

El político, ofendido, se levanta y se marcha de allí, soltando

improperios mientras el presentador recupera la compostura, pide disculpas a los espectadores, se despide de los invitados y da paso a la siguiente sección.

Tu jefa, que lleva allí un rato, se acerca por tu espalda y te felicita por el trabajo.

—Ha sido un éxito.

Tú sonríes, orgullosa, y te guardas el bolígrafo en el bolsillo.

Víctor Valdés pasa justo a tu lado en ese momento. Vas a agradecerle su participación y a explicarle dónde lo espera el *transfer* de vuelta, pero adviertes que está hablando con alguien por teléfono.

VÍCTOR

—Lo hablamos cuando llegue a casa, ¿vale? ¿Dani? ¿Da...? —Te ha colgado—. Joder...

Caminas como un zombi hasta el camerino, donde te desmaquillan. Recoges tus cosas y sigues a la chica de producción, Alicia, que te acompaña hasta la salida del edificio.

—Este es tu coche —te dice, amable.

Tú le agradeces todo, pero vives esos instantes en tercera persona. En tu cabeza, un solo pensamiento lo ocupa todo: la has cagado. La has cagado. La has cagado.

Deberías haberle confirmado a Dani que lo harías. Sí, te había dado su consentimiento... más o menos, te justificas. Pero sabes que tendríais que haberlo hablado antes con calma para que estuviera preparado. Decidiste no hacerlo para protegerlo, ¿no? ¿O acaso temías que se negara en el último momento? Bueno, en realidad tú ibas a venir, le gustara o no. ¿Acaso Gabriel no había hablado con el político ese y él lo había utilizado en su discurso? Pues eso.

Lo decidiste con la primera llamada de Alicia, por mucho que te lo niegues. Que te lo negaras. Mejor pedir perdón que pedir permiso. Antes no eras así, ¿cuándo se instauró esa máxima en tu cerebro? No intentes negarlo: si revisas la mayoría de las decisiones que has tomado en los últimos meses, parecen originadas por impulsos electromagnéticos y no por una racionalización propia de un humano adulto. Estás *volao*. Prefieres no pensar en las consecuencias y luego lidiar con ellas como mejor se pueda, pero lo que pareces no entender es que esas decisiones también afectan a otros. A desconocidos, a gente que te da igual, pero también a personas a las que quieres.

Vas descarrilando.

¿Hace cuánto que no hablas con tus padres? Hablar de hablar, no de mandar algún mensaje para dar señales de vida y listo. Semanas. Ni

siquiera les has contado de viva voz lo del bofetón. Si les ha llegado por otro lado, ni te lo han mencionado. Aunque ¿por qué ibas a hacerlo, si todo lo relacionado con Dani es como si no existiera? Bueno, lo relacionado con Dani y con lo de ser maricón, que para el caso es lo mismo.

Ojalá tus padres fueran como los de él, ¿eh? Cómo molaría. Que lo invitaran un fin de semana a Mallorca, igual que los suyos te llevan a comer a restaurantes caros cuando están en Madrid. Pero no es el caso, ni tiene pinta de que vaya a serlo en un futuro próximo. Para ellos esto es una fase y por eso no hace falta prestarle atención. Tú se lo dijiste. Ellos te escucharon. No armaron escándalo. No se llevaron las manos a la cabeza ni se santiguaron ni desearon que no fueras hijo suyo ni esas cosas que ves por las redes. Asintieron y se cambió de tema. Al principio lo creíste un triunfo, pero pronto te diste cuenta de que lo habían escuchado, pero no asumido. Ya se te pasaría, pensaron. Habías tenido novias antes, ¿por qué no ibas a tenerlas dentro de un tiempo otra vez? Esto es una tontería, como lo de ser actor.

Por eso tuviste que marcharte. En la isla habrías acabado trabajando en el hotel. Lo tenías grabado a fuego desde la cuna. Como tu padre y tu abuelo y tu bisabuelo, que fue quien compró el terreno en primera línea de playa. De hecho, sospechas que eso es lo que más le duele: que el legado familiar acabe con él, después de lo que costó levantarlo y mantenerlo sin malvendérselo a una de las grandes cadenas que han arramplado con toda la isla. Igual, si te hubieras quedado y hubieras acabado el doble grado en Administración y Dirección de Empresas y Turismo, lo de ser gay como que lo habría digerido mejor. No habrías conocido a Dani, eso sí, pero, oye, habría invitado a la casa de la playa a Luis o a Óscar o a Tomás o a saber cómo se llamaría ese novio hipotético que te estás inventando.

Pero no, decidiste huir, dejarlo todo y venirte a Madrid a estudiar interpretación, confiando en que te saliera trabajo. Como en las películas. Y mira, aquí estás, habiendo hecho tu primera entrevista en televisión. No, no ha sido por tu trabajo, pero ¿qué importa?: te ha conocido más gente. Todo ayuda. Que hablen de uno, aunque sea mal, ¿no?

Ahora no lo ves tan claro.

Dani está enfadado, triste. No le salían casi las palabras cuando te ha llamado. ¿Por qué lo has hecho? Te ha preguntado. Y no se refería a por qué has ido al programa, sino por qué no le habías dicho que finalmente irías y que sería hoy. Lo has traicionado. Aunque lo hubierais medio hablado. No importa cómo lo maquilles, es lo que has hecho. Esperas que lo entienda, pero temes que hayas cruzado una línea de la que ya no haya marcha atrás. ¿Te imaginas? ¿Que la hayas cagado tan, pero tan fuerte que eso cambie el rumbo de vuestra relación?

¿Por qué no te han venido todas estas dudas antes?

La mente es muy hija de puta. La has moldeado tanto y tan bien desde que te marchaste de Mallorca para que no mire atrás, para que tome decisiones sin arriesgarse a que alguien las critique que se te ha olvidado que ya no estás solo. Que, aunque a tu familia de sangre lo que sientes le da igual, la de aquí, la elegida, la que has construido día a día, espera que cuentes con ella y te pueda aconsejar. A ver con qué cara los miras ahora. A ver cómo convences a Dani de lo mucho que lo sientes.

Porque lo sientes, ¿no? ¿No?

Haber actuado sin su consentimiento, sí.

Pero haber ido al programa...

—Es aquí —le dices al conductor, que frena junto a la acera para que te bajes—. Gracias.

Entras en el portal y subes las escaleras para no esperar el ascensor. Es pronto, aunque a ti te ha parecido que ha pasado una vida desde que saliste esta mañana para grabar las escenas de la serie. En efecto, en cuanto pones un pie dentro te queda claro que no hay nadie en el piso.

Deberías aprovechar para repasarte los guiones nuevos. Te cambias para estar más cómodo, te abres una cerveza y te tiras en el sofá con los papeles, pero al cabo de quince minutos de leer la misma página comprendes que te va a ser imposible memorizar nada. Así que te pones Netflix, eliges la primera serie coreana que te llama la atención para tenerla de fondo mientras dejas que TikTok se coma el tiempo

hasta que oyes abrirse la puerta.

Te incorporas a toda prisa cuando ves entrar a Dani. Ni te has fijado en que está a punto de ponerse el sol.

—Hola —dices, cauto.

—Hola —responde él, que deja las llaves en la mesilla de la entrada y se descalza. Después lleva las zapatillas a su habitación antes de regresar al salón.

Te tranquiliza algo cuando se inclina para darte un beso en los labios.

—¿Qué tal el día? —preguntas.

Sientes como si estuvieras jugando a *Hundir la flota* y cada palabra pudiera acertar en alguno de los barcos que mantienen en pie vuestra relación.

—No ha sido de los mejores, la verdad.

—Ya..., supongo. Mira, Dani...

—No, espera. Déjame hablar a mí primero —te pide él, y tú obedeces, paralizado por todas las posibles frases que pueden venir a continuación—. No estoy enfadado.

—¿No?

Él sonríe, avergonzado.

—Ya no. He tenido toda la tarde para pensar en ello, he venido caminando desde el bus y..., mira, ya está hecho.

—Sí, pero aun así te pido perdón por no haberte avisado como tendría que haber hecho. ¿Lo has visto? ¿Entero?

Dani asiente con la mirada puesta en el televisor.

—Ha ido mejor de lo que esperaba.

—¿Verdad? —dices—. Y ese final ha sido épico. «¡FUERA! ¡Que salgas de mi programa!»

Él se ríe con tu imitación del presentador y tú notas que te vas calmando por momentos.

—No quiero que todo esto pueda con nosotros —añade Dani—. Y lo está haciendo. Pero no podemos dejar que pase, ¿vale?

Tú asientes.

—Es que no duermo casi. No puedo hacer nada porque me paso las horas pensando en ello.

Te acercas a él y lo abrazas. Dani apoya la cabeza contra ti y os reclináis sobre el respaldo del sofá.

—Sé que el mundo sigue girando —dice—, pero tengo la sensación de que solo lo hace alrededor de esta mierda. Entre que es verano y todo está parado y que llevamos desde que pasó hablando solo del tema, parece que no existiera nada más.

—Total…

Valoras si contarle lo que te pasó en el rodaje con Rober, pero al final decides no hacerlo. Te está diciendo que no quiere pensar más en ello. Lo notas cansado, pero también más tranquilo. No quieres arruinarlo.

Te has salvado por los pelos, o eso sientes.

—Jime me ha recomendado ir a terapia —dice.

—¿En plan psicólogo y eso?

La pregunta te parece absurda en cuanto la haces, pero no has podido aguantarte.

—Sí. Que igual todo esto es mucho y que podría venirme bien. No sé, también lo he estado pensando. ¿Tú qué crees?

—Nunca he ido a terapia, no sé muy bien cómo funciona el tema más que por lo que he visto en pelis y tal —te ríes—. Pero sí…, igual es buena idea. Al menos hasta que pase esta movida.

—Claro —dice él—. Hasta que pase.

No os movéis del sofá durante lo que queda de tarde y cuando lo hacéis es para meteros en tu habitación a medio desvestir. A la tele tampoco le habéis hecho mucho caso. Hacía tiempo que no teníais la casa para vosotros solos y aprovecháis.

Al cabo de un rato, el mundo, al fin, deja de girar en torno al bofetón.

Oís cuando llega Jimena, por la noche, pero os hacéis los dormidos y continuáis abrazados. En la mesilla de noche está el plato con las miguitas de los sándwiches rápidos que os habéis preparado para cenar. Sin daros cuenta, os quedáis dormidos.

El grupo de Presidiarias está que arde cuando te despiertas a la mañana siguiente para ir a trabajar. Por primera vez en varios días, Dani sigue dormido a tu lado. No se ha levantado sin ganas de dormir.

Tratas de hacer el menor ruido posible para coger tus cosas, cerrar la puerta de la habitación y cambiarte en el baño después de la ducha. Mientras desayunas intentas comprender lo que estás leyendo.

Al parecer, ayer Carlos recibió una llamada de comisaría para ir a testificar.

Os van a llamar a todos.

Para??

Quieren que expliquemos lo que pasó.
Nosotros solo dejamos nuestros datos.
Ya se han debido de poner con el caso.
Me ha dicho que será algo rápido.

¿Y Dani y yo también?

Creo que sí.

Pfff... si ya lo contamos todo.

Yo iré esta tarde. Ya os diré a ver qué tal.

Cuando llega el coche a recogerte sientes el estómago revuelto. La ciudad, aún dormida, se refleja en los cristales tintados. Podrías echar una cabezadita rápida, pero estás intranquilo. Repasar el guion no lo contemplas como opción porque sabes que nunca memorizas bien tan temprano, y anoche, al final, con la tontería, Dani ayudó a que se te quedara.

Las preguntas te absorben y no te dejan pensar. ¿Por qué tenéis que testificar de nuevo? ¿No os creen? ¿Alguien ha dicho algo? Es rutinario, te repites. Miras la pantalla del móvil y te preocupa que la Policía te contacte justo cuando estés grabando y no puedas cogérselo. Este pensamiento te genera una desazón que te impide concentrarte durante la jornada. Tampoco ayuda que parezca que todo el mundo vio el programa ayer y necesiten compartir contigo sus opiniones al respecto. Es como si se hubiera abierto la veda: si has hablado tú, podemos hablar nosotros, parecen decirte. Lo manejas como puedes. No quieres generar un ambiente raro, así que haces como que todo está bien, pero la cosa empeora cuando, a la hora de la comida, sacas

el móvil de la mochila y ves un nuevo mensaje de Carlos.

CARLOS

Ha ido bien y ha sido rápido.
Nada, me han preguntado qué pasó y
se lo he contado. ¿Alguien más ha ido?

Has escrito el mensaje según salías de la comisaría. No has mentido: ha ido bien y ha sido rápido. Dani y Víctor ya os habían hablado de la inspectora que estaba llevando el caso. Ha sido agradable y comprensiva. Te ha ofrecido un vaso de agua y no te ha metido prisa para que respondieras a sus preguntas. Cuando has terminado, has firmado el documento, ella te ha agradecido tu disposición y te ha acompañado a la salida. Entonces ¿por qué sientes esa quemazón en el estómago, como de haber hecho algo mal?

Has contado lo que pasó. Tal como lo recuerdas. Tal como debías hacerlo, ¿no? Entonces ¿a qué viene agachar la cabeza? ¿Ese rumiar la entrevista como si no supieras si has aprobado o suspendido un examen? Ya está hecho. Ojalá castiguen al policía por haberse pasado. Más no puedes hacer.

En lugar de volver al piso, decides dar una vuelta. Prefieres calmar tus pensamientos paseando. Sabes que si te encierras entre las cuatro paredes de tu habitación, esta puede convertirse en una olla exprés. Qué irónico: tú, que tanto alardeas de disfrutar de la soledad, llevas fatal el estar solo. Mucho menos sin algo que te distraiga.

Los auriculares. Ahora mejor, piensas cuando te los pones y la música se come todos los ruidos de la Gran Vía. ¿No necesitabas comprar unas zapatillas nuevas? Tu madre te dijo que iba a meterte dinero en la cuenta, pero aún no lo ha hecho. Lo mismo se le ha pasado. Deberías escribirle. Sí, hazlo. Así le preguntas también cómo está. Aunque sabes lo que va a responderte a continuación: que si vas a comer el sábado a casa. ¿Hace cuánto que no te pasas por allí? ¿Dos semanas? ¿Un mes ya? Imposible. ¿Un mes? Vaya, cómo pasa el

tiempo cuando llevas una doble vida de la que no quieres que tus padres sepan nada…, pero ¡cómo se te llena la boca cuando hablas de la familia y de lo bien que os lleváis todos! Aunque no es mentira: os lleváis bien. Solo tuviste que independizarte para poder, además de llevaros bien, ser tú mismo y desfogar esas necesidades que habías mantenido en secreto toda la vida.

El iWatch te vibra en ese momento. Es un mensaje de Dani. Te agradece que hayas ido y espera que no haya sido mucho coñazo. Luego repite el agradecimiento, esta vez para todos.

Podrías haberlo dejado solo esa noche, pero allí que fuisteis y ahí que has estado en cuanto han necesitado que contaras tu versión de los hechos.

Tu versión de los hechos.

Lo has notado, ¿no? La punzada en la boca del estómago…

«—… y él los llamó hijos de puta.

»—¿A los policías?

»—Sí. O sea, a los que le habían dicho eso de bombón y maricón y…

»—Pero tú los insultos hemos quedado en que no los oíste.

»—No, porque estábamos un poco lejos.

»—Pero ¿lo de hijos de puta sí?

»—Es que ahí ya nos habíamos acercado y nos estábamos yendo hacia Gran Vía para pedir el taxi.

»—Y entonces fue el policía y le agredió.

»—Sí. Salió del control, llegó hasta él y le dijo algo como "¿Qué le estás llamando a la Policía?", y le metió el guantazo. Y luego todo lo demás de que se lo llevaron sus compañeros, que no nos dieron el número de placa…

»—Pues creo que lo tenemos todo. Muchas gracias de nuevo, eh…, Carlos.»

Aquello te dio un poco de bajón. El «eh…, Carlos». Porque para decir bien tu nombre la inspectora lo tuvo que mirar durante un microsegundo en el papel que tenía delante. Durante la conversación se te había llegado a olvidar que aquello era una parte más de su trabajo. Que ni era tu amiga ni lo pretendía ser. Que sus sonrisas y su

forma de dirigirse a ti con una cordialidad dulcificada tenía un fin: hacerte sentir cómodo y que hablaras. Y eso has hecho. Hasta dejar todo claro.

Entonces la ilusión, que no la amabilidad, ojo, se ha esfumado y has vuelto a recordar que no eres más que un testigo en un caso judicial. ¿Qué necesidad tienes siempre de buscar amigos en cualquier lado? ¿De pensar que todo el mundo tiene sus vidas paradas hasta que tú apareces en ellas para que arranquen de nuevo? Qué cansino es necesitar sentirse querido todo el tiempo. En cualquier circunstancia. Igual por eso te está carcomiendo tanto la conversación con…, no, la declaración que has hecho en comisaría.

«Y él los llamó hijos de puta.»

¿Deberías habértelo callado? A ver, tú lo oíste. Los insultó. No recuerdas si fue directamente a ellos o cómo exactamente, para ser sincero, pero eso son detalles y tenías que mencionarlos. No por joder a nadie, sino porque pasó así, ¿no? Es más, si se hubiera callado, igual no se habría llevado un bofetón ni os habría arruinado la noche, que…

Te paras en seco.

¿De verdad acabas de tener ese pensamiento? ¿Crees que eso es lo que pasó? ¿Que Dani arruinó todo yéndose de la lengua? ¿Que tendría que haber aceptado que le llamaran bombón y maricón para no complicar las cosas?

Lo piensas, sí, porque ese, precisamente, es el nudo que no te deja respirar a gusto desde que abandonaste el despacho de la inspectora. Y ahora que lo has asumido, que lo has desenterrado, que lo has identificado, se ha vuelto más sólido. Pero también es más fácil combatirlo. Tratar de desenmarañarlo para que se esfume, ahora que ya es imposible de ignorar. Lo último que quieres es ponérselo más difícil a tus colegas. Sabes por lo que están pasando. Toda la liada en redes sociales, en el programa de ayer, que por supuesto viste en cuanto lo colgaron en internet, lo agobiados que están. No querías meterlos en más líos, joder. Pero es que…

Tú no eres culpable de nada. La justicia decidirá si eso está bien o mal. No tú. Ni el policía, ni Dani, ni nadie. La justicia, que siempre está del lado de la verdad. De ahí que lo hayas contado todo.

Relevante o no, pasó. Aunque ahora tengas dudas de cómo exactamente o te mate haber vendido a tus amigos.

Te cuesta respirar y tienes que parar un segundo.

Espera, ¿los has vendido?

No. Lo has contado todo, nada más. También lo de los números de placas. Es que lo hicieron la hostia de mal, ¿eh? ¿No podían haberse molestado un poco en comportarse como se supone que deberían haberlo hecho? Así te habrías ahorrado este momento.

Pero si sientes ese nudo no es porque hayas errado en tus actos, sino por ese miedo pegajoso a quedarte solo, a que no te quieran, a decepcionar... ¿Y por qué estás teniendo todos estos pensamientos si la música debería estar tronando a todo volumen en tus oídos? ¿Cuándo ha dejado de sonar?

—Joder, no te creo... —dices en voz alta, al comprobar que los auriculares inalámbricos se han quedado sin batería y se han apagado en algún punto del trayecto.

Te los quitas y los guardas en su cajetín. Vuelves a sacar el móvil del bolsillo y te encuentras con más mensajes de Isa, Víctor, Dani y Orli en el grupo. Y aunque has llegado a la conclusión de que no has hecho nada malo, la punzada se intensifica al releer su mensaje de agradecimiento.

DANI

Cómo necesitabais desconectar... Sobre todo tú.

Comer fuera. Ir a dar un paseo. Achuchar a los perros en adopción que los voluntarios pasean en manada por el centro. Mirar pelis y funkos y vinilos y compraros el último *Mario Kart* porque está de oferta y es vuestro juego favorito y siempre es divertido retaros a ver quién gana (tú, por supuesto).

Reírte, que no es poco.

Reírte por cualquier tontería que dice él. Por un vídeo que ha descubierto estos días y que se ha guardado para enseñarte. Sí, eso es lo que mejor te ha venido después de los últimos días: soltar unas carcajadas y estar a solas con Víctor.

Sobre todo después de pasar por comisaría.

La inspectora necesitaba tomarle declaración como testigo y que tú terminaras de resolverle algunas dudas que habían quedado de aquella noche. Él tenía el día libre y tú teletrabajabas, así que niquelado. Erais los últimos que quedabais por ir, puesto que Isa se pasó ayer. Vosotros, por vuestro trabajo y porque queríais ir juntos, lo habéis dejado para el viernes por la mañana, y la inspectora, comprensiva, no os ha puesto ningún problema.

Ha sido tan rápido y fácil como os adelantó Carlos. Habéis aprovechado para contarle que teníais unas fotos y ella os ha pedido que se las mandarais. Las ha impreso en el acto y os ha pedido que indicarais qué hizo cada uno de los agentes que aparecen en ellas. La realidad es que al único que no lográis identificar con claridad es al del fondo, al que sale con la cara más borrosa, pero estás casi seguro de que se trata del agresor. Ella os ha agradecido las imágenes y os ha asegurado que ayudan mucho.

Ya veremos..., has pensado.

Volver a revivir todo no ha sido agradable. Sobre todo cuando os

ha mencionado un detalle que ninguno habíais comentado: que al parecer insultaste a la Policía. Que la frase del *post* de Víctor en la que mencionaba que el agente «había creído escuchar algo» igual tenía fundamento.

Víctor no le ha dado importancia y eso ha rebajado los niveles de ansiedad que, de pronto, se te han disparado.

—¿Cambia algo? —ha preguntado Víctor a la inspectora cuando ha salido el tema—. ¿Un policía puede ir y agredirte porque le llames lo que sea?

—No. No debe —ha dicho ella—. Defenderse sí, si se siente en peligro, pero no creo que fuera el caso...

—Pues no —ha respondido Víctor.

—También puede, si cree que has cometido un delito contra la Policía, ponerte una multa o incluso detenerte en caso de que sea algo de mayor gravedad.

—Pero no te puede pegar, así porque sí, solo porque haya creído oír algo, ¿no?

—Correcto.

—¿Y las cámaras? —has intervenido tú—. Porque el centro está plagado de ellas. ¿No se pueden revisar o yo qué sé?

—Ya lo hicimos, pero ninguna estaba dirigida a la calle Clavel. Las que hay son de tráfico, así que no graban, solo retransmiten en directo.

—Vaya, qué casualidad —ha comentado con ironía Víctor.

Ella lo ha ignorado y te ha mirado a ti.

—Por eso necesito saber todos los detalles: ¿lo dijiste o no, Daniel?

¿Lo dijiste o no? Di. ¿Eh? ¿No lo hiciste o no recuerdas haberlo hecho? Porque la cosa es muy distinta.

Al final has respondido que no. Bueno, que no lo sabías. Que creías que no. Que no, vaya. Pero que todo ese momento lo tienes borroso, lógicamente. Víctor sí que ha respondido con una contundente negativa que él jamás te escuchó decir eso.

—Sí que oí preguntar al agente cuando fue a por él «¿Qué le has llamado a la Policía?», como escribí. Y entonces, ¡plas! ¡Pero es que para entonces ya estábamos lejos del control y pidiendo un taxi! Es

que es surrealista, en serio…

No lo ha dicho ni cabreado. En ese punto se le ha escapado hasta una risita por lo absurdo de la situación y por haberlo contado tantas veces, y la inspectora os ha confirmado que lo que os ha pasado sigue siendo inaceptable. Que solo quería confirmar lo que Carlos había dicho en su declaración.

Ahora, paseando por la calle de sombra en sombra para luchar contra el calor madrileño, vuelves a pensar en el asunto y tu gesto cambia lo suficiente como para que Víctor se dé cuenta:

—Estás pensando en el tema otra vez, ¿no?

—No —dices, y sonríes porque te haya pillado—. ¿Crees que lo dije? ¿Insulté a la Policía?

—¿En el momento en el que te llamaron bombón y maricón y no te dejaron despedirte de tus amigos, que estaban a un metro? Me cuesta pensar una sola persona que no lo hiciera. Pero yo no lo oí.

—Carlos sí.

Víctor se encoge de hombros.

—Bien por él. Tú ni lo recuerdas, o sea que…

Por el tono que usa, sabes que está haciendo un esfuerzo aún más grande que tú por no darle más bola al asunto y disfrutar del día.

Te das cuenta de que el ambiente entre ambos se ha ensombrecido al sacar el tema, así que luchas por apartarlo de tu mente y le das un beso en la mejilla. No quieres volver a sentirte tan cabreado como el día de la entrevista en la tele. Él se vuelve hacia ti y los dos os paráis en la plazoleta por la que estáis pasando.

—A ti te lo puedo decir en persona: gracias por todo.

—No —responde él—. Ya te lo dije esa noche: gracias a ti por haberlo denunciado.

—Aún no sé si fue la mejor idea, pero aquí estamos.

—De todas las que podías haber tenido, fue la mejor.

—¿Y lo de las redes? —preguntas, con tiento.

Habéis evitado hablarlo, sobre todo por él. Pero no estás ciego y tú también has visto algunos de los mensajes que dejan por ahí.

—Me la sudan. Que les den. Eso es que estamos haciendo daño.

—Tal cual —dices tú, por zanjar el asunto y seguir con el buen

rollo que se ha instaurado.

—Dani, venga lo que venga, podremos con ello.

Tras oír eso, te acercas y lo besas. Os besáis con ansia, como la noche del sofá. Te sujeta del cuello y te atrae hacia él. Sientes sus labios, su lengua, su caricia en la nuca, que te pone la piel de gallina, y, sin entender muy bien cómo ha pasado el tiempo, os encontráis de nuevo en tu habitación, desnudos, juntos y con la luz de la mesilla dada. La casa está vacía. El único sonido que oís es el de vuestras propias respiraciones, el de los besos que se replican y el de los gemidos cuando hacéis el amor. Te has negado a pensar en el incidente y has llegado a conseguirlo.

Durante el resto de la tarde y de la noche ese Dani al que aún le molesta la mejilla ya no siente el golpe. Ese Dani que ha denunciado no encuentra las razones para seguir asustado o enfadado. Ese Dani que duda, ahora lo tiene todo claro. Quiere disfrutar y hacer disfrutar a su novio. Quiere sentirse seguro, feliz, protegido y tranquilo. Con control sobre todo. O, al menos, sobre algo: sobre un momento concreto. Sobre el ahora.

—Ha sido la hostia —te dice Víctor cuando acabáis, aún sudorosos, desnudos, con las sábanas enredadas a los pies de la cama.

—Lo ha sido —respondes, y le das un beso en el pecho, que es lo que tienes más cerca de los labios.

—¿Voy a ducharme y pedimos algo de cenar?

—Porque un día es un día, pero estoy un poco pelado, ¿eh?

—Porque un día es un día y porque te invito yo.

—No.

—Sí. Me apetece y me da igual lo que digas.

Sin darte tiempo a insistir, se levanta desnudo, se asoma a la puerta para asegurarse de que seguís solos en el piso y corre hasta el baño con el condón envuelto en papel higiénico. Tú sonríes desde la cama y suspiras en paz.

Entonces cometes el primer error: coger el móvil. Y no contento con eso, cometes el segundo: abrir Instagram. Y para más inri, decides meterte en las notificaciones para descubrir no una, ni dos, ni tres, ni seis reacciones con un corazón a tus últimas ¿diez? ¿Doce fotos?

Todos de la misma persona: Gero.

Y ahí viene el cuarto y peor de todos los errores que podías cometer para arruinarte una noche perfecta: entrar en los mensajes de Instagram, pero no en los que te llegan directamente, sino en los de la gente que no sigues para descubrir que allí tienes esperando que lo oigas: un mensaje de audio de tu exnovio.

LOLA

|GERO| Hola, Dani, acabo de leer lo que te pasó. Me lo ha enviado un amigo. No me había enterado de nada. Supongo que es lo que tiene que ya ni nos sigamos ni nada. Espero que estés bien. Debió de ser horrible. Imagino también que esto te habrá removido cosas del pasado y siento no poder estar ahí para darte un abrazo como entonces, pero... quiero que sepas que el amor nunca muere del todo y que me duele que te hayan hecho daño. Cuídate. Yo también vivo ahora por Madrid. Aquí estoy para lo que necesites.

Visto hace un momento

—Que le den por culo —sueltas en cuanto acaba de reproducirse el audio, y le das un trago al café.

—¡Lola, tía! —Dani te mira escandalizado.

—Bueno, mejor: que le jodan. Que que te den por culo puede estar muy bien.

Él se ríe. Estáis desayunando sin prisa. Jimena se ha quedado a dormir en casa de Sara, y Víctor ha madrugado para ir al gimnasio. Has notado que le pasaba algo desde que ha salido de la habitación. Al principio te ha prometido que estaba todo bien, pero al final te lo ha confesado. «No lo sabe ni Víctor, no se lo digas, ¿vale?», te ha pedido. Y tú lo has jurado con la mano en el pecho.

No conociste a Gero, su ex, porque rompieron antes de que Dani llegara a Madrid, pero has oído las historias y no te cae bien.

—Al menos me ha mandado el audio —dice Dani.

—Da igual. No compensa todo lo que te hizo.

—Ya... —dice él, bajando la mirada hacia el móvil—. Pero debería responderle algo.

—Un gracias. Punto.

—¡Tía...!

—¡¿Qué?! Es que ¿qué vas a ponerle? ¿Gracias, bonito, me alegra saber de ti después de que me dejaras el día de mi cumpleaños, cuando llegué de fiesta, con cuatro pósits mal pegados en la pantalla de mi ordenador? Es que... ¡no me jodas!

Vale que te enciendes con poco, pero es que hasta que conociste a Dani creías que esas historias solo pasaban en *Sexo en Nueva York*. Y pensar que alguien le pueda hacer algo así a tu amigo o a cualquier persona te enerva.

—¿Qué estás poniendo? —le preguntas, mientras lo ves teclear.

—Que... gracias —dice él, concentrado en la pantalla—. Y que estoy bien..., y que espero que él esté...

—No.

—... bien. Enviar.

—¡Daniii! —Te tiras sobre la mesa de manera teatral antes de volver a incorporarte—. ¡Ese tío fue un gilipollas! ¡Repíteme la historia! ¡No, repítemela!

Él bufa.

—No sé por qué te cuento nada...

Tú lo miras y abres los ojos exageradamente, esperando.

—¡Ya la has contado tú!

—Quiero oírtelo decir en voz alta a ti.

—Me dejó el día de mi cumpleaños... con cuatro pósits... que encontré cuando volví de la discoteca... ¿Contenta?

—¿Y dónde estaba él?

—En casa de sus padres.

—¿Y tú fuiste a buscarlo para hablar?

Él toma aire.

—Sí.

—¿Y él salió o...?

—Se quedó dentro y su madre me dijo que ya estaba dormido.

Tú asientes despacio y acercas la mano para acariciar su brazo.

—Ese gilipollas no merece un mensaje tan amable, amor.

—Lo sé. Pero yo sí. No me preguntes por qué, pero... no sé. Se ha molestado en mandarme el audio y ya han pasado más de dos años de eso. Le he dado las gracias. Ya está.

Sabes que más no puedes hacer. A estas alturas conoces de sobra el corazón tan grande que tiene Dani y lo mucho que le cuesta ser cruel o, sencillamente, indiferente a un gesto de afecto, venga de quien venga.

—¿Y por qué no quieres que lo sepa Víctor?

—Ya tiene suficiente. No quiero que se raye.

—¿Por un mensaje?

—Ya se lo contaré —dice, y se levanta para dejar la taza en el lavavajillas.

En ese instante, se abre la puerta y Víctor aparece por ella. Siempre te sorprende que, ya venga de un evento, de hacer la compra, se acabe de levantar o regrese de sudarlo todo, como en este caso, siempre está guapo. No guapo, atractivo. Con un halo alrededor que solo puedes describir como de estrella, aunque de momento no le haya caído un papel a su altura.

—¿Aún desayunando? —pregunta—. Le habéis tenido que dar bien al pico, ¿eh?

Dani le hace un gesto de burla y el otro se mete en el baño a ducharse.

—¿Qué planes tenéis? —preguntas.

—Hemos quedado con Carlos y los demás.

—Ah, ¡bien! No habéis estado juntos desde...

—Nop.

—Os vendrá bien —le dices, mientras recoges las cosas del desayuno—. Yo he quedado con Gabri, que, por cierto, quería hablar con vosotros.

—¿Sobre?

—¿Habéis pensado en buscar abogado?

Él frunce el ceño y una sombra cruza sus ojos.

—¿Para?

—Para lo que pueda venir. Por precaución. Por estar preparados.

Dani se sienta sobre el respaldo del sofá y se acaricia la nuca.

—Será una pasta y... ¿realmente es necesario?

—No lo sé, Dani —le dices, con una sonrisa paciente—. No corre prisa. Si más adelante cambiáis de opinión y lo veis claro, me decís y



hablo con Gabri. Seguro que conoce a alguien.

—Gracias.

—Ya ves tú.

—No, en serio: sois… una superred de seguridad.

—Ayyy… —dices, y lo atrapas entre tus brazos con fuerza.

Víctor sale del baño en ese instante y, al veros, exclama:

—¡Yo también quiero!

Y corre hasta vosotros cubierto solo con la toalla, que, como es de esperar, se le escurre al suelo en pleno abrazo.

—¡VÍCTOR! —gritas, separándote de ellos y tapándote los ojos con la mano. No es puritanismo, es que es como ver a tu hermano en bolas.

Vuestras carcajadas se interrumpen cuando suena el timbre del portal.

—¿Ya están aquí? —pregunta él, enrollándose la toalla de nuevo a la cintura.

—Id a vestiros, anda. Ya abro yo.

Mientras ellos desaparecen en sus respectivos dormitorios, tú te acercas al telefonillo con pantalla y en ella ves a Carlos y a dos chicos más que, aunque no conoces en persona, supones al instante que son Isa y Orli, los otros amigos que estuvieron presentes durante el incidente.

ISA

La cosa se ha ido de madre y no entiendes cómo ha pasado. En un minuto estabais tan tranquilos y al siguiente se ha desatado el caos, con amenazas y golpes en la mesa incluidos.

—¡¿Queréis relajaros?! —les pides—. ¡Nos van a echar!

Tampoco es que haya mucha gente en el Malpica, pero ya has visto a los camareros cuchichear desde la barra. Lo siguiente será venir a daros un toque.

—No podías haberte callado la puta boca —continúa Víctor.

—Que pares —lo avisa Dani, agarrándolo del brazo—. Ya está, ¿vale?

Su novio respira sin dejar de mirar a Carlos con agresividad, pero se retira y se cruza de brazos.

Tú los miras, triste y preocupada. A tu lado, Orli está tenso. Hace rato que no abre la boca. Se ha hecho pequeño y se refugia en los sorbitos que le da a su vermut. Tú acercas la mano a su muslo y se lo acaricias para reconfortarlo. Sabes lo que se le está pasando por la cabeza: se siente culpable porque no pudo declarar esa noche. Piensa que, de haberlo hecho, todo sería más sencillo, porque habría un testigo más que ratificara la historia de Dani.

Con las caricias intentas recordarle que está todo bien. Que tres testigos son suficientes para corroborar lo que pasó. Si el juez no quiere escucharos, de poco va a servir que seáis uno más. Vaya, lo que llevas diciéndole los últimos días.

—Pero ¿eso cambia algo? —preguntas, por mediar un poco.

—Lo cambia todo —responde Víctor.

—No es verdad —replica Dani—. Además, ya lo hemos hablado: si él lo oyó, tenía que decirlo.

Su novio resopla.

—O no. O no.

—Estás fatal, *bro* —dice Carlos, que no se ha inmutado ante la reacción desproporcionada de su amigo—. Lo conté todo. Insistí principalmente en la ida de olla que fue ver al pavo cruzándole la cara a Dani, ¿vale? Pero también es verdad que él les llamó hijos de puta. ¡Y no digo que no tuviera razón! Pero...

—Pero ¿qué?

—Pero que ya está —corta Dani, una vez más—. Yo, Carlos, de verdad, no recuerdo si lo dije o no. Tengo un espacio en blanco que, por mucho que trato de rellenar, no lo consigo. Si tú dices que les llamé eso, está bien que lo contaras. Aun así, la inspectora ya lo dijo: se pasó de todas, todas.

—Tú sabes que podría pirarme y pasar de todo esto, ¿no? —Esta vez Carlos habla mirando a Víctor—. Que, directamente, la próxima vez que me manden testificar digo que no quiero, que ya no lo recuerdo, y Dani se queda sin otra persona que cuente lo que ocurrió.

Eso último te ofende a ti directamente y preguntas:

—¿Otra? ¿Aparte de Orli, dices?

—Pues sí. Él no testificó y se está ahorrando esta bronca, que no sé a qué viene.

—Carlos, no testifiqué por lo que ya sabes —responde él.

—Y está todo bien —le asegura Dani.

—Pues parece que no...

Lo que le faltaba. Que alguien le sacara el tema. Como si no lo estuviera pasando ya suficientemente mal, el pobre. Pero ¿en qué está pensando Carlos? ¿No conoce a su amigo o qué? ¿Su situación familiar? Tú, en estas semanas, lo crees entender todo. Unas semanas que se han pasado volando. Unas semanas en la que os habéis visto todos los días. En los que él ha sacado los huecos que ha podido para escapar del almacén y en los que tú has estado esperando con ilusión cualquier mensaje suyo.

No piensas decirlo en voz alta, pero esa noche que para todos, sobre todo para Dani, fue un infierno, para ti resultó ser el principio de un sueño. ¿Quién te iba a decir que olvidar a Nando fuera a ocurrir de un día para otro? A ver, olvidarlo no lo has olvidado, pero al menos la presencia de Orli lo ha relegado a un segundo o a un tercer

plano, y eso ya es mucho, dado tu historial. Lo vuestro ha sido una conexión inmediata. Os cruzasteis los números y, desde esa noche, no habéis parado de hablar y de veros. Todos los problemas parecen un poco menos malos cuando se los cuentas y él te da su opinión. ¡Pero si ni siquiera te importa el calor asfixiante de Madrid en verano!

—¿Queréis otra? —pregunta el camarero, que se ha acercado a la mesa.

Os miráis entre vosotros. A algunos les queda aún el culín del vaso, pero Víctor responde por todos.

—No, nos vamos a ir ya.

—¿Y la comida? ¿No vamos a...?

—A mí se me ha quitado el apetito —dice Víctor, poniéndose en pie y dejando unas monedas por su cerveza. Después se vuelve hacia Dani—. ¿Vienes?

—Siéntate, anda —le pide él, pero Víctor aparta su mano cuando va a cogérsela.

—Pues te veo en casa.

Nos dice adiós con la mano, pero sin mirarnos, y sale del bar.

—Yo alucino... —dice Carlos.

—Se le pasará —le asegura Dani—. Ya conoces su pronto...

—Tío, pero que no he hecho nada malo. ¡Es que no me jodas, parece que hubiera sido yo el que te dio el bofetón!

Tú niegas con la cabeza.

—Me parece que necesita enfadarse con alguien y como a los policías no puede enfrentarse...

—Me toca a mí pagar el pato. —Se vuelve hacia Dani—. Tú sabes que no he querido joderte, ¿verdad?

—Que sí, Carlos. Que ya está. Si Víctor quiere enfadarse, pues adelante. Es su movida. Y no es solo lo del policía. Yo ni entro, pero él se pasa las horas muertas en internet y no deja de ver mensajes de algunos gilipollas que no tienen nada mejor que hacer.

—Yo también los he visto —comentas en voz baja, como si confesaras haber espiado una conversación privada—. Parece que se hayan multiplicado.

Dani asiente, abatido.

—Es que lo han hecho. Da igual que los bloqueemos, que los denunciemos, que borremos sus comentarios…, siempre llegan más.

—Y no van a parar hasta que lo quitéis todo —añade Orli—. Como si nunca hubiera pasado. Así son los trols.

—Y que saliera el otro día en la tele ha empeorado el asunto —prosigue Dani—. Se habían calmado un poco, pero fue verlo y ¡BUM! A saco. Ya no solo poniendo *clips* del programa o mensajes. Los habréis visto: los montajes y todo eso…

Todos asentís.

—A mí casi ni me mencionan. Es sobre todo algo contra él. Porque es el «famoso» —dice, dibujando las comillas—. O porque fue el que lo hizo público y el que más está dando la cara. Cualquiera en su situación estaría igual.

—Pero eso no justifica que se le pire conmigo —repite Carlos.

—Lo sé —dice Dani—. Hablaré con él luego. Todo esto es agotador. Le he dicho que deje las redes un tiempo, pero le puede el ansia.

—Al final, él vive de su imagen —comentas, y todos te dan la razón.

Lo malo es que la conversación ha encendido la curiosidad de todos, y en cuanto uno de vosotros saca el móvil para mirar los últimos mensajes que pueda haber en alguna red, os dais cuenta de que, como si lo hubierais invocado vosotros, en el mundo *online* la cosa también se ha ido de madre, pero de verdad.

IGNACIO

> Oye @LaOlvidadaSerie por qué seguís contratando a gente mentirosa que se burla de las fuerzas del estado y MIENTE sobre la policía?? @VictorValdesOfi debería estar ya despedido. Lo pagamos entre todos con el dinero público!! #BoicotALaOlvidada!
>
> @BitFree17

Tu sueño se acaba de hacer realidad y te cuesta creerlo. Tanto es así que haces varias capturas de pantalla para confirmar que no estás alucinando. En el ordenador y en el móvil. Uno de tus *hashtags* es *trending topic*. Hay miles de personas poniendo mensajes con él.

Has creado un movimiento. Una revolución. Un cambio.

—¡Nacho, me voy a la compra!

—¡Que valeee! —le respondes a tu madre.

—¡Y apaga el ordenador, que hace un día precioso!

Joder, qué pesada es, ¿eh? Si supiera lo importante que es este momento para ti, te dejaría tranquilo.

—¡¿Me has oído?!

—¡QUE SÍÍÍ! ¡QUE VALE!

La oyes farfullar, como cada día, y después escuchas el portazo. Ya estás solo. Al fin.

Ojalá pudieras mandarle la captura de pantalla y decirle: Pero ¡¿no ves lo que está haciendo tu hijo?! ¡Ha movilizado a España desde su cuarto! Y esto es solo el principio. Hecho una vez, se puede repetir cuando quieras. Lo bueno de este asunto es que te lo han puesto en bandeja. Entre el par de maricas, los lerdos que los siguen, la repercusión mediática y que en algún portal hasta han compartido tus tuits para demostrar que no todo el mundo estaba con ellos, ¡lo has tenido hecho!

Bueno, hecho no, que lo tuyo te ha costado.

No les has dado tregua. Porque tampoco la merecen. ¿O acaso han sido ellos justos con la Policía? No. Bien que han arrastrado su nombre

por el barro. ¡Y no una, sino varias veces! Que si con el *post*, que si con los artículos, que si en televisión...

Bufff, eso sí que te cabreó, ¿eh? Anda que no... Verlo ahí, en pantalla, en un programa que, de hecho, ¡te gusta! Te cae bien Bruno Baroja, siempre saliéndose del tiesto y liándola. Pero ese día lo cancelaste. Como para no... ¿Qué fue eso de ponerse del lado de los gilipollas estos? Y para uno que le dijo la verdad, va y lo echa. Ya tomaste nota mental: que se anden con cuidado porque la próxima campaña va a ser contra ellos. ¡Que la gente tiene la boca muy grande y no se fija en lo que puede provocar! Es más, ya tienes una lista de los anuncios que suelen aparecer en ese programa para avisar a las marcas de que mejor dediquen su atención a otros, y ese Bruno que se vaya a la mierda.

No eres experto en finanzas, pero entiendes cómo funciona el sistema: el dinero lo mueve todo. El dinero viene de la publicidad. Si no hay publicidad, no hay dinero. Si no hay dinero, se cierra el programa. Y si se cierra el programa, evitas que la gente escuche sandeces de la magnitud de las que se dijeron ese día.

Les faltó invitar a la Marta Pitufi, o como tú la has apodado ya, Marta Putifa. Aunque trajeron a alguien peor: al tío o tíe ese que la lio tantísimo. Si es que no se les puede dar tantos espacios para que digan sus bobadas..., ¡está comprobado! Por no hablar, obviamente, de la agente que apareció ahí. ¿Qué coño era eso de la lgbtpolisuputamadre? Mira que habías oído hablar de cosas idiotas, pero esa es que ya desborda el vaso. ¿Ahora resulta que también dentro de la Policía se necesitan todas esas siglas?

Todo por la presión y los *lobbies*. Eso lo has leído en un foro. Que si la agenda nosequé para haceros a todos gais, que si feminismo a saco, que si más justicia para los raros... Lo que sea para robaros a vosotros los derechos que os corresponden. A uno ya le da hasta miedo decir que es blanco, hombre y que no se avergüenza de que le gusten las tías.

Al final vas a tener que agradecerle al capullo del Víctor Valdés que la armase tan gorda, porque a ti te ha abierto los ojos. No te habías dado cuenta de la venda que llevabas puesta hasta que se te ha

caído y has comprendido lo ingenuo que has sido, asumiendo siempre que te tocaba tragar con todo.

Pues mira, se acabó. Y a lo bestia, porque ahí estás, liderando ese movimiento para que, si quieren hacer esas mierdas, al menos que no sea con tus impuestos. O, bueno, con los de tus padres, porque tú aún ni cotizas. Pero ese es otro tema.

A raíz de tu mensaje, surgen otros que apoyan la guerra y colapsan la red con imágenes, memes y advertencias. Que un actor que se burla de esa manera de quienes os protegen pueda trabajar para el ente público es algo que no vais a tolerar. Aunque al principio ni caíste en eso. Pero se lo leíste a alguien que ya ni recuerdas y pensaste: pues tiene razón, es verdad. Y antes de que se te adelantara alguien, decidiste empuñar el argumento y arengar a las tropas como si aquello fuera el ejército de alguno de tus videojuegos favoritos.

Como para entonces las peleas con Víctor, que había entrado al trapo una y otra y otra vez, ya te habían dado una base de seguidores interesante, la pólvora se extendió deprisa. Escribiste un comunicado en una nota del iPhone, le hiciste captura de pantalla y ahí que la subiste. Así se compartiría más rápido, pensaste..., ¡y no te equivocabas! Ahora ves la misma imagen por todos lados. Por narices les tiene que llegar.

El *hashtag* que utilizan cada día para comentar el episodio y que, además, va sobreimpreso en las pantallas de quienes lo están viendo está llenito de vuestras denuncias. Hoy es sábado y aun así sigue creciendo la reacción. Por mucho que la productora y la cadena traten de ignoraros a base de fotogramas de los momentos cumbres y de mensajes para que los espectadores comenten lo que va sucediendo, sois imparables.

Qué gusto da ver que hay tanta gente motivada con algo así. Y lo mejor es que, con suerte, lo mismo alguien se fija en el poder que tienes y te llaman para currar con ellos, o a saber. ¡Todo puede pasar en este mundo de internet! Tampoco hay tanta gente que tenga la motivación, las ganas y el coraje de hacer lo que tú haces. No sería la primera vez que sucede algo así. Con eso sí que les darías en los morros a tus padres, que siempre se están quejando de que pasas

demasiado tiempo pegado a la pantalla... Solo de pensarlo se te pone la sonrisa tonta.

Ahora solo queda que Víctor lo vea, porque lo va a ver, y decida responder.

CLARA

Sujetas con fuerza la carpeta cuando entras en el despacho de tu jefe.

—Pasa, Clara.

Allí ya están reunidos los directivos de la productora y la jefa de contenidos de la cadena. Te sorprende, además, que hayan tenido la deferencia de llamar a Martín, el director de la serie.

—Siéntate, a ver…

El tono de tu jefe es de absoluta resignación. No le queda otra. Ni a él ni a ti. Cuando anoche recibiste el correo en el que te avisaban de esta reunión urgente ni te extrañó. Lo llevabas esperando todo el fin de semana.

Te das prisa en sacar los informes, las fotocopias con los tuits impresos, las gráficas con las estadísticas de cómo ha evolucionado en las redes el asunto, etcétera.

—La cosa no pinta bien —les confiesas.

Prefieres no andarte con paños calientes. Tu jefe te ha dado luz verde para que seas lo más explícita posible. Cuanto más claro vea todo el mundo que vosotros no tenéis la culpa de lo que ha ocurrido, mejor. Como agencia de comunicación habéis lidiado con problemas similares anteriormente, pero cuando se trata del ente público combinado con la repercusión de *celebrities* (por grandes o pequeñas que sean), siempre es un marrón que salpica mucho más.

También te has encargado de recopilar pruebas que demuestren que tú has hecho lo que has podido, que has tratado de amortiguar el boicot, que has hecho tu trabajo, en definitiva. No vayas encima a pagar el pato, después de haberte quedado sin fin de semana: toda la noche del sábado pagada al móvil mientras celebrabais la despedida de soltera de una de tus mejores amigas.

Aunque tratan de mantener la calma mientras les explicas todo, los notas tensos, nerviosos, incómodos en las sillas. No te dan pena. Al fin

y al cabo, la serie no corre peligro. Como has mostrado en los papeles y como ellos ya saben, *La Olvidada* sigue siendo líder de audiencia en esa franja y tienen tramas para rato. El único que te preocupa es el pobre actor, Víctor. Porque sabes cómo acaban estas cosas y dudas que vaya a ser muy distinto esta vez. Los personajes vienen y van, lo que significa que si quieren, cualquier día...

—Pues nos lo cargamos —determina el jefe de la productora—. ¿O qué?

Mira al director en busca de su aprobación.

—A ver, sí... Por mí, lo que digáis vosotros, Coque. Tú ya sabes que yo soy un mandao. Se habla con los guionistas y que gestionen que su personaje desaparezca.

—Tampoco es uno de los principales, ¿no? —apunta la de la cadena, con su permanente impoluta, sus mechas perfectas y el vestido con chaqueta a juego con su gesto serio.

—No lo es, no —aclara el productor.

—Pero ¿no es un poco precipitado?

Tu jefe te mira. ¿Qué haces?, parece decirte con los ojos. Tu trabajo ya ha concluido. Has traído los papeles, has expuesto la situación. Nadie te ha pedido que des tu opinión sobre algo que no te concierne. Pero tú lo ignoras porque estas cosas te enervan y sabes que no te va a echar. Eres buena en tu trabajo, llevas casi desde que se fundó la agencia lidiando con las redes y, lo que es peor, sus usuarios, que cada vez están más asalvajados. Él sabe que eres buena y que por lo que te paga no va a encontrar a nadie mejor.

—Ceder así a las órdenes de unos cuantos trols...

—¿Unos cuantos? —responde la mujer—. Acabas de decirnos que hay miles de mensajes.

—Ya, pero vienen de los mismos cien o doscientos... ¿Cuánta gente ve la serie? ¿Casi un millón de espectadores diarios? ¿Millón y medio en según qué episodios especiales? La proporción de indignados es ínfima.

—Pero el *hashtag* ese lleva siendo tendencia casi una semana entera —añade el productor—. No podemos arriesgarnos a que esto mande al garete la buena racha que llevamos.

—El chico no ha hecho nada —insistes.

—Clara...

Sin palabras, tu jefe te advierte que lo dejes estar.

—Solo contó lo que le había hecho la Policía. ¿Por qué hay que despedirlo?

—No tiene que ver con lo que hizo o dejó de hacer, sino con lo que ha provocado —responde tajante la directiva—. Yo no pongo en duda que sufrieron lo que sufrieron, y, mira, ojalá la justicia les dé la razón. Pero tendría que haberse pensado bien lo de airearlo públicamente, trabajando donde trabaja.

—Ni que fuera un ministro... —se te escapa, y eso sí que genera miradas de indignación que te hacen sonrojar. Te has pasado y lo sabes—. Perdón, pero es que...

—Clara, ya está bien —interviene tu jefe—. Disculpad. En realidad, te puedes marchar ya. En cuanto decidamos cómo manejar el asunto y elijamos una vía de actuación te la comunicaré para que estés preparada en redes. En lo que sí estoy de acuerdo con ella —añade mientras tú recoges— es en que no hagamos la bola aún más grande: si se lo despide, que parezca algo casual. Yo no haría un comunicado para aclarar la decisión.

—No, por supuesto —dice Coque—. El problema es que ya están grabados los episodios de las próximas dos semanas.

—¿Y sería mucho problema? —pregunta la mujer.

—Marigú... —Hay cierto tono de súplica en la voz del productor cuando la mira. Del mismo modo que tú sabes que para ti la reunión ha terminado, él entiende que la pregunta que le han hecho es una mera cuestión de educación y que solo admite una respuesta—. Nos pondremos con ello a toda mecha.

No te pasa desapercibida la cara de Martín, el director, cuyo cerebro debe de estar echando cuentas de cuánto les va a tocar reescribir, regrabar, reeditar, etcétera, para que el resultado sea lo más limpio posible.

—Perfecto. Muerto el perro, se acabó la rabia —concluye Marigú —. Al menos es casi de reparto y no un protagonista. ¿Algo más?

—Eso es todo —le dice Coque.

Ella se levanta.

—Pues me vas informando de cómo evoluciona el asunto.

La mujer se despide de todos menos de ti, que estás acabando de cerrar la carpeta. El ambiente se relaja cuando abandona el despacho, pero las caras lo dicen todo. Te gustaría comentar que estás completamente en desacuerdo y que es un error de manual ceder a la presión de cuatro ratas de internet, pero está claro que a nadie le importa lo que tengas que opinar.

Antes de marcharte tú también, oyes a Coque decir:

—Y ahora, a llamar a la loca de su repre…

VÍCTOR

—Hijo, perdona que llegue tarde, el tráfico es una locura y me ha tocado un taxista gilipollas. ¿Cómo estás, *amore*?

Te levantas y le das dos besos a Emi. Llevas esperándola en esa terraza de la plaza del Rey más de veinte minutos. El camarero se acerca en cuanto ella levanta la mano. Es ese tipo de personas cuya presencia es imposible de ignorar. Ese día lleva un vestido largo y vaporoso, rojo y dorado, un colgante enorme en forma de concha y unas sandalias que deben de ser más caras que tu mensualidad del piso.

—¿Qué estabas tomando?

—Un Nestea.

—Ponnos dos Rioja.

No te pregunta, pero tampoco te resulta extraño. Lo que sí que te ha sorprendido ha sido su llamada esa mañana para veros por la tarde cerca de la oficina. Quería comentarte un asunto, a ver si tenías hueco. La realidad era que le habías propuesto a Dani salir a dar una vuelta y luego cenar por ahí. Desde el fin de semana la cosa había estado algo tensa entre los dos, y en el fondo eres consciente de que tú tienes la culpa por cómo saltaste con Carlos. Te has negado a hablar del tema, como si no hubiera pasado, y le aseguraste a Dani que hablarías con tu amigo cuando se te pasara el cabreo, pero entre unas cosas y otras todavía no lo has hecho, y a cada día que pasa, más difícil resulta mandar ese mensaje de reconciliación.

Así que no, no tenías libre la tarde, pero la has despejado porque te ha dado la impresión de que fuera lo que fuese no podía esperar. La última vez que Emi había insistido tanto en veros en persona había sido para darte la noticia de que te habían cogido en *La Olvidada*, así que esperas poder llevarle buenas noticias a Dani más tarde.

—Te echan de la serie.

Recibes la noticia con una sonrisa. No te das cuenta, de hecho, de que pareces subnormal con los labios curvados hacia arriba hasta que tus neuronas hacen la sinapsis y entiendes el mensaje: te acaba de decir que te han despedido.

Entonces cambias el gesto.

—¿En serio?

—Sí, *amore*. Me ha llamado Coque esta mañana y me lo ha dicho: tu chico no sigue. Ah, gracias —añade cuando el camarero trae las dos copas de vino.

Tú coges la tuya y le das un trago largo, más por concederte tiempo para asimilar todo que porque tengas sed. No funciona. No entiendes lo que te está diciendo, aunque entiendes lo que te está diciendo.

—Pero… ¿qué pasa? ¿Se cargan a mi personaje?

—Sí.

—¿Solo al mío o al resto de los amigos también? ¿Es porque Leo deja de salir?

—No te líes, cariño: tu personaje desaparece y aquí paz y después gloria. El resto se queda donde está.

—Pero si te dijeron que igual más adelante tendría una trama propia y que…

—Pues ya no.

Lo que más te fastidia es la calma que muestra. Le da un sorbito al vino, come una de las patatas que os han traído de aperitivo y responde sin ningún tipo de emoción. ¿Por qué no está enfadada? ¿Por qué está ahí tomándose un vino en lugar de llamando a la productora para convencerlos de que cambien de opinión?

—¿Es definitivo?

—Radical. Todavía tienen que definir cómo. Probablemente manden de viaje a tu personaje y listo. No creo que les compense montar un pollo con funeral y todo.

Leonardo Rubio no es real. Es un personaje. Pero te duele escucharla hablar de él con tanta frialdad. Claro que se merece un funeral. Claro que se merece desaparecer de la serie con dignidad y no por la puerta de atrás. Es más: ¡no se merece desaparecer!

—Pero ¿qué ha pasado?

—Lo que te dije que pasaría —dice, y mastica otra patata frita—. Están buenas, ¿eh?

—¿Por el bofetón? ¿Por lo del *trending topic*?

—Ha sido por no estarte calladito un rato, *amore*. Te lo advertí: trabajas para mucha gente y en esta industria las personas se ofenden con cualquier tontería.

Te derrumbas en la silla. Sientes una presión en el cráneo y te cuesta respirar.

—No pueden hacerlo. No pueden echarme por haber contado lo que pasó.

—Vaya que si pueden, cari. Mira cómo lo han hecho.

—Pero ¡es un despido improcedente!

Tu comentario la hace soltar una carcajada. Sus dientes, oscurecidos por el tinto, te asquean de pronto. Tienes ganas de gritarle que de qué se ríe, que todo esto pasa no por ti, sino por su mala gestión, pero ni las palabras te salen.

—Tú ya sabes que yo de internet no sé mucho. Correos y poco más, y porque no me queda más remedio. Para mí, donde haya un buen vino, unas patatas, una cena en la que hablarlo todo, que se quiten las modernidades. Pero Coque ha sido muy claro: la gente está cabreada por lo que hiciste, y si no te sacan de la serie, se puede volver contra ellos.

—¡Joder, pero si son cuatro idiotas con varias cuentas falsas! ¡Que los he contado! Y la mayoría ni siquiera tienen seguidores. ¡Son *bots*! Emi, tienes que hablar con ellos y explicárselo.

—Ay, *amore*, para —dice, con gesto de que le duele la cabeza—. Yo solo soy la mensajera. He intentado que recapacitara, pero no ha habido manera. La decisión viene de arriba. A mí déjame de *bots* y de *bats*. Ya está.

—Vaya mierda... —mascullas.

—Pues sí, cari. Una mierda. Pero no será porque no te lo advertí.

—No sigas por ahí, Emi, por favor —le pides. La situación te está desbordando. De no ser así, no sacarías la valentía de decirle eso. Aun después de todo ese tiempo, te sigue imponiendo demasiado la

presencia de alguien que lleva a algunas de las estrellas más conocidas del país, pero te da igual—. Para.

—*Amore*, no paro. Tienes que escucharlo: cuando alguien con experiencia te da un consejo, lo sigues. No te lo cuestionas. Lo sigues. Sobre todo si esa persona busca lo mejor para ti.

—¡No iba a quedarme callado!

—Conmigo no uses ese tono, Víctor —te dice, y aunque no grita, te hiela la sangre—. Y deja de pintarme como una censora, porque no lo soy. ¿Te he dicho yo que no denunciaseis? No. Te dije que no montaras un circo. Pero ¿me hiciste caso? Di.

—No —respondes de mala gana—. Solo fui al programa.

—En el que te dije explícitamente que rechazaras intervenir. Así no funcionan las cosas, Víctor. Ni funcionan ni van a funcionar.

Esto te lo dice mirándote a los ojos. Sin beber, ni comer, ni hacer ninguno de sus aspavientos histriónicos. Tan solo asiente despacio para reforzar la idea. Para asegurarse de que lo estás entendiendo. Que lo estás entendiendo todo. Lo que te está diciendo y lo que está implícito en sus palabras...

—Emi... No.

—Víctor, ha quedado claro que ni yo soy lo que necesitas ni tú encajas en mi agencia. Lo siento.

Ya ni frío, ni escalofríos, ni nada metafórico. Lo que estás sintiendo es un ataque de ansiedad en toda regla. Respiras de manera entrecortada, aprietas los labios, los abres, tu cerebro se llena de frases que decir para evitar que la realidad se imponga.

No, no puede ser.

No puede estar pasándote eso.

Y justo cuando empezaba a ocurrir algo con tu carrera.

Así no.

Por esto no, joder.

—Emi, por favor, te juro que...

—Déjate de juramentos, *amore*. No es nada personal. Tú has tomado un camino en el que ni podemos ni sabemos acompañarte.

—¿Qué camino, Emi? Por favor, estaban empezando a salir cosas y...

—Y supongo que te saldrán más. Y yo espero que así sea y que te pueda felicitar por ellas, pero ya estoy mayor para estas historias, cielo. Suficientes complicaciones me vienen ya de fuera en este oficio tan ingrato como para tener al enemigo en casa.

—¿Al... enemigo?

—Ya me entiendes. Insisto. No es nada personal y te deseo lo mejor. No hace falta que firmemos nada. Hoy Tere te quita de la web y puedes empezar a buscar otro agente o lo que quieras. Lo bueno es que tienes *clips* de sobra de la serie para hacerte un *reel* muy apañado, ¿eh? Y yo ahora me voy, que he quedado. Toma, cóbrate —le dice al camarero, que pasa justo a su lado, y le entrega un billete de cincuenta euros.

A continuación, Emi arrastra la silla, se levanta y espera a que tú también lo hagas.

—Nos volveremos a ver, ¿eh, *amore*? Y espero que al menos te haya enseñado algo en este tiempo. Anda, ven y dame un beso.

Como un autómata, sin saber si quieres gritarle, llorarle, suplicarle o todo al mismo tiempo, te acercas y le das dos besos.

—Cuídate —y se separa de ti.

De camino al final de la terraza, se cruza con el camarero, coge toda la vuelta de los vinos y sigue andando sin mirar atrás.

Y ahí te quedas tú, con la sensación de que te hubieran desplumado, de que estuvieras desnudo, de que te hubieran abandonado en una gasolinera en mitad de la nada. El *shock* da paso al cabreo. Pero a un cabreo como pocos.

¿Esto es lo que sacas por haber denunciado una injusticia?

Te tienes que sacudir un poco la sensación de encima porque llevas varios segundos paralizado, de pie, junto a la mesa, y los otros clientes te empiezan a mirar raro.

Sales de allí sin rumbo fijo y sin tener claro que te estés moviendo. Solo cuando te suena el móvil despiertas por un instante. Es Dani. Miras la pantalla, pero no lo coges. No puedes. No te atreves. ¿Qué le vas a decir? ¿Qué te va a decir él? Te lo dije. Te dije que no fueras al programa. Que era mala idea.

Dani vuelve a llamarte. Te molesta que lo haga. También el tono

del móvil. Todo. Te molesta todo, pero insiste, así que descuelgas. Y cuando lo haces, todo lo que lleva consumiéndote desde que has visto a tu exagente estalla.

DANI

—¡Hola! ¿Me ves? Dame un segundo que…, ¡ahora! Hola, Dani, ¿qué tal?

—Buenos días. Bien, encantado —saludas mientras sonríes a Paloma, la mujer que acaba de aparecer en la pantalla del portátil.

La imaginabas más mayor: eso es lo primero que piensas. Lo siguiente es que crees que esto no va a funcionar. La terapia. Que no es para ti. Y menos por videollamada. ¿No se supone que tendrías que estar tumbado en un diván, mirando al techo, con una caja de pañuelos al lado para cuando te abras en canal mientras ella toma notas en su butaca?

El fondo del despacho de ella es sencillo, pero acogedor. Hay una estantería blanca con libros y alguna foto, y adviertes a su derecha la luz de una ventana que no ves. Probablemente esté en su casa, en un cuarto destinado al trabajo.

Piensas en todo eso y en mucho más mientras ella se presenta y te explica en qué consiste el tipo de terapia en el que está especializada, la cognitivoconductual. Sara ya te ha contado qué es eso, pero dejas que Paloma ahonde. Escuchas, pero en resumen es lo mismo: la idea es que te enseñe a identificar emociones y a lidiar con ellas. También que te ofrezca herramientas y técnicas para gestionar el estrés y la ansiedad del día a día. Le dices a todo que sí porque, aunque sea sin diván ni caja de pañuelos, es lo que necesitas.

—¿Sara te comentó mi tarifa, Dani? —pregunta.

—¿Unos sesenta y cinco?

—Por sesión, sí. Pero siendo amigo suyo te lo dejaré en sesenta. ¿Te parece bien?

Es una rebaja, así que sí, te parece bien. Has leído por ahí que hay terapeutas que pueden llegar a cobrar casi cien euros la hora, o sea que… Te sigue pareciendo caro, por supuesto, y, de nuevo, te dan

ganas de empezar a debatir sobre lo horroroso que es que en la Seguridad Social esto resulte inviable porque las sesiones se espaciarían meses. Menos mal que tienes ahorrado y que, si lo necesitaras, tus padres o tu hermana podrían echarte una mano.

—Esta primera sesión, en cualquier caso, no te la voy a cobrar. Es para conocernos, para que me cuentes un poco en qué te puedo ayudar, en fin... Y te digo lo mismo que al resto de mis pacientes: esto también tiene algo de química, y tú puedes encajar o no conmigo. Si no es así, dímelo con absoluta tranquilidad. Lo último que quiero es que pierdas tiempo y dinero y que no te sirva de nada, ¿vale?

—OK —dices, y te tranquiliza su franqueza, de la cual ya te había hablado Sara.

—Pues cuéntame.

Y tú le cuentas. Vuelves a hablar con detalle del bofetón, de las últimas semanas, de lo que te cuesta dormir, de que sientes que todo gira en torno a ese momento y también de la sensación de peligro constante cuando ves a algún policía por la calle, de la necesidad de buscar en todos los agentes la cara de tu agresor, etcétera. Y aunque al principio te lo piensas, hay algo en ella que te despierta la necesidad de abrirte. Igual es la distancia, debido a las pantallas, o tal vez lo contrario: la sensación de intimidad y seguridad que se ha generado en el rato que llevas hablando.

Por eso también le explicas que Víctor y tú no estáis bien. Que no sabes definir qué es, pero que algo ha cambiado. Igual el bofetón solo ha sido el detonante de algo que estaba cociéndose o lo mismo no estás siendo objetivo porque llevas dos días de morros y hablando lo justo y necesario para soportar la convivencia en el piso.

La bronca se os fue de las manos.

Entre que tú no tuviste paciencia y que él venía calentito, fue entrar por la puerta y que ardiera Troya. Ninguno quiso escuchar al otro: a ti se te habían quitado las ganas de cenar fuera, para eso lo llamaste. Él te dijo que le parecía bien, aunque ya percibiste por teléfono su malhumor, que se fue agravando por minutos y por falta de paciencia. Paciencia. Ahí te detienes a explicarle a Paloma que sientes que ya no te queda de eso. Que antes eras capaz de verlo todo

con más perspectiva, pero que ahora, cuando ocurre algo, saltas a la primera o, directamente, te cierras en banda y lo único que quieres es quedarte solo y en tu habitación. Seguro, donde nadie pueda hacerte daño.

Así que, sin paciencia y después de otro día de pullas en el trabajo, cuando os encontrasteis en el piso y él te contó lo que acababa de pasarle con su repre fue como mezclar Mentos con Coca-Cola. Menos mal que ni Jimena ni Lola estaban presentes en ese momento, porque te habrías muerto de vergüenza si os hubieran visto y oído reaccionar así. Si no hubieras hecho esto… Si tú hubieras hecho caso… Si es que cada vez estás más insoportable… Pues anda que tú… No me escuchas… Y tú no me entiendes… Y qué tengo que entender… Todo gira en torno a ti… Vete a la mierda… Vete a la mierda tú… Portazo… Portazo… Portazo…

Entonces llegaron las palpitaciones y los sudores y también la sensación de que te faltaba el aire. Estabas sufriendo un ataque de ansiedad, aunque en ese momento no supieras el nombre de lo que te pasaba. Aún tumbado en la cama, la habitación comenzó a dar vueltas como si te acabaras de bajar de una noria. Apenas pudiste controlar las náuseas, y de manera instintiva te pusiste a contar en números pares mientras ahogabas las lágrimas entre estertores para que nadie pudiera escucharte.

Omites que sentías como si estuvieras disociando. Que, por un lado, apenas lograbas llenar los pulmones de aire, pero por otro lo último que querías era preocupar a nadie y tener que darle explicaciones al primero que entrara por la puerta al escucharte. Desequilibrada pero digna, ¿eh?

Todo pasó al cabo de un rato. Y poco a poco lograste recuperar la sensación de control, del momento y del lugar donde te encontrabas. A la mañana siguiente le contaste a Sara lo que había ocurrido y, de seguido, le dijiste que habías decidido no esperar más para empezar la terapia.

A Paloma se lo narras de corrido, sin ahondar en los detalles porque notas que te hacen daño y porque, a ver, vale que se está produciendo una conexión entre vosotros, esa sensibilidad de la que te

hablaba ella antes, pero te sigue dando vergüenza recordar el momento.

Sin embargo, Paloma tiene otros planes e insiste en preguntarte cómo te sientes después de aquello.

—Triste..., avergonzado... Pero creo que también sigo enfadado.

—Es normal. ¿Enfadado con él o...?

—Con todo, no sé. Con él. Con lo que está pasando... Siento que si no hubiera denunciado me podría haber ahorrado bastantes disgustos.

—Puede. No lo sabremos nunca porque lo que hiciste fue denunciar. Y, además, tampoco es buena idea meterse en ese terreno de las hipótesis imposibles. Lo que sí podemos hacer es empezar a ver el ABC de lo que quiero enseñarte. Va a ser rápido y me apetece que lo trabajes para la siguiente sesión, si quieres que haya otra, claro.

Tú sonríes y asientes.

—Sí, me gustaría —respondes.

—Vale. Pues deja que te explique esto y luego cerramos la fecha.

En un papel dibuja una A, una B y una C y te lo muestra. Después dibuja unas flechas entre las letras y dice:

—La A es la situación. Cualquier cosa que vivimos, que nos pasa. La B es el pensamiento que se genera cuando esa situación nos ocurre. Y la C es lo que sentimos, lo que nos provoca. ¿Bien? Vale, pues muchas veces pensamos que la A provoca la C. O sea, que la situación provoca un sentimiento en nosotros, una conducta concreta... Sin embargo, no es así. Lo que provoca que nos sintamos o que actuemos de una manera concreta es el pensamiento que ha generado la situación que estamos viviendo. ¿Me sigues?

Tú asientes.

—Por lo tanto, todo depende del enfoque que le demos a esa A, a eso que nos ocurre. Y es fundamental que nos demos cuenta de ello, Dani. —Guarda silencio un instante y añade—: A ver, antes de seguir: no estamos negando el porcentaje de malestar que genera una situación concreta. Si se te pincha una rueda en mitad de la autopista en plena tormenta, pues el pensamiento no va a crear una realidad excepcional. O si, como te ocurrió a ti, un policía te suelta un bofetón, la actitud, por mucho pensamiento positivo que le metas, va a estar

ligada a un nivel de malestar alto. Pero a lo que voy con esto es que la mayor parte de esa realidad la creamos nosotros con nuestros pensamientos. Y esa realidad que nos construimos define mucho cómo nos enfrentamos a todo. ¿Y sabes lo mejor? Que esa B, esos pensamientos, dependen exclusivamente de nosotros. El resto viene porque viene, pero eso no. Los pensamientos muchas veces son lo que en psicología conocemos como esquemas mentales. Y ¿qué son y de dónde vienen? Pues de tu propia vida, Dani. De tu biografía. A nivel más general, de la sociedad y de la cultura que nos ha rodeado. A nivel personal son las reglas que hemos aprendido de nuestros padres, los mensajes que nos han transmitido mientras crecíamos, en el colegio, de nuestros amigos…, pero también nuestros éxitos y fracasos, las veces que nos han hecho daño o que nos han roto el corazón…

Tú asientes, ávido por saber más. Te gusta cómo habla y cómo explica todo. Lo entiendes. De pronto puedes racionalizar un poco lo que sientes cuando te desbordas. Sabes que te queda mucho, pero te recorre el cuerpo un alivio inesperado mientras la oyes hablar.

—En general son dogmas que suelen sernos útiles y que nos ayudan a comportarnos y a reaccionar con lógica. Debo ser responsable. Debo esforzarme. Debo dar lo mejor de mí mismo. Debo ayudar a quien lo necesita… Pero eso, que tan bien suena, llevado al extremo nos puede hacer daño. Podemos estar tan pendientes de no ofender a alguien, de no decir lo que pensamos por miedo a lo que puedan pensar de nosotros, que al final nos desbordamos y estallamos de la peor manera. Por eso mi intención no es que los extirpes, ni mucho menos, sobre todo porque es algo casi imposible, sino que los moldees lo justo para que no te hagan daño. Abrir la horquilla para darles más holgura, ¿sabes? La mente más flexible es la que mejor se adapta a todo. A las rígidas, la realidad las tumba.

—*Be water, my friend…* —bromeas.

Paloma se ríe.

—Eso es. Y ¿por qué te cuento todo esto? Pues porque, como es lógico, tu mente solo está pendiente de una cosa ahora mismo: de lo relacionado con el bofetón. Eso se conoce como mente de túnel. Por muchas cosas buenas que te estén pasando, solo te enfocas en lo

negativo. Y, claro, también cualquier cosa ajena que te suceda lo pasas por ese filtro, encuentras la conexión a ese hecho y el vaso vuelve a desbordarse. Como todo lo llevas a ese asunto, la vida te acaba consumiendo y no puede ser. Ojo, yo no soy una *hippie happy flower*, ¿eh? A mí los mensajes de Mr. Wonderful me producen un poco de urticaria. Las cosas como son. No existe una vida sin malestar, ya te lo adelanto, por si creías que iba a hacer magia para que desapareciera. Lo que sí que puedo hacer es enseñarte a vivir sin desbordarte por culpa de esos malestares que surgen. Te he dicho que iba a ponerte deberes y son unos cuantos, pero haz lo que puedas.

Lo dice con un tono que te hace reír. Como la típica profesora enrollada a la que le da apuro fastidiarles la tarde a sus alumnos.

—Quiero que rellenes esta tabla cada vez que te pase algo.

Paloma te manda un documento PDF con seis columnas; en las celdas que encabezan cada una de ellas pone: Día | Situación | ¿Qué pienso? | ¿Qué siento? | ¿Cuál es mi sensación corporal? | ¿Cuál es mi conducta interna/externa?

—¿Lo tienes? Las primeras celdas son sencillas: primero apuntas el día, después lo que te ha pasado, a continuación el pensamiento que te surge en ese momento, después lo que sientes, luego dónde lo notas, porque a veces es más en el pecho, a veces es más en el estómago, otras lo notamos en la garganta... Escríbelo. Sé consciente de ello. Y, por último, cómo reaccionas, hacia dentro y hacia fuera. Si te bloqueas, si te culpas..., pero también si mandas a alguien a la mierda, o si, no sé, ¡rompes un vaso contra la pared!

—¡Hala!

—Peores cosas se han visto. Lo apuntas todo. Lleva ese diario de emociones encima y si puedes hacerlo a mano mejor que en el móvil o en el ordenador. ¡Ah! Y no lo dejes para después, porque entonces lo que estarás escribiendo será un recuerdo. ¿Oído?

—Oído.

—Muy bien. Lo otro que quiero que hagas es que rellenes este formulario que te envío también al *email*. Así puedo conocerte un poco mejor y hablar sobre ello en las próximas sesiones.

—Genial. Pues... muchas gracias —dices.

—A ti, Dani. Ha sido un placer y espero poder ayudarte.

—Yo también —dices con sinceridad. Pero antes de colgar, añades —: Solo una cosa, ¿crees que... debería hablar con Víctor?

—¿Lo crees tú?

Asientes y ella también lo hace desde la pantalla.

—Pues hazlo. A ver qué pasa. Ten en cuenta lo que te he explicado del ABC y a ver cómo va. Hablamos la semana que viene, ¿vale?

Cerráis la fecha de la próxima sesión y cuelgas. Después te derrumbas en la silla, agotado, consumido, como si hubieras corrido una maratón. Sí, estás cansado, pero también tranquilo. Más que desde hace mucho tiempo. No ha sido el tipo de conversación que sueles tener con un amigo. Ha sido distinto y te ha gustado. Te ha venido bien, aunque no sabes concretar en qué sentido. Lo más fácil sería decir que te notas más ligero, con más ánimo. En cualquier caso, definitivamente quieres que haya más sesiones.

Es lo único que te da tiempo a pensar antes de que suene el timbre del piso. Escuchas que alguien abre la puerta y al momento oyes el grito de Jimena: es para ti.

Extrañado, sales y te encuentras con un hombre en traje que te pregunta si eres Daniel Menéndez. Cuando le dices que sí y comprueba tu DNI, te entrega un documento que proviene del Juzgado de Instrucción número 13 de Madrid.

JIMENA

Te hierve la sangre. Necesitas volver a leer el papel, aunque la mitad del texto resulte un galimatías, porque no te puedes creer que sea verdad.

—«Se acuerda el sobreseimiento provisional...» —dices en voz alta —. ¿Es que no pueden hablar en castellano?

En el salón, las caras son de absoluto descorazonamiento. Dani niega en silencio, con los ojos puestos en el suelo. Víctor se pasea de un lado a otro. Lola mira a Gabri en busca de respuestas y el chico se limita a repetir lo que ya os ha explicado.

—La jerga legal es un asco, pero significa lo que os he dicho: que en el juzgado «recibieron las actuaciones precedentes», o sea, toda la información, «por hechos que podían ser constitutivos de infracción penal ocurridos en Madrid por un presunto delito de lesiones».

—«Presunto»... —suelta Víctor en un bufido—. Es que es la hostia.

—Ya, sí —añades tú—, pero luego lo que dice de que «el presente procedimiento se incoa por los hechos que resultan de las anteriores actuaciones, en las que no resulta debidamente acreditada la perpetración de infracción penal alguna».

—Es que no me jodas, si parece un trabalenguas.

—«Incoar» se usa para explicar que se inicia algún trámite —explica Gabri—. Pero después añade que «procede incoar diligencias previas y acordar su sobreseimiento provisional y el archivo de las causas».

—Pararlo todo —concluyes tú.

Él asiente.

—¿Y no puedes hablar con tu amigo el político? —pregunta Víctor, aunque parece una orden.

—Edu no puede hacer nada. El juez ya ha concluido que no hay pruebas suficientes para seguir con ello y archiva el caso. Al menos

por el momento.

—Es que... ¡me cago en todo! —ruge Víctor—. ¿Y las fotos qué?

—Deja de cagarte en todo —le pide Dani desde el sofá—. Sabíamos que pasaría esto.

Víctor se acerca al sofá.

—No. Sabíamos que la cosa iría despacio, pero no que todo hubiera sido para nada. ¿Qué más pruebas necesitan? ¿Solo habría valido si le hubieran sacado un diente de la hostia?

Lola le acaricia el brazo para tranquilizarlo, pero él se aparta.

—Puede que el fiscal apele —dice Gabriel.

—¿Quién es el fiscal? —preguntas.

Lola se ríe y asiente.

—Buena pregunta. ¡Si es que no entendemos nada de lo que está pasando! Eso es lo más jodido de todo, que nadie explica nada. Te llegan papeles y firmas. Te ordenan que te presentes en un sitio y declaras. Te informan de que se ha cerrado todo y tú no tienes ni a quién preguntar.

—Pues, amor, para eso están los abogados...

—Ya, pero no jodas, ¿qué pasa si no puedes pagarte uno?

—Te ponen uno de oficio, pero que es verdad lo que decís. Es más, para una cosa como esta el abogado no es obligatorio, así que no te van a poner uno...

—Así que no vas a entender la mitad de lo que pasa —concluyes.

—Si no sabes de leyes, no.

—Pfff... —Víctor acaba derrumbándose en una silla.

No lo dice en voz alta, pero todos sabéis lo que está pensando: que se ha quedado sin trabajo y sin repre para nada. Que denunciar es inútil. Que la justicia no funciona y que las víctimas, si denuncian, pagan doble.

—El fiscal, por si a alguien le interesa, es quien te representa frente al juez y recolecta las pruebas para que, en este caso el policía, reciba su castigo. Vamos, que está de tu lado. Los policías, supongo yo, habrán contratado a un abogado para defenderse porque ellos sí tienen algo que perder.

—Pues tremenda mierda de curro ha hecho el fiscal ese —

murmura Víctor.

Dani alza la cabeza por fin y se gira hacia su chico.

—¿Puedes parar? —le advierte—. No, en serio, ¿puedes parar ya? Que parece que el bofetón te lo llevaste tú y que el problema más grave lo tienes tú y que el más jodido de todos aquí eres tú.

—¡Es que lo soy, Dani! ¿Tú has perdido tu trabajo? ¿Eh? Di.

«Ahí está», piensas, tratando de que no se te note en la cara porque solo vas a empeorar la situación.

—¡Ah! —responde el otro—. ¿Ahora la cosa va de eso?

—¡Pues sí, también va de eso! Va de quienes te hemos ayudado y nos han jodido.

—Yo flipo...

—¡Flipa todo lo que quieras!

—Chicos, calma —interviene Lola, pero es inútil. La tensión silenciosa que ha habido los últimos días revienta como una olla exprés olvidada al fuego.

—Yo no te pedí que hicieras nada. —Dani se levanta—. ¿Me oyes? NA-DA.

—Claro que no, pero menos mal que lo hice.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? ¿Ha afectado a la decisión del juez? Pues como no sea para mal...

—¡Dani! —exclamas tú.

—Crees que lo he empeorado... —dice Víctor, atónito—. *Wow*...

El velo de rabia que cubría la mirada de su novio se diluye como si volviera en sí.

—No..., no creo eso. Claro que no. Pero ¡tampoco veo que haya ayudado! Tú te has quedado sin curro y a mí no dejan de hacerme la vida imposible en la oficina.

—¿Qué?

Todos os volvéis para mirarlo sin creeros lo que acaba de confesar.

—¿Por qué no nos lo habías dicho?

—Porque no tenía ganas y porque me da igual. Mañana les digo que tenían razón y que soy un mentiroso y que me lo he inventado todo porque no hay pruebas que demuestren nada salvo tres testigos, que ya ves tú, y mi palabra, a ver si así me dejan en paz.

Antes de que termine de hablar ya te has levantado y lo has abrazado. Dani solloza contra tu hombro y tú lo aprietas más contra ti. Los demás también se acercan y, sin mediar palabra, os abrazan a los dos. Víctor es el último en sumarse, pero también lo hace.

—¿Nos matamos o pedimos unas hamburguesas de abajo? —se oye la voz de Lola entre los cuerpos.

—Hamburguesas —masculla Dani.

—Y luego ya vemos —dices tú, lo que provoca que todos os separéis a medio reír.

—No, y luego vamos a reventarles la cabeza a los que te están molestando en la oficina —propone Víctor—. Porque una cosa es que yo me quede sin curro y otra muy distinta es que a mi novio le hagan *mobbing*.

Esto último lo dice pasando el brazo por encima de los hombros de Dani para atraerlo hacia sí. El otro aún respira de manera algo entrecortada, pero vuelve a sonreír. Lola, Gabriel y tú os miráis y entendéis que la tempestad ha pasado y que, a su manera, ya han hecho las paces.

Consideras que, en cuanto al juicio, ya ha pasado lo peor. No ha sido el resultado esperado, pero al menos ha tenido una resolución. El documento del juzgado queda sepultado por las cajas con las hamburguesas y las patatas fritas un rato más tarde, y te atreves a pensar que no volveréis a oír hablar del asunto nunca más.

Pero eso es mucho tiempo, incluso para la burocracia.

Quizá por eso una parte de ti no se sorprende tanto cuando, unos días más tarde, te llama Sara para decirte que su amigo Elliot, de la Policía Municipal, le ha escrito.

ELLIOT

La situación es más delicada de lo que pensabas. Te has enterado de casualidad, como de casi todo lo que pasa en las oficinas. Parece que aún no han aprendido que ellos pueden ser todo lo precavidos que quieran, que tú al final lo vas a saber. Te gusta hablar de tus pajaritos, como los informantes de Lord Varys, de *Juego de Tronos*, pero en el fondo se trata de amigos que te avanzan noticias o gente demasiado descuidada que habla más de la cuenta. Pero sobre todo tiene que ver con estar atento, tener las orejas y los ojos bien abiertos.

—Está Asuntos Internos con ello —te acaba de decir Lydia, tu mejor amiga ahí dentro desde la academia.

—No.

—Sí. Los chicos mandaron un *email*. Creo que hay fotos y todo.

La cafetería está vacía, por eso te acercas a ella para hablar en voz baja.

—Creo que Clara no lo sabe —dices.

—Seguro que no: acaban de arrancar el protocolo esta mañana.

Tú sonríes, sorprendido.

—¿Cómo lo haces? Te enteras de todo así —y chasqueas los dedos.

—Tus pajaritos también tienen sus pajaritos —bromea ella—. Carmen, de Administración, ha recibido aviso de Carbajal para que llamen a los chicos.

—Se viene —dices.

—Y tanto…

Es imposible no quererla. Da igual la circunstancia, la calma que transmite y el buen humor que destila contagian a cualquiera. Y en un sitio como ese, sabes lo necesario que es algo así. Sobre todo para ti.

Fue la única que te preguntó por tu transición. Eligió leer, informarse y hasta asistir a cursos de concienciación. Te abriste a ella de manera espontánea una noche libre, ya a punto de acabar los meses

de formación. Le contaste cómo diste el paso un par de años atrás, lo nervioso que estabas y lo feliz que te hizo. Nunca te faltó el apoyo de tu familia, y eso hizo el viaje muchísimo más fácil, pero el vértigo no se fue hasta que, por fin, te viste como realmente eras. Y entonces, por fin, las lágrimas dejaron de saberte amargas.

Si ser una persona trans en el mundo ya es difícil, serlo ahí puede ser una tortura absoluta si no encuentras a gente que te cuide, te apoye y, por qué no decirlo, te defienda. Tú has tenido mucha suerte. Mucha más que otros y, sobre todo, que otras. No solo por los compañeros de tu promoción, que aunque tenían curiosidad, te trataron como lo que eres: uno más; sino también por los superiores que te han tocado. Sabes que no en todas partes es así. Los altercados que has vivido puedes contarlos con los dedos de una mano y se cortaron de raíz y de forma radical al poco de producirse. A ninguno de tus compañeros directos les ha temblado la mano a la hora de denunciar una agresión por parte de algún listillo que ha tratado de hacerte de menos por ser quien eres. Nunca se ha tenido que llegar a las manos, pero sabes que, llegado el caso, tampoco les temblaría el pulso. Igual que a ti: estás de sobra preparado para partirle la cara a quien haga falta. De normal eres una persona pacífica y prefieres no hacer uso de la fuerza, pero si no te dan otra opción...

Por suerte, tu aspecto actual, cultivado durante años para ganar musculatura, intimida más que el de muchos, y por eso rara vez se producen ataques directos. Suelen ser comentarios a tus espaldas, cuando abandonas el vestuario, o de los que te enteras por otra persona. No importa, tampoco les haces excesivo caso. Con gente como Lydia a tu lado, estás tranquilo, disfrutas de tu trabajo y luchas por lo que siempre has soñado: intentar hacer de Madrid un lugar mejor.

Por desgracia, siempre hay imbéciles que arruinan el buen trabajo de los demás.

Cuando Sara te contó que los chicos del bofetón eran los compañeros de piso de su novia, no te lo podías creer. Enseguida hablaste con el resto de los integrantes de la LGTBIpol para que pusieran especial atención a este caso. Clara te escuchó y se puso con

ello. De ahí que fuera a *¡Quién nos ha visto!* a hablar del tema. Sin embargo, esto que te acaba de decir Lydia lo cambia todo.

—Vaya *cracks*, ¿no?

—Ya. No sé quién se lo recomendó, pero *respect*.

—Pues deberían haberlo hecho los que estaban esa noche en el control, pero claramente se les debió de pasar. Ahora, la movida que tienen arriba es fina…

—¿Qué van a hacer?

—Para empezar, hablar con el chico. ¿Dani era?

—Sí, Dani.

—Pues eso. Y luego supongo que tendrán que hablar con Ramírez.

Tú te ríes, incrédulo. Hasta donde sabes, el comisario Ramírez había asegurado hasta el momento que era imposible saber quién había estado en ese control concreto cuando sucedió el altercado porque, según él, como había tantas movidas ocurriendo al mismo tiempo en todas partes, los agentes cambiaban de posición según los necesitaban en un lado u otro. No era del todo verdad y lo sabíais, pero cuando comentaste que esa noche en concreto no tuvisteis casi problemas, y mucho menos a esa hora, te hicieron ver que era tu palabra contra la suya.

Momentos como aquel te recordaban que la burbuja en la que tú vivías era frágil y limitada. Habías logrado rodearte de gente con valores idénticos a los tuyos, empática y sensible, pero en cuanto ponías un pie fuera de ese entorno seguro, la realidad te atizaba en la cara con una crueldad malsana que te devolvía a la pesadilla que fue para ti la adolescencia. Por suerte, ahora, con treinta años y muchas muchas horas de terapia, sabías cómo enfrentarte a ello, aunque seguía dejándote magullado. Por eso, noticias como la que te acababa de dar Lydia te devolvían la esperanza. Tal vez en esta ocasión no se saldrían tan fácilmente con la suya.

—A ver si todo esto sirve de algo, porque vaya tela… —dice Lydia.

—Hombre, más les vale, pero que hayan tenido que llegar a esto es fuerte, ¿eh? Que Ramírez no haya sido capaz de sacar al culpable aún, en fin…

—En fin ¿qué?

Lydia y tú os volvéis al escuchar una voz que reconoces al instante. Sobre vosotros, con gesto amenazante, se encuentra Tony. Os observa con los brazos cruzados y la mirada de toro furioso.

—Esto es una conversación privada —le dices.

—Una conversación privada mis cojones. ¿Qué habláis?

—Tony, relaja… —le advierte Lydia.

—Estáis hablando de lo del bofetón, ¿no?

Lydia se vuelve hacia ti.

—Vámonos.

Ella se levanta, pero cuando lo vas a hacer tú, Tony te empuja de nuevo hacia abajo. No obstante, no le da tiempo a hacer nada más. Llevas muchos años recibiendo abusos, pero también anticipándote a ellos, así que en el instante en el que tu trasero toca la silla te incorporas como por resorte y de un empujón alejas de ti a Tony, que tropieza y cae sobre otra de las mesas de la cafetería.

—¡Eh! —os advierte el camarero desde la barra—. ¿Qué hacéis?

—Puto marica —gruñe él, pero no te achantas.

La sensación de encontrarte frente a un animal más que frente a una persona se agrava debido a la forma tan cuadrada de su cabeza, a la anchura de sus hombros y al hecho de que el polo reglamentario parece a punto de reventarle por el tamaño de sus brazos. La perilla, como apunte, te resulta algo cómica entre las facciones tan marcadas de su rostro. Es comidilla general que complementa los entrenos con pinchazos aquí y allá, aunque sabes que lo cerril no es efecto secundario de ello, sino que viene de fábrica.

—¿A ti qué te pasa? —le pregunta Lydia, colocándose a tu lado.

Sabes que no va a hacer nada más. Primero, porque tiene todas las de perder contra ti, y segundo, porque tienes a Lydia de testigo, y lo que menos quiere es buscarse otra sanción.

—Os lo advierto: no habléis de lo que no sabéis.

—Es verdad, se me había olvidado que tú estabas allí, ¿no?

—Cuidado —dice, señalándote con el dedo—. Cuidado.

—¿No? —insistes—. A ver si es que también te ha llegado lo de que hay unas fotos por ahí y tú sales en ellas…

Él gira la cabeza y bufa, como si le faltara el aire y le sobraran las

ganas de arrancarte el cuello. Pero eso tampoco te intimida. Solo corrobora lo nervioso que está.

—Déjalo, Elliot —te pide Lydia—. Vámonos.

—Hazle caso, sí.

Lydia tiene razón. No merece la pena. Aun así, antes de girarte, añades:

—Estáis jodidos. No por esto del bofetón, sino porque cada vez sois menos.

—¿Menos qué?

—Menos —repites—. Los que os creéis que la placa os da licencia para hacer lo que os dé la gana. Insistís, pero sirve de poco. El mundo ha cambiado, incluso aquí dentro. Por mucho que os joda. Que te joda. ¡Mírame a mí! Soy la viva representación de eso. Cómo debe de escocer ver que hasta alguien como yo lleva tu mismo uniforme, ¿no? El engendro, el bicho raro, el maricón, como acabas de decir, al que molías a palos en el colegio está aquí, contigo, desempeñando tu mismo trabajo, y mucho mejor, además. Pues ya puedes acostumbrarte, Tony —dices su nombre con una sonrisa ladina, saboreando cada sílaba—, porque verás cuando tengas que obedecer mis órdenes. Ahí sí que te va a explotar la cabeza.

Sus pupilas se vuelven diminutas, como las de una bestia fuera de sí. Pero antes de que pueda hacer nada, la puerta de la cafetería se abre y por ella entran algunos de vuestros superiores. Van charlando y no se fijan en la tensión acumulada entre vosotros. Al contrario, os dan los buenos días, recolocan algunas de las mesas movidas y se sientan a tomar algo.

—Nos vemos, Tony —dice Lydia, forzando una sonrisa—. Pasa un buen día.

—¡Hasta luego! —añades tú, mientras salís por la puerta.

Él se queda donde está, como una supernova a punto de explotar o una bomba neutralizada justo a tiempo. Ya en el pasillo, soltáis una carcajada.

—«Te va a explotar la cabeza» —repite tu amiga, imitando tu voz —. La cara que ha puesto… qué gusto me ha dado.

Al bajar las escaleras os cruzáis con Carbajal y, de golpe, se os

corta la risa. Él es la fuente primigenia de la noticia. Lo conoces, como a todo el equipo de Asuntos Internos, pero nunca habéis cruzado más de un saludo. Esta vez no es distinto, pero cuando lo haces, no puedes evitar que te brillen un poco más los ojos, casi como suplicándole que no la caguen ahora que pueden lograr un cambio.

Si le llega ese mensaje codificado es algo que desconoces, porque él solo se limita a decir:

CARBAJAL

—Buenos días.

Lo saben. Sabes que lo saben. Todo el mundo se habrá enterado ya. No entiendes cómo puede ocurrir, pero siempre es igual. Alguien que se va de la lengua sin querer (o queriendo) y lo complica todo mucho más. Pero es lo que hay.

—Vaya marronaco... —fue lo que mascullaste al ver el *email*. Vaya marronaco..., sobre todo para ti.

Aunque, en realidad, siempre lo es. Al fin y al cabo, en eso consiste la labor de Asuntos Internos: en investigar cuando algo sale mal y actuar en consecuencia. O lo que es lo mismo: ponerte en contra a quienes antes eran tus compañeros.

Llevas todas estas semanas siguiendo el asunto del compañero que, supuestamente, agredió a los chicos esos en Chueca, pero no ha sido hasta que has encontrado el correo entre la pila de *emails* por leer cuando has comprendido la magnitud del asunto. Te queda clara una cosa: los chicos están bien asesorados.

El grupo de WhatsApp ya se ha calmado, pero en su día estaba que ardía, entre enlaces a las redes y a las noticias que iban saliendo, algunas con declaraciones de los chicos y otras directamente haciéndose eco del suceso mientras crecía el fenómeno en internet. Normalmente ese grupo sirve para avisar de turnos, bajas o noticias un tanto intrascendentes, pero esos días solo se hablaba de la calle Clavel, del supuesto tortazo y de los chavales.

Nadie decía nombres, claro, pero más de uno sabía quiénes estaban allí esa noche. Más de uno estás seguro de que se confió, de que pensó, tal como había ocurrido, que la bola se desinflaría después del primer mes. Qué mala suerte para ellos la llegada de ese *email* con fotos incluidas.

A ti, en el fondo, ni te va ni te viene. Desde que entraste en

Asuntos Internos tienes tal cantidad de trabajo que no te da tiempo apenas a socializar, y cuando lo haces es con tu equipo, con los que están contigo en el día a día. Aun así, te gusta estar enterado de qué pasa entre los agentes. Te facilita el trabajo. Aunque, a quién quieres engañar: ellos tampoco te quieren especialmente cerca. No eres el enemigo, pero casi. A fin de cuentas, ¿a quién le toca al final del día pedir explicaciones? Pues a ti y a los tuyos. Pero claro, a ver cómo lo haces sin olvidar el tiempo que has sido colega y amigo de muchos de ellos allí, en comisaría.

Cuesta asumirlo, pero hace tiempo que perdiste a la mayoría de tus aliados. Fue sacarte la plaza de investigador y que dejaran de invitarte a las cervezas de después y hasta a los cumpleaños. Y aunque finges que te da igual, en el fondo te da rabia. ¡Si tú no quieres joder a nadie!

No, no es una relación fácil la vuestra, y situaciones como la que ahora tenéis entre manos la tensan aún más. Esta es una de esas ocasiones en las que te ves obligado, de algún modo, a elegir entre el deber y el corazón. Igual te ha quedado un poco intenso, ¿no? Sí, igual sí. Pero mientras no lo oiga nadie, te lo puedes decir a ti mismo. En el fondo tienes corazón de poeta, joé, que no te arranquen eso también.

La cuestión es que ahí tienes un *email* que no esperabas que llegara. Sí, vale, sabías que era cuestión de tiempo que alguien llamara a vuestra puerta y preguntara qué estaba sucediendo con este tema, pero, coñe, los de la Nacional iban a tardar, en principio, y más con el verano de por medio.

Esto te obligaba a empezar a trabajar desde ya.

No sabes cómo has controlado la tentación de marcar el *email* como no leído y que el marrón se lo comiera otro. ¿Por qué tenía que ser tu movida? ¿Solo por ser el primero en mirar el correo? Pues justo no era, la verdad. Si lo importante en el fondo era que alguien tuviera constancia de que los chicos habían puesto una queja formal a la Policía, ¿qué importaba quién lo leyera?

Pero no has podido. Tus principios te lo han impedido, aun sabiendo lo que se viene.

Ojalá lo hubiera abierto directamente tu nuevo jefe. El inspector Zumalacárregui. A él le habría dado igual. Lo acaban de destinar allí:

es de fuera, no ha hecho aún amigos que le puedan echar nada en cara. No conoce a gente ni tampoco quiere; te da lástima porque va con esa actitud de saber que le va a caer mal a todo el mundo y no piensa cambiarla. Pero tú..., tú tienes tus círculos. O al menos los tenías. Qué rabia. ¡Habría bastado con que se te fastidiara el coche para no haber llegado el primero! O que Zumalacárregui no hubiera tenido que ir a hacerse esos análisis.

Sacas el móvil y miras la hora. Son las 10.30. Debe de estar a punto de llegar. Te pedirá una actualización de todos los temas y tendrás que hablarle de este. Probablemente, al haber sido tú quien lo ha comentado, te tocará seguir el desarrollo, llevar la investigación de su mano, recopilar los datos... Pero siempre puedes alargar el momento. No huir, ojo. Eso no. Peleaste con uñas y dientes para entrar en Asuntos Internos precisamente para ayudar a mejorar todo y que no ocurrieran cosas así. Pero bueno, si el caso tuvo lugar hace meses, ¿qué importa que se retrase un rato más? Prefieres bajar a la cafetería, estar con los chicos, palpar el ambiente...

Con ese pensamiento, tomas las escaleras y sigues a un grupo de compañeros que camina unos metros por delante. Los has visto salir de uno de los despachos. Ellos a ti también te han mirado, pero se han hecho los tontos. Para cuando has levantado la mano como saludo, ya se habían vuelto, fingiendo estar distraídos. Esas son las cosas que te fastidian: antes te esperaban. Antes llamaban a tu puerta, te preguntaban si querías algo o si los acompañabas, pero claro, desde que estás donde estás, no es lo mismo. ¡Y, mira, no lo entiendes! Tú no eres el malo de la película. Tú haces tu trabajo para que las cosas vayan bien ahí dentro. ¿Tanto les cuesta? Si ellos no la lían, si son inocentes de cualquier caso que surja, vuestros caminos no tienen ni que cruzarse. Fin de la historia. Pero esa ansiedad que te acompaña desde niño por caerle bien a todo el mundo te hace esforzarte el triple para hacerles ver que sigues siendo el mismo.

—¡Eh! —exclamas, pero no se dan la vuelta. Igual no te han escuchado.

Abren la puerta de la cafetería y entran. Aceleras el paso.

Están ya en la barra pidiendo cuando te acercas a ellos.

—¿Cómo estamos? —preguntas con tono cantarín.

—Hombre, Carbajal, ¿cómo tú por aquí? —te pregunta López, el más campechano de todos.

—Pues ya ves, a empezar el día con energía.

—Y tocarnos los cojones con más ganas, ¿no? —comenta Castro, provocando unas risotadas que al principio te molestan, pero a las que después te sumas. Es su humor, nada más.

—Ya sabéis que ese no es mi estilo.

—Eso es más del nuevo, ¿no?

Tú te ríes porque no quieres enmarronar a Zumalacárregui. Es estricto, pero se le ve buen fondo, y en el poco tiempo que lleva ahí te queda claro que busca lo mejor.

—Coño, es verdad, el gordo, ¿no?

Te muerdes la lengua para no amonestarlo por usar ese calificativo con tu superior. No está bien, pero sabes que, como lo hagas, vas a perder la poca confianza que parecen haber depositado en ti en los últimos segundos.

—¿Cómo se llamaba? —pregunta Lozano.

—Zumalacárregui —respondes más calmado—. Iñaki Zumalacárregui. Es bueno en lo suyo, aunque un poco pesado, ya me entendéis.

Adviertes en ese momento que sus caras han cambiado y que miran detrás de ti. Pero antes de comprender la razón, escuchas la voz de tu jefe.

—Yo no te entiendo, Carbajal. Igual me lo puedes explicar, si tienes un momento.

Las risas se vuelven atronadoras y tú sientes cómo, por debajo de la barba espesa, te sonrojas como un niño pillado en falta.

—¿El qué? No sé... N-nada, no era... —balbuceas, mientras él, algo más bajo que tú, de hombros anchos y pelo engominado hacia atrás, te mira con la ceja alzada.

—Me han dicho que hay novedades —comenta, y aunque te alivia que no quiera seguir dejándote en evidencia, temes aún más lo que pueda comentar sobre...—. Del caso de los chavales en Chueca.

Tus compañeros lo miran, te miran y se inclinan sobre la barra con

gestos torvos y miradas acusadoras.

—Eh…, sí, ¿lo hablamos cuando suba? —comentas, y tragas saliva —. Ahora estamos los chicos y yo tomando el café de…

—¿Qué novedades? —pregunta Lozano.

Él le mira y después se dirige a ti.

—Te espero en el despacho. Buen provecho —añade, antes de darse media vuelta y salir de la cafetería.

—¿Qué novedades hay? —te insiste Lozano, dando un paso hacia ti.

—Eh…, ni idea… O sea, creo… que igual los chavales tienen alguna foto o algo, pero no lo sé bien. Igual debería…

—¿Una foto? ¿De los que estaban?

—No estoy seguro, Lozano. Me tengo que…

—No seas chivato, ¿eh, Carbajal? —se burla López.

Eso te molesta. Te molesta y, no sabes por qué, te dispara un interruptor inesperado.

—No soy un chivato —dices—. Hago mi curro. Y si algunos energúmenos de por aquí se controlaran un poquito, estaría mucho más relajado.

Parece que van a soltarte un guantazo, pero en lugar de eso se echan a reír y te dan la razón.

—Te lo ponen difícil, sí —dice López.

—No eres tú quien me preocupa —añade Lozano—, sino el… —contiene las ganas de insultarlo, pero casi puedes oírlo.

—Él hace su trabajo. Como deberíamos hacerlo todos. Y es bueno.

López le palmea la espalda a su compañero para calmarlo.

—Nos vas contando, ¿eh?

—Lo que me dejen —respondes.

Te tiembla un poco la mano cuando te tomas el café de un trago. Aunque te abrasa la lengua, no haces ningún gesto de más. Te das la vuelta con decisión y te despides de ellos. Hay una razón por la que te consideraron apto para el cargo de Asuntos Internos y fue que no te dejabas doblegar cuando las cosas se complicaban. Esa moralidad que tantos problemas te ha dado en la vida y que tantas complicaciones te ha puesto para hacer amigos es también la que te ha llevado hasta allí.

Sin embargo, desde que entraste en la Policía, te has esforzado por contenerla. Como si fuera algo malo o vergonzoso. Como si al obtener la placa hubiera cumplido por fin su función. Y ahora lo ves claro: no es así. Esa moralidad es un salvavidas, y si quieres mantener el puesto por el que tanto has luchado, más te vale dejar de restringirla para agradar. Si a alguien le molesta es porque algo oculta. No eres tú quien tiene el problema, sino ellos.

Te despides de López y de Lozano y vuelves al despacho. Ahí te espera Zumalacárregui, que no menciona nada de tu comentario. Al contrario, te pregunta por el correo y te pide que lo pongas al día de este asunto. Enseguida decide que hay que empezar a investigar ya, que no quiere que pase más tiempo sin motivo.

—Vete organizando un poco todo lo que tenemos del tema —te ordena—. Yo voy a llamar al chico y que se pase por aquí.

Quieres pedirle perdón por lo que te ha oído decir, que en el fondo ha sido un malentendido y que solo tratabas de defenderlo para ganarle un poco de cariño, pero antes de que encuentres las fuerzas, él saca su teléfono, busca un número y le da a llamar.

DANI

—¿Es aquí?

—Eso marca el GPS —te contesta Jimena, al volante.

Desde el asiento trasero, Víctor asoma la cabeza por en medio y señala al frente, al cartel elevado donde se lee: Policía Municipal Madrid.

—Sí, mirad. Por ese camino...

Habéis salido de casa con tiempo. Es temprano y no ha habido tráfico, pero temías llegar tarde o que os perdierais por no haber apuntado bien la dirección que te dio el inspector por teléfono. Por suerte, no parece ser el caso. Frente a vosotros aparece el control de entrada.

—Buenos días —saluda Jimena, tras bajar la ventanilla frente a la garita que precede al edificio donde te han citado—. Venimos a ver al inspector...

—Zumalacárregui —dices tú.

—Sí, eso. De Asuntos Internos. Lo han citado a él.

—Nombre y DNI, por favor.

Los tres le dais vuestros carnets de identidad y tú le dices el nombre completo. El policía hace una llamada mientras un compañero en el que no habías reparado inspecciona el coche por fuera. Ninguno habláis.

Cuando regresa y os entrega los carnets, os indica el camino y dónde podéis aparcar.

—Muchas gracias —dice Jimena, y arranca.

—Impone, ¿eh? —comenta Víctor.

—Un poco...

Miras a través de la ventanilla el edificio de hormigón y cemento mientras buscáis aparcamiento en la explanada techada para los coches.

Cuando bajáis, el calor os golpea y enseguida sientes una gota de sudor, aunque no estás seguro de si es por la temperatura o por los nervios.

—Estate tranquilo —te dice Jimena, de camino a las escaleras de la entrada principal—. Tú no tienes nada de lo que preocuparte. El problema lo tienen ellos.

—No sé cómo, si el juez ha cerrado el caso —masculla Víctor al otro lado—. ¿Esto es para declarar otra vez o cómo?

—Nene, ya te lo he explicado —dice ella—. Elliot ha dicho que desde Asuntos Internos quieren saber lo que pasó.

—Tengo un lío... —añade Víctor.

—No eres el único —comentas, al tiempo que entráis en el edificio.

Desde que recibiste el aviso de que el juez desestimaba el caso tu ánimo ha estado en una montaña rusa, con días en los que te daba todo igual y días en los que la situación te superaba y te hacía sentir un fraude, un payaso, un idiota. Cuando recibiste la llamada del inspector de Asuntos Internos recuerdas que hasta te reíste porque creías que era algún tipo de broma. ¿Ahora se ponían con ello? ¿Ahora que ya estaba todo archivado? Con resignación, aceptaste venir para ver qué querían saber, aunque en el fondo estés convencido de que no va a servir para nada.

En recepción explicáis a qué venís y enseguida aparece un hombre de mediana edad, pelo engominado, con sobrepeso y algo más bajo que tú, que se presenta como el inspector Zumalacárregui.

Víctor hace el ademán de seguirte, pero el hombre le pide, como a Jimena, que espere fuera. No será mucho rato. Tú los miras una última vez y te despides de ellos para seguir al inspector con la tarjeta de visita que te has colgado al cuello.

Juntos subís por las escaleras al segundo piso y allí te indica el despacho al que pasar. Ante la ventana hay dos escritorios enfrentados. Uno de ellos, el suyo, está vacío. En el otro hay un hombre que te saluda, pero que no se presenta. Supones que es un compañero o un subordinado del inspector y que se encargará de tomar nota. Piensas, también, que igual está ahí para ver si dudas o tartamudeas o muestras algún indicio de estar mintiendo. Como en las

películas cuando hay un poli que solo sirve para poner nervioso al acusado. Aunque tú no eres un acusado, sino una víctima, ¿no?

—Perdona por la tardanza, pero ha habido algunos cambios aquí dentro y no nos hemos podido poner antes con tu caso. ¿Te sientas y me cuentas?

—Mandé un *email*... —dices, mientras te colocas al otro lado del escritorio.

—Sí, pero me gustaría que me lo contaras tú, si no te importa.

Te hace creer que tienes opción de elegir, pero sabes que no es así. Por lo tanto, no te queda más remedio que obedecer. ¡A contarlo otra vez, yuju! Sábado noche. Julio. Bar de copas. Despedida. Calle Clavel con Gran Vía. Control. Bombón. Maricón. Cabreo. Bofetón. Negación a los números de placa. Denuncia...

—Y por lo que hemos visto, adjuntasteis unas fotos —comenta el inspector cuando terminas.

—Sí, las que les hicimos llegar a la Policía Nacional cuando declaramos. A la mujer que nos tomó declaración, eh..., la inspectora Carolina Suárez —dices, tras recordar su nombre.

—Pues no nos las mandaron —asegura el inspector—. Nosotros acabamos de tener constancia de ellas.

—Pues las mandamos y las estuvimos comentando con ella en comisaría, no sé... ¿No hablan entre ustedes?

Los dos agentes se miran y el inspector enarca las cejas.

—La Policía Nacional y la Municipal..., digamos que no nos llevamos demasiado bien.

Esta vez eres tú el que enarcas las cejas y ladeas la cabeza, como si no hubieras entendido.

—Perdón, ¿eso qué significa?

—Pues que..., bueno, tenemos nuestras diferencias.

—Sus diferencias... —La carcajada se te corta en un resoplido—. Y por eso no les enviaron mis fotos ni les informaron de todo este caso. ¿Porque no pueden poner la información en común ni para ayudar a un ciudadano al que han agredido?

—Pero mira, ahora ya nos conocemos.

—Ya, claro... —dices, pero el enfado se anida en tu garganta—.

Solo que… no. Es que no me parece bien, y se lo tengo que decir. Me da vergüenza que quienes nos tienen que proteger no puedan ni ponerse de acuerdo entre ellos.

—A ver, tampoco es para tanto…

—¡Usted me acaba de decir que no se hablan!

Lo dices sin alzar la voz, sin alterarte, como una maestra comprensiva tras una disputa de patio. Notas cómo se miran entre ellos. Quieres que sientan la culpa sin que vean lo enfadado que estás. Y mira que lo estás. Y agotado. Y triste. Y decepcionado.

—Yo creo que ya lo tenemos todo —concluye el inspector—. Te prometo que vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos para aclarar este asunto.

Tú asientes.

—Carbajal te acompaña.

El inspector se levanta para darte la mano y tú se la estrechas.

Fuera te reencuentras con Jimena y Víctor.

—¿Cómo ha ido? —pregunta él.

De camino al coche les cuentas la conversación.

—De lo de la guerrilla entre nacionales y municipales no voy ni a hablar —dice Jime tras arrancar, de camino a la salida del parking—. Es algo que sabe todo el mundo, pero oírselo decir a uno de ellos y en un momento así… es fuerte.

—Sí que lo es —dices—. Aunque no me han aclarado nada de qué va a pasar ahora, si ya está todo cerrado y tal.

—No es tu movida —responde Jimena—. Tú has hecho lo que te han pedido. Si te enteras, bien, y, si no, al menos sabes que has hecho que a más de uno se le cierre el culo con Asuntos Internos haciendo preguntas.

—¿Tú crees?

—Y tanto. Pero también es buena idea que desconectéis un poco. ¿Os vais a Ávila al final?

Tú miras a Víctor, pero él parece distraído mirando por la ventana.

—Sí, en principio sí, ¿no? Víctor.

—¿Eh? Eh, sí, sí… —responde él—. Allí al menos hay piscina.

El comentario te molesta.

—Bueno, y está mi familia, ¿no?

—Sí, claro.

Jimena nota la tensión y se apresura a cambiar de tema.

—¿Alguno tiene hambre? Os invito a desayunar.

—Yo no puedo —responde Víctor—. De hecho, si me dejas en plaza de España me vendría de vicio.

—¿Por? —preguntas.

—Me ha salido un *casting*.

—¡Hostia, felicidades, amor! —dice Jimena.

—¿Cuándo? No me habías dicho nada.

—Anoche. Me avisaron literalmente cuando estaba a punto de irme a la cama.

—¿Y de qué es?

—Publi. Para que luego digan que sin agente es imposible.

Por un lado te alegras por él, ¡claro que sí! Pero por otro te da miedo la decepción que puede acarrearle un nuevo rechazo. Eso y que no te lo hubiera mencionado hasta ahora. Al menos te ha acompañado a declarar...

—Mucha mierda —le dices.

—Sí, gracias... Jime, puedes dejarme aquí —añade, señalando el semáforo al final de la cuesta de San Vicente—. ¡Os veo en casa!

—¡Que vaya guay!

Tú te giras desde el asiento del copiloto para despedirte, pero Víctor ya ha salido corriendo del coche y en un santiamén cruza la calle con el semáforo aún en rojo.

—¿Todo bien, cielo? —te pregunta Jimena, de nuevo en marcha y camino al piso.

—Supongo... —respondes.

Y en realidad no es mentira: todo está bien, más o menos. Sobre todo si no lo piensas mucho; si lo miras de soslayo, sin centrar la vista en ningún tema concreto. Lo del bofetón parece que ha concluido, y no te queda otra que resignarte. En el trabajo parece que se han agotado los cuchicheos. Víctor empieza a desenvolverse en esa nueva realidad. No habéis discutido en los últimos días.

—Si necesitas hablar, estoy aquí. ¿Vale? —dice Jimena.

—Lo sé. Gracias. ¿Y tú? ¿Cómo estás? Porque vosotras siempre estáis pendientes de nosotros, con lo del bofetón y tal, pero nosotros nunca os preguntamos.

Ella se ríe.

—La verdad es que bien. Tranquila, relajada, contenta con el curro, y con Sara en la mejor etapa que hemos vivido.

Sientes envidia, pero sana. Y te alegras muchísimo. Solo deseas que algún día tú puedas responder con la misma serenidad a esa pregunta.

—O sea que no te preocupes por nosotras. Cuando no podamos con algo os lo diremos. Para eso estamos, ¿no?

—Siempre.

Hablar con Jimena te levanta el ánimo y te abre el apetito. Al final te dejas convencer por ella para desayunar en una cafetería en la que sirven *brunch* hasta pasado el mediodía. Allí os ponéis al día de todo, esquivando hábilmente cualquier conversación acerca de lo que pasó. Te has vuelto experto en ello, adviertes. No crees que sea sano. Uno no se deshace de los fantasmas ignorándolos, pero al menos te permite centrarte en cosas más productivas y alegres y así obviar lo mucho que ha cambiado vuestra vida desde esa noche, y no precisamente para bien.

Quizá por eso, cuando unas horas más tarde te llega un mensaje de Víctor, lo lees cruzando los dedos. Solo deseas que, entre todos los emojis que le gusta utilizar cuando está contento, haya, por fin, buenas noticias.

VÍCTOR

Los padres de Dani parecen personajes de una serie para adolescentes. Son agradables, comprometidos, curiosos, siempre hacen todo juntos y jamás discuten, al menos delante de ti. Ella, Blanca, es pediatra, y él, Pedro, cirujano en el hospital de Ávila. Frente a ellos te da un poco de vergüenza hablar sobre tu trabajo. Ellos salvan vidas, tú intentas entretener. Un día se lo comentaste a Dani y su respuesta fue categórica: lo que sus padres hacían, te dijo, es fundamental. Pero también lo es poder desconectar al final del día con lo que haces tú, lo que hace una escritora, un músico o una ilustradora de cómic cuya viñeta te saca una sonrisa en el metro de vuelta a casa. No se lo discutiste, porque en parte también lo piensas, pero sigues evitando hablar sobre el tema siempre que puedes. Igual que en unos círculos te enorgulleces de tu trabajo, en otros prefieres no darle mucha bola, sobre todo cuando estás en el paro y aguardando a que te salga algo nuevo. Más aún cuando, por no tener, ya no tienes ni repre y te han echado de tu último curro.

—¡Dani!

Hace meses desde la última vez que los viste, pero siguen igual. Os sonríen desde el parking de la estación. Os han ido a buscar los dos. Según te ha contado Dani, han hecho coincidir sus vacaciones y por eso os han animado a pasar dos días con ellos allí. Desde luego, es mejor plan que seguir en el piso de Madrid con el calor que está haciendo. Además, su chalet cuenta con piscina y un jardín en el que te encanta tirarte a tomar el sol. ¿Por qué no vais más a menudo? Tampoco se tarda tanto en tren, y Dani no tiene la misma relación con ellos que tú con los tuyos. Te avergüenza un poco reconocer los celos que te produce verlos juntos y te enfada cuando Dani les contesta con impaciencia. Si supiera la suerte que tiene...

—¿Cómo va todo por la capital?

Su padre siempre hace la misma pregunta cuando os ve. La capital, dice. Como si se tratara de otro reino lejano. Y el comentario, cuando se alza ante vosotros la inmensa muralla de piedra que rodea el casco antiguo de la ciudad, te hace más gracia aún. Lo malo es que lo que en realidad quiere saber es cómo estáis vosotros, qué tal os va el trabajo y todo eso de lo que prefieres no hablar mucho.

—Bien, bien —te limitas a responder, y dejas que Dani acapare la conversación.

«Bien» es también lo que les dijiste a Dani y a las chicas cuando te preguntaron al salir de la prueba en plaza de España. Que había ido bien. Era para un anuncio de una empresa de seguros. La directora de *casting* te recordaba de una prueba que hiciste cuando aún estabas con Emi y, por suerte, Teresa tuvo el gesto de pasarles tu teléfono cuando llamaron a la agencia. Si finalmente te cogen, tienes que acordarte de hacerle llegar unas flores o algo como agradecimiento.

La prueba no fue difícil. Era poco texto, pero contaba como prota. Según te explicaron allí, habían planteado tres conceptos que saldrían en paralelo: uno con un chico joven, para el que te postulabas tú, uno con una mujer de mediana edad y otro con una pareja. Te preguntaron si sabías conducir una moto. No era imprescindible, pero ayudaría. Tú dijiste que sí, aunque la última vez que cogiste una fue en Mallorca a los dieciséis. Piensas que debe de ser como montar en bicicleta, que no se olvida. Ya habrá tiempo de averiguar si estás en lo cierto.

Por eso, una parte de ti sabe que no va a poder desconectar de la ciudad. Porque aunque tratas de no hacerlo, estás todo el tiempo pendiente del móvil, comprobando que está en sonido, que no te ha llegado ni un *email*, ni un mensaje, ni una llamada que te resuelva los próximos meses y te confirme que aún no está todo perdido.

—Pues ya hemos llegado —dice Pedro, aparcando junto al murete que rodea la casa.

Se trata de un chalet grande, de tres pisos, con un jardín alrededor con piscina, y con varias habitaciones que suelen estar vacías porque ninguno de los hijos vive allí. Aun así, desde aquella primera noche que pasasteis allí no hubo dudas de que dormiríais juntos. Cuando Dani se marchó a Madrid reubicaron todos los muebles de las

habitaciones vacías y en dos de ellas metieron camas de matrimonio para cuando sus hijos vinieran con sus parejas. Algo impensable en la casa de los tuyos, ¿eh? Te cuesta imaginar a tu madre haciendo la cama y preparando la habitación para que Dani y tú paséis una temporada allí. A tu padre probablemente le explotaría la cabeza, pero a ellos no.

Cruzáis el jardín por el caminito de baldosas con las mochilas al hombro. No os habéis traído tantas cosas como para usar las maletas: el neceser, un bañador, las mudas, un pijama corto y varias camisetas y pantalones. Ni portátil ni nada. Esperas pasarte la mayor parte del tiempo en la piscina tostándote al sol y refrescándote, cosa que haces en cuanto os habéis instalado.

—Voy en un rato —te dice Dani.

Lo primero que agradeces es el silencio. Allí, aunque es una urbanización con más casas, no se oye nada. O al menos no se escucha el ruido constante que tiene Madrid. Te quitas la camiseta, te embadurnas de crema para protegerte del sol, te ajustas el *Speedo* lo máximo para que, sin ser indecoroso, no se te marque demasiado la línea del moreno y te tiras en el césped con las gafas de sol.

Echas de menos la playa y el sol. Cada día. Quienes habéis crecido junto al mar sabéis lo que supone alejaros de él. Cuando después de clase habéis podido ir a la playa a bañaros y a jugar en la arena, cuando las fiestas de cumpleaños siempre terminaban con todos saltando olas, cuando incluso en los días más fríos os atrevíais a enfrentaros al agua, la capital os asfixia de una manera singular. Ávila sigue estando igual de lejos de tu mar que Madrid, pero allí, al menos, tirado sobre una toalla, con el sol achicharrándote y el sonido de los chorros de la piscina de fondo, la ilusión es un poco más real.

Cuando te entra calor, te tiras al agua. Ahora es de sal y no de cloro, lo cual agradeces. Nadas un largo tras otro hasta que dejas de pensar. De pronto te vienen a la cabeza todas las clases de natación que diste de niño y de adolescente y cómo te juraste que lo primero que harías al llegar a Madrid sería encontrar un gimnasio con piscina. Bastó con descubrir los precios para que se te quitara la idea de la cabeza.

La de sacrificios que has hecho por tu sueño, ¿eh? Tratas de bracear más deprisa, pero el pensamiento es más rápido, más persistente. Ojalá te hubiera dado por cualquier otra cosa. Ojalá hubieras nacido con la visión empresarial de tu padre. Si hubieras compartido sus ganas de ver crecer el negocio familiar, ahora no estarías con la cuenta corriente pelada, los ánimos por los suelos, emocionado por poder nadar un poco en una piscina que ni siquiera es tuya, con tu carrera pendiendo de un hilo y ansioso por recibir un *feedback* positivo de alguien que lo único que conoce de ti es lo que haya quedado registrado en una grabación de quince minutos.

Aunque tampoco habrías conocido a Dani.

Ni habrías gritado de júbilo cuando te dieron tu primer papel. Ni se te habrían saltado las lágrimas al acabar tu primer día de rodaje. Ni te habrías emocionado con tus amigos al verte por primera vez en la tele.

Puede que todo hubiera sido más fácil, es verdad, pero habrías sido mucho más infeliz. Porque esa persona enamorada de los negocios y de mantener el hotel de su padre no eres tú, y nunca lo vas a ser. Y todos esos sacrificios que has hecho los volverías a repetir. Por mucho que te hayan costado. Por mucho que te hayan dolido.

Tal vez por eso te es muy difícil gestionar todo lo que ha sucedido en las últimas semanas, ¿no? Porque no ha sido algo que, en origen, hayas provocado tú. Aunque las últimas decisiones han recaído sobre ti, todas las ha provocado una situación de la que no eres responsable. ¿Así se pagan las buenas acciones? ¿Es por eso por lo que hay tanto egoísta en tu sector? ¿Porque en cuanto dejas de pensar en ti para preocuparte por lo demás tu sueño puede desmoronarse como en un juego de *Jenga* en el que colocas la pieza que no debes donde no toca?

—¡Víctor! ¡Oye!

La voz te llega distante hasta que desactivas el modo automático y dejas de nadar, sacas la cabeza del agua y miras a tu alrededor un poco desorientado.

—Que ya casi está la comida —te dice Dani desde el borde de la piscina. Lleva puesto un bañador largo y una camisa veraniega desabotonada.

—¿El qué? —preguntas, fingiendo que no lo has oído bien.

Él, incauto, se agacha un poco para repetírtelo, pero no le das tiempo y, en cuanto lo tienes a mano, lo agarras de la muñeca y tiras.

—¡VÍCTOR, NO! —es lo único que logra gritar antes de caer a la piscina y hundirse en el agua.

Cuando consigue ponerse de pie y se retira el pelo empapado de la cara te fulmina con la mirada, pero al segundo siguiente sus labios se abren en una sonrisa y en cuanto tú sueltas la primera carcajada él también se pone a reír.

—Eres un idiota. —Y se lanza hacia ti para hacerte una aguadilla.

Te pilla desprevenido, en plena risotada, y te hundes bajo su cuerpo. Contigo se hunden también todos esos pensamientos intrusivos que has sido incapaz de silenciar mientras nadabas.

Tú eres más fuerte que él y en cuanto tienes oportunidad lo agarras por la cintura y amenazas con hundirlo de nuevo, pero en el último segundo lo que haces es atraerlo hacia ti y besarlo.

—¿Me perdonas? —le dices, con el sabor salado del agua en vuestros labios.

—Qué remedio…

Enseguida notas la erección ejerciendo presión contra tu bañador, y aunque sabes que debéis parar, no quieres. Menos mal que él tiene algo más de autocontrol, quizá porque es la casa de sus padres, quizá porque conoce cómo se pone su madre cuando hay que preparar la mesa, y se separa.

Dani se impulsa con suavidad desde el centro de la piscina hasta la escalera.

—Te espero dentro. Sal cuando se te baje eso —te dice con una sonrisa pícara.

Y mientras cruza el césped, se deshace de la camisa para colgarla al sol sobre una silla. Tú te quedas mirándolo hasta que el bocinazo de un coche te saca de tu obnubilación.

MIRIAM

Víctor es quien os abre la puerta del jardín, en bañador y empapado.

—Y yo que creía que llegábamos tarde —comentas, dándole dos besos sin apenas rozarle la cara húmeda. Detrás de ti entra Miguel, que hace lo mismo.

—Llegáis tarde, pero yo más —dice—. Podéis echarme la culpa si os dicen algo. ¡Menuda tripa tienes ya!

Tú sonríes y te la acaricias. Sí, ya se nota el embarazo, sobre todo en las lumbares. Ya te lo habían avisado, pero claramente no las suficientes veces.

Tu hermano aparece por la escalera, con el pelo aún húmedo, y os da un abrazo.

—¡La mesa! ¡No quiero volver a repetirlo, de verdad!

Una mirada basta para que los tres os dirijáis a la cocina.

—Hola, mamá.

—¡Miri! ¿Cuándo has llegado? ¡Hola, Miguel!

—Hola, Blanca —saluda tu marido.

—Ahora mismo, mamá. Nos ha abierto un chico muy guapo en bañador.

Dani se sonríe y tú saludas también a tu padre, que acaba de entrar con una botella de Albariño en la mano.

—Venga, poned la mesa. Tú no, Miri: tú siéntate y descansa.

—Que no estoy inválida, ¿eh?

En el rato que tardáis en llevar la vajilla, las copas y los cubiertos a la mesa del salón, los ponéis un poco al día. La casa, cómo no, monopoliza toda la conversación. En realidad, todo está muy avanzado y solo quedan los detalles. Al final la constructora ha cumplido y ahora os queda elegir algunos muebles y el papel de la pared para el cuarto del bebé.

Víctor llega, ya vestido y seco, cuando os sentáis a la mesa.

Mientras sirves el pollo y las patatas, les cuentas que te ha salido un curro para traducir que te hace muchísima ilusión.

—Es una serie infantil de hadas y tal, pero ha sido gigante en todos los países y la editorial piensa apostar en serio por ella aquí también.

—¡Qué buena noticia! —dice tu padre.

—Miri, pásame el plato.

Tu madre no dice más. Ha sonreído al escucharte, pero también has visto la preocupación en sus ojos. La misma que os ha acompañado desde que acabaste la carrera. Bueno, no, desde que les anunciaste que querías dejar Ingeniería Industrial para meterte en Filología Inglesa. Y de eso hace ya quince años. Por suerte, con los años ambas habéis aprendido a respetar ese espacio común en el que ella pueda preocuparse sin machacarte a diario y tú seguir soñando con vivir de lo que te gusta sin estar cada día con el agua al cuello.

—¿Y ya sabéis si va a ser niño o niña? —pregunta Víctor.

—Aún es pronto. Hasta septiembre más o menos, nada —respondes.

—¿Y tú, Miguel? ¿Alguna novedad? —interviene Dani.

—¿Yo? Hasta arriba de trabajo y harto de viajar.

—Oye, hay que saber cuándo descansar, ¿eh? —bromea tu padre.

—Deja, deja —responde tu madre—. Que trabaje, que les viene muy bien…

Asumes la puñalada con deportividad. ¿A quién quieres engañar? A tu madre, desde luego, no. Has pasado meses complicados, cogiendo todo lo que te llegaba para hacer frente a los gastos de la casa, y ella lo sabe. ¡Se lo contaste tú misma! Tenías que desahogarte, te pilló en un momento débil y, aunque siempre habéis tenido vuestras diferencias, con la edad se han limado las asperezas y ahora eres de esas hijas que consideran a su madre una buena amiga con la que hablar. Sí, una buena amiga, pero de las que se preocupa en exceso y siempre se pasa con la dosis de cautela. Además, es verdad: lo único que os ha salvado el último año ha sido el ascenso de Miguel y la correspondiente subida de sueldo. Los contras han sido que sus responsabilidades en el trabajo han aumentado, y con ellas los viajes a Frankfurt, donde la empresa tiene la madre nodriza.

Por suerte, después de actualizarlos con todo lo relativo a tus asuntos, la atención vira hacia el próximo viaje de tus padres a Bali, donde se van con unos amigos.

De reojo observas de vez en cuando a Dani, porque sabes, igual que él, que vuestros padres solo están alargando el momento de hablar del bofetón del policía. No han querido molestarlo, pero a ti te han tenido de mensajera de un lado para otro. Que si cómo estaba. Que si cómo lo oías. Que si había novedades. Que si podían hacer algo. Que si…

Llegó un día en el que les pediste que o bien lo llamaran ellos o bien te dejaran en paz. Al final escogieron la segunda opción, pero es inevitable que en una reunión familiar como aquella no fuera a salir el tema.

Por suerte, tus padres se esperan hasta el café.

—Y de lo vuestro, ¿qué se sabe?

Te parece hasta tierno cómo saca tu padre el tema, como si fuera algo de lo que hayan hablado de manera constante las pasadas semanas. Dani y Víctor reciben la pregunta con calma. Se miran un instante y tu hermano os cuenta que el juez ha desestimado el caso, pero que la Municipal está investigando desde Asuntos Internos.

Esa novedad tú también la desconoces, así que dejas que se explique y, cuando termina, os miráis todos con cara de circunstancia.

—¿Entonces? —pregunta tu madre.

—Que ya está, mamá. Todo ha sido un paripé —responde Dani—. Y lo de Asuntos Internos pues será para cumplir y que quede registrado que han hecho algo.

—Bueno, Dani, igual algo hacen, ¿no?

Tu hermano te mira y te sonríe como se le sonríe a un bebé que sigue creyendo en el Ratoncito Pérez. Para ti ha sido un pensamiento recurrente que te venía de vez en cuando a la cabeza y que se esfumaba en cuanto le preguntabas por WhatsApp y él te respondía que no había novedades, pero para él no. Para él ha sido su día a día y, a la vista está, no ha salido indemne del asunto.

Entre él y Víctor os explican cómo ha sido todo el proceso. Lo hacen con resignación y enfado, como es lógico, y tú misma sientes

cómo te hierve la sangre al escuchar cada novedad. También te embarga una cálida emoción al ver la de gente que los ha ayudado con sus consejos e intervenciones. No eres ingenua, sabes que algunos lo han hecho por beneficio propio, pero al final la mayoría ha actuado con buena voluntad y por altruismo.

Tus padres escuchan la historia completa con el ceño fruncido, asintiendo o negando en silencio para no interrumpirlos. Te fijas en cómo se agarran las manos sobre el mantel y cómo a veces sus dedos se contraen entre los del otro. Otros padres habrían reaccionado de maneras más violentas o, lo que es peor, restándole importancia para olvidarlo cuanto antes. Pero ellos no. Y mucho menos con algo relacionado con la homosexualidad de Dani. Desde que tu hermano tuvo las agallas de contarles que era gay, lo único que encontró en la familia fue apoyo. Un apoyo incondicional y una defensa acérrima incluso en cenas donde algún tío ebrio se iba de la lengua. De eso, en esta familia al menos, no tenéis nada que decir. Vale que con la edad tu madre se haya vuelto más aprensiva y tengáis más cuidado a la hora de contarle según qué cosas, pero siguen siendo los mismos y cuando la cosa se pone seria, como en ese instante, demuestran que de verdad están ahí para vosotros.

—Está todo fatal… —concluye tu padre.

—¿Y vosotros? ¿Cómo os encontráis? —pregunta tu madre.

Víctor y Dani se miran.

—Yo he empezado terapia y bien.

—¿Terapia? ¿Con quién?

—Me la ha recomendado Jime, mamá. Es guay. He tenido un par de sesiones ya y muy bien.

—¿Quieres que nos encarguemos nosotros de…?

—No, papá. Por ahora puedo yo. Si lo necesito os lo digo, ¿vale? Además, me hace precio de amigo.

Tus padres se vuelven a mirar y con un simple gesto acuerdan que ha llegado el momento de la sorpresa. Te la contaron hace unos días y te pareció perfecta. Tú misma te alegras y te pones nerviosa en la silla. Al fin un poco de alegría para la sobremesa.

—Bueno, pues tu madre y yo hemos pensado que con todo lo que

habéis pasado necesitáis desconectar un poco…

Tu hermano y Víctor se miran, extrañados.

—Y os queremos regalar un viaje a Disney.

—Es coña —dice tu hermano, y te mira a ti para que lo corrobores, pero tú niegas, sonriente.

Tu madre sonríe.

—¿Te acuerdas de Phillipe y Macarena, estos amigos de papá de cuando trabajó en Francia?

—Algo —responde Dani.

—Pues resulta que su hijo trabaja en el parque y ha conseguido el alojamiento baratísimo y las entradas gratis. Y entre eso y los puntos de los últimos viajes, oye, pues una ganga.

—Solo tenéis que decirnos cuándo queréis ir y…

—Pero, un momento, ¿va en serio? —lo interrumpe Víctor, con los ojos brillantes.

Tu padre lo mira, serio.

—Completamente. No os hemos querido preguntar hasta hoy sobre lo que pasó, pero Miri nos ha mantenido al tanto… —Tú asientes—. Y los tres hemos pensado que os vendrá bien despejaros.

—Un regalo de Navidad bastante adelantado —apunta tu madre.

—Oye, que si no os gusta nos vamos Miguel y yo, ¿eh? —dices, riendo.

—¡No, no! ¡Claro que queremos! —responde tu hermano, mirando a Víctor—. ¿No?

—Eh, ¿hola? Pues claro —contesta su novio, y Dani se acerca para darle un pico. Cuando se vuelve, adviertes que está conteniendo las ganas de llorar.

—Es que no sé… —dice, mirándoos a todos—. Gracias.

A continuación se levanta, seguido de Víctor, y se acercan a cada uno de vosotros para abrazaros.

—Te quiero —te dice Dani al oído.

—Y yo a ti, enano.

—Pero ¡elegid las fechas cuanto antes!

—¡Ya mismo, ya mismo! —contesta él, sacando su móvil para estudiar con Víctor su calendario de vacaciones.

Y por un instante todo está bien.

DANI

—¡Que sí que es ese bus! ¡Corre!

La maleta de mano vuela a tu espalda mientras aceleras hacia la dársena de donde está a punto de salir un autobús rojo. En cuanto estás junto a él te fijas en el vinilado del parque. Todo el francés que sabías lo olvidaste según entraste en la universidad, pero aun con esas te defiendes y logras hacerte entender. Dos billetes al Hotel Cheyenne. Te enseña el precio en la pantalla y tú pagas con el móvil.

—Déjame pagar al menos esto a mí, Dani —insiste Víctor, mientras dejáis las maletas y buscáis asiento.

—Ya te he dicho que ya haremos cuentas, ¿vale?

Con un beso en los labios zanjas la discusión.

Víctor te cede el lado de la ventanilla, que sabe que te gusta más que el pasillo, y por fin suspiras. Lleváis en pie desde las seis de la mañana, entre llegar a Barajas, facturar las maletas, etcétera. Por suerte, el vuelo ha salido puntual y, si todo va bien, con la lanzadera deberíais llegar al parque en menos de una hora.

No os lo pensasteis mucho. A ti te quedaban días libres en el trabajo y Víctor..., bueno, él está esperando que le den más información sobre la campaña para la que hizo la prueba. Te costó convencerlo porque estaba seguro de que en cuanto decidierais unas fechas lo llamarían para grabar el *spot* justo en esos días. Al final, lo convenciste. Lo malo es que una parte de ti se apena por haber tenido razón, porque ya han pasado dos semanas desde que estuvisteis en Ávila con tus padres y aún no hay noticias claras sobre ese proyecto.

—¿Estás bien? —le preguntas.

—¿Que si estoy bien? Eh..., hace que no vengo a París desde que me trajeron mis padres con... ¿siete años?, ¿ocho? Estoy... que no me lo creo. Tus padres son la hostia.

—Sí que lo son —concuerdas.

Sabías que le sentaría bien desconectar por completo, igual que tus padres sabían que a ti también te vendría genial salir de Madrid y meterte en el lugar más mágico del mundo.

Hasta que tuvisteis la conversación en el chalet, llegaste a pensar que no entendían la gravedad de lo que habíais vivido, pero luego comprendiste que a través de tu hermana os habían dejado el espacio que necesitabais sin perderos de vista ni un segundo. Suficiente teníais ya con lo vuestro como para encima tener que aguantar la desazón y la impotencia de vuestra madre, te había dicho Miri en un rato en el que os habíais quedado solos.

Qué importante era esa red de seguridad, pensaste en aquel instante. La de tu familia, la de tus amigos... Ahora que todo había pasado, se te hacía incluso más fácil mirar atrás, recordar la escena y no apartar el pensamiento con cualquier cosa antes de que llegara a cristalizar siquiera.

Aún te genera ansiedad ver a policías, eso lo has detectado y ya lo hablaste con Paloma en una de las sesiones, revisando la agenda de emociones que te hizo mantener. Es normal, te dijo. Hoy en el aeropuerto has tenido que contenerte para no actuar de manera extraña al pasar por el control. Tus ojos, inconscientemente, se iban primero a las caras, para ver si reconocías un rostro, y después a las armas que llevaban colgadas del cinturón. Todo absurdo y ridículo, puesto que quien te agredió era un policía municipal, no un nacional. Pero aun así... Joder, incluso en Francia, al salir del aeropuerto, has notado un pequeño pinchazo en el estómago que enseguida se ha esfumado.

—No estás exagerando —te aseguró Paloma en esa misma conversación—. No invalides lo que sientes porque, insisto, es lógico.

Deberías grabártelo en el brazo o ponértelo de fondo en el móvil para leerlo cada vez que actives la pantalla, ya que no eres capaz de asumirlo. Claro que ya no es un pensamiento recurrente y constante, como sí lo fueron las primeras semanas, pero ¡sigue ahí! Y eso te avergüenza. Continúas recreándote en imaginar la escena de mil formas distintas. Qué habría pasado si no hubieras hecho algo, o si hubieras dicho otra cosa, o si hubieras respondido de otra manera, o si

hubieras grabado todo, o si no hubieras salido esa noche, o si fueras más alto, o más fuerte, o menos amanerado, o más... Ahí es cuando tienes que parar.

Como dice Paloma, la primera flecha nunca se puede evitar: el golpe, el *shock*, el accidente, lo que sea que nos afecta. Pero la segunda, que es cuando volvemos a pensar en ella, sí que podemos intentar que sea menos incisiva, mucho más suave, menos dolorosa. Y con eso en mente, cada vez que vuelve el pensamiento, lo cortas, te centras en el presente y tratas de asumir de una vez por todas que ni es tu culpa lo que pasó ni puedes hacer nada por evitarlo.

—Es esta parada, ¿no?

El trayecto en el autobús se te ha pasado volando. Casi cincuenta euros os han costado los dos billetes, pero qué dinero tan bien invertido para no preocuparos por nada y aprovechar prácticamente todo el día en el parque. Además, habiéndoos salido gratis lo gordo, os podéis permitir algunos lujos.

Os apeáis delante del hotel ambientado en el Lejano Oeste y os dirigís a recepción. En cuestión de minutos estáis listos para soltar las maletas y correr al parque. El hijo de Phillipe y Macarena os ha dejado las entradas en un sobre, que la mujer os entrega junto con vuestras tarjetas llave. También os ha escrito una cartita en la que os dice que siente no poder veros esos días, pero espera que lo disfrutéis.

—¡Nos ha sacado pases exprés y para saltar de un parque a otro! —exclama Víctor de vuelta a la calle después de haber dejado las maletas de cualquier forma en la habitación.

Mientras hacéis el camino en la lanzadera que recorre todos los hoteles hasta la entrada de los parques, aprovechas para escribir a tus padres y darles de nuevo las gracias por haberlo organizado todo. «Sí, el vuelo bien. Sí, no hemos tenido problema para llegar. Sí, estaba todo bien en el hotel y ya vamos a entrar.» ¡Fotos! ¡Vídeos! Les prometes que les mandarás todo el reportaje gráfico. Corazones. Besos.

—¡YA ESTAMOS DENTRO! —grita Víctor, aplaudiendo entusiasmado.

Te entra la risa de verlo tan ilusionado. Parece un niño con los ojos brillantes. A ti también se te contagia enseguida toda esa magia

Disney que inunda el parque. Es verano, por lo que está bastante lleno de gente, pero con los pases rápidos os saltáis las colas y el día se pasa volando. No os acordáis ni de comer hasta que ya es media tarde y os entra el hambre. Entonces decidís hacer un alto entre atracción y atracción y esperáis a que pase la cabalgata con los personajes merendando unos gofres con chocolate.

Existen pocos lugares en el mundo que te hagan sentir tan feliz como ese parque. A diferencia de Víctor, tú sí que has estado más veces. Vuestros padres os traían a Miriam y a ti cada dos o tres años, pero siempre era una experiencia increíble. Te levantabas con el mismo nervio por comenzar el día lo antes posible, te montabas en todas las atracciones hasta hartarte, te hacías fotos con todos los personajes y coleccionabas sus autógrafos, y por la noche te emocionabas con los fuegos artificiales y la música como si estuvieras viviendo tu propia película animada. Esta vez no es diferente.

Vais de una zona del parque a otra, alternando atracciones, repitiendo en vuestras favoritas y sucumbiendo de vez en cuando al precioso consumismo de sus tiendas. Es en una de ellas en la que Víctor te sorprende con un colgante de plata con la silueta de la cabeza de Mickey.

—Para recordar los buenos momentos cuando todo se complique un poco —te dice, y tú te lo pones al instante para llevarlo, emocionado, el resto del día.

Está claro que allí nada malo puede pasar. Nada puede hacerte daño. Ni a ti ni a Víctor.

Igual es por eso por lo que te quedas tan pálido cuando, distraído, abres el móvil y te encuentras un mensaje de Gero. Víctor ni se ha fijado en tu gesto, pero te sientes culpable. Deberías decirle que desde hace días hablas esporádicamente con él.

Que no es nada, porque no es nada.

Pero que se preocupó por el asunto del policía y después de contarle un poco por encima, quiso seguir sabiendo cómo te encontrabas. Es normal. Estuvisteis juntos dos años y aunque al final todo acabó como acabó, guardas un buen recuerdo de vuestra relación. Gero fue un capullo, pero lo que te atrajo de él en un primer

momento fue lo divertido que era, lo fácil que resultaba todo a su lado, la manera en la que le restaba importancia incluso a las cosas más complicadas. Era como si alguien hubiera escaneado tu cerebro y hubiera sacado un negativo de ello. Todo el mundo os decía lo raro que se les hacía veros juntos porque parecía que no tuvierais nada en común, ¡e igual era cierto! Pero en esa contradicción encajasteis... hasta que dejasteis de hacerlo. Aunque nunca te quedara muy clara la razón.

No esperabas volver a hablar con él. Aún no le has perdonado lo que hizo la última noche, pero ahora la sientes tan lejana que piensas que lo mismo no fue para tanto y que igual tú lo exageraste más de la cuenta. No esperas que nadie que conozca la historia de los pósits lo perdone, y es probable que sea por eso por lo que no se lo has contado a nadie. Lo de que sigues hablando con él por Instagram. Lola te preguntó los primeros días después de enseñarle su audio, pero al final ella también se olvidó y tú no has hecho nada por volver a sacar el tema. ¿Es un secreto? No, simplemente no se ha dado la ocasión.

Además, tampoco hay mucho que decir, en realidad. Sí, de vez en cuando te manda algún meme divertido o te avisa de algún estreno de una peli que sabe que te puede gustar. Pero sobre todo te ofrece distancia para hablar de todo esto sin temor a cansarlo, sin que te juzgue, sin que haga nada más que escucharte y animarte. Que nadie te malinterprete, ojo. Claro que cuentas con Víctor, Jimena, Lola, el grupo..., pero todos están implicados de alguna manera, y te ven día a día y creen saber exactamente cómo te sientes. Gero no. Ni te ve, ni da nada por hecho. Las pocas veces que habláis te deja explayarte y, cuando te has desahogado, cambia de tema para que no te coman los demonios, como dice él.

Aun así, ahora no le respondes. Borras la notificación de la pantalla principal por si Víctor coge tu móvil y luego lo guardas. De lejos ya empiezas a oír la orquesta del desfile.

VÍCTOR

Disneyland es un oasis para todo el mundo, pero especialmente para los maricones. Es un espacio seguro en el que no pasa nada si te pones unas orejitas con el lazo de Minnie o si vas de la mano con tu chico. No temes que alguien te vaya a insultar o se vaya a reír de ti. Nadie te va a agredir. La gente te atiende con amabilidad, incluso si os acaba de ver dándoos un beso. En las atracciones, en los restaurantes, en las tiendas. No hay caras raras ni comentarios fuera de lugar. Cuando cruzas las enormes puertas enrejadas con el ojo del parque te sientes como cuando jugabas al pilla-pilla y gritabas «¡Casa!». Es como volver a ser niño. Una expresión que se usa con poca prudencia, pero que aquí toma una consistencia indudable entre la música, que parece ofrecerle a toda la visita una banda sonora completa, hasta las sonrisas de la gente, la falta de preocupaciones y la presencia de esos personajes que te hicieron creer por primera vez en la magia del cine y que, en su inocencia, marcaron tu sueño de ser actor. Algún día, incluso, fantaseas con poder estudiar doblaje y, oye, quién sabe, tal vez ponerle voz a uno de esos icónicos dibujos que haga a otros soñar. En resumen, es un lugar mágico, como dice todo el mundo, sin importar la edad a la que lo visites. Quizá por eso te quedas pálido cuando, en el urinario de al lado, dentro del baño junto al restaurante donde habéis cenado Dani y tú, un chico algo mayor te muestra la polla y te hace un gesto para que le hagas una paja.

—Va —te dice, ¡en español!, cuando ve tu cara de pasmo.

Pálido, miras a tu alrededor, confiado en que debe de ser una broma, pero no lo es. Aunque resulte sorprendente, el parque está a punto de cerrar y estáis solos. El chico insiste y tú no puedes evitar mirarle el miembro, ya completamente empalmado.

—Te conozco. Tú eres el actor, ¿no? Te llevo viendo todo el día por aquí —añade, como si fuera lo más normal, sin dejar de mover la

mano—. Venga, tío…

Se te ocurren mil respuestas, pero ninguna llega a tomar forma completa. Entonces él se asoma a tu espacio para admirar en voz alta lo que ve y tú te cubres y te apartas.

—¡Tío, que no pasa nada, joder! ¿Tú no eres marica? Si te he visto en la tele.

La situación te hace disociar por un instante y te ves como en tercera persona, paralizado frente al chico que se la está cascando, animándote con los ojos a que sigas tú, y de pronto la incomprensión da paso al cabreo.

—Tu novio está fuera y el mío ya se ha ido al hotel. No se va a enterar nadie, tronco.

No te escandaliza que te haya pedido lo que te ha pedido. Ya ves tú. Otra cosa, puede, pero de frígido o inocente tienes poco. Ni siquiera que lo haya hecho en los baños del puto Disneyland, donde estas cosas no deberían pasar. Lo que te deja sin palabras es que haya dado por hecho que por ser gay y haberte visto en la televisión ya te conoce lo suficiente como para insistirte de esa manera hasta que cedas.

Ni respondes. Te alejas otros dos pasos y después te das la vuelta sin pasar por el lavabo siquiera.

—¿Dónde vas? ¡Tú! ¡Eh!

Te alejas sin volverte.

—Joder… ¡Eres un puto marica! Eres…

Ignoras los insultos y dejas de oírlo en cuanto un hombre con su hijo entra en el aseo. Al salir te encuentras con Dani donde lo dejaste: mirando el móvil, distraído.

—¿Ya? —te pregunta.

—Vámonos.

Algo nota, porque frunce el ceño.

—¿Pasa algo?

—No. Sin más, estoy cansado.

—¿Quieres montarte una última vez en el Hiperspace Mountain? Pone que tiene diez minutos de cola.

Con la cabeza aún en lo que acaba de pasarte, respondes que sí y

os dirigís hacia Discoveryland.

La escena del baño te ha dejado mal cuerpo. Te sientes sucio. No por haberle visto el rabo al chico, sino por no haberle dicho nada, por no haberlo denunciado a alguien, por no haber hecho algo. Otra vez te has quedado paralizado, como la noche del bofetón. Se te llena la boca en las entrevistas y has recreado la escena mil veces, jurándote que si te volviera a pasar actuarías de otra forma, pero no ha sido así. En un primer instante le has restado importancia, pero ahora, según vais subiendo las escaleras de la atracción, sientes el estómago revuelto al comprender que eso que has vivido también ha sido una agresión. Sobre todo cuando te has apartado, dejando claro que no querías saber nada de él ni de su rabo ni de nada, y él ha insistido.

—¡No hay cola! —exclama Dani, ajeno al caos mental que estás sufriendo.

Igual deberías volver y partirle la cara. ¿Qué te lo impide? ¿La decencia? ¿La magia del parque?¿O el miedo a que eso se haga viral si lo denuncia en redes y tergiversa la historia?

—Vamos a pedir que nos pongan en primera fila, ¿vale? —dice Dani.

—Vale —respondes tú.

Mientras él se hace entender con la chica que organiza la cola de la atracción, tú miras hacia atrás, esperando encontrar la cara del tipo, pero allí no hay ningún rostro conocido.

«¿Tú no eres marica? Si te he visto en la tele…»

Todo mal, piensas. Ha dado por hecho tantas cosas sin ninguna razón… ¿Habrá más gente que piense como él? Seguro. ¿De alguna manera has dado a entender que te parece bien? Igual si le hubieras metido un puñetazo en los huevos no habría insistido tanto.

—¡Nos toca, nos toca!

Te obligas, por Dani, a dejar el asunto a un lado y disfrutar de las luces, la velocidad y los *loopings* y caídas de tu atracción favorita de todo el parque. Y lo haces. Gritas. Gritas como un loco. Gritas todo lo que has contenido hasta ese momento. No es un grito agudo y ahogado por las carcajadas, sino uno de desesperación y tristeza y vergüenza y enfado, y hasta que se detiene la atracción no te fijas en

que tienes húmedo el rabillo de los ojos.

—Sí que te ha impresionado esta vez, ¿no? —comenta Dani, abrazándote mientras volvéis al exterior.

No respondes, pero en cuanto ponéis un pie fuera, tú te apoyas en una papelera y vomitas la cena. Dani corre a ayudarte. Te sostiene y evita que te manches las zapatillas.

—Ya está..., ya está... —te dice—. Igual no ha sido buena idea subirse después de esa hamburguesa.

Te incorporas unos segundos después y Dani saca de la mochila una botella de agua, con la que te enjuagas la boca y escupes.

—¿Nos vamos al hotel? —pregunta.

—Igual sí —dices tú, con una sonrisa cansada para que no se preocupe más de la cuenta.

Ya en la cama, tras lavarte bien los dientes y darte una ducha caliente, te arrebujas bajo la colcha. En París da igual que sea verano, comprendes, nunca está de más una capa extra. Dani se asegura de que te encuentras bien y después de daros un beso de buenas noches, apaga la luz.

Pero no te duermes.

Lo intentas durante varios minutos que te parecen horas. Giras sobre ti mismo. Pruebas un lado y luego otro, pero nada. Al final te rindes y acabas mirando al techo con impotencia. No quieres reconocerlo al principio, pero cuando entiendes que nadie, salvo tú, lo sabe, asumes la verdad: ese chico no te conocía de tu trabajo, sino de la polémica. Ese chico sabía que eras gay por la polémica. Ese chico probablemente era de los que te había empezado a seguir en las redes cuando pasó todo y, como Emi había vaticinado, no se había molestado en conocer tu trabajo, porque le daba igual.

¿Y si no volvías a trabajar? ¿Y si nadie más volvía a llamarte o a aceptarte en su agencia? ¿Y si lo que habías hecho no tenía remedio? Lo mismo no sabías nada del anuncio del seguro porque alguien en la producción había descubierto lo que habías hecho y ya no les encajaba tu perfil pero no querían decírtelo. Ahora que no tenías agente, ¿qué más daba si te enterabas de pronto un día viendo el anuncio en YouTube o en televisión? ¿A quién te ibas a quejar? ¿Ibas

a responderles al *email*, ofendido?

Dani sigue completamente dormido a tu lado, así que te levantas y te diriges al baño. Allí, le das un trago al agua del grifo, te humedeces la cara y te quedas mirándote en el espejo. No quieres pensar más. Solo dormir y disfrutar por la mañana de lo que os queda en el parque antes de volver a Madrid.

Valoras despertar a Dani a base de mimos y caricias, como la noche de ayer. Pero cuando te asomas para confirmar que sigue dormido, lo oyes incluso roncar suave. Regresas al baño y cierras la puerta. Tu móvil se está cargando en la mesilla y no quieres arriesgarte a despertar a Dani por ir a por él, así que te limitas a sentarte en la taza del váter con los pantalones por las rodillas y a cerrar los ojos.

Te masturbas con prisa, sin darle muchas vueltas a ninguna fantasía en concreto. Piensas en Dani. En actores que te gustan. En situaciones morbosas. En el tío del baño. En su...

Abres los ojos. No. En ese no.

Sigues. Aceleras el ritmo. No te detienes. Te concentras en el placer. Es algo casi mecánico. Te da miedo volver a cerrar los ojos, por lo que pueda venirte a la cabeza. No paras. Notas el orgasmo a punto de llegar. Arrancas un trozo de papel del rollo a toda prisa y con unos últimos movimientos te contraes en varios espasmos hasta que suspiras, agotado.

Es inmediato: el sueño te llega a los pocos segundos, como si tu cuerpo y tus párpados, de pronto, pesaran el triple. Te lavas las manos y tiras de la cadena. Aguardas hasta que ha terminado de hacer ruido para abrir la puerta y no despertar a Dani. Él sigue en la misma posición de antes. Con delicadeza, te metes en la cama y cierras los ojos.

A la mañana siguiente te despierta la alarma de Dani.

—Buenos días —te saluda.

El beso que te da es solo el preludio de nuevas caricias inesperadas bajo la sábana, que agradeces y disfrutas con mucha más calma que las que te proporcionaste tú solo por la noche.

El resto del día pasa como un torbellino: un par de horas extra en

el parque, recoger las maletas, viajar de regreso al aeropuerto con la sensación de sufrir una desagradable resaca emocional, las interminables horas de espera hasta que sale el avión y, por fin, ya de noche, llegar a casa.

Durante todas esas horas has seguido mirando el móvil con ansiedad, esperando encontrar algún mensaje de la agencia, pero nada. Aunque la familia de Dani os ha pagado prácticamente todo el viaje y él ha insistido en cubrir los gastos que faltaban, entre algún capricho y las comidas, has vuelto con menos dinero en la cuenta corriente, y eso te preocupa.

Aun así, confías. No te queda otra. Confías en que por la mañana sabrás algo. Lo notas.

Sin embargo, tu intuición, o más bien tus esperanzas, te vuelven a fallar. No son esas las noticias que recibís durante el desayuno del día siguiente, sino otras muy distintas.

DANI

—¿Cómo que se reabre el caso? —le preguntas al hombre trajeado que acaba de entregarte la notificación del juzgado.

—Eso pone aquí —te dice él.

Estás en pijama y con unos pelos absurdos de haberte despertado hace diez minutos, pero el hombre tiene paciencia y te aclara que él no conoce detalles del caso en concreto y que solo puede traducirte lo que pone ahí.

—Yo ya vine aquí hace un tiempo, ¿no? —pregunta.

Y tú asientes al caer en que es cierto: él fue quien trajo el aviso del sobreseimiento.

—Pero ¿entonces?

—El juez habrá encontrado motivos para seguir adelante. Más no te puedo decir. Bueno, sí: que debes personarte en el juzgado el día 2 de septiembre.

—¡2 de septiembre! —No puedes ocultar tu sorpresa—. Pero si para eso queda más de un mes.

—Las cosas de palacio van despacio —te dice él antes de marcharse.

Cuando vuelves al salón, Víctor y Jimena dejan las tazas de café en la mesa para acercarse a leer el papel.

—«Con posterioridad al sobreseimiento provisional se ha averiguado la presunta participación en los hechos de funcionarios del Cuerpo de Policía Municipal de Madrid» —lee ella.

—Hostia, chaval... —dice Víctor—. Entonces ¿han seguido investigando en serio?

—Algo han tenido que encontrar, porque si no, no lo habrían reabierto —añade Jimena—. Voy a llamar a Lola, que está en casa de Gabriel.

Cuando vuestra compañera de piso os deja solos, Víctor se acerca y


te sujeta los hombros con las manos.

—¿Estás bien?

—No lo sé —respondes—. Ahora resulta que tengo que volver a testificar. Pensaba que ya se había acabado el tema.

—Y yo. Pero no.

—Pero no.

Él se inclina y te da un beso en la frente antes de abrazarte.

—Es bueno que no sea así y que tiren pa'lante con ello.

—Si tú lo dices...

—Eh. —Víctor se separa de ti—. Nada de venirse abajo.

—No me vengo abajo. Solo...

—Ya.

Os quedáis en silencio. Para qué decir más si ni tú sabes realmente cómo te sientes. ¿Agradecido? ¿Confundido? ¿Ofuscado por sentirte en el punto de partida? ¿Enfadado porque os hicieran creer que lo habían dejado ya? ¿Por hacerte sentir idiota al denunciar? Un poquito ingrato sí eres, ahora que todo sigue y a ti te parece mal.

A diferencia de Víctor, tú detestas hacer deporte. Vas al gimnasio y más o menos te mantienes en forma, pero por temor a las consecuencias del sedentarismo, no por gusto. Así que con la misma facilidad con la que te convences para ir dos o tres veces a la semana, también encuentras cualquier excusa para faltar cuando tienes mucho lío. Al tiempo, la culpa puede contigo y regresas, lo que pasa es que tu cuerpo lo nota y se resiente por tener que recuperar lo que ya habías ganado antes. Pues esto se parecía bastante a esa sensación: ya habías hecho el esfuerzo por desconectar de todo eso y ahora tenías que volver a mentalizarte de que no se había acabado.

Esa misma tarde quedáis en el Malpica todos: vosotros, Jime, Sara, Lola, Gabriel... y Elliot. Os ponen en la mesa enorme de la entrada, con los ventiladores de techo agitando la poca brisa que entra por los ventanales abiertos. Después de los saludos y de pedir, Sara os presenta oficialmente a su amigo.

—La cosa está tensa por ahí dentro —os explica el policía—. Por lo que he oído, desde Asuntos Internos están llamando a todos los agentes que estuvieron esa noche en Zerolo.

—Pero habrá un registro, ¿no? —pregunta Víctor.

—Sí…, pero no vale. Lo que argumentan es que esa noche hubo mucho movimiento y que en ese control podían estar los agentes acordados u otros.

—Vale, venga, lo compro —dices—. Pongamos que es verdad. ¿Cómo justifican que ninguno de los policías que había allí redujera a su compañero y lo retuviera hasta que llegara la nacional o me preguntara si quería ponerle una denuncia?

—Porque, según ellos, todo eso no pasó.

—Perro no come perro —suelta Jimena.

—Jime, tía —le reprocha Elliot—. No todos somos así.

—No, pero casualmente los cinco o seis que había esa noche en ese control…

—Yo no estoy aquí para justificar lo que hicieron o dejaron de hacer mis compañeros —añade él—. Solo quería contaros eso: que el inspector se ha puesto las pilas y ha visto que vuestra denuncia no era una tontería. Sé que ha enviado una lista de números de placa al juzgado y que por eso han reabierto el caso.

Guardas silencio. Eres al primero al que le gustaría pensar eso, pero te cuesta. Tú sabes que es verdad lo que ocurrió. Da igual lo que ellos argumenten. Si al menos uno, ¡uno solo de todos los agentes!, hubiera reaccionado como debía, si cualquiera de ellos se hubiera acercado a ti después de que su compañero te cruzara la cara para preguntarte si estabas bien, si querías denunciar, si necesitabas algo… Pero no pasó. Se lo llevaron. Lo escondieron. Y luego encima hicieron como que no pasaba nada y que erais unos locos por exigir números de placa o responsabilidades.

—Yo con que pase todo me conformo —concluyes. Y luego lo miras—. Pero gracias por contárnoslo. Me alegro de que al menos algunos estén nerviosos.

—Créeme: lo están. Quien fuera, porque yo de verdad que no sé quién lo hizo, se pensó que el bofetón no traería consecuencias, que os iríais a casa y lo dejaríais estar.

—Pues se equivocó de cabo a rabo —dice Lola.

—Tal cual —añade Elliot—. Y al menos habéis conseguido poner el

foco en algo que otras veces ha pasado y se ha olvidado con la misma velocidad.

—Mis héroes —dice Jimena, agarrándonos las manos a Víctor y a mí sobre la mesa.

Tú ni siquiera sonríes porque aún no has procesado que todo siga adelante cuando el resto del mundo ya lo ha olvidado.

No lo has hablado con ninguno de ellos, pero de manera inconsciente has seguido entrando en las publicaciones de las redes sociales para ver si alguien más lo compartía o lo comentaba, y no. Los *likes* son residuales ya. Nadie escribe palabras de ánimo ni tampoco de denuncia. Ni siquiera el trol ese tan pesado ha vuelto a mencionarlo. Po supuesto, todos los periodistas, productores e *influencers* que tanto se desvivieron por daros su apoyo o compartir el texto aportando su visión del asunto no han vuelto a decir nada. El verano, las vacaciones, el buen tiempo y la playa han borrado de un plumazo el recuerdo de lo que pasó. Para ellos, seguramente seas solo el recuerdo de aquel chico al que un policía hizo no sé qué en las fiestas del Orgullo. Una noticia más, como tantas otras, reducidas a un *link* perdido de internet o a una publicación guardada a la que no vas a volver nunca. Es lo que hay.

—Tienen un listado de policías concretos.

—¿Hay nombres?

Elliot se ríe con ternura.

—Nunca. Por seguridad, solo aparecen sus números de placa.

—Pues de nosotros bien que tienen nombres —comentas—: apellidos, direcciones, hasta el nombre de nuestros padres... Que no digo que de ellos tenga que salir la talla de bóxer que usan. Más bien al revés: lo que digo es que de nosotros no debería aparecer tanta información, joder.

—Lo único que puedo recomendaros es que contratéis a un abogado.

Ambos miráis a Gabriel.

—¿Es necesario? —preguntas.

—Necesario como tal, no. Vosotros, o tú, Dani, eres la víctima y tienes un fiscal de tu lado. Solo tienes que ir y ratificar todo lo que ya

dijiste. Quien necesita realmente un abogado es el policía. Pero es verdad que no vendría mal tener a alguien que os acompañe en lo que venga.

Con una mirada entre vosotros queda claro que es tu decisión.

—Lo hablaré con mis padres. Yo ahora mismo no tengo pelas para esto.

—Si os decidís, me avisáis. Un amigo lleva un bufete especializado en penal que seguro que os hace precio.

—Vete llamándolo —dice Víctor, y tú te giras hacia él, molesto—: ¿Qué? Tus padres lo van a pagar. ¿Para qué esperar más?

No te gusta que decida por ti, pero es verdad que estas cosas hay que hacerlas rápido, y ya habéis postergado demasiado esa decisión. Además, es obvio que tus padres van a pagarlo: ¡son tus padres y los conoce de sobra!

—¿Dani? —te pregunta Gabri, y cuando asientes, saca el móvil y sale para hablar.

Regresa dos minutos escasos después.

—Dice que os paséis por el bufete. Él no va a poder atenderos directamente, pero lo hará su compañera. Me he apuntado por aquí el nombre. Se llama…

JULIA

La primera impresión que te dan los chicos es muy similar a la de muchos otros que aparecen por la oficina: están asustados y no saben muy bien qué hacen allí. Pero enseguida Arturo les hace sentir cómodos. Os presenta, les ofrece un café o un vaso de agua y les pide que se sienten frente a su mesa. Hoy no está Gracia porque ha tenido que ir al juzgado, así que tú también te acercas con tu silla para escuchar su relato. No es un despacho particularmente grande: los tres escritorios se encuentran en la misma sala y fuera hay una pequeña cocina y un baño. Se espera que pronto tengáis que mudaros a un lugar más amplio, pero por el momento estáis bien y habéis aprendido a convivir sin molestaros.

—Gabriel ya me ha puesto un poco sobre aviso —explica Arturo—, pero contadnos vosotros.

Los chicos os relatan todo lo ocurrido y tú vas tomando nota en silencio. Debes mantener la mente fría, pero te cuesta no empatizar con el dolor y el enfado que destilan sus palabras. Ojalá pudieras decir que los casos en los que está implicada la Policía son poco habituales, pero no sería verdad. Aún se te pone la piel de gallina recordando a los dos agentes que se provocaron unas magulladuras entre ellos para corroborar que tu cliente los había agredido. Lo único que logró condenarlos fue que, el día del juicio, tú presentaste la documentación que demostraba que esa persona tenía una discapacidad que le impedía haberlos tirado y golpeado, como ellos contaban. Sin embargo, en este caso solo cuentan con tres testigos y ninguna prueba gráfica.

—No pudisteis tomar una foto o un vídeo del momento, claro —supone Arturo.

—Nada —responde Dani—. Además, se supone que es ilegal grabar a la poli, ¿no?

Vosotros os miráis y Arturo te hace un gesto para que se lo aclares tú.

—No es ilegal. Lo que ocurre es que la Ley Mordaza de 2015, que, a ver, en realidad se llama Ley de protección de la seguridad ciudadana, ojo, dice que no se les puede grabar sin el consentimiento de los agentes.

—Ah, un éxito —ironiza el moreno.

—Claro, entonces las imágenes que tomaban los ciudadanos en la vía pública para denunciar abusos no servían, porque no estaban autorizadas.

—Censura.

—Justo. Eso fue lo que concluyó en 2020 el Tribunal Constitucional: que eso implicaba una forma de censura y que, por tanto, era incompatible con lo que prevenía la propia Constitución Española en el artículo 20. Así que se corrigió para que se les pudiera grabar siempre y cuando, y esto es importante, estas imágenes no se difundieran por redes sociales y similares, porque eso podía poner en peligro la seguridad de la ciudadanía, de los propios agentes o de un operativo que estuviesen llevando a cabo. Para que lo entendáis mejor: imaginaos que grabas a la Policía y lo difundes para avisar de que hay un control de alcoholemia. Pues en ese caso sí que está prohibida la difusión de esas imágenes y te podrían sancionar. Pero, por ejemplo, si tú vas por la calle y grabas a un agente agrediendo a alguien, con esta sentencia del Tribunal Constitucional esas imágenes son una prueba lícita.

—Si es que tendríamos que haberlo grabado todo... —masculla Víctor—. El bofetón no sabíamos que iba a pasar, pero al menos con lo de que no nos dieran los números de placa habríamos tenido por dónde cogerlos.

—Ya lo sabéis para la próxima —dice Arturo—. Pero tenéis unas fotos, ¿no?

Dani asiente y os las enseña en su móvil mientras os explica que las consiguieron a través de una chica, por internet.

—Investigaré qué pasa con las cámaras de alrededor —dices—. Quizá alguna haya captado algo...

—La Policía ya nos dijo que esas cámaras no grababan. También les mandamos esta foto, donde se ve a los agentes, para demostrar que estaban allí.

Te sorprende todo el trabajo que han logrado por su cuenta. Antes de que llegaran has podido mirar con calma el *post* que escribió Víctor y que se viralizó por toda la red. Lo malo es que, en la práctica, sabes que probablemente no sirva de mucho.

—Con todo esto, vamos a proceder de la siguiente manera —dice Arturo—. Julia va a encargarse de vuestro caso a partir de ahora, así que lo primero que hará será ir al juzgado para que le den toda la documentación que hay. Para eso, Dani, necesitamos que nos firmes esta autorización con la que podemos operar en vuestro nombre, ¿bien?

—Sí, por supuesto —responde Dani, cogiendo el folio y un bolígrafo.

—Tú, Víctor, como testigo, no necesitas abogado, pero os prepararemos para el juicio a todos y resolveremos todas las dudas que os surjan, por descontado.

Los chicos se miran y ves cómo respiran más tranquilos.

—En cuanto recopile toda la información os la hago llegar —dices tú—. Y si no entendéis lo que sea, me decís. A veces esa jerga legal puede ser un poco indescifrable.

—Sí, la verdad —comenta Dani—. Solo una pregunta más: ¿a mí me puede pasar algo? Si pierdo, digo.

—Tú no puedes perder, como tal. En este juicio tú eres la víctima. A él sí que se le puede condenar, pero incluso si saliera absuelto, tú no tendrías que pagar ningún coste ni nada parecido.

—De ahí que no necesites un abogado —apunta Arturo—. ¿Has tenido que ir al psicólogo con motivo de lo que pasó?

—Sí, ¿por?

—Cuando llegue el día, recopila las facturas, y si tienes un documento que acredite que la agresión fue la razón por la que has requerido sus servicios, tráelo e igual podemos conseguir que te las cubran.

—Bien. Vale —responde Dani.

—Y para el 2 de septiembre, cuando tienes que ir a prestar declaración, iré contigo —añades tú—. Pero ya te aviso que será muy rutinario: te preguntarán si mantienes lo que dijiste y, de ser así, firmas la declaración y punto.

—Vale.

—Pues… creo que eso es todo —concluye Arturo.

Tú miras a tu jefe y asientes.

—Apuntaos mi móvil y hablamos con lo que vaya saliendo —concluyes, y les das una tarjeta personal—. Pero sobre todo estad tranquilos. Estamos en agosto y no habrá movimiento hasta el mes que viene. Estas cosas suelen llevar su tiempo, y más con las huelgas que está habiendo de los funcionarios de Justicia. Esperaos cualquier cosa.

Los chicos se levantan y os dan la mano para despedirse.

—Muchas gracias por todo —dice Dani—. Estaremos en…

Pero no termina la frase porque justo en ese momento suena el teléfono de Víctor y este mira a Dani.

—Es de la agencia de publi —dice, visiblemente alterado de pronto—. Perdón, ¿eh?

—Nada, nada —le dices tú.

Él sale del despacho mientras lo oyes decir:

VÍCTOR

—Sí, soy yo, ¡hola!

Igual has sonado demasiado ansioso. Podrías haberte hecho el interesante y dejar que sonara más veces o que tuvieran que volver a llamarte incluso, pero la realidad es que necesitas esa buena noticia que estás convencido de que te van a dar.

—Víctor, verás, solo te llamo para informarte de que finalmente no ha salido la campaña —te dice con voz dulce la chica de la agencia—. No tiene nada que ver contigo. Tu prueba fue fantástica, pero han decidido ir por otro lado en el último momento. Lo siento, ¿vale?

—Ah —dices, con la boca seca, mientras ves salir a Dani del despacho de los abogados—. Eh..., vale, sí..., eh..., pero ¿no encajo en este nuevo enfoque? No me importa pasarme para hacer otra prueba o...

—Qué va. Perdona, ¿eh? Quería llamarte para decírtelo yo, pero no puedo hacer más. Espero que podamos trabajar juntos en el futuro, ¿vale? Un abrazo. Cuídate.

No te da tiempo a responder nada. Para cuando asimilas sus palabras, ya ha colgado, y tú te encuentras mirando como un idiota un cuadro abstracto lleno de líneas que, sin saber por qué, te recuerdan a una red de pescar.

—¿Bajamos? —pregunta Dani, sosteniendo las puertas del ascensor.

Tú te vuelves y caminas hasta él sin decir nada. Él te mira en silencio mientras el ascensor desciende a la primera planta.

—Saldrán más cosas —te asegura, porque aunque no se lo has contado, él sabe qué significan esa mirada y ese silencio.

—Si tú lo dices...

—Ya lo verás.

Mientras camináis hacia la parada de metro más cercana, tu

cabeza empieza a repetir en bucle que no lo tienes nada claro. Nada, nada, nada claro. Que da igual que la gente ya pase de todo el asunto del bofetón, que no importa si ya no aparecéis en ningún medio porque se trata de una noticia vieja, tú te has arruinado la carrera profesional. ¿Qué va a saber Dani si saldrán más cosas? ¿Por qué iban a salirte más cosas? Apenas te conocían. Todo lo que habías logrado había sido por Emi. Ahora que empezaba a haber algo de movimiento te lo has cargado.

—¿Vas a casa? —preguntas, parándote en seco.

—Sí, claro. ¿Dónde voy a ir?

—Yo me voy a tomar algo.

—¿Adónde? ¿Con quién?

—No lo sé. Contigo, si quieres. Y si no, solo.

Dani mira hacia la entrada del metro y de nuevo a ti. Se lo está pensando, aunque no entiende lo que está pasando. Tú tampoco. No tienes ni idea de dónde te ha venido este ramalazo, pero vas a dejarte llevar por él, porque como te quedes quieto tu cerebro se va a devorar a sí mismo.

—Tic, tac —dices para meterle prisa.

—Pues... vale, venga. Total, para eso están las vacaciones, ¿no?

—¡Claro que sí!

Le pasas el brazo por encima de los hombros y echáis a andar hacia el centro. No estás feliz, no estás en paz. Tienes una mala leche que casi sientes que tus zapatillas queman el adoquinado de la acera. Pero tampoco dejas de sonreír. Te ves reflejado en los cristales de los coches y en los escaparates y te das vergüenza. ¿Qué haces? No quieres responder. Tampoco sabes qué decir.

Dani trata de comentar contigo la reunión con los abogados. Lo oyes hablar sobre lo tranquilo que le han dejado, lo agradable que parece Julia y lo profesionales que suenan todos. Que se siente mejor preparado para enfrentarse a lo que venga y que con su ayuda irá todo bien. Lo escuchas y asientes y respondes con onomatopeyas cortas, pero no dices nada más. Te la suda. En tu cabeza se repite en bucle la conversación con la de la agencia. Vaya gilipollas el cliente. ¿A qué viene cambiar de estrategia ahora? Eso no es profesional ni es nada.

¿Y qué pasa con todos los que habéis hecho el esfuerzo de ir al *casting*, solo para perder el tiempo? ¿Eso no se tiene en cuenta? Obviamente, no. Bueno, eso si es verdad. Porque lo mismo te ha mentido para quitarse el marrón y te ha dado esa excusa para que no hagas más preguntas.

—¿Te apetece picar algo? —pregunta Dani.

Sin darte cuenta os habéis plantado en Alonso Martínez. Inconscientemente, tus pasos os han guiado hacia el barrio de Chueca.

—Yo no tengo hambre, pero tú comes y yo bebo. Planazo.

Se lo toma a risa, aunque conoces esa mirada que te ha echado cuando creías que no te dabas cuenta. Os metéis en el primer local que tiene pinta de preparar tanto comida como combinados.

Dani se pide un pepito de ternera y tú un gintónic. Hoy has decidido saltarte las cervezas previas. Hemos venido a jugar, el que tenga miedo de morir que no viva, no sé qué...

No eres consciente de los silencios que se generan entre ambos hasta que Dani menciona que parece que estás en otro sitio.

—¿Seguro que no quieres que vayamos a casa? —pregunta con delicadeza, como si estuviera escogiendo en qué orden cortar los cables para que no detonase una bomba.

—Que no, coño. Hoy se sale —respondes, y rematas la copa, que te ha durado escasos diez minutos—. Voy a pedirme otro, ¿quieres?

—Una cerveza, mejor.

Pedís la nueva ronda y por fin empiezas a sentir cómo los pensamientos se diluyen en tu cerebro. Dejan de ser tan puntiagudos. Fluyen. Ya no hacen tanto daño cuando se te clavan en el orgullo y en la conciencia y en el ego. Son más blanditos y te hacen gracia. El alcohol te suelta la lengua y por fin empiezas a relajarte. Le cuentas a Dani lo estúpida que te parecía en el fondo la campaña. Total, ya saldrán más. Si esa agencia se ha acordado de ti, otras también lo harán. Solo hay que tener paciencia.

—Eso te decía yo. Eres muy buen actor. Te saldrán cosas mejores.

—Es que sí que lo soy, joder —te dices—. Todavía no he hecho un solo *casting* del que no me hayan llamado para volver. Lo que pasa es que luego buscan las mismas caras. Gente con números. Bah... La

mierda de siempre.

—Un día serás tú, ya lo verás.

Te molesta su tono. ¿Está siendo condescendiente contigo? Sabe que todo esto es por él, ¿no? ¿O como ahora tiene abogados se le ha olvidado? Das otro trago y dejas que los pensamientos sigan fluyendo. Nada importa. Igual tendrías que haber salido solo. Joder, qué rico está el gintónic aquí, ¿no? Deberías apuntarte el nombre del bar para otra vez.

Pero no lo haces y al poco te olvidas hasta de que querías recordarlo. Los temas se os agotan a la velocidad a la que bajan vuestras bebidas. No es porque no tengáis de qué hablar, sino porque al final todo acaba en el mismo pozo, que piensas inundar a base de alcohol.

—¿Nos movemos?

A Dani le queda aún casi la mitad de su doble, pero se resigna, le da un último trago y llama al camarero para que os traiga la cuenta.

—Pago yo —dices, y acercas tu móvil al datáfono antes de que Dani pueda negarse.

—Te hago Bizum.

—No hace falta —dices, y te levantas.

Notas el leve mareo y te ríes. Nada es tan importante. Quieres invitar tú. Te apetece. Puedes. Una vez leíste que para ganar dinero hay que gastar como si lo tuvieras para que llegue. Te pareció divertido, y qué mejor momento que ahora para aplicar esa enseñanza. No piensas dejar que la mirada de preocupación de Dani te afecte. Ni de coña. Esta noche no.

Hace rato que ha oscurecido y Chueca está lleno de gente. Se supone que Madrid se vacía en agosto, pero solo son leyendas urbanas: al menos el centro siempre está a reventar, y en la puerta de los locales se apiñan chicos y chicas para entrar. Bueno, sobre todo chicos.

—Acabo de caer en que no hemos vuelto a salir desde...

—Para —lo cortas de golpe—. Ya está, Dani. A tomar por culo el policía, el bofetón y la madre que los parió. ¿Vale? Al menos por esta noche, ya está. ¿OK? Salimos. Bailamos. Cantamos. Bebemos. Y cada

vez que queramos decirnos algo, mejor nos comemos la boca. ¿Cómo te suena?

Incluso tú te has dado cuenta de que la manera de mandarlo callar ha sido demasiado brusca, pero has ido suavizando el tono hasta acabar con sus hombros entre tus manos. Dani asiente.

—No puedo evitarlo —dice, tenso y compungido.

Él tampoco quiere recordar más esa noche.

—Pues vamos a ponerle remedio.

Entráis en el local que menos cola tiene. En la puerta pilláis un vale de dos consumiciones por doce euros y en cuanto bajáis las escaleras la música, la oscuridad y la amalgama de cuerpos que se zarandean os arrastran lejos del mundo y del tiempo. Dani trata de negarse a beber los chupitos de Jäger que pides, pero acabas convenciéndolo.

—¡Una, dos, tres!

Para adentro.

El alcohol te quema de camino al estómago y te deja un regusto dulce, que pronto desaparece con el tercer gintónic de la noche. Allí, dado que hay música y puedes cantar y bailar, te lo tomas con más calma que en el bar. Os movéis entre los otros grupos y parejas que se agitan, dan palmas o se comen la boca, ajenos a los ojos de los demás. No tardas en hacer lo mismo. Atraes a Dani hacia ti, él te sujeta de la nuca y os fundís en un beso largo y apasionado mientras vuestras caderas se zarandean levemente al ritmo de la música. Cuando os separáis, Dani sonríe y tiene los ojos brillantes. Está tenso aún, lo notas. Y eso, en algún rincón de tu conciencia embriagada, te molesta.

No quieres pensar. No quieres recordar. Solo buscas que el tiempo pase. Que las horas ardan a base de reguetón, pop y tecno. Das un trago más largo a tu copa y aúllas porque amas la canción que el DJ ha escogido en ese momento. Y bailas y saltas y bebes y te da igual que parte de la copa se derrame porque esa canción es la polla de buena y sigues girando y sigues combinando los pasos que en su día aprendiste porque para ser actor hay que saber hacer de todo como bailar y cantar y montar a caballo y en moto y llorar cuando te lo piden y darte de hostias y qué coño hace este gilipollas extranjero que

acaba de aparecer delante de ti con el polito pijo que se queja en otro idioma porque le has mojado el brazo pues que se aparte no te jode que ese es tu sitio y que no te toque los cojones porque no tienes la noche para que te anden mareando bah que se pire que no claro que no lo vas a dejar estar ah que quiere movida pues se la está ganando perdona qué te ha llamado este mierdas que venga aquí y te lo repita que no te toque y que Dani te suelte el brazo que le vas a explicar a ese retrasado y a sus amigos lo que...

El puñetazo en la nariz es lo que te frena como si te hubieras comido un muro. El dolor aumenta tu cabreo. Con la misma rabia coges potencia y le estampas los nudillos en la ceja al que tienes más cerca. Son tres.

—¡Víctor!

El grito de Dani te llega en la distancia, a pesar de tenerlo al lado. Te la suda: empiezas a repartir bofetones, patadas y codazos a toda velocidad. No son tan certeros como tú crees, pero algo hacen. Al menos hasta que uno de ellos te sujeta por detrás y recibes el golpe en el estómago que te deja sin aliento.

—¡¿Qué hacéis?!

De pronto lo ves y no eres capaz de procesarlo: Dani se transforma entre un parpadeo de los láseres de colores y otro. En el haz que ilumina de manera intermitente la oscuridad y los cuerpos lo ves lanzarse a por los chicos con un grito que ni la música puede ahogar y empezar a descargar puñetazos y tortazos y arañazos y tirones de pelo y puntapiés sin ningún tipo de control ni técnica. E igual de desprevenidos pilla a los chicos, que para cuando se quieren dar cuenta están en el suelo protegiéndose o cubriéndose la cabeza, porque Dani no tiene intención de parar. Hasta el que te sujeta tiene que liberarte para ayudar a sus amigos, pero tu novio le acierta primero en la rodilla y después en la entrepierna con un gesto de incredulidad genuino. Oyes su grito ahogado cuando aparecen dos tipos enormes de seguridad, que cruzan la marea de gente y llegan hasta vosotros. Enseguida uno reduce a Dani mientras el otro te sujeta a ti. En cuestión de segundos os echan a la calle y os advierten de que como volváis por allí van a tener con vosotros más que palabras.

Tú te giras sonriendo. Menuda noche. Justo lo que buscabas, más o menos. Pero Dani no sonríe. Dani te mira con los ojos cargados de rabia, al borde del colapso y del llanto. Te acercas a él y le acaricias el brazo.

—Eh…

—Déjame en paz —te espeta, antes de alejarse de allí corriendo y sin esperarte. Mejor. Esa denuncia que os ahorráis.

DANI

No sabes cuándo ha cambiado todo, pero lo ha hecho.

Desde la noche de la pelea en Chueca no has vuelto a ver a Víctor de la misma manera. Él ha hecho todo lo posible por pedirte disculpas por cómo se comportó, por la borrachera y por haber empezado la pelea, pero sus palabras no surten el efecto deseado. Estáis estancados, en el peor sentido de la palabra. Varados en una isla a la que nadie puede acceder y por cuya orilla habéis decidido comenzar a andar, pero en direcciones opuestas. Si volvéis a encontraros en el futuro, sientes que será de casualidad. De cara al exterior no se nota tanto. La vida sigue y lo hace sin apenas cambios. Un día quedáis con tu hermana y con Miguel y os dan la noticia de que el bebé va a ser niño y que han pensado llamarlo Izan. Recibes la noticia con una alegría enorme y en general solo habláis del embarazo, incluso cuando os despedís.

Así es siempre. Evitáis con habilidad la mayoría de las conversaciones difíciles. Hacéis planes. Salís. Pero nunca solos. Siempre hay alguien que activa la conversación, que actúa como desestresante y que os permite deciros lo que igual a solas no os sale. Podría parecer forzado, pero no lo es. Sucede de manera tan natural como el aumento de momentos en los que chateas con Gero.

Una noche, incluso, os quedáis los dos despiertos viendo una película de terror que tú te negaste a ver con Víctor cuando salió en cines. De pronto el plan te parece divertido, y cuando todo el mundo duerme, le dais al *play* a la vez, cada uno desde su casa, y la comentáis entera, las dos horas que dura, a base de mensajes, emojis y *stickers*. Y cuando termina y los créditos inundan la pantalla con la ominosa música de fondo, seguís escribiéndoos.

Habías olvidado lo divertido que era. Lo mucho que te gustaba su humor negro y la ironía que destilaban sus palabras. Olvidas, al menos

por ese rato, la facilidad con la que cruzaba la línea y se volvía cruel y mezquino, y te diviertes con sus opiniones sobre lo humano y lo divino hasta que se te cierran los ojos y decides darle las buenas noches e irte a la cama a dormir. A la mañana siguiente descubres el último mensaje que te dejó:

> La próxima, en persona ;)!

Por parte de Víctor te ha quedado claro desde la noche del bar que se acabó el hablar de lo que pasó, y vas a tomarte la orden a rajatabla. Solo cuando sea estrictamente necesario, es decir, cuando Julia os lo pida por algo relacionado con el caso, se levantará la veda. El resto del tiempo has decidido hacer como que aquello nunca sucedió. Al menos de cara a él. Así que, las semanas posteriores, cuando quedáis con Orli e Isa o cuando vais a ver a tus padres y a bañaros en la piscina o cuando Gabriel, Lola, Sara o Jime te preguntan y él está delante, le quitas hierro al asunto, respondes una vaguedad que los deje tranquilos y desvías la conversación. Poco a poco, te vas volviendo más experto, y al cabo de unas semanas te sale de manera natural.

Pero eso no quiere decir que lo olvides. Al contrario. En terapia, Paloma percibe rápidamente lo que sucede y aunque tú no le hablas de lo que ha cambiado en tu relación con Víctor, ella te obliga a volver a esa noche para enfrentarte al trauma de distintas maneras.

—A ver, yo no sé si lo llamaría trauma… —le dices en una de las sesiones.

—Dani, un trauma es la manera en la que nuestro cerebro revive algo que nos superó y que nos dejó cicatrices emocionales. Pero no es solo eso: también es una nueva oportunidad de enfrentarte a ello con cada herramienta que aprendes. Para eso estoy yo aquí. Mi intención cuando acabes la terapia es que te des cuenta de todos los recursos que existen dentro y fuera de ti. Y que cuando te bloquees y no sepas cómo reaccionar pienses: vale, no estoy solo. Tengo gente a mi alrededor que puede ayudarme, que me quiere ayudar, no tengo que cargar yo solo con todo este peso. Y también que tú cuentes con habilidades para salir airoso de ese momento de caos mental.

—¿Y dónde estaban todos esos recursos la noche de la discoteca? —preguntas con tono de humor, pero agobiado.

—Ahí, pero inhibidos por el alcohol y el miedo y la situación. Tu cerebro tiene que irse acostumbrando a todo, Dani. La mente a veces no distingue entre realidad y recuerdo, y cuando revivimos una situación dolorosa, vergonzosa, triste, el cuerpo entero lo asume como la primera vez. De ahí que sea tan importante diferenciar los pensamientos intrusivos de lo que es real. Lo que hablamos en aquella sesión sobre el ABC, ¿recuerdas?

—Sí, sí.

—Esa noche, aunque la agresión que sufriste fue el detonante, existen muchos otros factores en tu vida que te han marcado y te han hecho ser quien eres. Patrones de conducta que en pequeñas dosis no son malos, pero que tu cerebro va normalizando e integrando en tu día a día sin que te des cuenta hasta que, de pronto, algo te hace estallar. La pelea es un ejemplo de ello: reaccionaste directamente desde la amígdala. En otras circunstancias habrías ido a llamar a alguien de seguridad tú mismo, habrías tratado de calmar las aguas entre Víctor y los otros…

—Pero ¡no me hacían caso!

—Exacto. Y eso, mezclado con el alcohol, impidió que todo pasara por el córtex frontal, que es lo que nos hace ser racionales. Date cuenta de una cosa: la amígdala, junto al hipotálamo y el hipocampo, son nuestro sistema más primitivo y el primero que se activa en cualquier circunstancia. De ahí nos llegan los mensajes de «¡Tengo hambre! ¡Estoy cansado! ¡Estoy en peligro! ¡Tengo que luchar! ¡Tengo que huir! ¡Estoy enfadado!». Es el primero que se crea. Por eso los bebés solo comen, duermen, cagan y lloran. Con el tiempo, el cerebro evoluciona y esas emociones pasan por otras zonas que nos permiten tomar decisiones cabales, lógicas, empáticas, etcétera. ¿Qué pasa? Que cuando bebemos, digamos que de alguna manera desactivamos esas últimas zonas que se encuentran en la parte frontal del cerebro y dejamos que nos maneje la amígdala.

—Y eso es malo.

—La amígdala en sí, no. Pero que esté descontrolada, sí. A ver, al

final es la que nos alerta de que hay un peligro o de que tienes que protegerte, por ejemplo. Pero claro, el alcohol desdibuja la realidad, y la amígdala puede encontrar peligros donde no los hay, maximizarlos y darte la sensación de que algo es cuestión de vida o muerte cuando no lo es.

—Creo que lo entiendo —dices, asimilando todo.

—¿Sabes cuando dicen que en una bronca, en el pico del cabreo, se dicen las auténticas verdades y uno saca su verdadero yo?

—Sí.

—Pues es mentira. Ahí precisamente es cuando menos somos nosotros, porque todo lo que se dice nace directamente de la amígdala y no pasa por toda esa parte evolucionada que hemos construido a lo largo de nuestra vida y que sí que nos define. Por eso luego nos arrepentimos tanto de lo que soltamos en esos momentos y viene lo de «No era yo misma».

La reflexión de Paloma te deja un poco más tranquilo, y aunque le das vueltas a todo el asunto los siguientes días, tratas de ser más amable contigo mismo y evitar caer en catastrofismos. Sobre todo cuando te toca volver a declarar.

Quedas con Julia en la puerta del imponente edificio de plaza Castilla.

—Ya verás que es muy rápido —te asegura, mientras cruzáis las puertas para pasar el control de seguridad.

Una vez dentro, subís en ascensor a la quinta planta. El edifico es antiguo y sobrio. Imponente. Quizá porque sabes lo que se juegan allí muchas personas a diario.

—Espera aquí un segundo —te dice ella mientras entra en la secretaría del juzgado número 13.

En el pasillo, con varios bancos distribuidos junto a la pared, hay personas que aguardan con gesto tenso. La puerta se abre de nuevo y Julia te indica que te acerques.

—Ven, ya está todo listo.

Julia no te ha mentido: el proceso es rápido. Te toman declaración jurada, en la que ratificas que no vas a cambiar nada de lo que dijiste y que mantienes todo lo que contaste, y en cuestión de media hora

estáis otra vez fuera.

—Y a esperar otra vez —dices.

—Sí. Lo siguiente será que llamen a declarar a los testigos. Los tuyos y los del agente.

—Pero ¿ya saben quién lo ha hecho?

—Algún sospechoso tendrán. Y, sea quien sea, también tendrá que pronunciarse, como has hecho tú hoy.

—¿Tiempos, más o menos?

Ella sonríe con lástima.

—De nuevo, meses.

Tú asientes, le agradeces todo y os despedís.

Mientras regresas a casa y se levanta una inesperada ráfaga de viento, te preguntas cómo ha podido marcharse de esa manera tan desvergonzada el verano. Es el primero en mucho tiempo en el que ni descansas. Como si tu cerebro estuviera constantemente encendido, gastando memoria RAM en lugar de desconectar. Con suerte, todo volverá a la normalidad pronto, te dices.

—¿Dani?

Víctor sale de la habitación a buscarte en cuanto oye la puerta. Lo notas alterado y por un momento crees que es porque le ha salido trabajo, pero enseguida le ves la cara y te queda claro que se debe a otro motivo.

VÍCTOR

Tienes la sensación de estar cometiendo un error según entras en el restaurante. Como en la casa del terror, cuando tienes la oportunidad de marcharte por la puerta de los arrepentidos, pero decides seguir y acaba persiguiéndote un loco con una motosierra.

La única diferencia es que has quedado a comer con tus padres.

—¿Todo bien? —te pregunta Dani mientras subís las escaleras enmoquetadas hacia el segundo piso.

—Sí. Ya sabes...

—Sí, lo sé.

Habéis hablado en varias ocasiones de tu relación con ellos, pero no es un tema que te guste tratar y lo evitas todo lo posible.

—Yo estoy aquí —te recuerda, y tú le aprietas la mano.

Él está ahí, contigo. Algo que parecía inconcebible hace años. Ni siquiera has tenido que insistirles. Cuando te dijeron que venían a Madrid, que se quedarían en un hotel y que querían verte, tú lo dejaste claro: Dani vendría contigo. Y tu madre no puso ninguna objeción. Ya si después ella y tu padre discutieron al respecto es algo que ni sabes ni te incumbe.

—¡Víctor!

Tu madre agita la mano al fondo del salón y tú le indicas a la camarera que se te había acercado que os están esperando allí. El restaurante, como no podía ser de otro modo, lo han elegido ellos. Nunca habías reparado en él, aunque esté al comienzo de la Gran Vía, más concretamente en el número 1, de ahí que se llame La Primera. Tiene un toque elegante y sobrio, con paredes lisas, espejos que reflejan la luz de los ventanales que dan al corazón de Madrid, suelos de madera con alfombras finas y plantas en algunos rincones.

Ambos se levantan cuando os acercáis. Tu madre es la primera en abrazarte y plantarte un sonoro beso en la mejilla. Detrás llega tu

padre, que te abraza con cierta frialdad y apenas esboza una sonrisa, como si le costara en exceso curvar los labios.

—Dani, ¿no? —pregunta tu madre—. Encantada.

Los dos besos de rigor y el pase a tu padre.

—Víctor, es Dani —aclara, como si fuera sordo o, simplemente, idiota.

—Hola —saluda él, estrechándole la mano un segundo más de lo necesario. Cuando libera la muñeca de Dani, ves cómo él se la masajea disimuladamente.

Si te oyen respirar más fuerte de lo normal, no dicen nada. Solo Dani te acaricia la espalda para hacerte saber que está todo bien. Con las semanas de mierda que lleváis encima, no esperabas que aceptara la invitación, pero ahí está, y lo agradeces a cada segundo, aunque solo acaba de empezar.

—¿Qué tal el vuelo? —preguntas.

—Lleno y con una hora de retraso, como siempre. Pero ya estamos aquí —añade tu madre, ampliando la sonrisa—. ¿Qué queréis tomar?

Tu padre se parapeta detrás de la carta mientras el camarero toma nota de las bebidas y promete volver en un momento.

—Y ¿cómo va todo por allí? Imagino que a tope en estas fechas —dices.

—Una locura —responde de nuevo tu madre, pero no se te escapa cómo mira a tu padre para ver si él añade algo. Como no lo hace, prosigue ella—: El hotel está a reventar, y mira que cada vez es más difícil luchar contra esos monstruos que están destrozando Mallorca. ¿Tú la conoces?

La pregunta se la lanza a Dani, así, de pronto, y él tarda un segundo de más en responder.

—La isla —le aclara ella sin reducir la sonrisa, como si tu novio tuviera alguna dificultad de comprensión—. ¿Has estado?

—No, nunca he estado en las Baleares.

—¡Pues tienes que venir!

Ahora sí que reacciona tu padre. Levanta la cabeza como en un acto reflejo y le entrega la carta a tu madre, levantando un muro claro entre ella y nosotros.

—Yo ya sé lo que quiero. Elegid, que se hace tarde.

—¡Ay, Víctor, que casi me sacas un ojo!

Hasta que no te fuiste de casa no te había molestado compartir nombre con tu padre. Te parecía lo normal. Llevar el mismo nombre que tu padre, que tu abuelo y que tu bisabuelo. Tu madre, por supuesto, no tuvo opción de decidir, y menos siendo hijo único. Ahora te parece raro, y más de una vez has fantaseado con cambiártelo o construir tu nombre artístico a partir de alguna abreviatura. Vic Valdés o algo así. Solo con pensar en los gritos que soltaría él, te entra la risa.

—Y... ¿qué hacéis aquí?

La pregunta la podías haber formulado de cualquier manera, que todas le iban a parecer mal. Lo sabías. Por eso has elegido la más directa, aunque has tratado de formularla con amabilidad.

—¿No podemos venir a verte o qué? —dice tu padre, y notas cómo Dani se remueve en su silla, incómodo.

—No he dicho eso, papá. He preguntado porque es verano y el hotel estará a reventar.

—Con más razón. Para que veas el sacrificio que nos supone.

Joder, es que da igual lo que digas, ¿eh? Todo va a ser criticable. Pero te has prometido que no vas a dejar que te hagan saltar y aprietas los dientes tras una sonrisa sin despegar los labios.

—¿Vosotros ya sabéis?

Tu madre os pasa la carta y escoges el primer plato que te salta a la cara: solomillo con acompañamiento de patatas.

Dani le dedica unos segundos más, pero también se decide rápido.

Tu padre levanta la mano y al instante siguiente ya tiene al camarero a su disposición. Siempre te has planteado que eso es lo que más le molesta: todo el mundo obedece sus órdenes sin cuestionarlas, incluso cuando no las formula en voz alta. Todo el mundo salvo tú. Que no escuchas. Que no entiendes. Que parece que lo haces para fastidiar. Piensas en ello mientras él pide por todos, incluso el entrante y el vino. Es imposible que esa manera de actuar no te recuerde a Emi y a vuestra despedida.

Solo Mairena siguió comportándose bien contigo durante las dos

jornadas en las que resolvieron el destino de tu personaje. Como Emi vaticinaba, un viaje a Latinoamérica del que Leonardo jamás volvería. De habérselo pedido, habría hecho algo para evitar que te echaran, pero estaba claro que la decisión venía de muy arriba y era definitiva. Aun así, lo agradeciste y te vino bien irte de cervezas con ella en tu último día. Debes reconocer que te fascinó lo rápido que modificaron todo. Los guiones y las líneas argumentales se transformaron de un día para otro en lo que a tu personaje concernía, y casi te lo hicieron saber como si fuera una oportunidad excepcional para crecer como actor… en otros lugares. No lo peleaste. ¿Resignación? Puede ser. ¿Hartazgo? Quizá. Emi se encargó del papeleo. Su último trabajo para ti, y porque aún quedaban nóminas que cobrar, de las cuales ella debía ver su porcentaje. Cero altruismo. Los aplausos, como tú también habías aplaudido las despedidas de otros compañeros, y aquí paz y después gloria.

Bueno, gloria no. *Emails*, visitas, mensajes. Eso sí. A agentes, a directores de *casting* con los que tenías un ínfimo trato por mensaje directo en Instagram. *Likes*, comentarios, más *likes*, más comentarios, algún que otro mensaje incluso a gente que ni te seguía y que probablemente no te leería jamás. A directores de cine, a productores, a guionistas, a un agente tras otro, a compañeros de la industria… Compañeros. Qué grande le queda esa palabra a muchos cuando se trata de ayudar, ¿eh?

—Cada vez hace más calor en esta ciudad…

La queja de tu madre te devuelve al presente. Ya han llegado las bebidas y tu padre se encarga de servirlas en las copas.

—Allí también tendréis temperaturas altas, ¿no? —pregunta Dani.

—No —responde tu padre con sequedad—. Allí tenemos el mar.

—Pues yo he pasado algún verano en Mallorca que…

—Pero si hace años que ni vienes.

—Por curro.

—Por curro y por desgana. Que no creo que trabajes todos los días de la semana, y menos ahora.

Tu madre trata de disimular el golpe que le atiza a tu padre por debajo del mantel, pero es evidente.

—¿A qué te refieres?

—La mejor época para venir es en primavera o a principios de verano —le dice tu madre a Dani.

—No lo sé. Dínoslo tú —suelta tu padre.

—Parece que no hace falta.

—Víctor, ya está bien de tratarnos como al enemigo —intercede tu madre—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué me he tenido que enterar por un mensaje de WhatsApp de la tía Yoli de que te han echado?

—¡No me han echado!

Saltas tan deprisa con la mentira que hasta Dani te mira con las cejas enarcadas.

—En la tele las cosas cambian todo el rato. Entraban personajes nuevos y al mío le ha tocado marcharse una temporada.

—Pero, entonces, ¿te han dicho que vas a volver?

—¡Probablemente!

Te quema el rostro donde Dani sigue taladrándote con la mirada.

—Me pasó una web en la que decían que te habían...

—Que te habían echado por todo el lío del bofetón.

—Ah, ¿que eso también lo sabéis?

Tus padres se miran entre sí al tiempo que Dani, por fin, baja la cabeza, sonrojado.

—Alucino... —dices—. Y no me habéis llamado.

—¿Y tú? —salta tu padre—. ¿Nos has llamado tú para contarnos lo que estaba pasando? No; suéltame, Mariví, por favor...

Tu madre aparta la mano del brazo de tu padre como el amo que libera al perro.

—¿Tú ves normal que de pronto nos enteremos por las noticias de que has tenido lío con la Policía?

—¿Lío... con la Policía? *Wow*, la narrativa.

—¡¿Qué narrativa ni qué cojones?! ¿Tú sabes lo mal que lo hemos pasado?

—Víctor, relájate —le ordena tu madre, mirando alrededor; otras mesas se han vuelto, alertadas por la tensión creciente.

—Que nos hayas ocultado algo así... —insiste tu padre.

—¡No os he ocultado nada!

El camarero llega en ese momento y deja el entrante de pulpo con cierta prisa, como queriendo desaparecer de allí lo antes posible.

—Un policía agredió a Dani. No tuvimos un lío.

—Como sea —dice tu madre—. Nos tuvimos que enterar por otros lados.

—¿Y por qué no me llamasteis?

—Y dale Perico al torno… ¡Eres nuestro hijo, Víctor! ¿Qué te hemos hecho para que seas tan despegado?

—¡Uf, no lo sé! —respondes con ironía—. No se me ocurre ni una razón…

Pinchas un trozo de pulpo y te lo metes en la boca sin ganas. Tu padre te mira, y aunque te gustaría ver en sus ojos la ira que precede a una tormenta de gritos y amenazas, lo que encuentras en ellos es… ¿pena? Y eso te enfurece aún más.

—Di lo que quieras decirme —lo amenazas.

—Esto no te habría pasado allí.

Tu sorpresa es genuina. Boqueas porque no sabes ni qué decir.

—Eh…, *wow*. ¿Que no…? ¿Estás seguro? Porque yo habría sido igual de maricón aquí que allí.

—¿Podéis parar los dos? —os advierte tu madre en voz baja—. Ya está bien, hombre. Ya sabemos que… que te gustan los chicos y… y que tienes novio —añade, mirando a Dani—. Igual que has tenido novias.

—Soy gay, mamá. Aunque haya tenido novias, me gustan los chicos. Y te lo digo por todas las veces que no lo habéis dicho vosotros. ¿Cuántas veces me habéis preguntado por Dani desde que salgo con él? Cero.

—Bueno, pero ¡está aquí! ¿No? Para nosotros tampoco ha sido fácil, Víctor.

—Ah, ¿y para mí sí?

—Tu abuela se ha enterado por una cuidadora de la residencia —dice tu padre, y eso te deja lívido. ¿Tu abuela sabe que eres gay? Eso no te lo esperabas. Y menos que haya sucedido de esa manera—. Te vio en la televisión. En el programa ese. Imagínate cómo se quedó.

Te entran ganas de llorar, pero luchas para contener las lágrimas.

Aprietas los dientes y tragas saliva y, de alguna manera, se produce la alquimia, y la vergüenza o la pena o lo que cojones sea que sientes en este momento alimenta el enfado que llevas encima.

—No se te ocurra echarme la culpa de eso —siseas, marcando cada palabra—. No se te ocurra.

—Víctor… —te pide Dani, a tu lado, que siente tu cabreo. Por supuesto, lo ignoras.

—Tendrías que haber sido tú. Tendrías que haberme llevado tú a verla. Tan machote que eres. Tan padrazo. ¡Tan buen hijo! Preocupado por su madre… Tú tendrías que haber dicho: vamos a ver a la abuela. Yo te acompaño. No estás solo. Vamos a contarle quién eres. Yo estoy contigo. No te preocupes por nada. Pero ¿qué hiciste, papá? ¡¿Eh?! Yo te lo recuerdo: me pediste que bajo ningún concepto se enterara la abuela de que yo era maricón para no matarla de un disgusto.

Tu padre se queda pálido y trata de rebatirte uno de los recuerdos que más hondo tienes grabado en la memoria. Lo retas a negarlo, pero él también está haciendo un esfuerzo enorme por… ¿no gritarte? ¿Por no ponerse a llorar?

Puedes oír cómo tu madre traga saliva.

—Estábamos protegiéndote —dice, enérgica—. Deja de pintarnos como unos intolerantes porque no lo somos. No lo somos —repite, mirando a Dani, que se apresura a negar—. Así que para ya. Siempre nos hemos preocupado por ti. ¿Querías ser actor y venirte a Madrid? Pues muy bien. ¿Eres gay? Pues perfecto. Pero entiende que nosotros también tenemos que asimilar las cosas y nos da miedo que ahora te vean por la calle y te señalen y te… te…

—¿Me arreen un guantazo en un control policial?

—¡Sí! ¡Sí, Víctor! —responde ella—. ¡Me muero de miedo pensando en lo que te puede pasar cada día! ¿Me culpas de ello también? No tienes que ser el héroe de nadie.

—Pero es que sí —dices—. No quiero, pero tengo que serlo.

—¿Por qué? —interviene tu padre.

—Porque yo tengo una voz. ¡A mí me escuchan! ¡Me han escuchado! Y puede que alguien lo lea y se atreva a enfrentarse la

próxima vez que lo acosen.

—¡Esa voz tuya te ha dejado sin trabajo!

—¡Los que me han dejado sin trabajo son unos putos gilipollas! Y ¿sabes qué te digo? Que lo haría otra vez. Ojalá no hiciera falta. ¡Ojalá no hubiera sido necesario escribir eso! Pero las cosas son como son...

—Muchas veces son como queremos que sean —puntualiza tu madre—. Y... estamos orgullosos de lo que has hecho. Pero ya ves cómo te lo pagan...

—Pues yo se lo agradezco —dice de pronto Dani, y al volverte, te sonríe y te aprieta la mano, ya no por debajo del mantel, sino sobre la mesa. Con la otra juega con el colgante de plata de Mickey Mouse.

Tus padres miran vuestros dedos entrelazados y sientes como si alguien alzara una bandera de paz. Es una tregua. Nadie lo dice, pero todos actuáis en consecuencia. Os acabáis el entrante y llegan el resto de los platos. El asunto queda atrás por temas mucho más triviales hasta que, sin saber cómo, vuelves a ser el centro de la conversación. O, más que tú, tu situación profesional.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —pregunta tu madre, casual. Tú te obligas a no alterarte por la pregunta y respondes con la misma calma.

—Estoy buscando.

—¿Trabajo?

—Trabajo, agente, *castings*, lo que pase antes. También he mirado un curso.

—¿Un curso? ¿De... actuación y eso?

—Sí, mamá, claro —ríes—. Para mejorar.

—Pero... ¿eso es gratis o...?

—No, no es gratis.

—Y ¿de dónde vas a sacar el dinero?

—Pues no lo sé. Algo saldrá.

—¿Y si no sale?

—Algo saldrá —repites.

Tu madre mira a tu padre y ese simple gesto parece darle pie para que hagan la pregunta que da auténtico sentido a toda esa comida.

—Tu madre y yo habíamos pensado...

—Papá, no.

—... que vengas a trabajar al hotel.

—No.

—¿Por qué? —dice tu madre, esperanzada—. En septiembre. Es temporada baja.

—Porque no —repites.

—Ay, no te pongas así y escúchanos: ¿qué te ata aquí ahora mismo?

—¿Cómo que qué me ata aquí? ¡Pues Dani, por ejemplo!

Entonces, a tu lado, él chasquea la lengua y dice:

DANI

—A mí no me suena mal...

Víctor te mira como si le hubieras clavado el cuchillo de sierra en el costado.

—¡¿Ves?! —salta su madre—. Gracias, cielo. ¿Qué van a ser? ¿Dos meses? No te estamos diciendo que dejes lo de actuar, pero ¿qué vas a hacer en Madrid sin un sueldo?

—Eh —le dices con delicadeza—, todo está paradísimo estos meses, ya lo sabes de otros años. La gente está de vacaciones y tarda un tiempo en reactivarse. Hasta pasado septiembre no vas a conseguir que te salga nada.

—¿Y tú? —te pregunta.

—¿Yo? Estoy bien. Dentro de dos semanas me voy a ver a mis padres.

—Mira qué buen hijo. A ver si aprendes —bromea su madre, pero sabes que a Víctor no le hacen gracia esos comentarios, que poco ayudan a mantener calmadas las aguas.

—Bueno, lo hablamos luego —te pide.

—¿Entonces? —Su madre lo mira asintiendo.

—¿Qué? Mamá, no voy a decidir nada ahora. Me lo pienso y os digo algo. No me rayéis, va.

La mujer alza las manos en señal de inocencia y el resto de la comida transcurre sin altercados.

No sabes muy bien qué pensar de ellos. De primeras, él parece huraño y hasta agresivo, hermético e impenetrable como una caja fuerte. Su aspecto acompaña a esa imagen: fuerte, de hombros anchos, moreno de piel y con el mismo tono de cabello que su hijo, de mirada esquiva pero intimidatoria cuando la clava en ti... Pero es ella quien te parece más complicada de descifrar. Sus modales y las ganas de quedar bien cubren cada uno de sus gestos y decisiones, por lo que no

sabes si una sonrisa significa lo que debería o si un cumplido guarda algo más en su interior. Lo que tienes claro es que no son los monstruos que Víctor te ha descrito siempre. Es obvio que no han llevado bien que su hijo sea gay ni tiene pinta de que eso vaya a cambiar a corto plazo, pero es de admirar el esfuerzo que han hecho todos por, al menos, soportar la comida entera sin levantarse y marcharse.

Para ti ha sido incómodo, por qué negarlo. Pero era el papel que te tocaba desempeñar. No esperabas, como tampoco ha sucedido, que te preguntaran qué tal estabas por lo del policía. Ya lo has oído, para ellos ha sido «un lío» que ha tenido su hijo con un agente. Nada más.

La velada concluye después del café, y sus padres os invitan. No lo dabas por hecho, sé sincero. Esperabas tener que poner tú el dinero y por eso has elegido uno de los platos más baratos que había en la carta. Con el tema de la terapeuta y que estáis a final de mes, la cuenta no está boyante. De ahí que hayas intervenido en el asunto de que Víctor pase el resto del verano en Mallorca. No por separaros unas semanas, que también, sino para que pueda hacerse con un colchón más duradero. Además, siempre puedes ir a visitarlo algunos días, ¿no?

¿No?

—Oye, pues un placer haberte conocido, Dani —te dice su madre, ya en la calle.

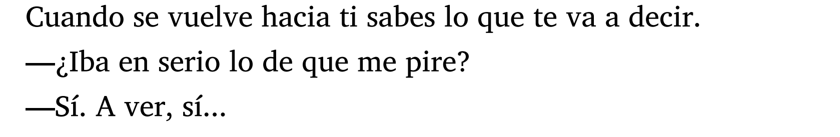
Debe de hacer más de treinta y cinco grados y enseguida sientes el sudor en la frente.

Tras los dos besos de rigor, te vuelves hacia el padre, que te estrecha la mano con menos agresividad que la primera vez, como si te considerara, por fin, digno, sin someterte a una nueva prueba. Él no dice nada. Asiente mirándote y luego libera tu mano.

—Nos dices —avisa Mariví a Víctor, mientras su marido detiene un taxi y abre la puerta.

Con más besos al aire, la mujer entra en el coche y detrás de ella desaparece el hombre. Los veis alejarse en dirección a Cibeles y sientes cómo Víctor, al fin, libera un suspiro.

—Ya está —dices.


Cuando se vuelve hacia ti sabes lo que te va a decir.

—¿Iba en serio lo de que me pire?

—Sí. A ver, sí…

Echáis a andar hacia Callao buscando cada resquicio de sombra que ofrecen los edificios.

—Pero tú sabes lo que odio ese sitio, ¿no? O sea, yo te lo he dicho, ¿verdad? ¿Te acuerdas?

No soportas cuando se pone sarcástico, pero haces de tripas corazón.

—Sí, me lo has dicho. Pero no tienes curro, te estás quedando sin ahorros y ellos te ofrecen trabajo.

—¡En el infierno!

—¡En un hotel a la orilla del mar Mediterráneo, con unas vistas increíbles, según he podido ver, y sin gastarte ni un duro en alojamiento!

—Tú no sabes lo que es trabajar para mi padre.

No alza la voz, de hecho, hasta se ríe solo de imaginarse allí, pero no piensas dar tu brazo a torcer.

—Las chicas te guardarán la habitación. Lo mismo pueden alquilársela a alguien estas semanas. O igual ni les importa.

—Es que no va a hacer falta. No voy a ir.

—Sí vas a ir, Víctor.

—No, no voy a ir, Dani. No pienso volver a Mallorca.

Te paras de golpe y lo miras.

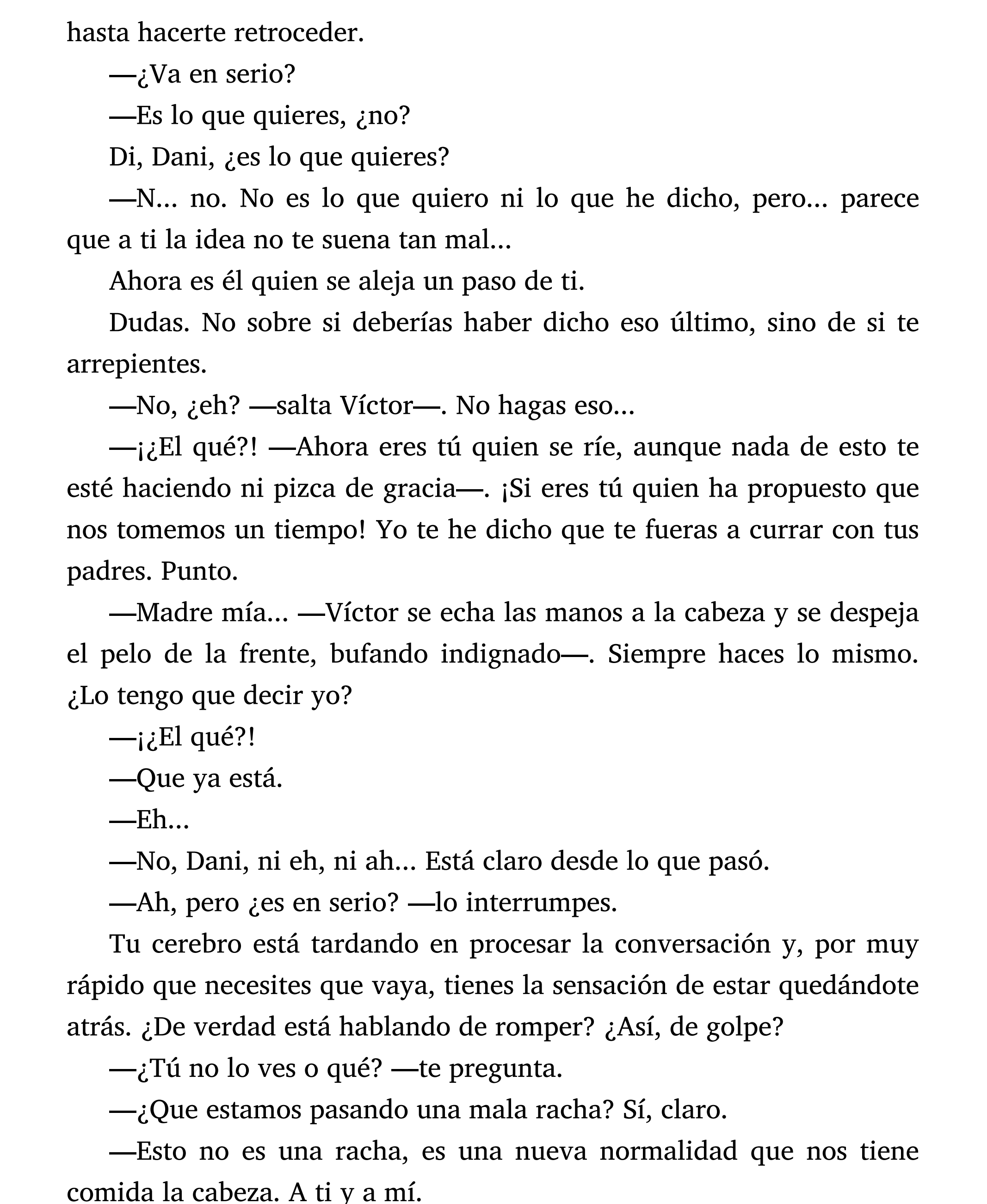
—Llevas semanas buscando representante y la mayoría te han dicho que tienen la cartera llena o que no te verán hasta enero. No tienes ningún proyecto a la vista. Irte un tiempo no es un fracaso.

—¡Pues mira, sí! ¡Sería un puto fracaso!

—Pues no lo es. Sería tener un poco de cabeza —le dices—. ¡En septiembre habrá más *castings* y más agencias y más curro! ¡No te estoy diciendo que te vayas para no volver!

—No, me estás diciendo que me pire para no estar conmigo. Si lo que quieres es que nos demos un tiempo, nos lo damos, pero a mí no me marees.

Sus últimas palabras te han atizado en el pecho como un látigo



hasta hacerte retroceder.

—¿Va en serio?

—Es lo que quieres, ¿no?

Di, Dani, ¿es lo que quieres?

—N… no. No es lo que quiero ni lo que he dicho, pero… parece que a ti la idea no te suena tan mal…

Ahora es él quien se aleja un paso de ti.

Dudas. No sobre si deberías haber dicho eso último, sino de si te arrepientes.

—No, ¿eh? —salta Víctor—. No hagas eso…

—¡¿El qué?! —Ahora eres tú quien se ríe, aunque nada de esto te esté haciendo ni pizca de gracia—. ¡Si eres tú quien ha propuesto que nos tomemos un tiempo! Yo te he dicho que te fueras a currar con tus padres. Punto.

—Madre mía… —Víctor se echa las manos a la cabeza y se despeja el pelo de la frente, bufando indignado—. Siempre haces lo mismo. ¿Lo tengo que decir yo?

—¡¿El qué?!

—Que ya está.

—Eh…

—No, Dani, ni eh, ni ah… Está claro desde lo que pasó.

—Ah, pero ¿es en serio? —lo interrumpes.

Tu cerebro está tardando en procesar la conversación y, por muy rápido que necesites que vaya, tienes la sensación de estar quedándote atrás. ¿De verdad está hablando de romper? ¿Así, de golpe?

—¿Tú no lo ves o qué? —te pregunta.

—¿Que estamos pasando una mala racha? Sí, claro.

—Esto no es una racha, es una nueva normalidad que nos tiene comida la cabeza. A ti y a mí.

—No pongas palabras en mi boca.

—¡Es que no hace falta! Sé leer entre líneas.

—Pero ¿qué…? ¡Hostia, tío…!

—No me hagas quedar como el malo.

—¡Estás rompiendo conmigo!

—¡No, yo no estoy rompiendo contigo! Pero…

—Pero estás rompiendo conmigo.

—¡Dani, tío, que desde lo del policía me has acusado como mil veces de, literalmente, aprovecharme para hacerme más famoso!

—No es verdad.

—¡¿Cómo que no?!

—Bueno, ¿y? ¿No lo has hecho o qué?

—O sea, que sí.

—¡Te pedí que pararas y no me hiciste ni caso!

—¡Quería ayudarte!

—¡Querías hacerte más famoso por la vía rápida en lugar de currar!

—*Wow*...

—Y... y lo que te jode de verdad es que te haya salido mal y hayas acabado sin curro y sin agente. No que la denuncia no sirviera para nada.

No eres consciente de lo que has dicho hasta que las palabras han salido de tu boca. De primeras, solo te mira. No dice nada. Te observa con los ojos bien abiertos y eso te duele y te asusta aún más. ¿Cómo has sido capaz de decir eso?

—Al final vas a tener razón —dice en voz queda.

—Víctor, espera...

—No, no, me ha quedado claro. Has conseguido que la idea de irme a Mallorca me suene de la hostia.

—Víctor, para...

Tú te apartas de la cristalera de la librería para acariciarlo, pero él te rechaza.

—Y, por cierto —dice—, todo esto nos lo podríamos haber ahorrado si te hubieras callado la boca.

—¿Si no hubiera denunciado?

—No, si no los hubieras llamado hijos de puta.

La frase no la sientes como un látigo esta vez, sino como una flecha que te atraviesa el pecho y sale limpiamente por la espalda. En la punta se lleva consigo toda certeza que pudieras tener.

La culpa se cuela por los agujeros y empieza a ahogarte por dentro.

Ves cómo Víctor se contiene para no acercarse cuando te apoyas en

la cristalera de la Casa del Libro, fulminado. Ambos lo estáis. Esa es la verdad. También tú le has hecho daño, y no te sale abrazarte a él para que las heridas cicatricen. Quieres que le duela tanto como a ti. Probablemente él piense lo mismo, porque se queda quieto.

No hay cabida para el remordimiento o la vergüenza.

Al menos no en la guerra, aparentemente.

Por primera vez en años, lucháis en bandos distintos.

Tratas de que ese dolor sea lo que cure el daño, aunque quede lleno de pústulas y mal cicatrizado, y con las mismas te incorporas y echas a andar sin rumbo fijo.

—¡Dani!

No te vuelves.

—¡Dani, joder! ¿Dónde vas?

No respondes.

—¿Ahora soy yo el malo? ¡Dani!

No lo sacas de su error.

Sin darte cuenta, deshaces el camino hacia la entrada del metro de Gran Vía. Bajas las escaleras. Cruzas los tornos de la estación y en el instante en el que llega el tren y te haces un hueco entre los pasajeros, comienzas a llorar sin entender qué acaba de pasar.

La escena que acabas de protagonizar se repite en bucle una y otra vez en tu memoria. Tratas de hacer uso de los consejos de Paloma, pero ahora mismo la psicología se puede ir a tomar por culo.

Entras en el piso un rato más tarde y, aunque las chicas te saludan con entusiasmo, tú no respondes. Cruzas el salón a toda velocidad y te encierras en tu cuarto. Sabes que no se van a quedar quietas, así que echas el pestillo y te tiras en la cama. Ignoras las súplicas de Jimena y de Lola para que abras.

Te da igual todo.

Todo.

MARIVÍ

Le ves tú antes que él a ti.

—¡Víctor! —exclamas emocionada. No te crees que de verdad esté ahí. Que tu idea haya funcionado. Que haya vuelto a casa.

Recortas los pocos metros que os separan sin dejar de sonreír y estrechas a tu hijo entre los brazos en cuanto lo tienes delante. Él responde al abrazo con más frialdad de la que te gustaría, pero no te importa.

—¿Te ayudo con la maleta? —preguntas, aunque sabes que te va a decir que no.

Te ilusiona ver lo grande que es. La maleta. Debe de llevar ropa ahí para ¿tres, cuatro semanas? Y luego eso se limpia y se compra nueva y...

—Papá está en el hotel —explicas, de camino al coche.

Lo ves cansado. Lo ves delgado, pero prefieres no decir nada. Aunque te cuestan los silencios, prefieres contenerte y dejar el comentario para otro momento. Sabes muy bien cómo se pone cuando le mencionas algo de su aspecto y no quieres arruinar el primer día, que ya estará suficientemente cargado por todo lo demás.

En el trayecto del aeropuerto al hotel pones la radio y las canciones hacen más llevadera la conversación intermitente que mantenéis, en la que Víctor te cuenta sucintamente los últimos días, desde que os visteis en Madrid. No esperabas su llamada ni mucho menos su decisión, que os pilló por sorpresa. Tampoco dio explicaciones. Que sí, que iría una temporada a ver qué tal porque en Madrid todo estaba muy parado aún. Suficiente, pensaste tú. No necesitabas más. Víctor, su padre, sospechó y estuvo rumiando toda la cena la llamada de su hijo, pero tú le pediste que lo dejara estar y que cuando llegara tuviera paciencia y no se pusiera como siempre.

—Te he hecho la habitación —le dices—, pero si quieres que

vayamos a comprar algo, me dices, porque ya sabes que la tienes como la dejaste. Y ahora que te vas a quedar más tiempo...

—Más tiempo no sé —te advierte.

—Bueno, más que las últimas veces, que venías un fin de semana y te ibas.

—Porque trabajaba.

Respiras. Haces un esfuerzo para dejarlo pasar y cambias el rumbo de la conversación.

—Tú me dices y vamos a mirar, que han abierto una tienda nueva de muebles en el centro que me parece una monada.

Se cree que no lo ves, pero te fijas en cómo alza las cejas y pone los ojos en blanco. Te preguntas qué has dicho esta vez, pero, de nuevo, no lo mencionas. Va bien, te dices. Está aquí, al menos.

Cuando llegáis, el coche atraviesa el portón de la muralla y sigue el camino de piedras hasta el edifico principal. Observas cómo Víctor mira las piscinas que dejas a la derecha, junto a las dos villas y al restaurante, y aparcas el coche en vuestra plaza privada. Al bajar, los dos respiráis y tú sonríes. Ver el hotel a través de los ojos de otro, de los de tu hijo, siempre te emociona.

—¿Buscamos a papá y luego bajamos un rato a la playa?

—Vale —contesta él.

Aunque trata de ocultarlo, adviertes cómo se relaja frente al paisaje que se despliega ante vosotros. El hotel se encuentra en un punto estratégico de la isla: al suroeste, rodeado por la sierra de Tramontana y con el mar en frente. Durante años habéis luchado por obtener todos los certificados para diferenciaros de otros y lograr de manera oficial ser un hotel ecológico y respetable con el medio ambiente. No ha sido fácil, pero el esfuerzo ha merecido la pena y ahora es casi imposible no tener la ocupación completa en temporada. El *spa*, el acceso privado a la playa, el restaurante, reconocido entre los mejores de la isla, han dado sus frutos. De hecho, a pesar de haber terminado la temporada alta, sigue hasta arriba de quienes solo pueden permitirse viajar fuera de las fechas habituales. Al final, el boca oreja y las reseñas en internet han dado sus frutos, aunque no siempre fue así. Solo esperas que Víctor lo aprecie y entienda que el

negocio ha cambiado mucho desde que se marchó.

Poco a poco, te dices.

Encontráis a su padre en recepción, hablando con uno de los gerentes. Cuando os ve llegar, alza la mirada, se quita las gafas y sonríe con cautela.

—Ya estáis aquí —saluda, y le da un fugaz abrazo a Víctor.

—Pensábamos bajar a la playa antes de comer —dices—. ¿Verdad?

—Subo a dejar las cosas y estoy.

—¡Tienes las toallas sobre la cama! —exclamas, porque él ya se ha perdido por la escalera en dirección a la casita que hay en la parte trasera de la amplia finca: vuestra casa.

Víctor y tú os miráis.

—Paciencia —le adviertes, porque sabes que va a comentar algo.

—Veremos qué tal sale este experimento tuyo —bromea, pero a ti no te hace ni pizca de gracia.

—De experimento nada. Para que esté muriéndose de hambre en Madrid, mejor que esté aquí.

—Lo que tú digas. Tengo cosas que hacer.

Paseas por el jardín y aprovechas para revisar algunas cosas que te había comentado la encargada de la limpieza para darle tiempo a Víctor a que se haga a la casa.

—Víctor, ¿estás? —preguntas cuando entras.

La primera planta es abierta y diáfana: el salón y la cocina están unidos, con unas cristaleras que ofrecen una panorámica de la montaña. Las escaleras que suben al segundo piso se encuentran junto al baño. Arriba están las tres habitaciones: la de Víctor, la de matrimonio y otra para invitados. Y los baños, uno en vuestra *suite* y otro fuera, del que sale tu hijo ya cambiado, con el bañador, la camisa y las chanclas.

—¿Lo has encontrado todo? —preguntas, aunque lo que quieres saber es si está cómodo, si tienes que cambiar algo, lo que sea, para que se quede allí y se le olvide la posibilidad de regresar a Madrid.

Por supuesto, no dices nada de esto.

—Sí, ¿bajamos?

—Me cambio y ya —respondes.

Te ilusionas al recordar ese pasado lejano en el que eras tú quien lo esperaba a él porque nunca conseguía decidir qué juguetes llevar. Lo ves bajar las escaleras con las chanclas palmeando el suelo y contienes una sonrisa esperanzada. Va a salir bien.

Esta vez sí.

VÍCTOR

Te has prometido darle una oportunidad a esta nueva etapa. Fluir y ver qué pasa. Abrir la mente. Cuestionarte todo lo que te has negado hasta el momento. Aprovechar este tiempo para meditar sobre lo que quieres hacer con tu vida y tomar decisiones con sentido y no por impulsos. Lo tienes todo a tu favor. Ningún lastre. Ninguna obligación. Nadie te espera. Cero presiones, salvo escoger.

Y aun así..., joder, qué difícil está siendo, ¿eh?

Enseguida te sientes culpable por tener ese pensamiento tirado en la arena, tostado al sol después de haberte dado un baño rápido en el mar.

¿Por qué no puede gustarte esto y ya? ¿Por qué necesitas todo lo que has dejado atrás o, más bien, lo que te ha rechazado? ¿Por qué sientes que el mundo entero te está adelantando por la derecha? ¿Qué te impide ser feliz en la isla con tus padres, ayudándoles con el hotel? Igual podrías encontrar algún club de interpretación, incluso. Trabajar por las mañanas y asistir a talleres por la tarde. Algo habrá por ahí, ¿no?

La mera idea te hace bufar en mitad de la playa. Llevas quince días y ya estás pensando en lo que no debes. ¿Y entonces qué? Apuntarte y ensayar y preparar pruebas ¿y luego? No. Ya está. Muy clara tiene que ser la señal para que vuelvas a Madrid, y más después de la pelea con...

Te incorporas y miras las olas romper con suavidad en la orilla frente al sol que se pone.

¿Cómo ha podido cambiar todo tanto en menos de un mes? O igual no ha sido en ese tiempo. Igual es que no querías verlo y este último paso solo ha sido ley de vida, algo natural, inevitable.

O lo mismo sí que podría haberse evitado y no te dio la gana.

Tal vez, si no hubieras mentido y hubieras tenido más paciencia,

las cosas se habrían resuelto de otro modo. ¿Quién sabe? Quizá, si hubieras contenido esa lengua que tantos problemas te ha traído siempre y no hubieras culpado al mundo entero de lo que te pasaba a ti, la cosa habría ido mejor.

Pero la realidad es la que es: has vuelto al punto de partida, solo, con los sueños hechos añicos y el corazón herido de muerte porque eres gilipollas.

No te das cuenta de que estás llorando hasta que notas la lágrima a punto de colarse por la comisura del labio. Te la quitas con el dorso de la mano y la arena se te pega a la mejilla.

Lo más difícil está siendo no escribirle. No llamarlo. No preguntar qué tal está. Alguna mañana te has levantado tan desubicado que lo has buscado a tu lado en una cama en la que él jamás ha dormido. Sin ir más lejos, hoy, entre la vigilia y el sueño, te has creído de viaje y has pensado en escribirle en cuanto pudieras para decirle que todo había ido bien. Luego has despertado del todo y te has dado de bruces con su ausencia. Inmediatamente te has calzado las zapatillas y has salido a correr por la playa, aunque aún no había amanecido del todo. Y no te has permitido parar hasta que el agotamiento ha devorado la pena.

Qué fácil te lo puso. Se marchó esos dos días a casa de sus padres, tú hiciste la maleta, recogiste tus cosas y le pediste a tu madre el billete de avión que tanto había ansiado comprarte. Jime y Lola no podían creerse lo que estaba sucediendo. Te siguieron de un cuarto a otro, exigiéndote explicaciones, con una pena y una decepción que eran incapaces de ocultar.

—No vamos a dar tu habitación —te aseguró Isa—. Por si vuelves.

Se lo agradeciste, pero en tu fuero interno te convenciste de que aquello no iba a pasar. Delante de ellas tratabas de guardar la compostura, pero cuando no miraban se te saltaban las lágrimas. Nunca te habías sentido tan miserable ni cobarde. Habías tratado de hablar con Dani, pero después de que rechazara tus llamadas y no te contestara a ninguno de los mensajes lo dejaste estar.

Al menos durante el día tienes poco tiempo para pensar en nada que no sean los encargos de tu padre. No sabes por qué, pero creías

que tu trabajo allí sería mucho más administrativo. Tanto hablarte de dirigir el hotel, de hacerte cargo del negocio familiar... Fue una sorpresa mayúscula ver que te ponía de ayudante de Francesc, el conserje de sesenta años que llevaba con tus padres desde el principio, lo que al final se ha traducido en ir de un lado para otro cada vez que alguien necesitaba algo. Toallas. Jabón. Sábanas. Comida. Compras de última hora. Encargarte de lo que requieran en el huerto. Comprobar la limpieza de la piscina. Cada día hay nuevas tareas que se suman a las anteriores. Nunca te habías imaginado que mantener un hotel pudiera suponer tanto esfuerzo. Igual por eso tu padre quiere que empieces desde abajo, como esos grandes magnates que ponen a sus hijas a trabajar de cajeras antes de darles el control de la fortuna, solo que con un hotelito en Mallorca.

Al menos has recordado cómo se monta en moto, por si lo requieren en un *casting* de los que ya no vas a hacer. Al tercer día tu padre sacó el trasto con el que te mueves por la zona, comprobó que funcionaba, la llenó de gasolina y te la entregó cual rey que unge a su caballero. Desde ese instante, si no querías ir a pie, y estaba claro que no ibas a querer, teniendo en cuenta lo apartado que estaba el hotel de todo, tendrías que aprender a usarla de nuevo.

Tampoco te quejas. Al menos tienes las tardes libres para bajar a darte un chapuzón o aprovechar los últimos rayos de sol, cuando no te acercas a la ciudad, aunque tardes casi una hora. La localidad más cercana al hotel, Bañalbufar, no tiene más que lo imprescindible, y si te quedas allí acabarás ahogándote. Tus padres lo saben, igual que son conscientes de que ya no eres un adolescente, y no ponen pegas para que entres y salgas, siempre que te pagues tú la gasolina y por la mañana estés en recepción a la hora que toca.

Libras los sábados a partir del mediodía y los domingos enteros. Es lo único que le pediste a tu padre, y él, por intercesión de tu madre, acabó aceptando. Además, te lo estás ganando con creces. Así que en cuanto acabe de ponerse el sol piensas subir a casa, pegarte una ducha, vestirte y salir por Palma. No has avisado a ninguno de tus amigos de la infancia y le has pedido a tu madre que no lo comente por ahí. Ya habrá tiempo de ver a quienes fueron contigo al instituto.

O al menos a quienes queden.

Dicho y hecho: con el último rayo de luz esfumándose en el horizonte, suspiras y te pones en marcha. Escoges una camisa, te pones unos vaqueros, te echas tu colonia favorita y también algo de gomina para domar el pelo, que ya tienes demasiado largo, y les dices adiós a tus padres.

—Ten cuidado. Avísame cuando llegues —te pide tu madre—. ¿Con quién has quedado?

—Con estos —dices, aunque es mentira y ni siquiera sabes a quién podrías referirte con lo de «estos», pero supones que tu madre se habrá hecho sus propias conjeturas.

Nunca has salido solo, pero ya está bien de quedarse en casa, y siempre tiene que haber una primera vez para todo, ¿no? Sabes que el casco te va a fastidiar el *look*, pero llevas un peine para darle algo de forma cuando aparques.

Esto es lo que hace el nuevo Víctor, tienes que ir haciéndote a la idea.

Cuarenta minutos después, porque le has metido algo de caña, aparcas en el centro con facilidad. Es lo bueno que tienen las motos. Te retocas el pelo, que no está tan mal como esperabas, y te diriges al The2, un pub de ambiente que has buscado en internet. Antes de marcharte de la isla solo salías por donde te llevaban tus amigos, y nunca era a bares gais, así que ese mundo nocturno autóctono es nuevo para ti.

No está muy lleno aún cuando entras, pero sabes que eso cambiará pronto. Te pides una cerveza en la barra y te colocas junto a una pared a ver el *show drag* que hay en el escenario. Consuelo Atupadre se llama la artista, y aparte de cantar con una voz grave y trabajada, también tiene una lengua viperina, con la que reparte comentarios insidiosos y cargados de veneno a todos los que estáis allí. Las risas son atronadoras y cuando acaba su *show* los aplausos reverberan por el local.

Cuando vas a por la segunda cerveza, ya está considerablemente más abarrotado. Tienes que controlar si luego piensas coger la moto de vuelta al hotel, pero aún queda rato para eso. Te hace gracia que,

aunque sea la ciudad que te vio nacer, nunca te has sentido más extranjero. Allí nadie te conoce, ni te reconoce tampoco. El pensamiento te tranquiliza al tiempo que te apena. Tu ego dolido responde cambiando en el último momento la cerveza por un gintónic. Como es lógico, el recuerdo de la última vez que desfasaste en Madrid te viene a la mente, pero lo espantas con el primer trago.

Eso era antes y esto es ahora.

Con la copa lista, te acercas a la zona central, donde te centras en disfrutar de la música que va pinchando el DJ. No te da vergüenza bailar, por muy solo que estés. Tal vez por eso acabaste en escenarios y frente a las cámaras. Para, te dices. Y sigues girando y balanceándote mientras vas agotando la copa con la pajita, trago a trago a trago a…

De pronto un chico te mira y te sonríe. La sensación de que la última vez que viviste algo así fue hace mil años te deja pasmado un segundo, pero enseguida te recuperas del *shock* y le respondes con un gesto de mentón para que se acerque. Estás nervioso, pero no piensas dejar que se te note, así que cuando llega a tu lado te presentas y él te dice su nombre: Isaac. También ha ido solo. Luego ha quedado con unos amigos en otro lado. Es guapo y tiene unos ojos oscuros, penetrantes, que clava en los tuyos mientras bailáis. Debe de rondar los treinta y se cuida. Te saca media cabeza y tiene los brazos musculados bajo la camiseta negra. El colgante en forma de flecha cae entre sus pectorales marcados. En el pasado no te estaría costando tanto acercarte un poco, insinuarte, sujetarlo por la nuca para bailar más pegados, pero ahora… ahora te sientes como si le estuvieras poniendo los cuernos a Dani.

Aunque habéis roto.

Aunque has huido de la península.

Aunque ya no sois nada.

Es él quien se acerca y también el que coloca su mano en tu cadera y te atrae. Es él también quien pega su boca a tu cuello y comienza a acariciarte desde allí hasta el lóbulo de la oreja. Pero tú eres quien se deja y quien cierra los ojos y le sujeta la cabeza para que no pare, y el que responde al beso en cuanto sus labios olvidan el cuello para

centrarse en tu boca.

La tercera copa no os la tomáis allí, sino que os vais a una discoteca en las afueras, en un polígono industrial, donde están sus colegas. Te propone dejar la moto donde la has aparcado e ir en su coche. Entiendes las implicaciones de ello: esa noche o acabas en su piso o tendrás que pillarte un taxi para volver al centro, coger tu moto e irte a casa. Con una culpa perversa e injustificada, deseas que sea la primera opción cuando le respondes que vale, que te parece bien.

Y tus deseos se cumplen.

En la discoteca seguís bebiendo y bailando y descubriendo vuestros cuerpos por encima y por debajo de la ropa, entre risas ahogadas y rincones donde los láseres de colores no llegan. A sus amigos los ve un minuto, te los presenta con un saludo y luego te arrastra a la pista para no compartirte. Te gusta la seguridad con la que toma decisiones. Siempre eras tú esa persona, y no está mal dejarse llevar por una vez.

Todo esto lo piensas a la mañana siguiente, cuando te despiertas en su cama, en bolas y con una resaca de campeonato. Te cuesta recordar detalles de las últimas horas de la noche, pero poco a poco tu cerebro va uniendo las piezas mientras Isaac ronca suavemente a tu lado, también desnudo.

Bailasteis en la discoteca hasta que fue la hora de cerrar. Él te aseguró que podía conducir. Tú tuviste la suficiente consciencia de escribir a tu madre antes de que llamara a la Policía para decirle que dormías en casa de un amigo.

Él te trajo a su piso y te empezó a desnudar en el ascensor, igual que tú a él. Por un momento te preocupó que los vecinos os oyeran u os vieran, pero el alcohol y la excitación acallaron esas voces. El piso, más allá de la habitación en la que te has despertado, ni lo recuerdas. Lo recorristeis semidesnudos, palpando las paredes él para no perder el equilibrio y tú deshaciéndote de las últimas prendas de ropa hasta caer en la cama. Por suerte, vive solo. Eso sí que te suena que lo mencionó. El sexo fue divertido, algo sucio y tristemente fugaz para tu gusto. Fue como si la energía de toda la noche se le hubiera esfumado de pronto al caer sobre el colchón. De todos modos, daba igual. La

realidad del asunto es que no era Dani.

—Buenos días —te dice, en pleno bostezo. Te llega su aliento, dulce por el alcohol. Sonríe y se destapa lo justo para que veas la erección que esconde bajo las sábanas.

—Tengo que irme.

—¿En serio? ¿No te quedas un rato? —te ofrece, alargando la mano para acariciarte mientras comienza a masturbarse con suavidad.

Pero tú te levantas. Qué borde eres, Víctor… Sin alcohol, sin música y sin excusas, el recuerdo de Dani acaba de envolveros como la niebla en el día más frío del invierno, y tú estás desnudo.

Recoges tu ropa y te la pones a toda prisa. Cuando Isaac te ofrece acercarte a por la moto le dices que no hace falta, que está bien. Le agradeces todo y sales del piso corriendo. No sabes de qué huyes, pero al cabo de unos minutos asumes que nadie logra escapar jamás de sí mismo y sus malas decisiones.

DANI

La calma chicha de las primeras semanas en la oficina se ha ido cargando como una tormenta eléctrica y el primer relámpago cae durante la pausa para el almuerzo de ese día.

—Hola —dice Cande cuando entra en el pequeño comedor donde se encuentra la máquina de café.

La gente se vuelve y la saluda. Tú también, aunque no habéis vuelto a cruzar palabra desde el día que te acusó de mentiroso. Si te oye, no dice nada, aunque tampoco es que responda a los otros, por lo que no te lo tomas a mal.

Te has traído un sándwich de pavo y queso que estás devorando con hambre mientras revisas las notificaciones de tu móvil. En el grupo del piso están hablando de si deberíais dejar de comprar en uno de los supermercados de siempre para probar a hacer la compra *online* y que os la traigan a casa porque...

—Oye, al final, ¿qué?

Levantas la vista y te encuentras con Candela, de brazos cruzados y con el vaso de café en una de las manos. Está tan cerca que tienes que inclinarte para mirarla.

—¿Cómo?

—Lo de tu historia. Nada, ¿no?

—¿Nada de qué?

—No te hagas el tonto, por favor —te espeta—. Nada de nada, que al final ni denuncia ni mierdas, ¿no? Que no ha pasado nada.

Sientes cómo te sonrojas, pero no piensas callarte. Esta vez no.

—Eso es algo que no tengo que hablar contigo. Si me dejas, estoy...

—Vamos, que lo que yo decía. —Alza la voz para llamar la atención de los que no estaban pendientes de vosotros—. Que os lo inventasteis para que tu novio se hiciera famoso y tú dieras un poco de pena. Increíble... Y la vida de ese agente, ¡arruinada!

—Pero ¿qué estás diciendo? Si tanto te interesa, pusimos una denuncia y ahora está en manos de mi abogada.

—Sí, claro. Medio año y vais a seguir con ello.

—¿Tú no sabes que la justicia va despacio o qué?

—A mí no me hables así, ¿eh?

—Mira, de verdad, déjame en paz —le pides, y te vas a levantar cuando ella te mueve la silla con el pie. Es algo tan repentino que aunque tratas de sujetarte a la mesa, te caes al suelo—. Pero ¡¿qué te pasa?!

—¿A mí? —ella se ríe con inocencia—. ¡¿Qué te pasa a ti?! ¿También me vas a acusar de haberte agredido o qué?

Contienes las ganas de llorar que te está provocando la rabia, aprietas con fuerza el papel de plata en el que habías envuelto el sándwich. Se te ocurren mil cosas que decirle, pero no es como la otra vez. Ahora te obligas a pensar un instante, como te recomienda Paloma en sus sesiones, y valorar los pros y los contras de todas las opciones posibles. Te fijas en que, además, un compañero, amigo de ella, os está grabando disimuladamente con el móvil. Si le dices que pare será peor, así que respiras mientras ella espera que reacciones y te das la vuelta.

—Como te he dicho —añades, ya en la puerta de la cocina—, es algo que no tengo que hablar con nadie de esta oficina. Y que tú no te lo creas no lo hace menos real. Me dijiste que tu padre era comisario, ¿no? Pues espero que tenga un poco más de empatía que su hija, porque si no, van a estar bien jodidos los sevillanos.

—¡¿Qué coño tienes que decir tú de mi padre, maricón?! —el insulto lo dice en voz baja, sibilina, pero se escucha perfectamente.

Te queda claro que has ganado cuando la oyes perder los papeles de esa manera, pero no añades más. Vuelves a tu sitio y sigues trabajando. Te tiemblan las manos, pero nadie lo ve. De pronto recibes un aviso en el chat de la empresa: es un corazón de un compañero, Andrés, que te sonríe desde su sitio y levanta los pulgares. Por un segundo valoras si también se está riendo de ti, pero enseguida te queda claro que no. «Ni caso», te escribe, y tú respiras porque sabes que no estás solo y eso sienta bien.

Cuando acaba la jornada te diriges al metro y avisas a Gero: «Ya he salido». Él te contesta al segundo diciendo que él también va de camino.

Habéis quedado en uno de los bares de la plaza de Cubos. Hace dos años que no os veis y tu primer pensamiento es que quizá no lo reconozcas. Como si en ese tiempo se hubiera transformado por completo. Como si sus fotos de Instagram no te hubieran dejado claro que sigue siendo el mismo, salvo por el pelo, que se lo ha rapado casi al cero porque, como tú sospechabas en su día, sufría alopecia temprana y ha decidido lidiar con ello así.

No ha llegado aún cuando tú eliges una de las mesas interiores. El frío en Madrid se ha disparado de un día para otro y de golpe has pasado de la camiseta corta al abrigo de plumas. Ciclogénesis explosiva y borrasca al canto.

Eliges una mesa cerca del ventanal y te colocas de cara a la puerta para verlo llegar. ¿Por qué estás nervioso? Lleváis hablando ya un tiempo. Últimamente con audios, como hacíais cuando empezasteis a salir. Te pides una Coca-Cola mientras esperas, aunque justo cuando se marcha la camarera lo ves entrar.

Gero sonríe de lado cuando te ve, igual que lo recordabas. Tú te levantas y os dais un abrazo que te resulta extraño porque la última vez que estuvisteis juntos erais novios y os saludabais con un beso en la boca. La misma vez que se marchó de la discoteca sin que tú supieras que había roto contigo y no volvería a escribirte ni a verte más.

Pero eso ahora no importa.

—¿Una Coca-Cola? —comenta justo cuando vuelve la camarera con el refresco—. ¿Te has vuelto abstemio en estos años o qué? Para mí un vino blanco, por favor. Verdejo. ¿Cómo estás?

Lo dice todo de carrerilla, primero mirándola a ella y luego a ti.

—Bueno, bien. Época rara.

—Me imagino. ¿Has vuelto a saber de...?

—¿Víctor?

—Eso. De Víctor. Nada, ¿no?

Te duele hablar de él, aunque ya ha pasado un mes. Mentirías si

dijeras que no entras de vez en cuando en sus redes para ver si ha subido algo, pero aparte de atardeceres y fotos de montañas, no ha dado muchas señales de vida. Mejor, supones.

—¿Y tú?, ¿qué tal el trabajo? —preguntas para cambiar de tema—. ¿Has entregado ya el proyecto ese con el que andabas?

—Buf, breado me tienen, pero sí. Ser consultor es la movida que te cuentan, pero peor.

Te ríes, aunque no entiendes muy bien la broma porque cuando estabais juntos acababa de empezar como becario. Lo mayor que te parecía por entonces, y eso que solo te sacaba dos años. Pero tú aún estabas acabando la carrera y el mundo empresarial te sonaba diferente. Ahora, sin embargo, te da la sensación de que de pronto el tiempo se haya combado para haceros ser de la misma edad.

—Me alegro de que hayamos quedado —dice, después de beber de la copa—. Nunca supe si querrías volver a saber de mí y por eso...

—Ya... —respondes, más por incomodidad que porque no quieras oír sus excusas—. Todo bien.

—Sé que lo hice regular. Me puse nervioso, me agobié y...

Bajas la mirada porque desde ese día siempre te has imaginado lo que os diríais si os volvíais a ver, y ahora que está teniendo lugar la conversación, prefieres que pase cuanto antes.

—Pero aquí estamos, ¿no? —concluye—. ¡Por los reencuentros!

Lo hace sonar como si os hubierais ido a recorrer el mundo por separado y os hubierais topado de pronto en un país recóndito. Aun así, brindas y sonríes.

La conversación cambia de tercio hacia otros temas más banales, como las películas que llegarán pronto, los conciertos a los que tienes ganas de ir o los últimos restaurantes que habéis descubierto por separado y a los que deberíais ir alguna vez. Después del refresco te pasas a la cerveza, y Gero comenta con humor que por fin te vas poniendo a su altura, que le estabas haciendo sentir mal. Durante fragmentos de la conversación parece que el tiempo no haya pasado y en otros te preguntas qué cojones haces ahí y qué has venido a buscar.

La cita, o lo que sea, termina de manera algo abrupta cuando él recibe una llamada de su hermana porque se le ha estropeado el coche

y tiene que ir a buscarla con la moto.

—Qué puntual —gruñe él, mientras pide la cuenta—. El próximo día, un cine. Vamos, si quieres repetir. Que igual te ha parecido un horror quedar conmigo.

Se ríe y tú te apresuras a decir que no.

—Vale, vale. Es que igual no querías que nos viésemos otra vez.

—Anda ya, Víc…, digo, Gero. —Estás seguro de que se ha dado cuenta del error, aunque no lo menciona. Ha sido un lapsus. Se limita a pagar y os levantáis—. Te hago Bizum ahora.

—Ni se te ocurra. La próxima, tú —comenta mientras salís a la calle.

Camináis hasta la moto, que tiene aparcada al final de la plaza.

—Bueno… —dices, con las manos en los bolsillos.

—Me escribes, ¿eh?

—Sí —le aseguras, e inclinas la cabeza hacia tus zapatillas.

Cuando la levantas, la cara de Gero está ahí, pegada a la tuya, y sus labios se encuentran con los tuyos antes de que puedas reaccionar.

No te apartas, pero la sensación es extraña. Será por el susto de lo inesperado, supones, mientras él se monta en la moto, arranca y se pierde por la calle Princesa. Hasta que no llevas un rato caminando no caes en lo que te ronda la cabeza desde el principio de la cita: en ningún momento te ha llegado a pedir perdón por lo que hizo.

Un mensaje al móvil te impide darle más vueltas al asunto. Es de Jime y te deja paralizado en mitad de Fuencarral.

JIMENA

Nos han entrado en casa.

—¿Has avisado a Dani? —te pregunta Lola, yendo de una habitación a otra.

—Sí, ahora mismo —respondes.

Todo te da asco. Te sientes extraña en tu propia casa. Te da la impresión de que lo han tocado todo, de que no estás segura. ¿Y si vuelven? Lola ha tenido la idea de trancar la puerta con una silla, aunque la lógica te dice que por ahí no piensan volver a pasar. Te apoyas en el respaldo del sofá, pero te levantas porque hasta ese mueble te da grima. Aún llevas puesto el abrigo de cuando habéis regresado a casa y os habéis encontrado con la escena. Hay ropa tirada por el suelo, cajones y armarios abiertos. El televisor del salón ha desaparecido, al igual que la aspiradora inalámbrica. ¿Para qué coño querrán una aspiradora inalámbrica? No, en serio. Hasta en la cocina han entrado y han desparramado tarros y vajilla para ver qué encontraban.

Tu primera reacción ha sido correr a la caja fuerte, pero esa no la han visto. Está escondida detrás de un panel falso en lo alto del armario. Tendrían que haber cogido una silla o algo para subirse y no han debido de tener tiempo.

—A mí me falta pasta que tenía en el cajón de mi mesilla, y las joyas —dice Lola—. Me cago en su puta madre.

La peor parte se la ha llevado la puerta de entrada. Mira que llevabais tiempo diciendo que había que cambiarla, que era muy vieja, muy endeble. Debía de tener tanto tiempo como los cimientos del edificio, y ni tu abuela ni tú habíais hecho nada porque, total, ¿quién iba a querer robar en un cuarto piso de un edificio más viejo que la Tana en pleno centro, habiendo tanto turista incauto? Hay que ser ingenua, te dices… Al final, como dice tu madre, hasta que no hay un

disgusto no se toman decisiones.

Vuelves al cuarto de Dani, pero no tocas nada. Miras los cajones sacados de la cómoda y el armario abierto de par en par, como el resto de la casa. En ese instante oís un golpe en la puerta y ambas dais un respingo.

—¿Me abrís?

—Es Dani —dice Lola.

—¡Pues claro! —responde él desde el otro lado.

Lola aparta la silla y le dejáis entrar.

—Al menos funciona —comenta tu amiga, volviendo a dejar todo como estaba.

Dani camina con cuidado hasta su habitación y, como os ha pasado a vosotras, se queda mirando el interior desde la puerta sin saber qué hacer.

—Amor, mira a ver lo que te falta —le dices, acercándote.

Y él por fin reacciona y comienza a rebuscar por todos lados.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Hemos salido a comprar unas cosas y se ve que debían de estar pendientes, porque no hemos tardado más de quince minutos —explicas.

—Yo creo que los ha ahuyentado algún vecino —añade Lola—. Bueno, estamos dando por hecho que eran dos, pero igual era uno, o una.

—Solo para cargar con la tele ya necesitas las dos manos, y se han llevado más cosas —apuntas.

Te sorprende lo calmados que estáis los tres, aunque el susto inicial aún te dura en el cuerpo…

—¡No! No, no, no, no, no… —se lamenta Dani de pronto.

—¡¿Qué?!

—No, joder…

—Dani, ¿qué pasa? ¿Qué se han llevado?

—El colgante de plata de Disney —responde, al borde de las lágrimas—. Pero ¿cómo lo han encontrado? ¡Estaba al fondo del armario!

Sabes a qué colgante se refiere: al que le regaló Víctor. No

comentas nada. Te acercas a él y lo abrazas.

—Lo siento —dices.

—Si no es tu culpa, es solo que…

—Soy vuestra casera. Debería haber cambiado esa puerta hace años.

En ese momento tocan al timbre de abajo.

—¿Quién es? —pregunta Dani.

Lola y tú os miráis un segundo.

—Es la Policía —explica ella—. Los hemos llamado antes.

Él traga saliva y asiente, pero notas que su color de piel baja unos tonos.

Se presentan dos agentes, un chico y una chica. Lo primero que haces, por inercia, es mirar el rostro de Dani para comprobar si reconoce al hombre. Si, por casualidad, estuvo implicado la noche del bofetón. Pero tu amigo no hace ningún comentario y los policías no parecen saber quién es Dani, así que, cuando ves que todo parece tranquilo, prestas atención a lo que Lola les está contando.

El chico toma nota de todo mientras ella os pregunta si puede entrar en las habitaciones para echar un vistazo. Dani los mira hacer en silencio, como si estuviera en medio de una reserva natural estudiando a leones. La realidad es que son amables y pacientes. Cuando acabáis os confiesan que no es muy probable que aparezca lo que os han quitado, pero tal vez haya suerte y den con ellos. Han avisado a las patrullas que hay por la zona, pero la denuncia tenéis que hacerla en comisaría. En caso de que encuentren alguno de los objetos, debéis haberlo registrado previamente.

—Muchas gracias, agentes —les dice Lola, después de que hayan tomado nota de todos los detalles.

—Haremos lo que esté en nuestras manos, y nuestra recomendación es que cambiéis la cerradura y… también la puerta —comenta al mirarla con detenimiento.

Otra vez sientes el aguijón de la culpa, pero dices que sí, y ellos, tras deciros lo mucho que sienten lo sucedido, se marchan.

Por asegurarte, te giras hacia Dani en cuanto desaparecen escaleras abajo.

—No eran…

—No —dice él.

—Me alegro. Parecían majos.

—Para lo que han hecho… —comenta Dani, con aspereza—. Toca ir a comisaría. ¿Vamos?

—Voy yo —dice Lola, tecleando en el móvil—. He quedado con Gabriel allí ahora.

—¿No quieres que vaya yo? —preguntas.

—Qué va. Si no os importa, ¿recogéis esto y ponéis una lavadora con lo que hay por el suelo? Mandadme por WhatsApp lo que os falte para ponerlo en la denuncia.

—Sí, y voy a llamar ya mismo al cerrajero y a mi padre para que me aconseje a alguien que nos ponga una puerta nueva.

Lola coge su bolso, el abrigo, que había dejado sobre una de las sillas del salón, y os dice adiós.

—No van a encontrar nada, lo sabes, ¿no? —te dice Dani.

—Oye, ¿quién sabe?

—Yo lo sé. Pero bueno, que quede todo registrado, no vaya a ser.

—Pues sí —respondes, ignorando el sarcasmo que destilaba su comentario—. Por cierto, ¿al final has quedado con Gero?

Dani se vuelve con gesto sorprendido, como si se le hubiera olvidado que os lo había dicho.

—Sí. Hemos ido a tomar algo rápido.

—¿Y?

—Y… ahora mismo prefiero ordenar la casa. Ya os contaré.

No es la respuesta que esperabas, pero no insistes. Habrías preferido que te dijera que ha recordado lo idiota que era o que se ha aburrido, pero es su vida, y por mucho que Lola y tú deseaseis que Víctor y él lo arreglaran y volvieran a estar juntos, sabes que solo el tiempo puede lograrlo…, y tal vez ni eso.

VÍCTOR

Tu padre te llama a su despacho una mañana a principios de diciembre. Te extraña que no esté también tu madre con él cuando entras, aunque supones que andará gestionando alguna historia en otra parte del hotel.

—Siéntate —te pide—. ¿Quieres un café?

—No, ya he desayunado. ¿Pasa algo?

Aunque lo notas tranquilo y no ha sucedido nada en los últimos días que te haga sospechar, en el tiempo que llevas allí podrías contar con los dedos de una mano las veces que tu padre ha querido tener una conversación a solas contigo… y te sobrarían tres dedos.

—¿No puedo charlar contigo o qué? —responde él, sirviéndose una taza de la máquina que hay sobre la encimera, detrás del escritorio. Tú te sientas delante y aguardas—. ¿Cómo estás?

Es la última pregunta que hubieras esperado que te hiciera, pero respondes con sinceridad.

—Un poco cansado, pero bien.

Él se ríe. Una carcajada grave que te hace calcular cuándo fue la última vez que la escuchaste.

—Al final te va a gustar esto y todo.

—No está mal.

—¿Cuánto llevas ya aquí? ¿Dos meses? Pues te voy a reconocer una cosa: no daba un duro por que fueras a durar más de una semana. Pero mira tú, lo has hecho, y sin quejarte ni tomar atajos.

¿Dos meses ya? Navidad está a la vuelta de la esquina, cierto. Si se lo dijeras a alguien, no te creería, pero hacía tiempo que habías dejado de pensar en ello. En cuánto llevabas sin pisar Madrid o un plató. En cuánto llevabas sin hablar con Dani. La última vez que habías hablado con Jimena y Lola fue al poco de que les entraran a robar en casa. Les escribiste para preguntar que qué tal seguía todo

por allí y te lo contaron. Pero te daba la sensación de que había sido hacía una semana.

El trabajo te había absorbido hasta perder el sentido del tiempo.

—¿Cómo ves asumir una posición de más responsabilidad?

Te suelta la pregunta a bocajarro y tu primera reacción es pensar que es una trampa.

—Eh… ¿en serio?

—Víctor, yo no bromeo con casi nada, pero con el hotel, menos. Di.

—A ver, papá, no sé… ¿Qué es más responsabilidad?

—Pues dejar de ser el chico de los recados y encargarte de más cosas. Estar más cerca de mí, entender cómo funcionan los temas administrativos…

¡Ahí lo tienes! ¿Cómo te sientes? Te sorprende descubrir que eres ese arquetipo de joven que se ha pasado la vida obsesionado con que su padre lo quiera, lo admire y se lo demuestre. Que lo anteponga a todo. Que tenga ese hueco siempre para él y compartan momentos únicos y especiales, padre e hijo. Y ahora que por fin lo has hecho, que por fin lo escuchas decir que eres digno de ser como él… ¿te bloqueas?

—Me lo tendría que pensar.

—¿El qué?

—Pues lo que me has preguntado.

Tu padre resopla y se acaricia el entrecejo. Se acabó el hechizo. Como siempre que no recibe la respuesta que espera, su actitud cambia por completo y la ilusión del padre considerado y cariñoso, empático incluso, se desvanece y vuelve la frialdad habitual. Y con ella llega la culpa de haberlo hecho tú mal, de haberlo podido evitar, de estar siempre buscando gresca, como dice tu madre.

—No te he dicho que no —añades.

—Estas cosas no se piensan. Estas cosas se saben.

—Eso te pasará a ti.

—Y a todo el mundo.

—Bueno, pues yo no soy todo el mundo.

—No, tú eres especial, Víctor. De siempre, tú eres el más especial.

—Pero ¿de qué vas?

—Voy de que te estoy ofreciendo un trabajo por el que mataría hasta el hijo del vecino y tú te lo tienes que pensar.

—Sí, me lo tengo que pensar. Y si eso es un problema para ti, lo mismo te digo ya que no y…

La puerta del despacho se abre en ese instante y tu madre aparece por ella con gesto descompuesto.

—Mariví, ¿qué haces?

—Piénsatelo —te dice ella antes de volverse hacia tu padre—, no hay prisa, Víctor. Que se lo piense.

—Lleva pensándoselo casi tres años.

—Sí, ¡y quince, no te jode! —respondes tú—. Pero ¿tú te crees que yo he tenido el hotel en la cabeza todos los días que he vivido fuera de aquí?

—Pues deberías, porque este es tu futuro.

—No, papá: es el tuyo. No lo quería antes y sigo sin quererlo ahora.

—Pero, hijo, ¿qué dices? —interviene tu madre con tono asustado, tensando la sonrisa—. Si te encanta. Tú mismo me lo dijiste el otro día, que era mucho mejor de lo que esperabas.

—Y lo pienso. Pero…

—¿Pero?

Pero decir que sí a la oferta que te está haciendo tu padre sería atarte de verdad, para siempre. Una vez hecho eso, tendrías que quedarte y dedicarte a ello en serio, sin medias tintas, sin vuelta atrás. Y claro, eso es mucho. Pero, de no ser así, habrías hecho perder el tiempo a tus padres para nada y marcharte sería aún más traumático para todos.

Por otro lado, ¿te has planteado adónde vas a ir?

—Dejad que me lo piense. Es lo mínimo, ¿no?

Tu padre va a responder otra vez, pero tu madre, como siempre, lo para con la mano en el brazo.

—Lo es. Piénsalo y, cuando lo tengas decidido, nos cuentas. Pero queremos que sepas que para nosotros sería de muchísima ayuda que te quedaras. Nos sabría muy mal que otro se encargase de lo que

hemos levantado nosotros. Llámanos egoístas, pero es que es nuestro. Y tuyo. Y llegado el día queremos que siga siendo así.

Te ahorras decirle que ese no es tu problema. Que lo entiendes y que te gustaría haber nacido con la ambición necesaria no solo para mantener el hotel, sino para abrir cien más por todas las costas del mundo y levantar así un imperio. Pero ese no eres tú. O al menos no crees serlo. Aunque si no te queda más remedio, igual te toca asumir ese papel, como has hecho con tantos otros en la ficción.

Sales de allí con un nudo en el estómago y dejas a tus padres gruñendo en voz baja. No hace falta que pegues la oreja a la puerta para imaginar lo que estarán diciendo. Tampoco te importa porque no puedes cambiarlo. Dos meses en la isla y ya sientes que te ahogas. Que ya te ha ofrecido todo lo que podía interesarte en este momento de tu vida. Por eso te has centrado en el hotel. No porque tus deseos hayan cambiado, sino porque no te quedaban mejores opciones, y al final preferías estar allí y asegurarte de que todo iba bien antes que pelearte por encajar en las vidas de tus antiguos amigos.

Aún arrugas la nariz al recordar el sábado en el que quedaste con dos de ellos. Patricia y Agus. No lo pasaste mal, pero te bastó una hora para comprender que vuestras vidas ya no tenían nada en común y que lo único que os había unido en aquella época había sido la casualidad de vivir cerca. Ninguno hizo muchos más esfuerzos por repetir.

Por suerte, has podido aprovechar la moto para recorrer la isla durante los fines de semana y aunque sí que has salido alguna noche más, ninguna ha sido como la primera. Sí, te han entrado chicos y sí, a más de uno en cualquier otra circunstancia le habrías dicho que adelante, pero no te has visto con ánimos. Da igual lo mucho que te lo hayas propuesto, Dani sigue ahí y no se marcha de tu memoria. Es como un fantasma al que necesitas pedir perdón para que deje de acecharte. Solo que tú no solo quieres pedirle perdón, ¿verdad? Lo que quieres es que vuelva, que se quede y que no se vaya nunca más.

En tu habitación revisas el móvil, que habías dejado cargando, y entre las distintas notificaciones de redes sociales te llama la atención un mensaje de…

—¿Mairena? —No puedes evitar pronunciar su nombre en voz alta porque te cuesta creerlo.

Extrañado, pinchas en la burbuja y, cuando se despliega el texto, empiezas a replantearte si empezar a creer de una vez por todas en la magia, porque aquello no puede ser casualidad.

Y menos después de la conversación que acabas de tener con tus padres.

DANI

Cuando José Miguel, el director de la agencia, te llama a su despacho intuyes para qué es, pero cuando además te encuentras ahí a la jefa de Recursos Humanos, te convences del todo.

—Daniel, pasa y siéntate, por favor —te pide él, señalando una de las pequeñas butacas que tiene en frente.

Tú obedeces y cierras la puerta. Elia, la mujer de pelo canoso que te hizo la entrevista de ingreso después del periodo de prácticas y que te permitió quedarte, te sonríe levemente antes de sacar unos papeles unidos por un clip de la carpeta que lleva encima.

Él es un hombre joven, tranquilo y jovial. No es la clase de jefe que uno podría esperar y, de hecho, si alguien no supiera su puesto real lo confundirían con cualquier diseñador o *copy* de la agencia.

—Gracias por venir —añade tu jefe. Como si tuvieras más opción, piensas.

Es lo que le faltaba al mes, claro que sí. No habías tenido suficiente con el robo en casa, del que, por supuesto, no se había vuelto a saber nada, que ahora se venía un despido.

Notas cómo se te acelera la respiración y estás convencido de que estás sonrojándote, pero tratas de aguantar su mirada con paciencia, como si no supieras lo que te va a decir. Solo te queda escuchar la razón. ¿El asunto del policía? ¿Que algún compañero se ha quejado? ¿Que, simplemente, no has cumplido con las expectativas?

—Antes de nada, te queremos pedir perdón.

Tienes que aguantarte las ganas de pedirle que te repita lo que acaba de decirte, no porque no lo hayas oído, sino porque no te lo crees. ¿Desde cuándo le piden perdón a alguien al que quieren despedir?

—Deberíamos haber detectado el problema antes, pero estas cosas a veces pasan —dice Elia—. ¿Tú cómo estás?

—Eh..., pues bien, no sé... —dices, sin entender a qué se refieren.

El director la mira a ella y añade:

—Ya nos hemos hecho cargo de las personas implicadas. En Marketink nos tomamos muy en serio todo tipo de acoso y no vamos a permitir que ninguno de nuestros empleados sufra *mobbing*.

—Aunque habríamos preferido que nos lo hubieras dicho tú, Daniel —apunta la mujer—. Estamos seguros de que no va a haber una próxima vez, pero si la hubiera, sabes que estamos contigo.

Te debates entre si dejarlo estar o preguntarles. Y aunque te preocupa que de pronto se den cuenta de que se han equivocado de Daniel o de que, simplemente, se han confundido de razón por la que te han llamado y en realidad sí quieren despedirte, dices:

—Perdón, pero es que no sé muy bien de qué estáis hablando...

Ellos se vuelven a mirar, pero esta vez con incredulidad, incómodos.

—Pues de... ¿No sabes... lo del vídeo? —pregunta Elia.

—¿Qué vídeo?

Por cómo toma aire José Miguel y las pistas que te ha ofrecido el principio de la conversación te esperas lo peor cuando la jefa de recursos humanos te cede su teléfono para que lo veas.

—Este eres tú, ¿no?

La pregunta resulta absurda, pero supones que, llegados a este punto, lo mismo les preocupa haberse equivocado en eso también. Pero no se han equivocado: eres tú el día que Candela te increpó en la cocina. Sus gritos, sus advertencias y tu respuesta. Solo que alguien ha distorsionado el sonido para que parezca una canción y tu voz suena con *autotune*. Aprietas los labios con vergüenza. Necesitas que se acabe el vídeo, pero te agobia tener que alzar la mirada y enfrentarte a ellos.

—De nuevo: solo podemos reiterar nuestras disculpas. Un compañero nos alertó de lo que estaba pasando y nos reenvió el vídeo.

—¿Quién...?

—Nos pidió que lo mantuviéramos en privado. Quería ayudarte, pero prefería no sufrir represalias. El vídeo se compartió en un chat de trabajo en el que tú no estabas.

Ahora entiendes las risitas y los comentarios velados que te acompañaban cuando te levantabas de tu mesa o cuando llegabas y salías de la oficina. No les habías dado ninguna importancia, sobre todo porque al cabo de los días de que pasara aquello desaparecieron. Ahora comprendes que no eran paranoias tuyas.

—Entonces ¿Candela...?

—Candela y el compañero que grabó el vídeo han sido despedidos, al igual que quienes lo compartieron en el grupo.

—¿Despedidos? —repites, incrédulo. No sabías que estas cosas pasaran de verdad.

—Por favor, si cualquier persona de la oficina te dice algo o te falta al respeto, necesitamos saber que lo reportarás —te pide José Miguel—. Y si quieres poner una denuncia, cuenta con el apoyo de la dirección para respaldarla.

Sales del despacho un rato después sin saber muy bien qué ha sucedido, pero es real: cuando miras hacia el lugar donde se sentaban Candela y el chico con el que siempre estaba, ya no hay nadie. Sus escritorios están vacíos e impolutos, esperando la llegada de nuevos compañeros. Tratas de no hacer ningún comentario ni tampoco miras la cara de nadie por miedo a descubrir la amenaza de un castigo en sus ojos. Simplemente te pones a trabajar hasta que recibes la notificación de un mensaje en el ordenador. Es de Andrés, y lo único que te manda es un emoji de una carita sonriente. No necesitas más para saber quién los ha denunciado. Por respuesta, escribes «Muchas gracias», y él, por encima de la pantalla de su ordenador, te sonríe.

Enseguida lo cuentas todo en el grupo del piso. Las chicas responden al instante con palabras de incredulidad y enhorabuena, como si tú hubieras tenido algo que ver. Te encantaría poder escribir a Víctor. Sabes que le haría ilusión. Por fin algo de justicia real en todo este asunto de mierda, pero él ya no está en tu vida. Te planteas si escribir a Gero, pero no estás con ánimos de recibir una de sus ingeniosas respuestas o de que, aunque sea solo para ver cómo reaccionas, se ponga del lado de los pobres compañeros a los que han echado.

Bueno, vale, entonces ¿por qué insistes en seguir quedando con él?

La pregunta te asalta de repente, entre *email* y *email* que debes enviar. Y te produce un malestar extraño no saber ni qué responder. Desde la cita en la plaza de Cubos os habéis visto todas las semanas. Algunas incluso dos veces. Habéis ido al cine, a cenar, habéis dado paseos por Madrid y hasta habéis ido de compras. Lo único que no habéis hecho es acostaros. Ninguno ha entrado en el piso del otro. De hecho, no sabes ni dónde vive. Te contó que se había mudado solo hacía un tiempo, pero poco más. Alguna vez te ha insistido en hacer plan casero, sobre todo estas semanas que hace más frío, pero siempre encuentras una excusa para evitarlo. En el fondo, te avergüenza estar comportándote así, pero tampoco sabes explicar muy bien cómo ha pasado. Cada vez que os veis, os besáis. O más bien él te besa a ti y tú respondes. Y ahora que lo piensas, no es eso lo que te incomoda más, sino sus manos. Siempre están buscando las tuyas. Al pasear, en el cine, cuando te estás probando algo. De casualidad os encontrasteis ayer con Lola por Gran Vía y, al llegar al piso, tuvisteis la conversación de por qué parecía que fuerais novios.

Tenía razón. Tiene razón. Lo sabes. No es un rollo. No es un amigo con el que estás viendo a ver qué. Habéis recuperado las mismas dinámicas de cuando salíais, como si hubieran estado hibernando durante los últimos años, esperando a que las retomarais.

Sin preguntas.

Sin explicaciones.

Sin dudas.

Pero las dudas existen, aunque trates de ignorarlas. Igual que también están las preguntas esperando respuestas y la necesidad de que alguien te explique qué pasó para que todo se fuera a la mierda y por qué ahora, fuera lo que fuese, ha dejado de tener importancia.

—No le estás dando el enfoque correcto a todo esto, Dani —te dice Paloma por la tarde, cuando le cuentas en terapia lo que está pasando—. La pregunta no es qué quiere él o qué tiene que decirte. Es qué quieres hacer tú. ¿Te estás metiendo por voluntad propia o estás dejándote llevar por la inercia?

—Con Gero parece que no exista otra manera —le confiesas—. Es como... como si su presencia me hiciera gravitar a su alrededor, pero

no en plan romántico. Más bien en plan que no me deja otra opción.

—Pero sí que la hay: puedes decirle que no. Puedes dejar de quedar con él.

—Me da cosa... No estamos mal cuando estamos juntos.

—¿Y cuando os separáis? ¿Te quedas en paz? ¿Con ganas de volver a verlo? ¿O solo quieres demostrarte algo?

No respondes porque la respuesta se te atraganta. Te hace daño. ¿Qué necesidad tienes siempre de quedar bien con todo el mundo, de asegurarte de que nadie se enfade contigo, incluso quienes te han hecho daño? Son preguntas que podría hacerte Paloma, pero te las haces tú mismo. Te duele pensar cuánta culpa hay en el fin de ambas relaciones. ¿Un cincuenta por ciento? ¿Más? ¿Y por qué no menos?

—Aún quiero a Víctor —confiesas de repente, y por primera vez lloras delante de la psicóloga.

—Y es completamente lícito, Dani —te dice ella—. Lo que habéis vivido os ha superado a ambos. Sea lo que sea lo que os dijisteis o hicisteis en un momento tan complicado de vuestras vidas, no define quiénes sois juntos o por separado.

—Pero era un momento para estar a la altura y él no lo estuvo —dices, frustrado y triste.

—¿De verdad piensas eso? ¿No hizo todo lo que estuvo en su mano para ayudarte?

—Me echó en cara que todo fue mi culpa.

—Y no debería haberlo hecho. ¿Qué te dije de la amígdala, Dani?

—Me da igual su amígdala. Ahora sé que lo piensa.

—Sabes que lo piensa, de acuerdo. Y no tendría que habértelo dicho. Pero si va a ser la razón por la que vas a odiarlo, al menos pregúntate si en ese momento estaba en control de sus emociones o completamente desquiciado por lo que estaba viviendo.

—Me da igual.

Ella te sonríe desde la pantalla.

—No te da igual porque no da igual.

No. No da igual. Sin necesidad de que ella siga con el interrogatorio, ya lo hace tu cerebro por ella. ¿Te consoló cuando estuviste mal o se burló de ti? ¿Te regañó o te ayudó? ¿Te defendió o

desapareció y dejó que cargaras tú con todo ese sufrimiento? ¿Crees que alguien que piensa que eres culpable se tomaría tantas molestias en protegerte?

—La he cagado —concluyes, y las lágrimas vuelven a escurrirse por tu mejilla—. No tendría que haberme ido así…

—Tú también eres víctima de las circunstancias. Prueba a hablar con él.

—No. Ni de coña. Estoy seguro de que no quiere saber de mí. Ha pasado un montón de tiempo. Además, ya da igual. Estará tranquilamente en Mallorca. ¡Igual ya tiene un novio nuevo!

—¡Igual, igual, igual! —bromea ella—. Dani, ¿no lo ves? Otra vez te estás agarrando a todos esos «y si» que te impiden avanzar y te bloquean. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

Confirmar tus suposiciones.

—Solo tú puedes tomar esta decisión —añade—. Pero asegúrate de que lo que hayas decidido ha sido por convicción y no por miedo. Y eso puede aplicarse a todo.

Incluido Gero.

De nuevo, no hace falta que ella lo diga para que lo entiendas.

VÍCTOR

—¿Víctor? Te llamo solo para decirte que el papel es tuyo.

Lo primero que piensas es que se trata de una broma. Que alguien se está haciendo pasar por el director, pero al momento te das cuenta de lo absurdo que suena eso.

—Mu-muchas gracias —consigues decir.

—¿Cómo lo tienes para empezar ensayos la semana que viene, después de Navidad? Como te comenté en el *casting*, andamos bastante apurados de tiempo. La sala de ensayos está por Canillejas, pero te incluiremos también el transporte este mes.

—Perfecto. Sí, mandadme por *email* o al móvil los horarios y lo cerramos.

Os despedís con agradecimientos mutuos y buenos deseos y cuelgas.

Si se lo contaras a cualquiera de tus compañeros de profesión no te creerían. Lo que te ofrecen es un unicornio, es algo imposible. Y todo se lo debes a Mairena, que justo en ese momento acaba de llegar al piso cargada con regalos envueltos y cosas de decoración.

—Parece que vuelvo de la guerra. Me he tenido que pegar hasta por los adornos.

—Ya estás a salvo. Y hoy abrimos un vino —dices tú, levantándote para ayudarla.

Ella suelta las bolsas y te mira ilusionada. Tú asientes y ella relaciona enseguida tu sonrisa boba con lo que ha pasado.

—¿Qué dices? No. ¿Sí?

—¡Sí! Acabo de colgar: ¡ME HAN DADO EL PAPEL!

Los dos os ponéis a gritar y a saltar como idiotas por el piso.

—Esto va a ser enorme —te dice.

—¿De verdad lo crees?

—Lo sé. La productora es tochísima. Ya has visto a quién tienen de

director, y está metido el Ministerio de Cultura y otras movidas internacionales.

Mientras lo guardáis todo en la nevera y en los armarios, sigues asimilando la noticia.

—No se echarán atrás de pronto, ¿no?

—Para nada. Los conozco bien. Curré con ellos en su división audiovisual, en la peli aquella que te conté que se grabó en Cantabria, y te lo digo: profesionales a más no poder. Vas a estar bien, y si Lautaro ya te ha dicho que el papel es tuyo, lo es. Además, es que solo puedes ser tú.

La abrazas de nuevo y sin soltarla le vuelves a dar las gracias.

—Ese mensaje me salvó la vida.

—Uy, sí, claro —te dice ella con sarcasmo—. El pobre niño que estaba encerrado en un hotel de lujo en la costa mallorquina y con trabajo fijo. ¡Qué angustia! ¡Qué sufrimiento! ¿Ves como eres ideal para el papel? ¡Si lo llevas puesto!

Tú te ríes, pero aunque has exagerado con el comentario, en el fondo lo sientes así. Aquel mensaje que leíste justo después de que tu padre te ofreciera ascender en el hotel fue no la excusa, sino la motivación para decidir que allí tú ya no pintabas nada. Con lástima, pero sin un ápice de duda, les contaste a tus padres esa misma noche que volvías a Madrid. Ellos insistieron en que te quedaras al menos hasta Año Nuevo, que no podías haberlo pensado todo tan rápido. Pero sí, lo habías hecho, y no había marcha atrás: ya habías comprado el billete de avión con la última paga.

Como habías pasado esos meses sin apenas salir y, por qué no decirlo, con lo bien que te pagaban tus padres, has ahorrado un buen dinero. Obviamente, la pregunta inmediata fue dónde ibas a vivir, si habías vuelto con…

No. Les respondiste de manera rápida y cortante porque te dolía solo imaginar que esa opción podría haber existido en algún universo paralelo. Por suerte, la alternativa también era perfecta, aunque provisional. Mairena, de hecho, lo había pensado todo. No entendías muy bien por qué, pero se sentía mal por lo que había sucedido durante el rodaje de la serie con Rober y en cuanto se enteró de que se

estaba montando esta obra habló con la productora y te escribió a ti. No te dio mucha opción: la prueba era en dos días, y podías quedarte en su piso el tiempo que necesitases. Era mucho más pequeño que el de Jime y tendrías que dormir en el sofá cama, pero no necesitabas más y te había advertido que ni se te ocurriese pedirle que te dejara pagar parte del alquiler.

La mañana en la que dejaste el hotel esperabas encontrarte a tu madre abajo, lista para llevarte al aeropuerto, pero fue tu padre quien te dijo que te esperaba en el coche mientras acababas de revisar las maletas. Te dolió que no estuviera ella, pero sabías que las ilusiones que se había construido sobre la idea de que pasarías allí el resto de tu vida no eran culpa tuya.

Ya de camino, tu padre te lo confirmó: no se veía con ánimos. También te pidió una cosa más después de abrazarte torpemente junto al coche.

—No vuelvas a hacerlo. Por mucho que ella insista, no repitas lo que has hecho. Me ha quedado claro: este hotel ha dejado de ser tuyo desde hoy. Ven a visitarnos todas las veces que quieras, pero olvídate de que esto sea para ti. No puedo asegurarte que tu madre no trate de engatusarte otra vez cuando se le pase el disgusto, pero te pido que la disuadas. ¿Entendido? Tú a lo tuyo y nosotros a lo nuestro. Y solo espero que no te arrepientas.

Deseabas que aquella liberación con la que tanto habías soñado te supiera más dulce, pero te cayó como un ladrillo en el estómago. Cuando el avión despegó, no sabías si las lágrimas se debían a la calma que sentías o a la culpa por haberlos decepcionado. Aun así, para cuando aterrizaste en Barajas habías asumido que esa ya no era tu guerra.

«Y solo espero que no te arrepientas.»

Aquella era su manera de animarte a que lucharas por lo que creías, y esta vez no pensabas rendirte.

La prueba había sido mucho más sencilla de lo que esperabas, tal vez porque no esperabas que fuera a pasar nada, como siempre. Te habían mandado la separata al poco de aterrizar en Madrid y te pasaste ese día entero aprendiéndote las líneas. Qué difícil era volver

a coger el ritmo, ¿eh? Era un texto largo y estabas un poco oxidado, pero con ayuda de Mairena te hiciste con él y a la mañana siguiente te presentaste a la cita. Había otros chicos como tú esperando en la sala contigua a donde estaban haciendo el *casting*, pero ni te fijaste en ellos. Aprovechaste para repasar el texto y asimilar lo que sabías del proyecto y lo que Mairena te había contado.

La obra, un drama titulado *LIBERTARIO*, estaba escrita por Lautaro Come, un prestigioso director argentino afincado en España que había ganado múltiples premios a lo largo de su carrera. La historia giraba en torno a un chico gay que asume su homosexualidad y debe enfrentarse al juicio de toda una comunidad cuando el chico al que le había confesado su amor aparece muerto. Durante toda la función, el protagonista está solo en escena y él narra los acontecimientos, viajando del presente, en el juicio, al pasado a través de *flashbacks* que van completando la historia hasta el desenlace final, cuando se descubre la razón por la que el otro había perdido la vida.

Nunca te has enfrentado a algo tan difícil, pero el texto te caló desde la primera lectura como no lo había hecho nada antes, y sentiste a Nico, el personaje, tan real como lo era tu reflejo al despertar cada mañana. Quizá por eso hiciste la prueba con tanta confianza, porque no te obsesionaste con gustarles a quienes debían evaluarte, sino que te limitaste a ser, como habían tratado de explicarte en tantas clases y cursos de interpretación.

Se venían jornadas intensas de ensayos, pero no podías estar más motivado. Y todo había ocurrido tan deprisa que ni siquiera habías asimilado que volvías a estar en Madrid. Tanto era así que no escribiste a Jimena hasta pasados varios días, durante la cena de Nochebuena con Mairena y sus amigos, que tampoco habían viajado a sus casas a causa del trabajo.

—La próxima vez, como no me avises según pongas el pie en tierra, vamos a tener más que palabras —te advirtió Jime.

—No va a haber próxima vez —le explicaste—. Ahora me quedo de verdad.

—Pues tu habitación sigue libre.

—¿Y la de al lado? —preguntaste, haciendo que sonara como una

broma para ocultar tu curiosidad.

—La de al lado sigue ocupada.

Fue la única referencia que hicisteis a Dani, aunque ella te insistió en que deberías pasarte algún día, por los viejos tiempos.

—Lo mismo te entra morriña y te quedas.

—Quién sabe.

Aunque solo te hubieras marchado por unos meses, Madrid te parecía otra. Decidiste empezar de cero, perdonar los errores que cometiste y disfrutar. Ya estaba bien de verla como a una enemiga. ¡La vida te lo ponía en bandeja! Poder regresar con unas condiciones tan especiales, en la época en la que los villancicos, comilonas, luces decorativas, salidas y regalos ocultaban todos los desperfectos de la ciudad bajo un manto regular y esponjoso de nieve artificial era más de lo que habrías podido pedir. Tenías que aprovecharlo. Lo estabas aprovechando. Hiciste las paces con la capital antes que con nadie y te confiaste. Durante esos días todo te ilusionaba tanto como las primeras semanas que habías vivido allí. El bache de unos meses atrás no era más que eso: un escollo en tu historia que ya habías pasado. Necesitabas mirar hacia delante, aunque aún existieran razones por las que espiar, aunque solo fuera de soslayo, lo que habías dejado atrás.

Pero como siempre, esa sensación de insensibilidad no dura mucho tiempo, y la realidad se te viene encima la mañana en la que, a punto de salir para el ensayo, llama al timbre un hombre trajeado que trae consigo la providencia para que te presentes en el juzgado a declarar en el caso de Dani.

DANI

Ese viernes por la tarde te reúnes con Julia, la abogada, en una cafetería cerca de Callao. Te llamó hace dos días porque había alguna novedad en el caso, quería que estuvieras al tanto y prefería no contártelo por teléfono, pero le parecía mejor esperar a después de Reyes. Tú también. Lo apartaste de tu mente y te concentraste en disfrutar de las fiestas con tu familia. A saber...

Cuando viste su nombre en el móvil tuviste que recordar rápidamente todo lo que habías aprendido con Paloma para no desmoronarte. Por supuesto que no habías olvidado el caso: siempre lo tienes presente, pero en una capa cada vez más profunda de la memoria, y cuando pasaba algo nuevo resurgía como un volcán en erupción, escupiendo rocas y magma que sepultaban cualquier otro pensamiento. O al menos había sido así hasta hacía poco. Esta vez no permitiste que te superaran los pensamientos intrusivos, seguiste haciendo cosas, charlaste con Jimena y Lola y te creíste sus palabras cuando te dijeron que no pasaba nada, que todo estaría yendo según lo previsto y que sería algo rutinario.

—Tus amigos ya han declarado. Víctor también.

Oír su nombre en boca de Julia es lo último que esperas. De pronto la frase se convierte en uno de esos ejercicios de inglés en el que hay que rellenar un espacio, solo que en este caso la frase está completamente vacía y la única palabra que destaca es su nombre.

—¿Está en Madrid?

—¿Víctor? Ahora no lo sé, pero ir, fue, eso sí. Está grabado.

Podrías habértelo cruzado en cualquier momento. Estabais compartiendo de nuevo la misma ciudad, al menos durante aquellos días. ¿Os habríais visto sin reconoceros? Imposible.

—Y... ¿qué tal?

—Bien, bien. Me habría gustado estar, pero no me avisaron. De

todos modos, fue muy bien. Si quieres ver el vídeo…

—No, no. Prefiero… No hace falta, la verdad. ¿Carlos también?

—Carlos insistió en su declaración. Contó que te había escuchado llamar «hijos de puta» a los agentes…

Bloqueas los pensamientos intrusivos y asientes para mostrarte calmado.

—Es bueno que lo haya hecho, Dani. Si se hubiera contradicho, habríamos tenido más problemas. De hecho, quiero que, llegado el momento, tú también lo admitas.

—¿Cómo?

—Lo he estado pensando y en realidad es la única excusa que ellos ponen siempre para justificar la agresión. Muy bien, pues hagámosla nuestra. ¿Tú buscabas agredirles?

—¡No! ¡Claro que no! Si ni siquiera recuerdo haberles llamado nada.

—Pero es probable que lo hicieras, ¿no?

¿Te imaginas que es una trampa y que en realidad Julia está de su parte?

—Sí. Puede ser…

—Vale. Cuéntalo: di que después de recibir dos ataques verbales homófobos es probable que te fueras despotricando.

—Y ¿no me pasará nada?

—No, porque eso no significa nada ni les da razón a ellos a que hicieran lo que hicieron.

—Vale —aceptas.

Julia mira sus notas y continúa:

—Isa muy bien, corrobora todo lo que habéis contado los demás, y Víctor matizó lo que ya había declarado e insistió en que sería capaz de reconocer al agresor si lo viera. Es el único que lo dice con absoluta convicción.

Quieres saber más. Quieres que te cuente cómo está, si ha dicho otra cosa, lo que sea, si le contó al juez que ahora tenía nueva pareja o que seguía soltero. Si te seguía queriendo. Igual deberías ver el vídeo, pero prefieres no pedírselo. Tampoco es que fueras a encontrar en él las respuestas a las preguntas que te haces.

—De lo que realmente te quería hablar es de lo que han dicho sus acusados. Hay dos.

—¿Llamaron a dos?

—Sí. Los que, por vuestra descripción, encajaban más. No es agradable. También está grabado.

—¿Qué han dicho?

—Bueno, ellos intentan desacreditaros. Es lo lógico. El primero dice que tú estabas muy borracho...

—¡¿Qué?! Eso no es verdad.

—Ya lo sé, pero es como lo justifica. También que eras violento. Que te pusiste agresivo.

Según la oyes hablar te imaginas a otra persona haciendo todo lo que Julia te cuenta. Debe de haber un error, piensas: lo mismo los policías te están acusando a ti de eso porque te han confundido con otro. No te cabe en la cabeza que estén mintiendo de una manera tan flagrante.

—Es un agente que encaja con vuestra descripción, aunque asegura que él no estaba allí cuando se supone que ocurrió todo: que estaba más alejado, con otro compañero. Que ni te habló ni mucho menos te tocó. Que tiene compañeros que lo corroboran.

—¿Y el otro?

—El otro salía en las fotos que vosotros enviasteis. Para empezar, él dice que jamás insultaría a un ciudadano por su condición sexual.

—Qué bien... —mascullas—. Será una muletilla.

—Y explica que todo transcurre dentro del marco de unas fiestas ilegales.

—¡Las fiestas del Orgullo no son ilegales! ¡Y, además, nosotros salíamos de un local, ni siquiera estábamos en la calle!

Julia recibe tu enfado con tranquilidad. Claramente esperaba esta reacción. Muy probablemente sea la que tengan la mayoría de sus clientes cuando llegan a un punto similar de la investigación. Calma. Ella no tiene la culpa de nada.

—Él explica que hay mucha gente que se queja porque quieren entrar y no se puede, salvo por los accesos permitidos... Y que tú quitaste las vallas.

—¡¿Que yo qué...?! —Esta vez sí que te entra la risa—. Pero ¡¿cómo voy a ponerme yo a mover las vallas de un control?!

Te imaginas a Víctor allí y te entra más aún la risa nerviosa. Casi lo puedes visualizar dando un golpe en la mesa, insultando a las fuerzas de seguridad y negando, incrédulo. Una parte de ti se ríe porque faltan sus reacciones. Por primera vez en todo este conflicto te enfrentas a ello solo, adviertes. Sin él a tu lado o esperando para preguntarte cómo ha ido. Tampoco se te olvida que ha ido a declarar y ha seguido ayudándote cuando, en realidad, ya no tendría por qué hacerlo.

—Insiste en que fue una noche muy complicada para ellos. Que les llamaron hijos de puta, homófobos y de todo... Y que cuando te avisaron de que no podías pasar, tú empezaste a insultarlos y a decirles que no te llamaran bombón...

—Entonces ¿ha confesado que me lo llamaron?

—No: sus palabras fueron que tú les pediste que no te llamaran bombón. Que lo dijeran o no ya... Y que vinieron tus amigos y te apartaron. Que él le dio su número de placa a todo el que se lo pidió.

—No es verdad. ¡Lo habríamos dicho en la denuncia!

—Encaja todo dentro de su narrativa, Dani, que es lo único que les importa. También dice que os explicó cómo denunciar y que hasta suele dar el *email* de Asuntos Internos para que se ponga la queja, porque él no tiene nada que ocultar. Bueno, incluso recitó de memoria el número de fax.

—Pues con nosotros sí que tenía algo que esconder, porque bien que se lo calló.

—Lo último que añade cuando le pregunta el fiscal es que ellos jamás salieron del control policial y que, por supuesto, su compañero no te tocó un pelo ni te insultó.

Poco queda por decir después de todo eso. No sabes ni cómo gestionar toda esa información. Le agradeces de nuevo su ayuda y ella te explica que por el momento toca esperar. En caso de que llegue a haber juicio finalmente, os avisarán como de todo lo demás.

Al día siguiente, la furia y el humor con el que te habías tomado en un primer momento la testificación de los policías se ha convertido

en una sensación de impotencia y pena que no te deja dormir. Durante la sesión de terapia con Paloma le explicas que sientes como si todo esto no pareciera tener fin, a lo que ella te responde con algo que no esperas:

—Déjame que te cuente un cuento. Si ya lo conoces, dímelo.

—Vale.

—Hace mucho tiempo existió un joven sultán que siempre que le fuera bien en la vida era el hombre más bueno, más amable y más feliz del mundo. Su generosidad en esas etapas no tenía límites. Pero cuando llegaban tiempos complicados no podía soportarlo, la rabia y la desesperación se apoderaban de él y lo pagaba con cualquiera que tuviera cerca. Para él no existía un punto intermedio, y eso lo frustraba aún más. Sabía que ser así lo hacía débil frente a sus hombres, pero sobre todo frente a sus enemigos, y buscaba desesperadamente un remedio. Como siempre llevaba en su dedo un precioso anillo de oro, se propuso encontrar una frase que grabar en la joya y que le sirviera en todo momento para resolver su problema. ¿Te suena? ¿Lo has oído alguna vez?

—No, la verdad…

—Vale, pues sigo: miles de personas acudieron a proponerle sus palabras. Imagina el honor que suponía que el sultán llevara grabado en su anillo un consejo tuyo. Sin embargo, ninguna de las frases le valía… Unas eran excesivamente alegres, otras, demasiado tristes o agoreras, y así pasó el tiempo, hasta que, a punto de darse por vencido, el sultán oyó hablar del rey Salomón, del que se decía que era el hombre más sabio del mundo.

—Ese me suena.

—Sí. Pues el sultán no lo dudó: ordenó a su séquito que lo preparara todo para viajar a Jerusalén y hablar con él. Cuando le concedieron audiencia, le explicó al rey lo que le ocurría y le suplicó que le ayudara. Salomón prestó atención y, al concluir, le apuntó en un pergamino unas palabras. Después, le dijo: llévalas siempre contigo y, cuando consideres que estás viviendo el día más aciago de tu vida, léelas. Del mismo modo, cuando llegue uno de tus días más felices, vuelve a sacar el pergamino y lee. Si en ambos casos te sirven,

grábalas en tu anillo.

Escuchas intrigado. Desde pequeño te gustan las historias y los cuentos, y aunque una parte de ti está deseando saber cuál es la frase que al final grabó, te apetece aún más disfrutar del viaje.

—Poco tiempo después —prosigue Paloma—, el reino del sultán entró en guerra y los enemigos lo arrasaron todo. Cuando regresó a su palacio con la mitad de su ejército aniquilado, estuvo a punto de sufrir uno de sus furibundos ataques de ira, pero se contuvo y en su lugar sacó el pergamino del rey Salomón y lo leyó. Para sorpresa de toda la corte, lo que estaba escrito allí lo calmó.

»Los años pasaron, el reino se recuperó de aquel terrible ataque y se volvió mucho más próspero. Tanto que volvió a llamar la atención de sus enemigos, pero, ¡ah!, esta vez el sultán estaba más preparado y sus hombres mucho mejor adiestrados para combatir, de modo que fueron ellos quienes ganaron la guerra. Puedes imaginarte cómo fue la celebración: nunca se vio un despliegue semejante y, en pleno festín, el sultán recordó de nuevo la advertencia del rey Salomón. Con cautela, leyó por segunda vez la frase del pergamino y, para su sorpresa, también le sirvió. A la mañana siguiente ordenó que la grabaran en su anillo.

—Y ¿qué ponía? —preguntas, como un niño chico incapaz de contener la curiosidad por más tiempo.

—«Esto también pasará.»

En el silencio que sigue a su respuesta, las palabras calan poco a poco en ti.

—Dani, todo en esta vida pasará. Lo mejor y lo peor. Pasará. Cualquier circunstancia relacionada con los aspectos físicos y tangibles de la vida de una persona acabará pasando. Lo del policía pasará. Una ruptura pasará. Igual que pasará un primer enamoramiento o la noche en la que recibas un premio.

—¿Y eso qué significa? ¿Que no hay que disfrutar o darle importancia a nada?

—Al contrario: que hay que disfrutarlo todo y también llorarlo, pero sabiendo que es algo temporal. Me has dicho que ahora no puedes sentir otra cosa que enfado y frustración, y yo te digo que

tienes todo el derecho a sentirte así, pero que eso también pasará y que vendrán tiempos mejores.

VÍCTOR

Desde hace semanas llegas a casa agotado.

Una vez escuchaste decir a un profesor que muy pocos actores lograban conocer la sensación de preparar un papel que definiera no solo su vida, sino toda su carrera. Creías que esos trabajos llegaban en guiones enviados en cofres de oro, como el incienso, el oro y la mirra del Belén. Igual por eso has tardado varias sesiones de ensayo en asumir que este es uno de esos papeles y que, en el fondo, te enteraste de él por un mensaje de WhatsApp de tu amiga.

Tu personaje se llama Nico, y con el paso de los días ha adquirido una dimensión completa. Ahora mismo pasas más tiempo con él que con nadie. Tratas de entenderlo a todos los niveles, hablas durante horas sobre él con Lautaro, el director, para conocer hasta el último matiz. La realidad es que pocos directores tienen tiempo para un trabajo así, pero a él le preocupa tanto como a ti y no quiere que salgas a escena sin entender cada motivación, sueño y deseo de ese chico. Es un drama oscuro, opresivo y siniestro, pero por eso es más emocionante encontrar la luz en los matices. Comprender el sufrimiento de Nico te hace reconectar con todos esos miedos e inseguridades que te abrumaban y que a día de hoy de vez en cuando también te sobrevienen simplemente por ser gay.

Es inevitable que Dani esté presente durante todo este proceso. Ya en la primera reunión informal, delante de un par de cervezas, le cuentas a Lautaro la historia que vivisteis en el Orgullo. Es la primera vez que ves a alguien llorar cuando te oye narrarla. Te dice que por impotencia y porque le recuerda a los golpes que él recibió en su día injustamente. También menciona lo valiente que ha sido Dani al denunciarlo, y cuando te pregunta si aún sigue en tu vida aprietas mucho los dientes para no ser tú quien se eche a llorar.

Al principio te asustaba la cantidad de texto que debías

memorizar, pero después entendiste que esa iba a ser la parte fácil. Que lo complicado iba a ser meterte en la piel de todas esas personas que trataban de justificar su odio irracional y las ganas de venganza injustificadas contra alguien cuyo único crimen era ser diferente.

Cada noche caes rendido en la cama, pero no siempre duermes tranquilo. Las pesadillas te acechan como hacía mucho tiempo que no te pasaba. A veces recuerdas esos sueños y te sorprende verlos en tercera persona, siendo Nico y tú al mismo tiempo. Esas noches te levantas en el sofá de Mairena empapado en sudor, pero te vuelves a dormir y a la mañana siguiente son un vago recuerdo que se disuelve en el primer café.

Y sin saber muy bien cómo, llega la semana del estreno.

El director te regala diez entradas para repartir entre quienes quieras. Dos se las dejas a Mairena, como es lógico. Dos se las envías a tus padres. Después de las primeras semanas de silencio, tu madre volvió a hablarte con normalidad, como si no hubiera sucedido nada. Igual el espíritu navideño la calmó, quién sabe. Le explicaste por qué no ibas a volver y le pediste que se animaran a venir al estreno. Te dio largas: que ya verían, que era mucho lío, que no sabía si podrían... De todos modos, en cuanto tuviste las invitaciones la avisaste de que estarían en taquilla a su nombre.

Las últimas has decidido entregarlas en persona. Llevas seis en el sobre que ahora aprietas con la mano dentro del amplio bolsillo del abrigo. Para Lola, Jimena, Sara, Gabriel... y dos para Dani, por si quiere invitar a alguien. Lo has decidido según has terminado el ensayo. El primero que hacéis en el teatro, sobre el escenario, y no en una sala alejada.

Algo ha sucedido que te ha hecho inclinarte por no dejarlas en taquilla o mandárselas por correo, sino presentarte de nuevo en el piso. Estás tranquilo, ilusionado, y quieres agradecerles no sabes muy bien qué. ¿Que te quisieran en esa primera aventura en Madrid? ¿Que aún te quieran? Algunos al menos. ¿Que, de algún modo, te ayudaran a llegar a donde estás ahora?

Te sorprende cómo has evitado tu antiguo barrio todo ese tiempo. No lo has pisado desde que volviste de Mallorca, y en el fondo lo has

hecho de forma inconsciente. Una parte de ti esperaba encontrar todo cambiado, pero evidentemente sigue igual que cuando vivías allí. Te alegra ver que ningún bar ni ninguno de tus restaurantes favoritos ha cerrado sus puertas, con lo habitual que empieza a ser en Madrid.

A lo lejos ves el edificio y te emocionas. No has avisado y puede que no haya nadie. De hecho, es una opción que no te habías ni planteado, pero ahora que miras las ventanas del piso correspondiente no ves luz. Aunque en tu cabeza el plan sonaba muy emocionante, igual lo mejor es dejar las invitaciones en el buzón y que las encuentren por sorpresa cuando lo revisen.

Aguardas junto al portal hasta que sale una pareja, y entonces te cuelas dentro antes de que la puerta se cierre. Los buzones se encuentran pasados los tres escalones de la entrada, frente al ascensor y junto a las escaleras que bajan al cuarto de calderas.

Valoras si subir, solo por si acaso, pero en el último momento te decides y echas el sobre al buzón. En tu cabeza lo esperabas todo mucho más épico, pero en el fondo te vale igual. Entonces oyes la cerradura de la puerta del portal y te vuelves. Te quedas paralizado porque de pronto escuchas una voz que reconoces a la perfección, aunque haga tanto tiempo que no la oyes. Dani.

Pero no va solo, sino con un chico. No sabes qué es lo que te lleva a esconderte, pero bajas a toda prisa los primeros escalones hacia el cuarto de calderas y ahí te quedas, paralizado, rogando que no te hayan visto. ¿Qué haces, Víctor? ¿Por qué no sales a saludar como una persona normal? ¿No era ese el plan? ¿Contarle la noticia y entregarle las invitaciones? ¿No era por eso por lo que le habías reservado dos en lugar de una? ¿Por qué has tenido que salir corriendo como un idiota? ¿Cómo vas a explicar ahora que vienes de aquí abajo? Nada. Ahora tienes que quedarte ahí. No te queda otra. Pero ¡ay esa curiosidad, que te puede y te obliga a asomarte y mirar!

Y los ves besarse frente al ascensor. Y cuando este llega y se separan para entrar, se te parte el corazón al comprobar que la persona con la que está es Gero.

Entonces sí: en cuanto se meten dentro, tú cruzas el portal a toda velocidad, sales y echas a correr, esta vez sin mirar atrás.

DANI

Ha sido a punto de llegar cuando te has decidido a preguntarle:

—¿Quieres subir?

No ha hecho falta añadir nada más. Lo mismo ha sido el alcohol de la botella de Verdejo que os habéis ventilado entre los dos o igual es que te has cansado de esta relación tan rara en la que os pasáis la semana escribiéndoos de manera intermitente, viéndoos y comportándoos como una pareja sin entender a qué jugáis y sin hablar del pasado. O el hecho de que Víctor esté o haya estado por Madrid y ni te haya avisado. Da un poco igual.

—Venga —te ha respondido él, sin preguntar ni comentar nada más.

Jimena está justo saliendo del baño cuando entráis. La casa entera estaba apagada.

—Si me llegas a decir que venía visita me habría maquillado —dice.

—¿En serio? —pregunta Gero.

—¡No! —respondéis los dos al unísono, solo que ella lo hace con un tono despectivo que no esconde ni un ápice lo que piensa de él.

—Gero, Jimena. Jimena, Gero —los presentas.

—Buenas —dice él, pero antes de que llegue a dar un paso para darle dos besos, Jimena se aleja.

—Yo me voy ya a dormir ya —dice, escuetamente—. Buenas noches.

Si a Gero le molesta el desplante, no lo menciona. Por tu parte, abres la puerta de tu habitación y le indicas a Gero que pase.

—¿Quieres tomar algo?

—No, estoy bien. Mola —dice, girando sobre sí mismo para ver el cuarto entero—. Yo es que me cansé de compartir piso. En cuanto pude me independicé, porque lo de comer, trabajar, dormir y follar en

el mismo sitio lo llevaba fatal.

—A mí me gusta vivir con Jime y Lola, y lo bueno es que, como trabajo en la oficina, la habitación la uso solo para dos de las cosas que has dicho.

—¿Ah, sí? —pregunta con tono juguetón, acercándose—. ¿Qué dos?

—Dormir… y follar —dices, bajando el volumen en la última palabra.

Él te agarra de la cintura y te besa.

—Eso está muy bien. ¿Aquí vivía también este…?

—¿Víctor? —le ayudas sin entender cómo puede costarle tanto aprenderse un nombre después de las veces que lo saca a colación, a veces, como en esta ocasión, sin motivo—. Sí, su habitación era la de al lado.

—¿No compartíais? Qué raro, ¿no?

—No —respondes con sequedad—. Muchas veces dormíamos juntos, pero cada uno pagaba y tenía su espacio.

—Supongo que mejor para vuestra casera. El doble de pasta que se embolsaba.

—A nuestra casera la has conocido hace un momento. Y ¿a qué vienen estas preguntas? ¿Te has cansado de vivir solo y estás valorando mudarte o qué?

—Ni muerto.

Tu comentario era una broma, por cambiar de tema y por rebajar la tensión desagradable que se había formado de pronto, pero su respuesta le ha salido del alma, con un desprecio que buscaba herir.

De repente no te hace tanta gracia haberlo invitado a subir. Ni tampoco haber quedado con él todos estos días. Ni siquiera haberle respondido a aquel primer mensaje. Haberlo visto a través de los ojos de Jimena era algo que, inconscientemente, querías evitar, y ahora que por fin ha pasado, la burbuja de falsa ilusión en la que os movíais se ha ido al garete.

—Tío, ¿de qué vas? ¿Por qué tienes que ser así?

—¿Qué? ¿Por? —incluso ahora, a pesar de tu gesto de enfado, se ríe, sin entender qué ha hecho mal—. Estoy de broma, Dani.

—Eso no es una broma. Es ser un idiota. No hay que ser tan borde todo el rato.

—Eh, conmigo rebajas el tono, que ya nos conocemos.

—¿Eso qué significa?

Gero resopla y suelta una carcajada.

—No te hagas el tonto —añade—. ¿Quieres que nos liemos de una vez o vas a enrocarte como siempre?

—Mira, vete a la mierda.

—Enrocarte, geeenial. Veo que no has cambiado nada.

—Pero... —Es que no te salen ni las palabras del cabreo que te está subiendo por la garganta—. Tú no me conoces para nada.

—¿Cómo que no te conozco? Estuvimos saliendo un año y medio. Te conozco mejor que tú mismo. Eso es lo que te jode, Dani: que te tengo calado. Y, visto lo visto, seguro que al otro le ha pasado lo mismo.

—¡El otro se llama Víctor! ¡Víctor! ¿Tanto te cuesta aprenderte un nombre? ¿Qué intentas demostrar?

—¿Ves? Es que sigues siendo igual... ¡Siempre la víctima! ¡Pobre Dani! No sé ni qué hago aquí.

Y abre los brazos señalando todo, como si él fuera el artífice de esta escena. Como si el viaje hasta allí hubiera ocurrido gracias a él. Que te hubieras independizado, que hubieras llegado a este piso, que hubieras salido y roto con Víctor... Como si él hubiera dejado un sendero de migas de pan para ver si madurabas y podíais volver. Y, para él, habías fallado en todo. Qué decepción.

—Pírate —le dices.

—Claro que me piro —responde él, girándose hacia la puerta. Solo que antes de abrirla, se vuelve hacia ti otra vez—. Ahora entiendes por qué rompí contigo así, ¿no?

—Sí: porque eres un cobarde y un ridículo —le sueltas, y al fin sientes cómo desaparece la pinza que llevabas puesta desde entonces —. Por eso tuviste que usar pósits para hacer lo que no te atrevías a hacer como un hombre.

—¿El qué? ¿Evitarme toda esta movida?

—Enfrentarte a mí y quedar en ridículo. Solo siento haber caído en

intentar que esto funcionara otra vez…

—¿Qué «esto»? ¿No te creerías que…? —Acaba la pregunta en una carcajada y señala el espacio que os separa—. Esto no es nada, Dani. ¿Qué dices? Hemos quedado unas cuantas veces y ya. Punto. Lo que tú te hayas montado en tu cabeza es cosa tuya. ¡Pero si ni hemos follado! ¿Tú ves normal invitarme a la boda de tu hermana? Habla con tu terapeuta, porque eso es para que te lo mires…

Eso lo dice ya en el salón. Jimena también sale de su cuarto, pero antes de que pueda decir nada, porque ves que está deseando decir algo, la paras.

—Yo no te he invitado a la boda de mi hermana, ¿qué inventas? ¡Te dije que se casaba, no que fuera a ir contigo!

—Ya, ya…

—Eres… ¡un puto niñato! Lo eras antes y lo eres ahora. Te encanta jugar con la gente, pero el compromiso te aterra. Y a mí no se te ocurra tacharme de loco ni hacerme luz de gas, porque fuiste tú quien empezó a escribirme y no has parado hasta volver a mi vida.

—Venga, que sí…

—Vives obsesionado con Víctor, por mucho que finjas no saber su nombre, y lo que pasó entre él y yo no tiene absolutamente nada que ver con lo que pasó contigo. Deja de compararte con él porque no le llegas ni a la altura del zapato.

—Ya… ¿Porque te apoyó con toda la chorrada del bofetón hasta que vio que no podía sacar más del asunto y luego se largó?

—Pero ¿qué dices? ¡En mi vida te he dicho eso! ¡¿Qué cojones te inventas?!

—¿Yo? ¿Inventarme? ¿Como lo de que llamaste hijos de puta a los policías? Empiezo a dudar de si algo de lo que me contaste es verdad. Que igual lo exagerasteis entre todos para ganar un poquito de atención y…

PLAS.

Ver en tercera persona un bofetón de los que hacen que la cara se gire te impresiona más incluso que recibirlo en tu propia mejilla.

—Fuera de mi casa si no quieres que llame ahora mismo a la Policía.

El tono de Jimena no admite réplica. Aún tiene la mano alzada. La actitud engreída de Gero se ha transformado de pronto en la de un niño pequeño asustado por la reacción de un adulto.

—¡FUERA! —repite ella en un ladrido que le hace a él trastabillar hacia atrás, encontrar el pomo de la puerta nueva y huir del piso. Ni siquiera te vuelve a mirar. En cuanto cierra con un portazo, ella se gira hacia ti—. Y tú, como se te ocurra volver a salir con ese gilipollas, te rescindo el contrato y te quedas de patitas en la calle. Ahora, me vuelvo a dormir. Que descanses.

Con la misma energía se acerca a ti, te sujeta la cabeza, te da un beso en la frente, un cachete en la mejilla y regresa a su cuarto.

—¡Y apaga las luces!

LOLA

—¡Jime! ¡Ven!

Oyes la voz de Dani cuando aún estás subiendo por las escaleras porque el ascensor está bloqueado en alguno de los pisos. De haber tenido tiempo habrías esperado, porque llegas muerta del trabajo, pero si no, vais a ir tarde. En el tercer rellano te has cruzado con un hombre trajeado al que le has dado las buenas tardes y él te ha respondido lo mismo.

—¡Ya estoy en casa! —anuncias cuando entras, aunque no hace falta porque te das casi de bruces con tus compañeros de piso.

—¿Qué pasa? —pregunta Jimena, que está terminando de colgarse un pendiente—. Hola, Lola.

—Ya hay fecha para el juicio —dice Dani, y tú cierras la puerta de golpe.

A continuación, coges el papel que te entrega. Te explica que acaba de volver el mismo funcionario de la otra vez con el aviso oficial. ¡Ah! Era él a quien has visto bajando las escaleras. Ya decías tú que te sonaba de algo...

—Es el 12 de marzo —lees tú.

—Voy a llamar a Julia —dice Dani.

—No te enrolles, que tenemos que salir en diez minutos.

—No sé si tengo mucho ánimo para planes...

—Sí lo tienes. Y más ahora. No vamos a dejar que te quedes aquí rumiando en la habitación. Diez minutos y salimos.

Te gusta cuando Jimena se pone en modo sargento, sobre todo para la sorpresa que le habéis preparado a Dani. Tú eres un poco más blanda en ese sentido. Desde que rompió con Gero tres semanas atrás, ha hecho pocos planes. Por lo que os ha contado, ha quedado con sus amigos, Carlos, Orli e Isa, en alguna ocasión, y también ha ido a visitar a su familia a Ávila, pero poco más.



En cuanto él se encierra en su cuarto, te acercas a tu amiga.

—¿Y si mejor vamos otro día?

—No, tía —responde ella—. Le va a venir bien. Necesita despejarse.

No hay que insistirle más. A la hora estipulada, los tres estáis listos para salir. Dani tiene una cara de circunstancias que te preocupa, pero no dice nada, salvo que ha hablado con la abogada y que quedarán para preparar el juicio y saber qué esperar, que no se agobie, que hay tiempo. Lo repite varias veces durante el camino y vosotras lo convencéis de que va a ser así.

El pobre va tan distraído con todo que no se fija en lo que está pasando hasta que se lo encuentra de frente. Literalmente: cuando casi se choca con el enorme cartel en el teatro Pavón donde aparece Víctor atado a un palo de hoguera, sin camiseta, gritando y con el título de la obra en letras doradas enormes: *LIBERTARIO*.

—¿Qué es esto? —pregunta, y vosotras os miráis.

—Es el estreno de la obra de teatro de Víctor.

—¿Cómo? ¿Ha vuelto a Madrid? ¿Cuándo?

—Hace unos meses —dices.

—Y lo habéis visto. —Hay cierto reproche en sus palabras.

—Poco, pero sí.

—Y ¿por qué no me habéis avisado?

—Pues porque ni él estaba seguro de querer ni tú parecías estar en el *mood*.

—Pero ¿entonces? ¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué me habéis traído?

—Pues porque nos dejó un sobre con entradas para hoy.

—Gabriel y Sara también vienen —añades tú, y pareces haberlos invocado, porque justo en ese momento aparecen por allí.

Os saludáis todos, pero tú sigues pendiente de Dani, que mira el póster de Víctor sin entender nada.

—Mira, Dani —le dice Jimena—, en cuanto encontré el sobre con las entradas me quedó claro que, fuera lo que fuese que os hubiera ocurrido, a él ya se le había pasado y quería que vinieras. Es más, había seis entradas, por si te apetecía venir con alguien...

—Pero… —dice, justo cuando aparece una azafata del teatro.

—¿Podéis ir entrando, por favor?

Los cinco obedecéis y pasáis al interior del edificio. Allí, un chico os indica cuáles son vuestros asientos: los mejores. Centrados y en la fila 8.

Dani sigue tenso, moviéndose de manera robótica y mirando todo como si en cualquier momento fueran a pegarle un susto. Como si Víctor fuera a aparecer de la nada en la butaca de al lado.

Jime y tú cruzáis una mirada. Ella también tiene ciertas dudas. Igual deberíais haberlo preparado un poco más, pero quedasteis en que las probabilidades de que Dani se rajara eran demasiado altas. Ella se encargó de hablar con Víctor en cuanto apareció el sobre. Que como se le había ocurrido ir sin avisarlas, que eso era demasiado *creepy*, incluso para él, que no se le volviera a pasar por la cabeza acercarse al piso y no subir a verlas. Él le prometió que había tenido intención de hacerlo, pero que en el último momento… Le costó, pero acabó confesándole lo que vio el día que echó las entradas al buzón. Jime tuvo que explicarle que eso ya se había terminado, de hecho, esa misma noche. Que Dani había cortado con Gero delante de sus narices. Se ahorró el mejor detalle según tú, que era el bofetón que le había metido ella al muy engreído. Víctor no la creyó al principio, pero después de insistir acabó aceptando que era verdad y que Dani lo echaba de menos, que lo habíamos oído hablar de él y siempre lo hacía con cariño y pena.

Con intención de calmarlo, alargas el brazo y agarras la mano de Dani. Él te mira, sobresaltado, pero le sonríes.

—No sé si… —dice.

—Pero nosotras sí sabemos —respondes—. Confía, ¿vale?

Le sonríes, aprietas sus dedos entre los tuyos y justo entonces se apagan las luces y se ilumina el escenario.

VÍCTOR

La hora y media de función se te pasa tan deprisa que te cuesta asimilar que has llegado al final, que se ha hecho oscuro, que han vuelto a encenderse los focos y que todos esos aplausos son para ti. Más que actuar, sientes como si te hubieras subido a un tren y te hubieras dejado llevar hasta su destino final. Lautaro hablaba mucho de transicionar la obra, no de actuarla, y hoy por fin has entendido a qué se refería. Se te saltan las lágrimas, aunque tratas de contenerlas, cuando se ilumina el patio de butacas y lo ves lleno. Siluetas que hasta ese instante no tenían forma ahora son cientos de personas que te aplauden con entusiasmo, que vitorean, que gritan bravos. Tú haces varias reverencias, te llevas la mano al pecho, señalas a ambos lados del escenario y al frente, sales, vuelves a entrar, repites el proceso, vuelves a hacer una reverencia, vuelves a salir, entras una vez más y en todo ese tiempo los aplausos te acompañan como el oleaje embravecido contra las rocas.

Cuando sale Lautaro, los aplausos se intensifican, y os abrazáis y os agradecéis mutuamente el trabajo delante de todos. Os dedicáis palabras sinceras. Palabras que nadie más escucha y que están cargadas del cariño que se ha ido formando a lo largo de las últimas semanas. No crees que llegue a entender lo que ha supuesto para ti este trabajo, pero aun así se lo repites.

Al separaros y volver a mirar al público, que continúa con la ovación, tus ojos, entre todos los que os miran, se clavan en unos en concreto. Unos que has visto llorar de alegría y de pena, cerrarse de sueño y abrirse muchas mañanas, mirarte como nadie hasta ese momento. Dani aplaude con fuerza y adviertes los dos regueros de lágrimas que se deslizan por sus mejillas hasta perderse bajo el cuello del jersey azul que tan bien conoces. Ha venido. Él y todos los demás. No tratas de encontrar entre la masa a tus padres porque sabes que no

están allí. Antes de empezar la función tu madre te escribió un mensaje para explicarte que se les había complicado el fin de semana con unas obras que tenían pendientes en el hotel y que no habían podido abandonar la isla, pero al menos te deseaba suerte y te prometía que otro día irían a verte. Les respondiste que muchas gracias y te centraste en darle vida a tu personaje por todos esos Nicos del mundo a los que su familia y sus amigos habían fallado.

Después de cuatro saludos, abandonas el escenario y los aplausos se desvanecen.

—Estuviste fantástico —te dice Lautaro—. Enhorabuena. Un estreno grandioso.

Volvéis a abrazaros y después te diriges al camerino para desmaquillarte y cambiarte de ropa. Mientras te das una ducha rápida, tratas de reubicar todo lo que te ha sucedido en las últimas horas. ¿Es esta la sensación que tienen quienes lo han logrado, quienes han alcanzado esos objetivos por los que han luchado durante años y que por fin se hacen realidad? ¿De verdad estaba Dani en el patio de butacas? No te ha pasado por alto que la de al lado estaba vacía. ¿Por qué estás tan nervioso?

Terminas de prepararte y dejas la ropa de la obra colgada en su sitio para que el equipo de producción se encargue de ella. Al salir del camerino, vuelves a cruzarte con el director.

—Che, ¿mañana nos juntamos una horita antes y repasamos todo? Tengo un par de notitas para darte, pero son pocas. La función estuvo rejoya. Tomate un descanso, ¿sí?

Te despides de los técnicos, que también te dan la enhorabuena, y sales a la calle por la puerta de actores. Allí te reciben tus amigos con más aplausos y gritos, que sorprenden a transeúntes y clientes de un bar cercano. Mairena es la primera que se acerca, y mientras os abrazáis repites tus agradecimientos.

—Has estado fabuloso, amor —te dice al oído—. Lo sabía. Sabía que este papel era para ti.

Cuando te separas de ella tienes al grupo entero esperándote: Gabriel, Lola, Sara, Jime, se acercan uno a uno, te abrazan, repiten lo muchísimo que les ha gustado, lo que han llorado, lo infinito que te

admiran y te quieren…, y detrás aparece Dani.

Sigue con los ojos brillantes. Sonríe con timidez, como tú. Os quedáis paralizados un segundo de más sin saber muy bien cómo saludaros, porque la última vez que no estabais enfadados os dabais la mano, besos y abrazos, compartíais caricias que nadie más veía. Pero hay algo en su mirada que reconoces en la tuya propia y que te lleva a dar un paso hacia él, extender los brazos y envolverlo en ellos. Cierras los ojos y su aroma te devuelve a un pasado que de pronto no te resulta lejano. Él también te aprieta contra sí y te sientes de pronto seguro. Ni Mallorca, ni Madrid, ni el escenario, ni un plató. Es Dani lo que te hace sentir en casa.

—¿Te ha gustado? —le preguntas, aún sin separarte.

—Mucho —responde él—. Mucho.

—¿Vamos a tomar algo? —escuchas preguntar a Jimena.

Mañana tienes que madrugar para hacer deporte y repasar algunos fragmentos del texto que te han bailado más de la cuenta, pero aceptas cuando Dani te mira y alza las cejas como ofreciéndote decidir a ti.

—Pero solo una —dices.

Mentira. Después de la primera cae otra, y más tarde una tercera. El bar al que vais sirve también tapas, y con eso cenas. Se te olvida pronto el gimnasio, el repaso y el ensayo de mañana. Estás de celebración, te dices cuando te llegan las preocupaciones. Estáis de reconciliación. La tirantez del principio se disuelve con cada cerveza mientras os ponéis al día de todo lo que ha ocurrido en los últimos meses. Mairena se suma con su amiga y enseguida parecen conocer al resto de toda la vida. La familia, el trabajo, el hotel, Mallorca, Madrid, el robo…, salvo de los líos amorosos o los rollos que hayan podido surgir en ese tiempo, habláis de todo.

Dani se sienta a tu lado y al rato la conversación general deja de interesaros para centraros exclusivamente el uno en el otro. A veces te tienes que contener para no acariciarle el brazo o colocar la mano sobre su muslo de tanta intimidad que se genera.

El tema del bofetón tarda en aparecer, pero llega. Durante la cuarta o la quinta ronda, ya no estás seguro, Dani menciona de pasada

que justo antes de ir al teatro ha recibido una notificación con la fecha del juicio. De golpe se te disipa la bruma provocada por el alcohol y prestas completa atención.

—¿Ya?

—Queda aún: es en marzo. El 12.

Tú sacas el móvil, revisas la agenda y te lo apuntas.

—Pues allí estaremos.

Él te mira conteniendo las lágrimas.

—¿En serio?

—¿Qué pregunta es esa, Dani? Pues claro. Por fin, joder...

—Gracias —te dice.

—No hace falta que me las des. ¿Sabes lo mucho que he pensado en ti mientras preparaba la obra?

—Yo creía que...

Se guarda lo que pensaba, pero tú lo adivinas sin problema. Aunque la gente sigue hablando, ajena a lo que está ocurriendo en ese extremo de la mesa, a ti te da la sensación de que el resto del mundo enmudece cuando dices:

—No he dejado de pensar en ti en todos estos meses. Lo he intentado. Te lo juro. Lo he intentado con fuerza, pero no ha servido de nada.

—Yo... —empieza Dani—. Creo que ya lo sabes, pero... Gero...

—Sí. Pero ya no, ¿no?

—No —responde él—. No debería haber pasado, también te lo digo. No sé ni por qué lo hice, si te soy sincero.

—Creo que es la pregunta que más me hago cada día sobre mis propias decisiones. No tienes que darme explicaciones...

Los dos sonreís y sientes cómo sana una nueva herida dentro de ti. Con cada palabra que compartís, más cerca os encontráis, física y metafóricamente hablando.

La magia se interrumpe cuando el camarero os informa de que tienen que cerrar ya. Sin saber cómo, os han dado las dos de la madrugada. Verás tú mañana para despertarte. Ya puedes tomarte cuatro vasos de agua antes de irte a dormir.

Os quedáis todos en corrillo a la puerta del local para despediros

entre besos y abrazos y más felicitaciones por tu trabajo. En el último momento, Mairena y su amiga comienzan a caminar en la dirección opuesta a los demás, y Dani y tú os veis en la tesitura de tener que escoger qué hacéis. Aunque disimulan para dejaros vuestro espacio, todos están pendientes de ver qué decidís.

—Bueno, pues... —dices.

—¿Quieres... o tienes que...?

—Mañana madrugo, pero...

—Entonces ¿te apetece...?

—Podemos tomar la última.

—Vale.

Os giráis para avisar a ambas partes, pero os dais cuenta de que tanto unas como otros se han marchado ya y os han dejado solos. A ambos os entra la risa tonta y así echáis a andar en busca de un lugar donde continuar la noche.

DANI

Asumes lo mucho que lo echabas de menos en cuanto os quedáis solos. Ya lo sabías, pero es durante ese rato cuando lo aceptas y lo entiendes. No dirías que la distancia ha sido algo que hubieras preferido no vivir porque sin ella igual ahora no serías tan consciente de lo mucho que lo sigues queriendo. En el local donde os metéis, ni la música, ni el ambiente, ni la gente acompañan a la conversación, pero aun así la tenéis. Así es como os pedís perdón. Frente a dos gintónics, sobre unos taburetes y ante una mesa alta. Víctor lo hace antes que tú y se emociona al confesar en voz alta que no esperaba que os volvierais a encontrar así.

A ti también te tiembla la voz cuando le confiesas que pensabas igual, sobre todo cuando regresó a Mallorca para trabajar en el hotel de sus padres. No sabes muy bien cómo ni cuándo, pero de las lágrimas pasáis a la risa y comentáis lo idiotas que parecéis en mitad de ese bar con tanto llanto.

—Si nos estuviera viendo desde fuera estaría enganchadísimo a nuestro drama —dice Víctor, lo cual te provoca aún más risas, porque sabes que a ti te pasaría lo mismo.

De pronto te preguntas qué ocurriría si lo besaras. Así, sin mediar palabra. Entre carcajadas, acercarte a él, sujetarle la nuca con la mano y volver a sentir sus labios. Notar cómo su boca se entreabre y vuestras lenguas se encuentran mientras le sigues acariciando el cuello y…

De repente sucede.

Pero no eres tú quien ha tomado la iniciativa, sino Víctor. Como si te hubiera leído el pensamiento, os habéis mirado y de golpe ha interrumpido la risa, se ha inclinado sobre ti, te ha sujetado la cabeza con la mano, ha entrelazado los dedos en tu cabello y te ha besado con una pasión a la que tú has respondido con la misma intensidad. El

beso ha durado un buen rato, como si necesitarais compensar todos los que no os habéis dado en esos meses. Y en él os habéis terminado de decir todo lo que había quedado en los márgenes de las palabras.

—Por fin —dice Víctor al separarse.

Le dais un trago a vuestras bebidas y os quedáis mirándoos en silencio.

—¿Entonces...? —preguntas con cierto apuro.

—No lo sé... ¿Crees que deberíamos?

Tú desvías los ojos y asumes todas las dudas que te vienen a la cabeza y que has ido acumulando y digiriendo desde que os separasteis. Pero al ponerlas en la balanza parece una pluma tratando de vencer el peso de una roca.

—Sí —respondes—. Lo creo. Ya nos quitaron demasiado esa noche como para darles esto también. No sin pelearlo, al menos.

—Echaba de menos cómo te pones cuando tienes algo claro.

—Debe de ser porque cada vez tengo más cosas claras.

—¿Sí? ¿Cómo qué? —dice, acercándose.

—Como que no he dejado de quererte.

Terminas la frase con un nuevo beso y tu mano se apoya en su muslo. Acaricias el pantalón y enseguida te encuentras con una erección que conoces de sobra. Él se separa y te mira con una ceja alzada, entre sorprendido e invitándote a seguir. Miras a vuestro alrededor y, cuando compruebas que sois invisibles a todo el mundo, sigues acariciando entre besos. Sus labios sueltan un suspiro, que recoge tu boca. Notas cómo palpita su polla bajo la tela y también cómo tu propio *slip* te presiona en la cintura.

—Igual deberíamos seguir la conversación en tu piso, ¿no? Que en el de Mai solo tengo un sofá.

—Como si eso fuera un problema —le dices al oído, antes de darle un mordisco en el lóbulo.

No eres consciente hasta ese momento de lo excitado que te sientes y de las ganas que tienes de desnudaros y de dar rienda suelta a todo el deseo que has contenido durante todo este tiempo.

De camino a casa no paráis de deteneros para besaros, seguir acariciándoos por encima de la ropa, buscando haceros más mimos y

cosquillas como recién enamorados. Notas que Víctor tiene la misma hambre de ti que tú de él y eso te excita aún más.

Así cruzáis toda Princesa y os desviáis a la altura del metro hasta el portal de tu edificio. Allí, Víctor alza la cabeza y puedes imaginarte lo que debe de estar sintiendo en ese momento. Buscas las llaves en tus bolsillos. Miras en los pantalones, en el abrigo, de nuevo en los pantalones, hasta que verbalizas lo que crees que ha pasado:

—He perdido las llaves.

Víctor te mira preocupado antes de soltar una carcajada que resuena en la calle silenciosa. A ti, ya sea por el susto o por lo ridículo que te sientes, también te entra la risa floja que lleváis compartiendo toda la noche.

—¿Llamo? —preguntas.

—Como las despiertes te matan —dice Víctor—. Mira, vamos aquí a pensar...

Te agarra de la mano y te arrastra a un banco que hay en una pequeña placilla casi en frente del edificio. Tú apartas una lata de cerveza prácticamente llena y te sientas junto a él. Madrid por la noche, lejos de las arterias principales, tiene un encanto que te recuerda a otras ciudades de provincias, como Ávila.

—Vale —dice Víctor—. ¿Qué hacemos?

Tú lo tienes claro, y por respuesta vuelves a pegarte a él y a besarlo. A él parece convencerle el plan y responde con la misma energía de antes. No sabéis cuánto tiempo lleváis allí, ignorando el frío y disfrutando de la cercanía del otro, hasta que sentís una presencia sobre vosotros y os separáis.

—Buenas noches. Documentación, por favor —os dice el policía municipal que acaba de aparecer.

Víctor y tú os miráis. No puede estar pasando. Debe de ser coña.

—Disculpe, agente —dice él, que tarda menos en responder—. ¿Qué hemos hecho?

—¿Me puede dar su DNI? —insiste el hombre.

Grande, calvo, de ojos claros y de unos treinta años. No, no es ninguno de los que estaba aquella noche en el control, pero eso no te tranquiliza lo más mínimo.

—Agradecería que nos dijera qué hemos...

—Saben que es ilegal consumir alcohol en la calle, ¿no?

—Sí —dices tú—, y no lo estamos haciendo.

—¿No? ¿Y esa lata de ahí?

—No es nuestra.

—El DNI —repite.

—Le hemos dicho que esa lata no es nuestra. Estaba aquí cuando nos hemos sentado. Se la han dejado entera.

—Ah, ¿sabe lo mucho que se ha bebido?

—¡La he movido para sentarme!

—Le agradecería que no me levantara la voz. No me hagan repetir que me den su DNI.

Volvéis a miraros y ves el fuego ardiendo en las pupilas de Víctor cuando mete la mano en el bolsillo y, en lugar de su carnet, lo que saca es el móvil, con el que comienza a grabar.

—¿Qué hace? —le pregunta el policía—. Guarde el móvil.

—Conocemos nuestros derechos —dices tú, sobreponiéndote al miedo, al enfado y a la impotencia—. N-no puede prohibirle grabar esto. No va a difundirlo.

—Ni loco —dice Víctor, con el teléfono aún dirigido al policía. Le tiembla sutilmente la mano, pero está decidido a seguir—. Eso sí sería ilegal. Esto servirá para que nuestra abogada tenga pruebas de que esta intervención es poco regular, dado que le hemos asegurado que nosotros no estamos bebiendo en la calle, que no nos ha visto con esa lata en la mano —y dirige la cámara a la lata—, que nos ha encontrado besándonos y hablando en este banco, frente al portal de él, cosa que no es ilegal, y aun así insiste en pedirnos la identificación.

—Que además vamos a enseñarle sin problema —añades, sacando el DNI de tu cartera.

La actitud del agente ha variado ligeramente y ya no se muestra tan seguro de querer seguir con la intervención. Aun así, alarga los dedos y, cuando va a coger tu DNI, lo apartas un milímetro.

—Señor agente, le enseño mi DNI para que usted tome nota de todos los datos, pero no se lo tengo por qué entregar.

—¿Qué?

—Que no tengo por qué entregárselo, salvo que usted me dé una razón de peso. Yo se lo muestro el tiempo que haga falta.

—¿Me estás vacilando?

Se acabó el trataros de usted, adviertes. Igual te has pasado de listo. Este detalle no te lo contó Julia, pero lo leíste en internet. Había una leyenda urbana de un poli que le había pedido el DNI a una persona para luego no devolvérselo y acusarla de ir indocumentada. Esa última parte sonaba a cuento chino, pero lo otro lo comprobaste y era verdad.

—No le estoy vacilando —dices—. Y... y le agradecería que nos facilitara su número de placa.

Víctor te mira y ves que el grado de terror en sus ojos ha aumentado, pero, en proporción, también ha disminuido la confianza del agente, que ahora os mira a uno y a otro sin entender qué está pasando. Pero cuando va a decir algo más, por la esquina aparece otro policía.

No me jodas..., piensas.

—Aquí estás, que te había perdido —dice al acercarse—. ¿Ocurre algo?

—Estos, que estaban bebiendo en la calle y ahora no me quieren dar sus carnets. ¡Que dejes de grabar, cojones! Vete llamando...

—Déjate de llamar —le responde el recién llegado. Observa la cámara del móvil, pero no dice nada. Es algo mayor que el que os ha parado, y cuando se vuelve hacia vosotros os sonríe con calma, pero tú no bajas la guardia—. Buenas noches, chicos. A ver, ¿qué ha pasado?

—Nada —dices—. Vivo aquí, pero se me han olvidado las llaves, y nos hemos sentado en este banco a esperar a que me abriera alguna de mis compañeras.

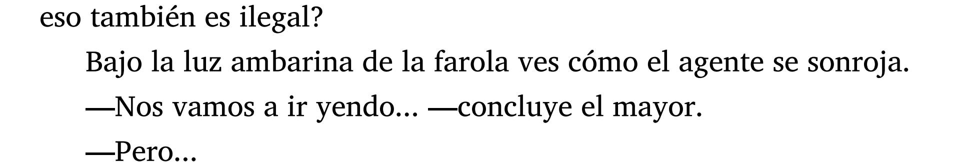
—Y a beber. La lata. —Y señala la cerveza.

—¡No es nuestra! —salta Víctor—. Ya se lo hemos dicho. Estaba ahí cuando hemos llegado.

—¿En serio, Martín? —le pregunta el hombre—. ¿Por una birra?

—Es ilegal.

—Nos estábamos besando —apuntas tú, envalentonado—. ¿Igual


eso también es ilegal?

Bajo la luz ambarina de la farola ves cómo el agente se sonroja.

—Nos vamos a ir yendo… —concluye el mayor.

—Pero…

—Pero nada, Martín. Despídete y nos volvemos a comisaría. Señores —os dice—. Solo una cosa: que ese vídeo no salga del móvil.

Víctor y tú volvéis a miraros sin creeros lo que acaba de pasar.

—Has estado increíble —te dice Víctor al acabar—. Has estado…, *wow*. *Wow*…

A lo que tú respondes con un beso que, sin ser ilegal, podría prender fuego a toda la calle.

VÍCTOR

El éxito de *LIBERTARIO* no es algo anecdótico ni fugaz. El segundo día que te subes al escenario descubres que el patio de butacas está igual de lleno que en el estreno, y la ovación al acabar es, si cabe, aún más entusiasta. La obra funciona tan bien que cuando está terminando la primera semana os dan la noticia de que se prorroga durante tres más, con vistas a continuar hasta verano. Lautaro no cabe en sí de alegría, y tú no eres capaz de asimilar todo hasta el primer lunes que descansas y eres capaz de racionalizar el torbellino de emociones que te lleva arrastrando los últimos días. Sobre todo desde que tus padres aparecieron de pronto en la puerta de actores, tras haber visto la obra de sorpresa. A ambos les había gustado, aunque fue tu madre quien te abrazó a lágrima viva. La cena de después fue distinta a todas las que habíais compartido hasta el momento: por primera vez te sentiste un adulto al que hablaban de igual a igual.

Uno de esos días, antes de comenzar la función, Lautaro entra en tu camerino con una mujer de unos cuarenta años, de estatura baja, trajeada, castaña y con una sonrisa cálida y afable que se presenta como María. Es su mirada y su tono de voz lo que te encandila. Lautaro te explica que es una gran amiga suya.

—¡Ah! ¿Vienes a ver la obra? —preguntas.

—Por segunda vez. Estuve en el estreno.

—¿Y tienes estómago para repetir? —bromeas.

—Hay historias duras que merece la pena escuchar varias veces, y tú estás demasiado bien para no disfrutarla.

Te sonrojas y le agradeces el comentario mientras ella saca del bolsillo de su chaqueta una tarjeta.

—Soy representante de actores de la agencia Alterna. Para mí sería un honor tenerte en nuestra cartera, no solo para teatro, sino también para proyectos audiovisuales.

Tardas en procesar lo que te está diciendo porque sientes que no puede estar pasándote a ti. Conoces la agencia Alterna. Es de las más grandes del país y tan selecta que no sirve de nada mandar tú nada: son ellos quienes te vienen a buscar, como, según parece, te está ocurriendo en este momento. Miras a Lautaro solo para confirmar que no es una alucinación y que él también la ve, que lo ha escuchado como tú.

—No aguanto a los representantes —dice el director—. Pensá lo piola que confío en María que la dejé venir a hablar con vos.

—No tienes que decidirlo ahora, pero si quieres, cuando tomes la decisión, me llamas y nos tomamos un café en...

—Sí. Quiero. O sea... que sí, vamos. Que podría hacerme el duro, pero no me apetece perder el tiempo. Quiero.

Los dos se echan a reír, pero tú sigues asintiendo.

—Perfecto —dice ella—. Aun así, vas a tener que dejar que te invite a un café. ¿Te va bien pasado mañana, a mediodía?

—Sí, genial, genial —dices, aún embobado.

—Muy bien. Lautaro, ¿me pasas su móvil y así te escribo? —concluye, mirándote a ti.

Tú asientes mientras el director, feliz, hace lo que le ha pedido.

—Ahora dale espacio para que se ponga en modo concentración. Si mete la pata, ya voy a saber que fue por tu culpa.

—Mucha mierda —te dice ella, antes de despedirse.

Lautaro se vuelve y te guiña un ojo mientras tú juntas las manos y vocalizas un gracias enorme con los labios.

No te distraes en esa función. Al contrario: lo das todo. Más aún, si cabe. Y sigues con ese ritmo toda la semana. Lo que al principio, antes del estreno, era una entrevista esporádica, en los días sucesivos se convierte en una agenda de medios cargada de periodistas de cultura de radios, periódicos y televisiones que quieren hacerse eco de lo que ya se pronostica como uno de los éxitos de la temporada.

Después de ese café con tu nueva agente confirmas lo que intuiste en vuestro primer encuentro: que es buena, dulce y empática. Cuando le cuentas la razón por la que Emi no quiso saber más de ti se limita a decir que hay personas para cada momento del viaje y que así habéis

podido conoceros vosotros para hacer grandes cosas.

Parte de ese fuego incandescente que te hace darlo todo sobre el escenario proviene del reencuentro con Dani y también de la preparación del juicio. La primera vez que regresas al bufete de abogados después de todo lo sucedido lo haces con otra actitud. De alguna manera, Nico, el personaje de la obra, te acompaña y te recuerda lo importante que es lo que Dani está haciendo. Estás ahí para él, por él y por quienes en el futuro pasen por algo similar. Aunque ya estás sobre aviso, lo único que crees que va a desestabilizarte es la presencia de Carlos. No habéis vuelto a hablar desde la última vez que os visteis. Ni un mensaje, ni una llamada. Nada. Ambos firmasteis un acuerdo tácito en el que dejabais claro que él era amigo de Dani, no tuyo, y que todo lo relacionado con su manera de gestionar el juicio no sería nunca de tu agrado. Sin embargo, con el tiempo, cuando lo vuelves a ver no sientes ni ira ni enfado. Os abrazáis, os preguntáis afablemente cómo ha ido todo y pasáis junto con Isa y Dani al despacho. Ellos cogen el ascensor y tú y Dani subís por la escalera.

—¿Estás bien? —le preguntas, después de darle un beso.

—Sí. Me gusta Julia. Es buena.

Te tranquiliza oírlo tan confiado y tranquilo.

—Me alegro. Va a ir bien.

—Al menos se va a acabar pronto, que es lo que quiero. Todo pasa.

Aún vives con Mairena. Te resulta raro volver al piso de Jime. Eso no quita que no os veáis prácticamente todos los días, pero ninguno quiere forzar la máquina. Queréis saber lo que es salir sin convivir cada día, ya que desde el minuto cero comenzasteis a compartir piso. Además, con los rodajes que le han salido a Mai fuera de Madrid, tienes la suerte de que, por el precio de una habitación, estas disponiendo del piso entero, y Dani suele ir a pasar las noches contigo.

Esta vez en el despacho está solo Julia. Os pide que os sentéis y comienza a explicaros cómo va a ir todo. Que Dani y el acusado entrarán solos y que el primero que declarará será la víctima, luego el policía y seguidamente iréis pasando los testigos en el orden en el que os llame el juez.

—Lo que más me importa es que estéis tranquilos. Sobre todo tú, Dani —le dice con voz dulce—. Va a ser muy rápido y te vas a saber todas las respuestas a sus preguntas. Con que cuentes lo que pasó como nos lo contaste a nosotros cuando vinisteis el primer día, basta. Lo lógico es que te haga una pregunta abierta, general, y luego igual va a algo más concreto, como si bebiste alcohol, por ejemplo. Todos coincidisteis en algo en vuestras declaraciones: en que Dani recrimina al agente que se dirija a él como bombón. Aparte, los tres veis el bofetón. En eso es en lo que, como habéis hecho siempre, debéis coincidir en el juicio.

La siguiente parte consiste en una recreación en la que vais ensayando de uno en uno las preguntas y respuestas que podrían haceros.

—Las que no os haga el juez os las haré yo, para que queden claros los detalles de la narración que más nos importan —continúa Julia—. Por ejemplo: Dani, ¿el agente tuvo que salir del cordón policial para agredirle?

—Sí, claro —responde Dani—. Nosotros ya estábamos en Gran Vía, a varios metros, pidiendo un taxi.

—Eso es. Porque es importante que se entienda que no te agrede para defenderse ni porque tú estés tirando las vallas, como ellos dijeron en sus declaraciones.

—¿Que tiraste las vallas? —saltas tú—. ¿En serio dijeron eso?

—Y que iba borracho y que era violento y…, en fin.

—Alucino —dice Carlos.

Cuando termina con Dani, pasa a vosotros. Son más o menos las mismas preguntas para los tres: qué visteis, qué hicieron los agentes, dónde estabais cuando se produjo la agresión.

Durante el falso interrogatorio vuelves a ese momento como si alguien te hubiera hipnotizado con un chasquido de dedos. Para cuando terminas, te cuesta regresar al presente, igual que cuando sales del papel de Nico para seguir siendo Víctor.

Estáis allí cerca de hora y media, y cuando salís te duele la cabeza. Hoy era tu única tarde libre, pero te alegra haber podido asistir. Incluso Dani se muestra aún más relajado después de saber cómo va a

ir todo y lo rápido que van a pasar las cosas.

—Nos vemos en unas semanas —dice Carlos.

Al abrazaros le das las gracias y, ahora sí, queda todo perdonado.

Apenas os habéis alejado unos metros de Isa y de él cuando Dani saca su móvil del bolsillo: está vibrando con la llamada de su hermana.

—¿Sí? Dime —responde—. ¿Qué? ¡¿Ya?! Pero… ¡¿ya de ya?! Vamos. ¿Dónde…? ¿Y la habitación? Vale, sí, mejor, mándamelo. Te quiero. *Ciao, ciao*.

Cuando cuelga le brillan los ojos.

—Ya ha nacido.

DANI

Sostener a tu sobrino en brazos por primera vez te paraliza. Sientes un amor instantáneo y una necesidad absoluta de protegerlo de cualquier mal presente y futuro.

—Hola... —le susurras—. Soy Dani, tu tío.

El bebé, con los ojos cerrados, se remueve acurrucado y con las piernitas dobladas como una rana. Es tan frágil... Tu cuñado es quien te lo ha colocado en el brazo y lo único que te preocupa es que la cabeza esté bien sujeta.

—Te queda bien —comenta Víctor, sentado junto a ti en el sofá de la habitación.

Tu hermana tiene buena cara, sonríe tranquila y se la ve ilusionada.

—Hoy teníais lo de la abogada, ¿no? —pregunta.

—Olvídate de abogadas ahora —le pides—. ¿Cómo es de fuerte que esta criatura acabe de nacer?

—Ya. Aún no lo he asimilado —dice ella, y mira a su marido—. ¿Tú?

—Para nada —responde él, contemplando a su hijo.

—Es precioso —dices, embelesado, y te preguntas cómo se puede querer tanto a alguien a quien acabas de conocer.

—Dani —dice tu hermana, incorporándose en la cama—. Miguel y yo queremos pedirte algo. —Tú te vuelves hacia ellos y captas su mirada de complicidad cuando te dice—: ¿Te gustaría ser el padrino de Izan?

—¡Hala! ¿Su padrino? ¡Cla-claro que sí! —respondes, y Víctor aplaude flojito para no despertar al niño—. Pero ¿seguro que no queréis que sea otro?

—Nadie mejor que tú —responde Miguel—. Izan va a necesitar a alguien valiente, que le enseñe y lo cuide. Y su tío es perfecto para

ello.

—Voy a ser tu padrino —le dices al bebé, y después le das un beso en la cabeza—. Oye, y para el próximo avisad que venís al hospital, también os digo. Mucho decir que no te cuento cosas, pero anda que tú…

—No queríamos —responde tu hermana—. Preferíamos no agobiarnos. Estábamos en buenas manos y no queríamos gente por aquí hasta que se calmara todo.

Tus padres se estaban yendo justo cuando vosotros habéis llegado. De primeras les ha sorprendido ver a Víctor, pero has visto el gesto que les hacía tu hermana de que luego les contaría. Mejor, ella se sabe la historia a la perfección y prefieres que se la explique otra persona.

No os quedáis mucho más rato: el bebé y tu hermana tienen que descansar, y la enfermera le trae la cena cuando os estáis poniendo los abrigos.

—Te quiero mucho —le dices a tu hermana, y luego se lo repites al bebé, que entreabre los ojos un instante—. Gracias por elegirme como padrino.

Miguel os abraza a ambos y os acompaña a la puerta.

Ya fuera, camináis hasta la parada del metro con la sensación de que ha pasado una vida entre la reunión con la abogada y este instante. Sientes un calor en el pecho muy distinto a cualquier otro que hayas sentido. Como de hoguera en una cabaña aislada por la nieve. Quedan aún semanas para el juicio, pero recuerdas lo que te dijo Paloma en la sesión de la semana anterior: es importante centrarse en lo bueno para analizar con objetividad la situación general. Y, en general, todo lo que está pasando es bueno, es bonito, es digno de ser recordado. ¿Lo demás? Pasará y además será olvidado.

No te estás autoconvenciendo de nada, ni tampoco es una sensación momentánea. Lo compruebas cuando, a tres días del juicio, Isa te llama llorando. Tus alertas se disparan y ya estás a punto de salir corriendo de la oficina hacia donde esté ella cuando te cuenta, con la voz rota, que no va a poder declarar.

—Me… me siento fatal…

—Tranquila, Isa, ¿qué pasa? —le preguntas, mientras te levantas

de tu silla y te diriges al pasillo—. ¿Está todo bien?

—Van a operar a mi madre justo ese día.

—¿Es grave?

—Sí, bueno, está bien…, pero le tienen que poner un baipás y mi padre justo está fuera y…

—Oye, para, Isa. De verdad: no pasa nada.

—Pero el juicio…

—Al juicio voy yo, va Víctor, va Carlos. Hay pruebas. Hay fotos. Si el juez no nos cree no será porque falte tu testimonio, que, por cierto, está registrado de todas las otras veces que declaraste.

—¿No puedo hacerlo *online*? A lo mejor me dejan… —añade, tragando saliva.

—Lo dudo, pero se lo preguntaremos a Julia. De todos modos, tía, tú preocúpate de lo importante. Ve con tu madre. ¿Vale?

—Vale… Pero me cuentas, ¿eh?

—En cuanto salgamos y sepamos algo.

Os despedís y tú te quedas paralizado en el pasillo, alerta por si de pronto te llega una oleada de frustración o miedo o incluso enfado, pero lo único que percibes es calma, confianza y seguridad. Con la mente despejada, escribes a Julia y le explicas las novedades. La abogada te responde unos minutos después, cuando ya te encuentras en tu sitio. Lo ha consultado y no se puede declarar telemáticamente, pero, como ya le has adelantado a Isa, tenéis testigos de sobra para apoyar tu relato.

Sin saber por qué, cuando dejas el móvil en la mesa y tratas de concentrarte en la campaña que estabas terminando, te viene a la cabeza el pequeño Izan. Su mundo va a ser muy distinto al tuyo. Lo compartiréis, pero no del mismo modo. En veinticinco años todo puede haberse transformado de arriba abajo varias veces, y más a la velocidad a la que cambia la vida ahora. Pero, sea como sea, haya los cambios que haya, solo esperas poder ayudarle a escoger bien. Cuando tenga dudas sobre las amistades, sobre decisiones vitales, sobre el amor, sabrá que puede contar contigo como tú puedes contar con tanta gente que te rodea y te cuida y te quiere. El mundo cambiará, sí, pero mientras siga habiendo gente que no tenga miedo a echarte una

mano cuando sea necesario, la vida será un poco más sencilla.

Y eso, lo sabes bien, ya es mucho. Por no decir todo.

ANDREINA

Llevas demasiado tiempo tatuando como para saber cuándo estás haciendo un trabajo más o cuándo estás creando algo cargado de significado. En ambos casos te lo tomas con idéntica profesionalidad, pero sabes que no tienen el mismo valor.

Los de los chicos que te han pedido cita ese mediodía son de los segundos. De los importantes. De los que pesan y van a recordar siempre. De los que, al mirarlos, van a observar una parte de ellos que no se pueden permitir olvidar.

—¿Quién va primero? —les preguntas.

El rubio, Dani, es quien hizo la reserva, y también quien levanta la mano ahora.

—Voy yo, para que vea que no duele.

Cuando se quita la camisa entiendes a qué se refiere: tiene el torso y los brazos salpicados de distintos dibujos de diferente estilo y palabras en una armonía única que no en todos los cuerpos quedaría bien. Eso también lo sabes porque has visto muchos cuerpos entintados que parecen folios garabateados por manos inexpertas.

—¿Cuánto duele? —pregunta Víctor, claramente virgen de tinta.

—Muchísimo. Te vas a desmayar —le respondes mientras el otro se tumba en la camilla.

—No, en serio.

—Nada, Víctor —responde quien presupones que es su pareja—. Ya te lo he dicho mil veces.

—Vale, vale...

Te hacen gracia los que se hacen su primer tatuaje. Siempre tienen las mismas dudas: la del dolor y dónde hacérselo. Un lugar escondido, que solo se vea si lleva una prenda en concreto, que no suponga un problema para su trabajo...

Mientras comienzas a dibujar las letras en el pecho lampiño de

Dani, te cuentan que Víctor es actor y que por eso le preocupa un poco más, pero también que tiene muchos compañeros a los que, con maquillaje, les hacen desaparecer todas las marcas; ya no es tanto problema como hace tiempo.

—Además, quiero hacérmelo. Mañana es un día importante.

—«Esto también pasará» —recitas, leyendo el texto que ya has sobreimpreso en el pecho de Dani y que ahora vas grabando con la diminuta aguja y la tinta negra—. Me gusta.

—Es de un cuento…

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

No siempre preguntas. De hecho, hay veces en las que no hablas durante toda la sesión. Tanteas al cliente y, si lo ves con ánimo, le das bola, pero si no, te callas y te limitas a tatuar. Cada persona es distinta, y hay quienes se toman el proceso como algo casi místico. Otros no. Otros buscan distraerse de las punzadas y necesitan que los entretengan. A ti te gustan más estos porque lo pasas mejor y conoces un poco más la razón de tu trabajo.

Dani procede a contarte la fábula del sultán y del anillo y del rey Salomón, y para cuando termina solo te quedan las últimas letras. No ha querido añadir a la frase ningún tipo de dibujo ni elemento. Sabes que hay más historia detrás de ese cuento, pero está claro que no te la va a contar por el momento, y tú prefieres no indagar. Quizá, si ha quedado contento, vuelva.

—Listo —dices, al cabo de un par de minutos. Procedes entonces a limpiarlo con espuma, a echarle pomada y a cubrirlo con una capa de plástico líquido que se seca en cuestión de segundos sobre la herida—. ¿Necesitas que te explique cómo cuidarlo los primeros días?

—Nada, lo tengo controlado —te dice, y contempla el resultado en el espejo—. Muchas gracias.

—Te toca —le dices a Víctor, que también se quita la camiseta—. La querías aquí, ¿verdad?

Has impreso varias opciones, más grandes y más pequeñas, y antes de marcarla sobre su pecho, a la altura de la clavícula, vas haciendo pruebas hasta que dais con una que os convence a todos.

Su frase está en latín y dice: *Nulla aesthetica sine ethica*. La quiere

apoyada sobre dos ramas de olivo que cruzan de un extremo al otro la parte superior de sus pectorales.

Ya tumbado, el chico cierra los ojos y tú sonríes, divertida y concentrada. El primer pinchazo le hace dar un leve respingo, pero estás preparada y lo tienes sujeto para que no se mueva. A partir de ese instante, lo ves abrir los ojos. Deja de contener el aliento y comienza a respirar con normalidad. Ya está.

—Pues es verdad que no duele.

—¿Qué te dije? —le responde Dani—. Ahora te toca contarle qué significa.

—«Ninguna estética sin ética», que viene a decir que de nada sirve crear algo bello si no hay unos valores, una ética, un mensaje detrás. Y como soy artista…

—Hija, ¡qué intensos los dos! —bromeas.

—Nah, solo de postureo —te dice el moreno—. Pero es verdad que últimamente he podido reflexionar mucho sobre qué quiero hacer como actor, y aunque la mayoría de veces no voy a poder elegir todo, sí que está bien escoger con un poco de criterio. La frase no es mía, ¿eh?

—Hombre, ya lo imaginaba.

—La original es al revés: «Ninguna ética sin estética». La vi forjada en una de las fachadas del conservatorio de música que hay cerca del Palacio Real y la busqué en internet. Luego fue Nietzsche quien le dio la vuelta. Me gusta más así.

—A mí también —comentas, y sigues dibujando la frase y las ramas finas sobre su pecho moreno.

Cuando, un rato después, los dos se miran en el espejo con el trabajo terminado, sonríes, orgullosa. Mientras te quitas los guantes de látex para acercarles el datáfono, ellos te agradecen el trabajo.

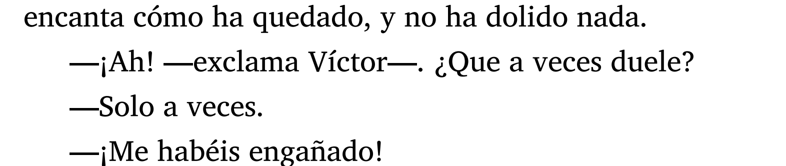
—Es finísimo —dice Dani, que es quien paga.

—Ahora te hago Bizum de lo mío —le dice Víctor.

—No. Es un regalo.

—Pues cuidado, que esto engancha —le adviertes tú, imprimiéndole la copia del ticket y entregándosela.

—Yo creo que me verás más veces por aquí —comenta Dani—. Me


encanta cómo ha quedado, y no ha dolido nada.

—¡Ah! —exclama Víctor—. ¿Que a veces duele?

—Solo a veces.

—¡Me habéis engañado!

—Solo un poco —responde Dani, dándole un beso.

Aunque os acabáis de conocer, os despedís con un abrazo y después los acompañas hasta la puerta.

—Y, sea lo que sea lo que tengáis mañana, suerte —dices.

—Gracias —te responde el rubio, y hay algo en su mirada que te confirma que acabarás conociendo toda su historia.

VÍCTOR

Hace frío cuando salís del metro de camino a los juzgados. Te molesta un poco el plástico que te cubre el tatuaje del pecho, pero enseguida te olvidas de él. La última canción que has escuchado se te pega a las neuronas y la tarareas sin ser consciente hasta que te fijas en la cara de Dani.

—¿Bien?

—Sí, tranquilo. Hoy se acaba.

—Hoy se acaba.

Por fin, piensas. Por fin ha llegado el día del juicio.

Decidís esperar en la acera de enfrente. Aún quedan veinte minutos para que llegue Julia.

De pronto comienzas a recibir mensajes.

Mai:
Estamos a un minuto!

Jime:
Dónde andáis???

Dani también mira su móvil.

—Están mis padres —dice, y buscamos a nuestro alrededor hasta que los ve—. ¡Mamá!

Ellos sonríen, se arrebujan en los abrigos y nos saludamos.

—¿Un café? —pregunta, señalando el local más cercano.

Entráis y tú avisas a quienes te han escrito para que sepan dónde estáis. Su padre y su madre se piden unos cafés, pero a ti no te entra nada. Miras la hora en el teléfono. La puerta. El edificio de los juzgados que ya visitaste cuando declaraste por tu cuenta, sin avisar a Dani siquiera. De nuevo bajas los ojos al móvil.

—¡Chicas! —exclama él.

Cuando te giras te encuentras con Jime, Sara y Lola.

—Gabriel está aparcando —aclara Lola, dándote un abrazo.

Dani les presenta a sus padres y ellas también piden algo para tomar.

Julia te avisa: llegará en cinco minutos.

Aún no hay ni rastro de Carlos. Secretamente piensas que no va a aparecer. ¿Qué le impide hacerlo? Le va a surgir algo. Se va a retrasar. No va a venir. Así que, cuando recibes el mensaje de que está a diez minutos, respiras. Puedes confiar de verdad en él, ¿qué más pruebas necesitas? Es vuestro único testigo, aparte de ti. ¿Cuántos necesitáis? Julia dice que sois suficientes, pero...

Todos os preguntan cómo estáis, sobre todo a Dani. Y él responde como un mantra una y otra vez lo mismo: estoy bien. Estoy tranquilo. Ya se acaba. Eso esperas.

Tú te acercas y lo abrazas con torpeza por culpa de los abrigos.

Les contáis que ayer estuvisteis hablando con la abogada y que lo tenéis claro. Que ha estado en otros juicios contra la Policía y que nunca se sabe. Es una moneda al aire. Puede que los condenen, puede que los absuelvan. Os lo dijo para que no esperaseis nada. No esperas nada. Que se acabe, eso sí. Dejarlo atrás y que podáis seguir adelante con vuestra vida.

—¿Vamos? —pregunta Jime.

Sí, ya es la hora. Pagan los cafés y salís de nuevo al frío.

Ves a Julia en lo alto de la escalinata, donde la gente hace cola para entrar. Baja y os saludáis. La presentas al grupo cuando Carlos hace su aparición con el casco de la moto en la mano.

—Cómo está Madrid hoy —dice—. ¡Buenas!

Reparte abrazos y besos hasta que llega frente a ti. Os abrazáis con fuerza y aguardáis hasta que os toca cruzar las puertas de cristal y el control de seguridad. Sin embargo, tus ojos se abren con incredulidad cuando, en el vestíbulo donde están los ascensores, te encuentras no con una, sino con cinco caras conocidas más: Orli; Eduardo, el político amigo de Gabriel; Lautaro, que ha venido con Mairena; Elliot, y la hermana de Dani, Miri.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntas.

—Apoyaros —responde Eduardo, tras darle un abrazo a Gabriel.

—Isa me ha pedido que viniera en su nombre —aclara Orli—. Y yo también quería estar.

Lautaro también se acerca, y tú se lo presentas a Dani. Miri es la última.

—¿Y *little* Izan? —pregunta Dani.

—*Little* Izan con su padre, que yo necesitaba despejarme.

—Hija, pues menudo planazo has ido a elegir —le dice su madre, que le da un beso.

—Vaya *troupe* —bromea Julia—. Los ascensores están aquí y allí.

—Yo prefiero las escaleras —dices, y unos cuantos te siguen.

—¡Quinta planta! —os recuerda la abogada.

Subís charlando sobre trivialidades y vuelves a responder a la pregunta de los recién llegados sobre cómo estás, si habéis descansado, si Dani está nervioso. Y tú contestas de manera automática porque, aunque te muestras tranquilo y les aseguras a todos que estás bien, sientes el corazón en el pecho y en los oídos, tamborileando según te acercas a la planta del juzgado número 13.

De camino os cruzáis con una mujer y una niña de unos seis años de aspecto extranjero, pertenecientes probablemente a un país de Europa del Este, que bajan. La pequeña va de su mano, llorando desconsolada. La mujer también, aunque trata de calmarla con palabras que no entiendes. Lo que sea que les ha ocurrido les ha desbaratado la vida, y están solas. Tú miras a tus amigos y vuelves a sentir una congoja enorme al saberos tan afortunados de estar tan rodeados, tan protegidos. Desconoces lo que les ha podido pasar a ellas, pero también comprendes que incluso en las desgracias hay suertes y suertes, y que vosotros, al menos, tenéis poco que lamentar.

Recuerdas el pasillo del día en el que tuviste que ir a declarar, pero te quedas al principio del mismo cuando, a la entrada de la sala que os ha tocado, los ves.

Hay cinco y están de pie alrededor del banco en el que dos están sentados. De entre todos reconoces al que le pegó el bofetón a Dani. El resto supones que son testigos, compañeros o abogados. Otro de ellos salía en las fotos. No te crees que esté pasando de verdad. Tanto tiempo después y no te cabe la menor duda. Te preguntabas cómo

sería este momento. Si, cuando llegara este instante, serías capaz de distinguirlo. Si algo en ti se despertaría y te llevaría de golpe a esa noche.

Ahora lo puedes confirmar: así ha sido.

—Son ellos —dices.

Pero cuando vas a acercarte a Dani para confirmarlo con él, la puerta de vuestra sala se abre y el oficial anuncia que va a comenzar el juicio y que se requiere que se personen allí Dani y el agente de Policía con el número de placa correspondiente.

Él levanta la mirada y también los ve. Sin embargo, no te da tiempo a parar a Dani. Él sigue a Julia y le entrega el DNI al hombre de la puerta. Te cuesta no gritar al ver que detrás de tu novio, el que se levanta del banco y se dirige a la puerta es el moreno al que acabas de identificar.

Lo sabías. Bien por ti. Igual tu memoria sirve para algo más que para estudiar separatas.

Pero no has podido hablar con Dani. Joder.

Blanca y Pedro tratan de entrar con su hijo, pero el oficial no les da oportunidad y cierra la puerta después de que entren Dani, el agente y sus letrados. El matrimonio se queda en la puerta: Blanca, sentada, y Pedro, de pie, a su lado.

—Voy a acercarme —dice Sara.

Jime también se levanta.

—Te acompaño.

—Y yo —añade Miri.

—¿Vamos? —te pregunta Carlos, pero tú niegas.

Te imponen demasiado los agentes que se han quedado fuera. Reconoces a otros dos. Uno, el que salía en la foto con el acusado, es el que más os mira. Sara y Jime se sientan en el banco que hay frente a ellos y tú contienes una risa nerviosa. ¿Qué hacen?

La respuesta la recibes al instante siguiente, cuando se te ilumina la pantalla del móvil y ves que tienes un mensaje suyo.

Están nerviosos. Los escucho desde aquí.

¿Qué dicen?!!

Que manda huevos lo que tienen que aguantar.
Que al final siempre pasa lo mismo con los borrachos.

Y dale... Pero si Dani no iba borracho!
Ni él ni ninguno.

Ya, ya. Yo te digo lo que comentan.
Ahora el otro, el de verde, dice que está hasta la polla de que la gente se pregunte siempre que para qué valen.

Pues para nada, visto lo visto.

Ya, y el mazado dice que una vez un borracho se tiró al suelo y luego los denunció por agresión.
No te digo cómo están imitando al borracho, pero puedes hacerte una idea.
Un desprecio...
Parece ser que están hartos de ser ellos contra todos.

Eso no es excusa de nada.

¡Que ya lo sé, Víctor! No es excusa.
Solo te cuento lo que oigo y veo.
Me siento un poco espía.

La Mata Hari de plaza Castilla xD.

Dejas el móvil un momento y la ves reírse con tu mensaje sin dejar de teclear. Al momento, recibes otro whatsapp suyo:

Ahora hablan de otra cosa, pero no oigo bien.
No sé qué de que alguien los grabó una vez y de que tienen muchos problemas con los borrachos.

¡Qué fijación... #FreeTheDrunk!

Jajajaja... idiota eres.

A mí me suena a justificación.

Tal cual, pero debe de ser un tema para
ellos.
Ahora no los oigo, han bajado la voz.

Tú te asomas para mirarlos y te fijas en que en su banco solo están ellos, con las piernas abiertas, los codos en las rodillas, echados hacia delante. En el resto del pasillo hay de cuatro a cinco personas apiñadas en cada uno, que ni se hablan e igual ni se conocen. ¡En el vuestro lo mismo! Pero no en el suyo.

También te detienes a mirar al tercero. No es como los otros dos. Parece más callado. Mira al suelo. No lo reconoces. Debe de ser algún compañero que han llevado como testigo. Va mejor vestido, pelo engominado, camisa rosa... Se muerde las uñas y mira el móvil mientras los otros traman en voz baja.

¿Y el de rosa?

Ya. Me he fijado. No habla casi.

No parece muy cómodo.

Igual si a este le insisten un poco confiesa
la verdad y aquí paz y después gloria.

Sí, ya, seguro, jajaja...

Pero es verdad que lo veo más matado
que a los otros.
Con ojeras. Como avergonzado. No sé...

—Ey, ¿nervioso? —te pregunta Orli de pronto, a tu lado.

—Pues mira, sí —confiesas—. Ahora sí. Este lugar es deprimente y ahí dentro todo impone un huevo.

—Va a ir bien —te asegura Mairena.

—Piensa que estás en un escenario o en un plató, igual te ayuda —añade Lautaro.

Dicen algo más?

Te notas ansioso. Como si cualquier pista de último momento fuera a resolver el caso a vuestro favor.

Nada, que yo oiga.

Entonces se abre la puerta de nuevo y sale el hombre de antes.

—Carlos Jiménez Ortega. Que pase Carlos Jiménez Ortega.

—Allá vamos —masculla vuestro amigo, poniéndose de pie.

Carlos cruza los metros que os separan de la sala. Entrega el DNI y desaparece por la puerta.

DANI

La sala es pequeña. Cuenta con tres hileras de bancos frente a una amplia mesa en forma de C donde se sientan, a la izquierda, Julia y la fiscal, al fondo, el juez, y a la derecha, el abogado de la Policía y el letrado por parte del Ayuntamiento. En el centro, delante de los bancos, hay un micrófono.

Tú te encuentras en el primer banco y, a la misma altura, en el de la derecha, está el agente. No sabrías decir si es él. Puede que sí. Estás casi seguro, pero no del todo. Pasó tan rápido y hace tanto tiempo y el golpe te dejó tan paralizado en aquel momento como ahora. Lleva gafas. Quien te pegó no las llevaba. El corte de pelo es distinto, aunque el cabello es del mismo color, pero lo que te extraña es que, de ser él, no haya aparecido teñido o con bigote. Sí, puede que lo sea. Puede. O no. Deberías mirarlo más, pero no puedes. No quieres. Lo has hecho al principio y prefieres no volver a hacerlo. Sientes que te sudan las manos, pero te las secas en los vaqueros y miras hacia el frente o al suelo. ¿Por qué te sigues sintiendo como si tú fueras culpable de algo en lugar de la víctima? ¿Igual lo eres un poco? ¿Por haber provocado todo esto, al menos? ¿Por no ser capaz de asegurar al cien por cien que es él? Ya lo decías en tu denuncia: no estabas seguro de poder reconocer a la persona si la veías. Solo Víctor se creía capaz.

Víctor. Te falta ahí. Cerca. Saber que están tu familia y tus amigos en el pasillo te da una seguridad inmensa, pero sigues sintiéndote desamparado en ese cuarto. No podías haber tomado mejor decisión cuando contratasteis los servicios de Julia. Ella te mira y, sin mediar palabra, te calma con una sonrisa tranquila. Va bien. Todo va bien, te dice. Pero tú quieres llevarla aparte y decirle que no sabes si es él. Crees que sí, pero igual deberíais pararlo todo. Dejarlo estar.

«Esto también pasará.»

Las palabras del anillo del sultán llegan a tu mente y te permiten

controlar el pulso de tu corazón. Aunque te lo hubieras imaginado muchas veces y Julia te hubiera asegurado que sería rápido y que te sabrías las respuestas, cuando el juez te pide que te levantes para hablar al micrófono, delante de ellos, tienes que sujetarte las muñecas para que dejen de temblarte. Carraspeas y contestas. Primero, si te ratificas en tu denuncia. Sí, claro que lo haces. Después, si el golpe te había provocado alguna lesión que requiriera atención médica. Eso no. A continuación le pasa el testigo a la fiscal y ella te pide que describas a quien te agredió. Moreno, alto, de metro noventa y el pelo recortado por los lados.

—Entonces ¿reconoce a la persona en esta sala?

—No.

—¿No lo reconoce?

—No. No estoy seguro —has dicho.

Podrías haber mentido, pero te habría podido la culpa. Estás casi seguro de que es él, pero ese «casi» te impide decir que sí.

Eres imbécil. Te sientes imbécil. ¿Y qué si no es él y hay otro policía que estaba en ese mismo control aquella noche, compañero suyo, también alto y moreno y grande, que lo hizo? ¿Y qué? El problema es endémico, esa gente ha mentido, ha dicho que ibas borracho, que os ayudaron cuando no fue así, que tiraste vallas, que mentiste. ¡Miente tú ahora, Dani! Al menos que te quede eso. Y si él no fue, que al salir de ahí como culpable se líe a hostias con quien no ha dado la cara y con los compañeros que han permitido que pasara.

Pero ya has respondido. No, no lo reconoces con seguridad. Y pasan a la siguiente pregunta.

Esta vez es Julia quien habla. Ella ayuda a poner en contexto todo porque nadie esperaba que el juez arrancara directamente hablando de las posibles heridas de la agresión. Julia encauza tu declaración para poder contar que no veníais de un bar, que no estabas borracho, que habíais cenado cerca.

—¿Estaba usted agresivo?

—Para nada —dices sin que te tiemble la voz, tal como habéis ensayado—. Ni siquiera estaba cerca del control cuando me agredió el agente. Y supongo que, de haber sido agresivo, me habrían retenido o

puesto una denuncia, y no pasó.

Eso último lo dices mirando al juez.

—No hay más preguntas, señoría —concluye tu abogada.

Cuando le pasan la palabra al letrado del Ayuntamiento, él se abstiene de añadir nada y entonces le toca al abogado de los acusados.

Con solo verlo te da mala espina. Sonríe levemente con los labios, pero no con los ojos. Parece tener ganas de sacarte las vísceras ahí, delante de todos, pero con calma, con dulzura incluso. Y cuando abre la boca y habla te confirma lo que piensas. Con un tono paternalista te pregunta quién os mandó las fotos en las que identificasteis a los agentes del control.

—Una persona le hizo llegar las imágenes por una red social a uno de los testigos que declarará luego.

—Pero esa persona que hizo la foto no ha venido hoy.

Respondes que no y te acuerdas de la chica que escribió a Víctor y a la que prometisteis no meter en nada. ¿No les valen? ¿Tres fotos de esa noche y tampoco les sirven? Notas que tu respiración se está colando por el micrófono a un volumen que resulta incómodo. ¿O solo te molesta a ti?

De seguido te pregunta cuántos agentes había en ese control.

—¿Cinco? —respondes—. ¿Seis?

—No lo sé, dígamelo usted.

—Pues no los conté, pero sí: cinco, aproximadamente. Y ninguno me ayudó.

Tras este comentario, su abogado declina hacer más preguntas. ¿Has hablado más alto de lo necesario? Igual se te ha ido el tono. Notas la boca seca. Al tragar saliva, toses. Calma, Dani.

«Esto también pasará.»

—Puede usted sentarse, don Daniel. Ha sido usted muy amable —dice el juez.

Tú le das las gracias y vuelves a tu sitio. Ya está. Miras a Julia y ella asiente. Se acabó para ti. Lo que queda ya no depende de lo que digas o hagas tú. A partir de ahora y hasta que acabe solo tienes que mantenerte ahí, quieto, en el banquillo, y aguardar.

El juez le pregunta entonces al agente si quiere hablar él o que lo

haga su abogado.

—Declararé yo —responde, y se coloca frente al micrófono, como tú hace un minuto.

De reojo, sin apenas girar el cuello, lo observas y tragas saliva. El hombre tampoco se anda por las ramas y le pregunta si te golpeó.

—No, señoría.

De nuevo, turno de la fiscal. Mientras le pregunta si él se encontraba en el cordón policial, tú sientes que estás viendo un partido de pádel. Golpea uno, golpea el otro, golpea el de al lado, golpea el de enfrente. Punto. Fuera. Siguiente.

El agente no se limita a decir que sí, que estaba allí esa noche, sino que explica que eran como ochenta policías. Ochenta. ¿Dónde? ¿En el alcantarillado? ¿Escondidos en las vías del metro que pasaran por debajo? ¿Apostados en las ventanas? No haces ni un gesto porque una parte de ti ni lo procesa. Tú te referías obviamente a los que estaban en las vallas, no en toda la plaza de Pedro Zerolo.

—No recuerdo haber tenido ningún problema con este señor —dice. Señor. Te suena mejor que lo de bombón o maricón, pero como que tampoco te define, piensas—. Ni verbal ni físico.

Cuando le pasan la palabra a Julia, ella revisa un segundo sus papeles y le pregunta dónde se encontraba. Él enseguida explica que en el lado izquierdo, aunque no dejaban de moverse.

—¿Usted intervino en ese altercado en concreto?

—No, ya le he dicho que no.

—¿Puede decirnos si mi cliente se encontraba ebrio o agresivo?

—Si no he hablado con él no puedo decirle cómo se encontraba.

—Sin embargo, en su declaración en sede judicial usted manifestó que Daniel se mostró ebrio y agresivo.

—No. Eso no lo dije. Yo dije que estaba en el cordón, pero no he estado con él.

¡Mentira! Te apetece gritar. ¡Eso es mentira! Lo has leído. Lo has visto en el vídeo. No querías, pero al final revisaste los archivos con Lola y Jime para que fuera menos horroroso. Él dijo que tú estabas agresivo. ¿Nadie va a decir nada? No. Pero Julia se ha encargado de que quede registrado.

—Vale —responde ella—. ¿Usted salió del control policial para agredir a Daniel?

—¡No! —dice mientras se le escapa una risita, como si lo que estuviera diciendo ella fuera una absoluta locura.

—Pero si había ochenta policías, como acaba de manifestar, ¿ninguno podía haberse acercado a socorrer a Daniel después de sufrir la agresión?

—Creo, porque no estoy seguro, que la lista de hecho es de más de cien policías. No sé si querrá su señoría llamar a todos a declarar…

—Y si esta persona se encontraba ocasionando problemas, moviendo la valla, como han manifestado previamente, ¿cómo es que no lo multaron o lo detuvieron?

—El que tuvo el problema tendría que haberlo denunciado.

—Entonces, por confirmar, ¿no se encontraba con el compañero que sale en las fotos aportadas?

—A ver, él es mi binomio. Puedo ir con unos o con otros. ¿Las fotos? Me pueden hacer todas las que quieran a lo largo de la noche porque estoy seis horas allí. Yo no sé cuándo se tomaron esas en concreto.

—O sea que hubo momentos de la noche en los que sí estuvo con su compañero.

—Hombre, ¡casi toda la noche, por eso es mi binomio!

—No hay más preguntas.

Wow. Menuda manera de manejar la situación. Te entran ganas de levantarte a darle un abrazo, pero sigues inmóvil porque esto no ha terminado aún. Ni de lejos.

De nuevo la pelota llega al tejado del Ayuntamiento, que una vez más se abstiene de hacer preguntas, y así llega otra vez el turno de su defensa. Te remueves en el banco por lo que pueda ocurrir, pero te sorprende ver que no tiene nada que preguntar a su cliente.

El policía vuelve a su sitio.

—¿Tiene testigos, letrada? —le pregunta el juez a Julia.

—Sí; como avisé, una de ellas no ha podido venir por motivos personales, pero tengo a dos más aquí: Víctor Valdés y Carlos Jiménez.

—Empezaremos con Carlos Jiménez.

Te vuelves para ver entrar a tu amigo en la sala. Os miráis un segundo, pero ninguno de los dos hace ningún gesto.

—Al micrófono, por favor —le pide el juez. Después le recuerda que está allí como testigo y que debe decir la verdad—. ¿Usted estuvo presente durante los hechos esa noche?

—Lo estuve, sí —dice él—. Al menos durante parte de esos hechos.

—¿Usted presenció la agresión de un policía a esta persona? —Y te señala a ti.

—Sí.

—Y ¿tiene claro cómo era ese agente?

—Sí... Bueno, no. O sea, ha pasado mucho tiempo y no recuerdo..., o sea..., exactamente cómo era su físico...

Está nervioso. Más que tú, incluso. Mira a ambos lados, traga saliva. Se interrumpe.

—¿Señora fiscal?

—Con la venia de su señoría. Usted dice que estuvo cuando ocurrieron los hechos. ¿Cuando lo llaman bombón o cuando lo agreden con el bofetón?

Carlos se gira para mirarte, pero tú estás con la vista al frente.

—Yo llego al lugar justo cuando..., eh... Daniel acaba de terminar una discusión con alguien que está en el acceso a la calle y yo llego justo cuando le está diciendo «A mí no me llames bombón, hijo de puta». Luego nos apartamos ya para irnos cada uno a casa y es en ese momento cuando aparece el policía y le da un bofetón.

—¿Reconocería a ese policía?

—No estoy seguro. Lo vi muy poco tiempo. Vino, dio el bofetón y se marchó.

Turno de Julia.

—¿Estaba Daniel agresivo o borracho?

—No.

—¿Le ayudó alguno de los policías después de recibir el bofetón? ¿Le ofrecieron denunciar? ¿Le preguntaron si estaba bien?

—No. Nos acercamos al control y nadie nos ofreció ayuda ni nos dio el número de placa. Todo fueron excusas y, al ver que no conseguíamos nada, Dani decidió ir a denunciar.

Eso es todo.

El Ayuntamiento vuelve a no tener preguntas, y otra vez le pasa el turno al abogado del policía. No es pádel. Es pimpón. Va todo demasiado rápido para asimilarlo, pero refuerzas la atención para no perderte, aunque prefieras no mirar.

—Vamos a ver. Me he sorprendido ante las preguntas de la fiscal… ¿Dice que lo vio de frente?

—Sí, bueno, lo vi llegar, yo estaba colocado a un lado de Daniel. Estaba Víctor. Cuando llega el policía se coloca de frente. Lo golpeó y luego se gi…

—No. No se ande por las ramas…

Eso sí que te hace girar la cabeza y mirar al abogado. Ahí está. Lo sabías. Incluso cuando ha tratado de ser dulce y paternalista contigo había una rabia enterrada que de pronto sale a la luz.

—¿Lo vio de frente o no?

—A ver, yo lo veo un segundo de perfil, pero al girarse…

—La pregunta es muy sencilla, ¿se puede limitar a responderla? Sea usted conciso. Que si lo vio de frente.

—¡Ya le he dicho que pasó muy rápido, pero que…!

—Vamos a ver, en su declaración ante la Policía dice usted que…, eh…, no lo pudo ver de frente en el momento de la agresión. ¿Esto es verdad? ¿O cuándo dijo usted la verdad?

—O sea, en aquel momento en el que pasó…

—Volvemos a empezar: ¿lo vio usted de frente o no lo vio de frente?

—Yo veo a una persona que llega de perfil y…

—Esa no es mi pregunta…

—Con permiso, don Carlos —interviene de pronto el juez, con un tono de hartazgo hacia el abogado que te sorprende—. Ya está bien. Queda claro lo que quería decir. No se apure. Muchas gracias, puede usted abandonar la sala. Gracias por venir. Que pase don Víctor.

¿Ya está? ¿Acaba de cortar al otro abogado? ¿Eso qué significa?

Tú te giras para ver entrar a tu novio. Él te sonríe levemente y el juez le repite lo mismo que a Carlos: que debe decir la verdad, que viene como testigo…

—¿Esa noche estaba usted con don Daniel? ¿Estaban juntos?

—Sí.

—Todo concluyó en una agresión. ¿Usted sabe quién le agredió?

—Sí. Un policía municipal.

—¿Sería capaz de reconocerlo si lo viera de nuevo?

Víctor procede a hacer la misma descripción del agente que tú. No duda. No tartamudea. No respira de más. Habla con claridad al micrófono y sin apartar la mirada del juez.

—¿Fiscal?

La mujer le vuelve a repetir la pregunta de una manera distinta. Intuyes que lo que quiere es que diga si la persona que está sentada en el banco de al lado es la que te agredió, pero la mujer no llega a hacer la pregunta concreta. Que si sería capaz de reconocerlo. Que si eso que acaba de contar son los detalles de la descripción. Que si tenía algún dato más para su identificación... Víctor responde a todo, pero en ningún momento le pide que mire a su derecha y vea si esa persona es el agresor. ¡Hazlo!, te dan granas de gritar. En cambio, le pregunta sobre las fotos que recibimos.

—¿Fue a usted a quien se las enviaron?

—Sí.

—Y ¿cómo le llegaron?

—Pues... cuando hicimos pública la agresión en las redes sociales, una chica me las hizo llegar. Ella y una amiga se las habían tomado esa noche porque, según ellas, también recibieron comentarios inapropiados por parte de los agentes que había en ese control. No me dieron más explicaciones, pero al verlas confirmamos que eran ellos.

—¿Y usted estaba junto a Daniel cuando lo golpearon?

—Sí. Yo estaba a su lado, pidiendo el taxi. El agente vino, nos giramos, le estampó la mano en la cara y sus compañeros se lo llevaron.

—No hay más preguntas, señoría.

—¿Letrada?

Julia toma la palabra y ella sí le hace la pregunta que estabas esperando.

—La persona acusada de agredir a Daniel está sentada en ese

banco. ¿Puede reconocerla como el agente que le dio el bofetón?

Tú lo ves girarse. Mirar al policía, que no aparta su mirada de Víctor, y decir:

—Sí, es él —responde con una seguridad que te hace soltar una bocanada de aire que no habías advertido que estabas conteniendo. Estás a punto de ponerte a llorar cuando repite—: Sí.

Como es de esperar, Julia le pregunta por lo que ocurrió esa noche y Víctor narra otra vez todo con los mismos detalles que tú. La cena. Las copas en el bar. La agresión verbal. El bofetón. La indiferencia de los compañeros…

Esta vez, cuando le llega su turno, el Ayuntamiento sí tiene una única pregunta que hacerle:

—En el momento de los hechos, ¿usted era pareja de Daniel?

—Sí —responde Víctor.

—No hay más preguntas, señoría.

No lo ves, porque estás mirando al frente, pero puedes imaginarte cómo Víctor pone los ojos en blanco tras esa peculiar pregunta. ¿Qué ocurre? ¿Su palabra vale menos por ello? ¿Por qué razón es relevante? ¿Cree que os habéis compinchado? ¡Pero si ninguno saca nada de esto! Igual deberías contarle que debido a toda esta mierda rompisteis y estuvisteis a punto de no volver a estar juntos. Quién sabe, igual eso ablanda el corazón del juez.

—¿Letrado?

Aquí viene otra vez. Esta vez respiras hondo.

Para Víctor no hay saludo ni buenos días.

—Vamos a ver —comienza, directamente—. La cuestión es la siguiente: ¿en cuánto tiempo cifraría usted el momento que ve al policía? ¿Un minuto? ¿Dos minutos?

—Pues un minuto aproximadamente, pero también estaba en el control, así que cuando estamos diciendo «Bueno, vámonos» y tal, también le vemos la cara.

—Pero usted no sabía en ese momento que ese señor iba a agredir a su novio.

—No, pero me quedo con su cara y cuando lo veo venir lo recuerdo de un minuto antes, claro.

—No. Disculpe: ¿desde el principio se queda con la cara de este señor?

—Me quedo con las caras de todos porque pasa todo seguido.

¿Qué tiene que hacer Víctor? ¿Juntar todos los minutos o coger solo el del bofetón para que salgan sus cálculos?

—No, pero espere: ¿usted está reconociendo a la persona ocho meses más tarde, después de haberla visto un minuto? ¡Un minuto! Yo quiero saber si esa retentiva que tiene usted..., si ya había visto a todos los policías y había visto sus rasgos faciales, uno a uno...

Tú miras a Julia porque no entiendes qué clase de pregunta sin terminar es esa. ¿Rasgos faciales? ¿Retentiva?

—Pues a muchos de ellos sí. Tengo muy buena memoria.

La respuesta de Víctor te hace contener una risotada. No miente. Tiene muy buena memoria, te gustaría corroborar. Pero te limitas a bajar la mirada para que nadie se fije en que estás a punto de soltar una carcajada.

—Es decir que usted sigue afirmando que en ese minuto tiene usted tiempo suficiente para recordar, después de todo este tiempo, que era este señor.

—Sigo afirmando que en el minuto que duró eso, sumado al tiempo que duró lo anterior en el control policial, sí.

—Y usted..., para mí esto es importante, ¿usted lo reconoce en la foto que aporta?

—En ese caso, quien creemos que podría ser él, sale borroso.

—Eso es a lo que iba: antes creen que es él, pero hoy está seguro.

—No. Lo que le estoy diciendo, y es lo que hemos dicho siempre, es que creemos que el de la foto podría ser él. No que sea él. Dado que esa cara no se ve apenas, yo no sé si era él o era otro compañero.

—Le vuelvo a hacer la pregunta, y es muy sencilla...

Ahora caes: lo que más te crispa de su voz es cómo marca las eses, siseando como una serpiente, igual que Jafar cuando se transforma al final de la película de *Aladdín*.

—En el momento en el que presenta la foto dice que cree que es él... y hoy dice que está seguro de que es él. ¡¿Qué ha pasado?!

—Pues lo que ha pasado es...

—No, ¡qué ha pasado!

—¡Señoría! —interviene Julia—. Con la venia, ya ha respondido...

—¡No me interrumpas, compañera!

—Dejadme poner un poco de orden —pide el juez con absoluta cara de hartazgo—. Él no ha dicho eso, letrado. Él afirma que la persona que está sentada es el agresor. No el de la foto.

—Ya, no, no... —se achanta el abogado.

—Puede marcharse.

Tú miras a Víctor una vez más y te despides de él con una sonrisa cansada.

«Esto también pasará.»

—Ahora vamos con los testigos del acusado.

—Tengo dos —dice el abogado.

El primero viste con camisa rosa y parece considerablemente más joven que el acusado. Asegura, en cuanto su abogado le pregunta, que él no recuerda haber visto a nadie recibir una bofetada por parte de un agente, mucho menos por parte del que está ahí sentado, a metro y medio de ti.

Tú tampoco lo recuerdas a él, si eso sirve de algo.

—Yo no vi a nadie dar una bofetada. ¿Conatos de discusión? Unos cuantos. Pero hasta ahí. La noche se daba a ello porque son fiestas en las que la gente va alcoholizada y drogada.

—Buenos días —lo saluda Julia cuando le pasan el turno—. ¿Usted intervino en el incidente con esta persona?

—No.

—Así que no recuerda nada en relación con este incidente.

—Lo que recuerdo es que esta persona intentó pasar el filtro. Yo estaba a unos diez metros y veo que quiere pasar, pero como se estaba desalojando la plaza, ya no se deja entrar a nadie. Sé que esta persona se fue..., eh..., luego, más tarde, no sé concretarle cuándo, un minuto o dos después, vinieron sus amigos y ya se armó una pequeña discusión, y otro compañero que había allí, efectivamente, salió del filtro y hubo otra pequeña discusión, sin más.

Sin más. Sin más. Sin más.

—¿Dice que ese compañero salió del cordón policial?

—Bueno, a ver..., salió del filtro.

—Dice usted que no se acordaba de lo sucedido, ¿cómo es posible que identifique a Daniel como la persona que tuvo la discusión?

—Yo en ningún momento he dicho que no me acordase de lo sucedido.

—Le ha dicho a su letrado que usted no recordaba bien..., que hubo varios incidentes...

—No, no, no, no. Yo lo que he dicho es que había varios incidentes y que lo que yo no vi fue que alguien le diera una bofetada a nadie.

Segundo testigo. El grandote.

Otro que insiste en los muchos altercados de esa noche cuando le preguntan si te recuerda y no pone la mano en el fuego. Claramente, para lo pesado que ha sido, don Daniel, no es usted muy memorable...

—Puede que sea uno de ellos, sí.

—Bien —continúa su abogado—. Él relató que recibió un bofetón de un agente.

—Dudo muchísimo que pasara eso.

¿Ves, Dani? Duda. Igual te lo inventaste todo. Si él lo duda...

—No me importa que lo dude —le dice el letrado—. Lo que me importa es si lo vio.

—Ah. Pues no. Yo no vi nada de eso.

—¿Usted estaba con este compañero?

—Sí. Es mi binomio.

—¿Y él agrede a esta persona en algún momento?

—No. En ninguno. O sea..., a esa hora imposible porque..., eh..., nosotros no salimos..., o sea, estuvimos juntos todo el tiempo, y si le hubiera dado un bofetón, lo habría visto.

Vuelves a levantar la mirada. ¿No decía su compañero, su binomio, que hubo partes de la noche en las que se separaron?

Su letrado no tiene más preguntas y le pasa el turno a la fiscal, que pregunta si él tampoco vio el incidente. El incidente. Qué poco parece cuando lo llaman así. Qué minucia. Qué chiquillada.

—Esa noche hubo muchos porque todo el mundo quería entrar.

—Vale, ¿y puede ser que en algún momento usted perdiera de vista a su binomio?

—Imposible: si yo lo pierdo de vista no sería compañero suyo. Nosotros tenemos que estar pendientes el uno del otro.

Te estiras aún más. Te fijas en el juez. Él levanta los ojos de los papeles que tiene delante y solo deseas que él también se dé cuenta de la contradicción entre los dos agentes.

—Entonces siempre están juntos.

—Juntos o separados, siempre lo voy a ver. Siempre.

Siempre. Salvo cuando te dio el bofetón. Ahí debió de parpadear. ¿Puede ser?

Julia no se anda por las ramas. Cuando le dan paso, pregunta:

—Quería saber, cuando se produjo el altercado con Daniel, en qué posición se encontraban tanto usted como su compañero.

—A ver, en concreto no le puedo decir.

—¿Estaban juntos?

—Siempre.

—Interviniendo con Daniel, ¿estaban juntos o separados?

Él duda.

—Eh. A ver, yo exactamente no me acuerdo de ese altercado porque hubo tantos…, o sea, cada vez que alguien te insiste en pasar y no puede, pum, se le echa para atrás. No hay más. Si no son altercados que llamen la atención…

—¿Me puede decir si Daniel se encontraba agresivo, ebrio?

—Todas las personas que querían entrar eran violentas.

Todas. Las. Personas.

—Porque se les decía que no podían entrar y había movida —apostilla—. Están en estado ebrio, están en fiestas y no atienden a razones.

—Usted manifestó, en sede de instrucción, que Daniel intentó mover una valla y que tuvieron que juntar el control policial porque estaba agresivo, insultándolos…

—Cuando eso pasa, todos los agentes se juntan para dar refuerzo. Hay dos personas de la unidad central de seguridad que impiden que se mueva.

—Entonces, si esta persona estaba así, ¿por qué no se procedió a su detención o sanción?

—Tendríamos que detener a dos mil personas en una noche como esa, y no creo que a los jueces les gustase. No procede. Tiene que ser algo más efusivo.

—Y si se juntaron todos los agentes para impedir el paso, como acaba de decir, su compañero también estaría ahí, ¿no?

—No, no todos. Los compañeros de las UCS estaban detrás.

—¿Llamó usted bombón a Daniel?

—Pues dudo mucho que use esa palabra trabajando. No se la digo ni a mi esposa.

La socarronería con la que responde te vuelve a poner los vellos de la nuca de punta.

—En fase de instrucción declaró que Daniel les dijo: «No me llaméis bombón». ¿Lo dijo?

—Ya no me acue... —se interrumpe y cambia de estrategia—: Hubo muchos altercados. Si él dice que lo dijo, pues será verdad.

—No, no, fue usted quien lo dijo en su fase de instrucción. ¿Lo dijo o no lo dijo?

—Pues si pone eso, será que lo dije ese día...

—Lo dijo.

—Ya no me acuerdo. Si lo pone es que lo diría —insiste, nervioso—. Pero es que como pasa el tiempo... Son cosas a las que ni presto atención. Como ese caso hay miles.

Ya ves, Dani. Uno entre miles. No eres lo suficientemente importante como para recordarte.

Entonces hacen entrar al tercer agente. Este va rápido. Confirma, como los otros, que estuvo en el altercado y que conoce al acusado.

—Sí, estuvo conmigo.

Una pena que él tampoco viera cómo te agredía, ni que saliera del control policial, ni que te insultara.

—Pero usted estuvo con él en todo momento. ¿Recuerda la situación?

—Sí, sí.

—Y no oyó tampoco a ningún agente llamar a alguien bombón o...

—En ningún momento.

—Pues no hay más preguntas.

A continuación, Julia le pregunta y él asegura que no intervino en la actuación.

—No estábamos juntos, pero estábamos cerca.

—Y ¿recuerda ese día por algún motivo en concreto?

—Porque es una de las fiestas donde más gente se concentra. Por ningún otro motivo.

—No hay más preguntas.

Y con esto acaba. Le piden que abandone la sala y tú miras a Julia. Ya no quedan testigos por declarar. Ahora, ¿qué?

—Salvo que se quiera aportar alguna prueba, señora fiscal, tiene usted la palabra para el informe.

Habla rápido. Le tiembla levemente la voz, pero lo entiendes todo: por su parte pide la absolución del policía, ya que no ha quedado suficientemente acreditada la agresión de la que lo acusáis. Lo dicho: tendrías que haber tenido más pruebas. Más testigos. Más convicción.

Aunque no niega que hubo un altercado y que el agente estuvo allí esa noche, nadie puede asegurar que fuera él quien te diera el bofetón. Solo tu pareja. Tu pareja: así lo dice. Justo el único que ha respondido con absoluta vehemencia que había sido él. El único, dicho sea de paso, que en sus declaraciones previas aseguraba que podría reconocerlo si lo volviera a ver. De nuevo sientes que la palabra de Víctor vale un poco menos porque os queréis. Está bien saberlo para la próxima vez que ocurra algo similar. Mejor que te pille con un puñado de desconocidos o gente que te odie. Igual Candela podría haber venido a echarte una mano, ¿eh?

—Al no existir una prueba de cargo solvente para dicha condena, interesamos dicha sentencia absolutoria.

Venga. La próxima vez, vas y lo grabas. Y te haces un selfi mientras te atizan. Pareces bobo. Tanta tontería y sin nada que te respalde salvo tu palabra y la de los testigos que vivieron esa noche y los siguientes meses con la presión de ese incidente. Nada importan las contradicciones. Ni todas las descripciones que disteis. Ni el hecho de que nadie os ayudara. Ni que se negaran a daros el número de placa. La denuncia, al fin y al cabo, la pusiste por el bofetón. Que hayan guardado silencio o hayan mentido todos los agentes de aquel

control que vieron cómo te agredía su compañero es irrelevante para el caso.

—Le paso el turno a la letrada de la acusación, adelante.

—Con la venia, su señoría —comienza a decir Julia—. Por nuestra parte consideramos que ha quedado acreditado que el agente golpeó a Daniel en la cara y todo con base en lo que voy a explicar ahora mismo: en la prueba de cargo que se ha practicado contamos con tres declaraciones testificales. Testigos directos que presencian cómo se produce la agresión. De esos tres testigos podemos afirmar que han declarado con una sinceridad propia de quien no tiene motivos para denunciar falsamente a nadie. Daniel, según dijo en fase de instrucción, no sabía si podría reconocer a su agresor. Efectivamente, es lo que ha sucedido. Sin embargo, Víctor Valdés, que manifestó que sí podría identificar a esta persona si la volviese a ver, ha identificado sin ningún género de dudas al acusado en este plenario como la persona que agredió a Daniel. Por lo tanto, la autoría ha quedado evidentemente clara. Con respecto al hecho en sí, si se produjo o no la bofetada, repito que tenemos tres testigos de cargo. No solo eso, sino que en fase de instrucción otro testigo más manifestó delante de la Policía que efectivamente se produjo dicha agresión. Lamentablemente, ese testigo no ha podido estar hoy aquí. Como elementos corroboradores, Daniel presentó la denuncia ese mismo día a las cuatro de la mañana. Lo que nos lleva a pensar que un ciudadano normal, cuando sufre una agresión, inmediatamente lo pone en manos de la Policía y, no contento con eso, al día siguiente interpone la denuncia en Asuntos Internos por *email* con unas fotos en las que se dice que no se sabe si aparece el agresor porque no se ve claramente. Es Asuntos Internos quien ofrece el número de placa y por eso hoy se lo ha identificado en sede judicial. Por otro lado, frente a la prueba de cargo, la de descargo presenta múltiples contradicciones y además queremos traer el testimonio del agente que en fase de instrucción afirmó y hoy ha ratificado aquí que Daniel sí que expresó «No me llames bombón». Es decir: los hechos tal como los ha contado Daniel no vienen corroborados solo por su versión, sino también por la del propio compañero del acusado. Los demás no han afirmado que el

agente no lo golpeara, sino que ellos no lo vieron, evidentemente en un acto de corporativismo y de defensa del compañero. La defensa en todo momento ha intentado dibujar un escenario en el que Daniel estaba borracho y se mostraba agresivo, sin embargo, nada más lejos de la realidad, porque los testigos han ratificado que no iba ebrio y en la denuncia que interpuso ese mismo día en la comisaría, de haber estado bajo los efectos del alcohol, habría quedado reflejado por parte de los agentes que le tomaron declaración. Por lo tanto, solicitamos que se dicte sentencia condenatoria por un delito leve de maltrato de obra y se condene a dos meses de multa a razón de quince euros diarios por concluir las circunstancias agravantes de abuso de situación de superioridad y perpetración del delito con motivos homófobos.

El letrado del Ayuntamiento, como las otras veces, no añade nada, pero tú te quedas colgando de la última frase. Delito de homofobia. En boca de la abogada y en esa sala te pesa el doble y te confirma la gravedad de lo que sufriste.

—¿Señor letrado de la defensa?

—Eh..., vamos a ver, señoría, la cuestión es... ¡No se ha venido a discutir aquí si existió o no existió esa acción! Probablemente existió. No lo sabemos. Lo que se pretende aquí ni más ni menos es culpar a un agente de Policía por unas fotos que ahora veremos si son nulas, si habría que plantear una nulidad sobre ellas o no...

¿Nulidad? ¿Por qué? ¡Esas fotos no se han difundido! ¡Son de esa noche!

—Lo que parece evidente es que aquí, hoy, en este acto, nadie ha identificado a este señor. Solamente una persona, que la dejamos aparte porque los otros testigos no lo han corroborado.

¿Y cómo es que solo una no vale?

—El día de los hechos no identificaron a este señor. ¡Es más! Ha venido uno de estos testigos a decir: «¡Hombre, sí, yo lo vi de frente!», y cuando yo le he apuntado: «Oiga, usted dijo que no lo vio de frente, que lo vio de espaldas». «Ah, sí, bueno, es que no sé explicarme... No sé cómo decirlo...» No. No sé si han sido muy sinceros los testigos o tenían la intención de favorecer la declaración de su amigo.

Pero ¿este señor ha estado en la misma sala que tú? ¡Carlos no ha dudado, ha explicado cómo primero lo vio de perfil y luego de frente, cuando se giró!

—Respecto a este tema nos preguntamos: ¿cómo es posible que una persona que dice el día de los hechos no reconocer ni creer reconocer a la persona que le había agredido, hoy, ocho meses después, ¡diga que es él!? Esto es..., es que esto hay que valorarlo, ojo... —Se ríe entre dientes y sigue imitándote con una voz que ni de lejos es la tuya—. Esto es muy importante. ¡Hoy, sí! ¡Ayer, no! ¡Ayer habían pasado horas escasas! ¡Hoy, que ha pasado tanto, sí! Tiene una seguridad absoluta y meridiana. Esto no es posible.

¿Tú has dicho eso? ¿Cuándo? Si lo único que has repetido es que no creías ser capaz de reconocerlo y hoy has dicho lo mismo. Quieres subirte por las paredes, pero tienes que mantenerte sentado.

—¡Estamos en Derecho Penal, por favor! No estamos en una historia de ciencia ficción. Asimov se dedicaba a ello. Nosotros no. Nosotros nos dedicamos a los hechos. A las constancias. A las realidades. Y en este caso no hay ninguna realidad que apunte a que este señor haya agredido a ese señor. Ya está. Esto era la función de la acusación, que no ha cumplido. Y ya puestos y metidos en harina, nos sorprende mucho más que el asunto sea por homofobia. No entendemos muy bien cómo plantean ustedes la homofobia. ¿Por qué plantean ustedes la agravante de homofobia o pedir un delito de odio que no sabemos por qué nos ha pedido? La realidad es que ustedes no pueden afirmar de forma categórica que mi cliente agrediera a este señor. Y yo no puedo decirle que el señor que agredió a este caballero lo hiciera por motivos homófobos, porque le dio la gana, porque le pisó un callo del pie o por lo que fuera... ¡No lo sabemos! Y no se puede derrumbar la presunción de inocencia con una acusación tan liviana. No es que sea liviana, ¡es que la única prueba que hay es del novio, que dice que sí, que lo reconoce, cuando antes no lo reconocía! Por eso, señoría, solicitamos la liberación. Muchas gracias.

Se te han pasado las ganas de subirte por las paredes, de gritar o de golpear algo. Solo sientes pena. Una pena honda porque alguien pueda mentir con tanta impunidad a pesar de los muchos juramentos

que has oído en esa sala. Podrías, sin ayuda de Julia, desmontar todas las frases del alegato del abogado, pero ¿para qué? ¿De qué serviría? Él sabe que no está diciendo la verdad. Que Víctor en ningún momento dijo que no reconocería al hombre si lo viera. Y claro que debe enmarcarse como delito de odio por homofobia. Te llamaron maricón porque, sin conocerte, te reconocieron y te clasificaron. De ahí lo de bombón. De ahí las risitas cuando te dijeron que no podías pasar. De ahí que fueran a por ti: porque te percibieron como una criatura más débil, más frágil y sumisa. Porque cuando te rebelaste cruzaste la línea que una presa nunca debe cruzar, que es la de creerse tan fuerte como su agresor o más. Y eso lo cambió todo.

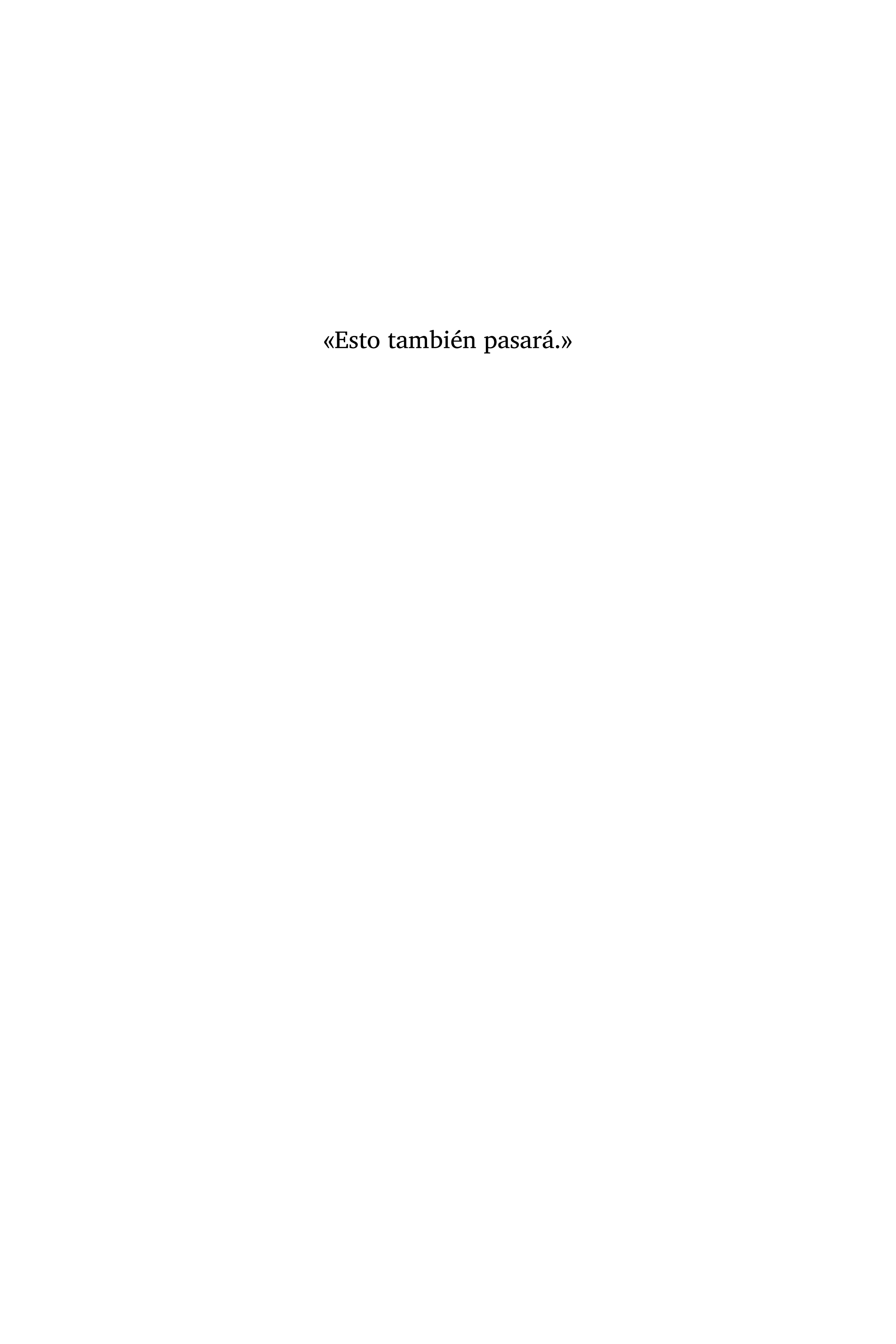
—Gracias, letrado. Señor agente, tiene usted derecho a una última palabra. ¿Quiere añadir algo a lo que ha dicho su letrado?

—No, está bien.

Entonces miras a Julia y ella se gira hacia el juez. Ha llegado el momento de que dicte sentencia.

El hombre revisa los papeles, alza de nuevo la cabeza y con voz clara dice:

TÚ



«Esto también pasará.»

LO QUE PASÓ

En la madrugada del 4 de julio de 2021, durante las fiestas del Orgullo, mi entonces novio, ahora marido, Andrés, sufrió una agresión por parte de un agente de la Policía Municipal de Madrid. Igual que le sucede a Dani, les pidió por favor que le dejaran cruzar de vuelta el control allí instalado con motivo de las fiestas y que separaba la plaza de Pedro Zerolo de Gran Vía. Un agente le dijo que por ahí no, bombón. Él obvió esa primera microagresión y les insistió en que el grupo con el que él iba se encontraba a escasos metros de las vallas, despidiéndose, y él no se había fijado al atravesarlas. Lo acababan de ver salir. Sería un segundo. No iba borracho. No estaba comportándose de manera agresiva. Ya te ha dicho que por aquí no, bombón, le respondió el compañero del primer agente. Y esta vez, Andrés no se calló y le preguntó que a quién estaba llamando bombón. A ti, maricón, respondió este cuando nosotros, al advertir que ocurría algo, llegábamos a su lado para marcharnos. Fue en ese lapso, entre que abandonábamos la calle Clavel y pedíamos un taxi en Gran Vía, cuando ese segundo agente salió del control policial, preguntó a voz en grito que qué le estaba llamando a la Policía y le arreaba un tortazo en la cara que nos dejó a todos sin palabras.

Enseguida llegaron sus compañeros para llevárselo. Atravesaron el control y desapareció. Nadie, y había muchos otros agentes, se acercó a preguntarle a Andrés si estaba bien, si quería poner una denuncia, si necesitaba ayuda. Desamparados, cuando se recuperó del *shock*, igual que Dani, decidió que no nos íbamos a casa sin denunciar lo que acababa de ocurrir. «Quiero denunciar», decía en bucle, con los ojos enrojecidos, conteniendo las lágrimas. Quiero denunciar. Quiero denunciar. Quiero denunciar. Pero sin fotos ni vídeos supusimos que lo que había que hacer era pedirles el número de placa a esos agentes que, allí apostados, lo habían visto todo e incluso habían ayudado a su

compañero a esfumarse. Sin embargo, igual que en la novela, cuando les pedimos las identificaciones, no solo no nos las dieron, sino que nos amenazaron con meternos en problemas si insistíamos. ¿El número de placa? ¿Por qué tengo que dártelo? No. Yo no he hecho nada, decían. Asustados y sin conocimiento sobre cómo reaccionar en casos así, les preguntamos dónde denunciar y amablemente nos indicaron que había que esperar hasta que abriera la oficina cercana a la fuente de Cibeles. Le dijimos que eso no tenía sentido, que teníamos que poder hablar con alguien ahora. Sin más ayuda por su parte, Andrés decidió ir a la comisaría de la Policía Nacional en Leganitos y allí sí pudo interponer la denuncia.

Cuando salimos de allí eran las cuatro de la madrugada. Yo no dormí nada. Él menos. Y cuando me cansé de dar vueltas en la cama publiqué lo que nos había ocurrido en X, antes Twitter, Facebook e Instagram. Me aseguré de no estar cometiendo ninguna ilegalidad por narrar los hechos y lo dejé ahí. Fue mi manera de desahogarme. De soltar la culpa que sentía por haber querido salir corriendo cuando pasó todo, en lugar de denunciar o ser más ágil y grabar o yo qué sé. La cuestión es que yo no esperaba que aquello se viralizara como se viralizó. En cuestión de horas subieron los *likes*, los comentarios, los retuits. De pronto todo el mundo hablaba de ello. La prensa quería saber más. Nos escribieron de distintos medios. Y soy consciente de que la bola se fue haciendo más y más grande por una razón terrible y ajena a nosotros: la misma noche del 3 de julio, Samuel Luiz, un chico de veinticuatro años, recibió una paliza en A Coruña al grito de maricón que le provocaría la muerte. Lo que nos pasó a nosotros no fue, por suerte, ni de lejos similar, pero la prensa se hizo mayor eco de la noticia dado el marco general que se dibujaba en todo el país durante aquellas fechas, las del Orgullo LGTBIQ+. Aún recuerdo asistir con Andrés a la concentración ese lunes 5 en Sol para exigir justicia por Samuel y lo que significó aquel momento para nosotros.

Fue una persona ajena a la Policía quien nos recomendó mandar un *email* a Asuntos Internos, tal como hicimos. Estamos seguros, como ocurre en esta novela, que fue eso lo que hizo que la cosa no se quedara en nada. En ese primer día después de la agresión recibimos

dos mensajes que nos ayudaron mucho: en el primero un chico por Instagram me enviaba las fotos de los policías que habían estado en el control esa noche. Los reconocimos al instante. Le pedimos que no compartiera las imágenes en ninguna parte y le preguntamos por qué las tenía. Porque me parecía que estaban muy buenos y le mandé las fotos a un amigo. Así lo hice saber durante el juicio cuando me preguntaron por ellas. Del mismo modo, hubo otra imagen de la que no he hablado en la novela y que también nos sirvió mucho: una chica que había leído nuestra historia nos habló de una cámara pública que enfoca directamente a la calle Clavel, que sirve para el tiempo y que realiza fotos cada hora, aunque, pasadas veinticuatro, elimina todas menos una del día anterior. Por suerte, estábamos a tiempo y también sacamos una captura de esa imagen. Allí, a las 02:12:09, aparecen los mismos agentes que salían en las fotos del chico de Instagram. Los mismos. Todas esas fotos se las enviamos a la Policía Nacional y también a la Municipal, que, como ocurre en el libro, nos confesaron que no se llevaban bien y que les costaba trabajar en equipo.

Me duele escribir esto porque ojalá esta parte fuera inventada, pero es la más real de toda esta autoficción que he escrito. Las deposiciones de los acusados, las nuestras, las de los testigos, las notificaciones que fuimos recibiendo y prácticamente todo el juicio están extraídos, con alguna modificación puntual, de las grabaciones y actas registradas de todo el proceso, cambiando nombres o, directamente, sin aportar ningún dato de identificación de los agentes, como sus números de placa. Con respecto a esto, en lo que más he tenido que desviarme de la realidad ha sido en los tiempos.

La denuncia se interpuso en la madrugada del 4 de julio de 2021. El atestado de ampliación en el que declaramos a la Policía los testigos fue el 7 de julio. El 16 de septiembre Asuntos Internos solicitó que se trasladara el expediente y los documentos recopilados hasta el momento para proceder a la investigación el 26 de octubre. Andrés fue a declarar judicialmente el 2 de diciembre. Yo declaré el 23 de mayo de 2022. Los investigados, el 6 de julio de ese año, y ese mismo día se pidió un sobreseimiento del caso por parte de sus abogados, pero finalmente se señaló el juicio para el 4 de julio de 2023. Sin

embargo, en un último giro de los acontecimientos, con motivo de la huelga de funcionarios, acabó teniendo lugar el 24 de octubre. Uno de nuestros testigos, con este cambio, no pudo asistir —como le sucede a Isa en la novela— porque ya tenía programado un viaje al extranjero.

El acto se desarrolló prácticamente como aparece en la novela: al concluir nos enviaron una grabación de la que extraje, con las modificaciones oportunas para no facilitar datos reales, las intervenciones de la mayoría de los implicados. Como sabíamos, la policía sentó en el banquillo al agente que, según lo investigado, podía haber sido el agresor de Andrés. Dos años y medio después de aquella noche debíamos decir si esa persona era culpable o no. Así que por aquella sala fuimos pasando los testigos de ambas partes. La realidad es que yo fui el único que sin lugar a dudas respondió que sí, que había sido él. También yo había sido el único que desde mi primera declaración a la policía había dicho que sería capaz de identificarlo cuando lo tuviera delante.

El proceso entero no duró más de una hora y, al concluir, el juez lo dejó visto para sentencia: dadas las circunstancias y todas las pruebas presentadas se necesitaba un tiempo para valorar qué hacer. Aquello nos dio esperanzas. Nuestra abogada nos aclaró que por ley la resolución debía salir en un plazo de cinco días hábiles, pero de nuevo aprendimos que las cosas en la realidad funcionan de otra manera.

Pasaron los cinco días. Y noviembre. Y diciembre. Y aunque la sentencia se dictaminó el día 22 de ese mes, a nosotros no se nos notificó hasta el 8 de enero de 2024: el agente quedaba absuelto por falta de pruebas. La cuestión, como argumentaba el juez, se limitaba a valorar si esa persona que se sentaba en el banquillo había propinado un bofetón a Andrés. Nada más. Cualquier otra cuestión ética o moral o de cualquier tipo debía quedar al margen.

Las fotografías que adjuntamos no sirvieron: se desconocía su origen, quienes las habían tomado no vinieron a testificar y, en definitiva, carecían de valor probatorio. Era nuestra palabra contra la suya. Como apunte, respecto a que yo fuera el único que identificó al policía añadía que concurría en la circunstancia familiar de ser su pareja. Por supuesto, todos los compañeros del agente aseguraban

además no haber presenciado ningún bofetón y prevalecía la presunción de inocencia ya que existían versiones contradictorias sin ningún medio que permitiera dar mayor credibilidad a una que a otra.

Sin embargo y a pesar de la decepción evidente, había un apartado muy importante en la resolución que no debíamos pasar por alto y que cito a continuación eliminando datos identificativos:

Hechos probados

«El día cuatro de julio de 2021, el denunciante se encontraba junto a su pareja y tres amigos en la confluencia de la calle Gran Vía y Clavel de Madrid, donde se ubicaba un control policial para el control del acceso de las vías por las fiestas que se estaban llevando a cabo. En un momento dado se produjo un cruce de palabras entre dichos viandantes y la Policía, sin que pueda afirmarse cuáles fueron las frases que se dijeron; en un momento dado, el denunciante recibió un bofetón de uno de los agentes que se encontraban en el lugar sin que pueda afirmarse de forma indubitada que fuera el agente con número...»

«En un momento dado, el denunciante recibió un bofetón de uno de los agentes que se encontraban en el lugar.»

El juez concluía, pues, que el bofetón había tenido lugar: Andrés había sufrido una agresión por parte de un agente de la Policía Municipal. No, según él no se podía probar que hubiera sido quien se sentaba en el banquillo, pero la realidad era que había pasado. Una lástima que, aparentemente, nadie en todo aquel control lo hubiera presenciado. Los agentes habían escuchado el enfrentamiento, según alguna de sus declaraciones; habían visto incluso cómo Andrés empujaba las vallas, aunque luego en el juicio ni lo recordaban; nos habían ofrecido sin discusión sus números de placa amablemente y hasta el *email* para interponer la denuncia en Asuntos Internos, pero nadie, ni uno, había presenciado el bofetón ni cómo se llevaban al agente en cuestión fuera de nuestro alcance.

Que cada uno saque sus propias conclusiones.

Aunque haya quien pueda pensarlo, con esta novela no busco ni un castigo ni un señalamiento. Yo, al igual que quienes estaban ahí, quien agredió a Andrés y quienes lo ocultaron, sabemos lo que vivimos y solo espero que nadie se encuentre jamás en una situación similar. Pero de producirse, ojalá que este libro ayude a saber cómo reaccionar, qué hacer y qué no. Vivimos con un absoluto desconocimiento de nuestros derechos y nuestras obligaciones, y nosotros aprendimos mucho sobre ellos de una manera dura y desagradable. Ojalá esta novela permita que otros lo hagan sin sufrir tanto.

También es una manera de agradecer a todos los que nos acompañasteis y nos ayudasteis en este camino de dos años y medio. Desde nuestras familias y amigos más cercanos hasta los desconocidos que nos apoyasteis y compartisteis el mensaje. Periodistas, profesionales o incluso el propio Eduardo Rubiño, quien me permitió amablemente citar su respuesta en la Asamblea de Madrid porque sus palabras nos conmovieron. Independientemente del resultado del juicio, sabemos que hubo cambios a raíz de la revuelta que se produjo y estamos seguros de que seguirá habiéndolos. Porque esta ola es imparable. El cambio es imparable. Dentro y fuera de las instituciones, por mucho que haya quienes no quieran asumirlo.

Y nosotros seguiremos ahí para que lo que pasó deje de pasar.

Agradecimientos

A Andrés, por dejarme contar su historia. Por demostrarme día a día lo importante que es ser valiente, por enseñarme a ser mejor y por no rendirse jamás. También por ser el primero en leerse esta novela, darme sus indicaciones y hacerla un poco mejor, un poco más real. Gracias, en definitiva, por quererme y por quererme tan bien.

A nuestras familias, por el apoyo inconmensurable que recibimos de su parte en todo momento. Son cientos de gestos, grandes y pequeños, en persona y a distancia, que nos han salvado cuando estábamos a punto de zozobrar. Sin ellas no habríamos llegado aquí. Porque los abrazos, el cariño y el respeto salvan vidas, y nosotros hemos tenido la suerte de contar con ellos para salvar las nuestras. Gracias en especial a vosotros: papá, mamá, Ángela, Jose, Marta, Gabriel, Carlos y Miriam.

A nuestros amigos, que nos aconsejaron, nos escucharon, nos apoyaron y nos creyeron. Porque lucharon a nuestro lado y siguen haciéndolo día a día. Porque demuestran sin descanso que están para lo bueno y para lo malo, y porque son la mayor red de seguridad que podemos tener. En particular, gracias a Sara, porque con ella cerca no hay oscuridad que me dé miedo, por aquella mañana en los juzgados y por ser una gran, gran compañera de aventuras. También a Juanjo y a María, por ayudarnos cuando estábamos perdidos.

A mi editora, Anna Casals, por confiar en esta historia cuando ni yo estaba seguro de que a alguien le fuera a importar si la contaba o no y por el entusiasmo que ha mostrado durante todo el proceso.

A Cristian Escudero, que además de ser un gran amigo, me convenció de que siguiera adelante y trabajó sin descanso para que la historia de Dani y Víctor fuera tan real como merecía serlo.

A Alana, Elisabet y Dani por leerme con tanto cariño y dedicarle

unas palabras a este libro que llevaré siempre en el corazón.

A Sito, por una portada que es reivindicación, fuego y grito. Por estar siempre, incluso cuando resulta imposible.

A mis lectores beta y amigos escritores: Sara, Ilias, Mikel, Carlos, Tatán, Sara, Marina, Myriam, Raquel, Nana, David y Josema, por aportar vuestro granito de arena para mejorar la historia e ilusionaros con cada referencia y cada detalle. Por hacer esta novela, en definitiva, un poco mejor.

A nuestra abogada, Isabel, por acompañarnos en el proceso, ayudarme a recopilar toda la información, enseñarme muchas de las cosas que he podido compartir en esta novela y leerse el libro para recordarme lo importante que era lo que estaba haciendo.

A Paloma, porque cada sesión de terapia me ha ayudado a ser un poco mejor y a aprender, sobre todo, quién quiero y quién no quiero ser.

A Ramón Conesa, por confiar y leer y luchar por mis intereses y los de cada nuevo libro.

A Eduardo Rubiño, por preocuparse, defendernos y grabar con sus palabras la realidad que luego me dejó transcribir en la novela durante su intervención en la Asamblea de Madrid. Se necesitan muchos más políticos como él: valientes, jóvenes y comprometidos.

A los desconocidos que nos ayudaron: gracias a todos los que nos apoyasteis en redes cuando sucedió la agresión y a quienes nos facilitasteis contactos, fotografías e información para que la denuncia llegara lo más lejos posible.

A Gonzalo Caps, por ayudarme a entender cómo era la vida de un actor en una serie diaria y dotar de más realismo la historia de Víctor.

A los periodistas que se hicieron eco de lo que vivimos con respeto y compromiso.

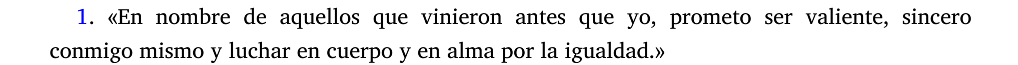
A los miembros de la Policía, tanto Nacional como Municipal, que nos trataron con respeto, que nos aconsejaron y que hicieron su trabajo de verdad, porque no todos son iguales.

A ti, que has tenido tiempo de leer esta novela. Ojalá que no llegue el momento, pero si te sucede algo similar a lo que ocurre en estas páginas, espero que esta historia te haya ayudado a saber qué hacer



para que el daño sea el menor posible y haya algo de justicia.

Notas



1. «En nombre de aquellos que vinieron antes que yo, prometo ser valiente, sincero conmigo mismo y luchar en cuerpo y en alma por la igualdad.»

Lo que pasó
Javier Ruescas

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
CROSSBOOKS, 2024
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2024

ISBN: 978-84-08-28926-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents